

PATRICIA P. GUEROLA

*Sunca
digas
Sunca*



Saga Elephant vol. 1



*Sinca
digas
Sinca*

PATRICIA P. GUEROLA



PATRICIA P. GUEROLA

*Nunca
digas
Nunca*



Saga Elephant vol. 1



© Patricia P. Guerola

Nunca digas nunca
Saga Elephant vol. I
ISBN: 9788409007622

Corrección ortotipográfica: Eba Martín Muñoz

Portada y Maquetación: ©Alicia Vivancos
www.aliciavivancos.com

Todos los derechos reservados. Quedan rigurosamente prohibidas, sin la autorización escrita de los titulares del copyright, bajo las sanciones establecidas en las leyes, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico, químico, mecánico óptico, de grabación, en internet o de fotocopia.

A mis ángeles de alas blancas.

Capítulo 1

Un nublado día de agosto.

—Hija, por favor... Al final vamos a llegar tarde.

—¡Sí, mamá, voy! ¡Un minuto! —pedí desde el vestidor al tiempo que me subía la cremallera trasera de la falda.

—¿Otro? —preguntó, ya algo indignada—. Eso has dicho hace quince...

—¡Voy, voy! —reiteré—. Voy todo lo rápido que puedo, ¿vale?

Oí a mi afable madre resoplar desde el comedor.

—Además, no es lo que más me apetece hacer hoy, teniendo en cuenta que mañana es mi último día de vacaciones y pasado mañana vuelvo a trabajar... —objeté como excusa—. ¡Podrías tenerlo en consideración y que te acompañara Sofía!

—Sabes que tu hermana no puede...

Me volvió a recordar, cansada ya de hacerlo.

—¡Ya! —me quejé—. ¿Y papá? ¿No está ya mejor de su lumbago?

—¿De verdad me lo preguntas, hija? —escuché ahora la crispada voz de mi madre acercándose por el pasillo—. ¿No viste que ayer por la noche no se podía ni incorporar del sofá para cenar? —inquirió incrédula al ver mi falta de tacto, ganas y compasión.

Y no era para menos. Sabía que no le faltaba razón en nada y que, por más vueltas que le quisiera dar, y por más excusas que quisiera buscar, era a mí, a mí... a la que le tocaba pringar en esa ocasión. Así que me miré por última vez en el gran espejo vertical, el cual descansaba apoyado en una de las paredes blancas, y aseguré:

—Vale, ya estoy —giré sobre mis tacones para mirar de frente a mi madre, que esperaba y me observaba con atención desde el umbral de la puerta con los brazos cruzados—. ¿Qué tal voy? —pregunté esperando su bendita aceptación.

Me repasó de arriba a abajo con la mirada (una vez más), y enarcó una ceja para hacer seguidamente la pregunta del millón:

—¿Sabes que no vamos de boda, verdad?

¡Toma ya!

Su pregunta casi me sonó a acusación. Porque eso era.

—Claro que sé que no vamos de boda, mamá... —me llevé las manos a las caderas—. Pero resulta que esto es lo más formal y discreto que tengo en mi armario para asistir a un funeral —la puse en conocimiento.

Me volvió a revisar con la mirada (todas las veces eran pocas para ella), imaginándome, seguro, en medio del velatorio rodeada de abuelitas y mujeres mayores, todas vestidas de negro y con sus inmaculadas toquillas cubriendo sus cabezas y parte de sus afligidos rostros; encajándome en la escena con mi falda de tubo de cintura alta y mi blusa sin mangas con escote en pico (bueno, mejor dicho, pronunciado escote en pico), con mis altos zapatos de salón Louis Vuitton que resaltaban mi inapropiado atuendo. Por cierto, caprichazo que me di con mi anterior paga doble.

—Bueno, por lo menos la falda es de color negro —resaltó haciendo una mueca, como si aquello fuera un verdadero consuelo, que lo era—. ¿Desde cuándo no vas a un funeral?

Su pregunta me hizo pensar.

—Desde hace... —intenté recordar—. Mucho tiempo seguro... por suerte —agradecí en cierto modo—. ¡Ah, espera! —caí en la cuenta—. Creo que el último fue el del abuelo y, para entonces, yo tendría unos diez años o algo así ¿puede ser? —pregunté queriéndome asegurar.

—Doce... Pero sí, puede que ese fuera el último, y único, entierro al que has asistido. Por suerte, como tú bien dices —Se acercó a mí y puso un mechón de cabello detrás de mi oreja—. ¡Ay! —suspiró.

Se podía adivinar, tras ese suspiro, una inmensa tristeza, la cual también se reflejaba claramente en sus bonitos ojos color esmeralda, tan parecidos a los míos (bueno, en realidad, los míos a los suyos), al recordar a su querido padre, al que tanto añorábamos todos.

—Bueno, ¿entonces voy bien o no? —quise saber. Di un giro de trescientos sesenta grados delante de ella—. Si quieres, puedo recogerme la melena en un moño para dar un aire más catequista a mi imagen —propuse con guasa.

—¿Tú crees que eso ayudará a que te veas más discreta y pases desapercibida? —cuestionó, sabiendo que aquello era casi imposible, como yo también sabía.

—¡Oye! Que, si quieres, me cambio en un momento, me pongo unos tejanos y mis deportivas y yo tan ancha ¿eh? —Lo di como opción, pero no resultó.

—¡No, no! Ni hablar... Tú no te cambias más... —Me cogió por el codo y me invitó (por decirlo de algún modo) a salir del vestidor. —Coge el bolso, las llaves y andando, que tenemos más de cien kilómetros por delante, bonita... —Sentenció firme, empezando ya a estar cansada de mis múltiples protestas. ¡Cuánta paciencia tenía esa señora!

—Por favor, no me lo recuerdes... —se me escapó al resoplar, sin darme cuenta de que lo hacía.

—¡Claudia! —me advirtió por última vez, ahora ya sí, regañándome.

El plan era salir de casa sobre las once de la mañana para, en una hora y media aproximadamente, estar en el tanatorio de Vilafranca del Penedés, y que así nos diera tiempo a (por lo menos) asistir a la misa de antes de la incineración. Y de primeras parecía hasta buena y todo; la idea, digo... al menos en mi cabeza: llegábamos al lugar; saludábamos a los conocidos, como antiguos vecinos y demás; dábamos el pésame a la familia; les intentábamos consolar en la medida de lo posible (aunque, obviamente, sin mucho resultado, para qué nos vamos a engañar); y después de comer estaríamos volviendo tranquilamente hacia Gerona para acabar de disfrutar lo poco que me quedaba de mis vacaciones relámpago. Pero, al final y, como siempre ocurría (yo no sé a vosotros, pero es mi pan de cada día), resulta que nunca, nunca, nunca de los jamases salía nada como lo había planeado ¿Por qué será? Quizás debería haber alguien que lo estudiara.

¡Mierda de suerte!

Llegamos al tanatorio con el cielo más gris y encapotado de lo que lo habíamos dejado en Gerona, con unas espesas nubes que advertían de lo que en breve iban a descargar. Aparqué mi querido Mazda MX5 de color rojo *soul* en el *parking* entre dos todoterrenos (que daban la impresión de que, de un momento a otro, se fueran a engullir a mi pequeño bombón de tapicería en cuero negro), y nos encaminamos con paso decidido hacia dentro en busca de la capilla donde se iba a celebrar la misa en cuestión. Pero, nuestro ritmo aminoró paulatinamente al mismo tiempo que nuestros rostros se transformaban en sorpresa conforme un grupo de personas comenzó a salir de la sala a la cual debíamos entrar. Y sí, sí... he dicho... salir...

«¿Aquí falla algo o es cosa mía?», pensé.

—Pero, ¿de dónde sale toda esta gente?

Arrugué el ceño temiéndome lo peor. Y, maldita intuición la mía, resultó que la ceremonia para nuestra desgracia, acababa de finalizar.

«Mierda...», maldije en ese preciso instante para mis adentros, temiéndome, además, la regañina que me esperaba por parte de mi querida progenitora.

Los bonitos ojos de mi madre se me clavaron entonces como puñales y, sin tiempo que perder, lo soltó:

—¿Ves? ¡Te dije que llegaríamos tarde! —me culpó por lo bajo, tirándome del brazo con cara de estar realmente enfurruñada.

Me mordí el labio inferior con verdadero gesto de culpabilidad y, seguidamente, miré mi carísimo reloj de pulsera (de correa en cuero blanco, que tanto me gustaba, y que me había regalado Adrián por nuestro segundo aniversario), mientras pensaba en que tampoco habíamos tardado tanto en llegar.

—Pero espera... Un momento —fue entonces cuando caí en la cuenta de algo.

Alcé la vista, observé a mi alrededor con cierto desconcierto buscando una señal que confirmara lo que me estaba oliendo... Fue cuando entonces la vi. El cartel se iluminó en mi mente, con neones de colores incluidos, y de la misma forma en que si el mismísimo Dios hubiera bajado para advertirme.

¡Jo-der!

Había llegado mi momento. Tenía delante la prueba de que yo no había sido la culpable, e imitando su gesto, la agarré del brazo para tirar con delicadeza de ella.

¡Punto para Claudia!

—¿Puedes mirar ahí y leer lo que pone? —esta vez casi la regañé yo, apretando el morro.

Rápidamente reaccionó a mi orden, descolocada.

—Me dijiste que comenzaba a las doce y media y resulta que esa es la hora a la que terminaba, mamá —añadí en voz baja, para que la gente que pasaba frente a nosotras no nos pudiese oír.

Debíamos de dar la mala impresión de ser dos cotorras en una esquina cuchicheando sobre algo o alguien. ¡Qué apuro!

Mi madre (como si todavía no se lo creyera) se acercó con prudencia a leer lo que con un gesto de cabeza le había señalado, donde se informaba a los familiares y asistentes de los horarios y la duración de cada misa en particular.

—¡Vaya! Pues yo estaba convencida de que...

La miré, entrecerré los ojos y le hice una mueca de desconformidad como diciendo:

«¿Qué? ¿Ahora de quién es la culpa, eh? ¿Eh?»

En ese mismo instante se abrieron del todo las puertas y nos tuvimos que hacer a un lado para que un buen número de hombres, mujeres y hasta niños pudieran salir hacia la calle acompañando el paso con susurros y murmullos, y hasta algún que otro llanto de tristeza y desolación. Aproveché para echar un vistazo con detenimiento a la gente que pasaba frente a nosotras para ver si algún rostro me era conocido o me resultaba familiar, pero fue que no, el esfuerzo fue en vano.

—Madre mía, ¡cuánta gente! —pensé en voz alta.

—Sí —reforzó mi comentario, mirando también con atención—. Antón era un hombre muy querido y respetado por aquí, y era mucha la gente que había trabajado para él y, antes, para su familia en la vendimia y en la bodega —me recordó.

—Sí, lo sé. Lo recuerdo —murmuré.

—¿Sí, te acuerdas? —se volvió hacia mí algo sorprendida—. Han pasado muchos años desde que tú no los ves. La última vez eras apenas una cría de trece años —rememoró.

—Es cierto, pero también han sido muchos los años y los veranos que he disfrutado aquí con ellos... y con Hugo.

—Hugo, sí —suspiró con cariño—. Ese niño debe de ser ya todo un hombre...

—Supongo...

Sus palabras me hicieron recordar todos los buenos momentos que había pasado aquí durante mi infancia, en este pequeño y precioso pueblo del Alto Penedés, donde el verde de sus viñedos y los marrones de sus tierras reinan en el extenso paisaje, antes de que mi padre encontrara un empleo en una reconocida empresa farmacéutica (de la cual se acababa de jubilar), y motivo por el cual nos tuvimos que trasladar a Gerona, donde, a los trece años, tuve que comenzar una nueva vida, dejar atrás a todos mis amigos y todo lo que conocía.

—¿Elvira?

Las dos nos giramos de inmediato al escuchar cerca de nosotras, en una débil pregunta, el nombre de mi madre.

—¿Remedios?! —respondió esta con otra pregunta, algo más animada—. ¡Cuánto tiempo!

Mi madre y una mujer algo rechoncha, toda vestida de negro, se besaron amigablemente.

—Madre mía, pero, pero... ¡si estás igual! —aseguró la mujer observándola

con una medio sonrisa.

—Tú también estás igual —respondió, como si aquello fuese un verdadero cumplido.

Se mantenían cogidas de las manos en un gesto muy cercano.

—¿Qué han pasado... dieciocho o veinte años? —preguntaba una, como si aquella idea fuera inconcebible.

—Sí, por ahí van los tiros... unos veinte años que no nos vemos.

«Ahí es nada», pensé.

—Eso son demasiados años. Dios mío, ¡qué viejas somos! —bromeó la señora Remedios, con una liviana sonrisa en unos labios enmarcados por unas acentuadas arrugas.

Y, tras unos cuantos cumplidos más por parte de ellas dos, su atención se centró en mí, echándome un fugaz pero intenso vistazo de arriba abajo, para, acto seguido, preguntar con lo que parecía verdadero afecto:

—¿Esta es tu hija?

La mirada de mi madre siguió a la suya para después confirmar:

—Sí. Claudia, la mayor...

Alargó una mano y me acarició con ternura el mentón, en un gesto muy de antaño.

—Vaya, ¡qué mujer más guapa y hermosa te has hecho! —declaró con firmeza, como si me conociera desde siempre.

Esa mujer emanaba cariño por todos los poros.

—Muchísimas gracias... —respondí, realmente agradecida a la vez que ruborizada, intentando encajar en mis recuerdos a aquella amable mujer, pero no sirvió de nada.

«Bendita memoria la mía».

—¿Y la pequeña? ¿Sofía, verdad? —recordó—. Seguro que también debe de ser ya toda una mujercita...

—Sí, con veintiocho años recién cumplidos ya es toda una mujer.

—Seguro que sí. Oye ¿y Agustín? —preguntó agarrándose una mano con la otra y dejándolas descansar sobre su prominente vientre. ¡Ese gesto tan gracioso y tan de mujer mayor!—. ¿Cómo está tu marido?

—Bien, bueno... Lo he dejado en casa con un lumbago que *pa qué*, pero, por lo demás todo bien. Hace poco que se jubiló y...

—Perdonad... —interrumpí la conversación con prudencia—. Necesitaría ir al baño. Después del viaje... —me justifiqué sin motivos para hacerlo.

La Señora Remedios sonrió con amabilidad dándome su aprobación, supongo, porque, aunque no hubiera sido así, me habría dado lo mismo con la vejiga a punto de reventar.

—Claro, hija. Ve... Yo te esperaré aquí.

Asentí y sonreí.

—Está bien. Ahora vuelvo...

Giré sobre mis altos tacones Louis Vuitton, caminé unos pasos hacia donde mi instinto me guiaba y, justamente cuando vislumbré al fondo el logotipo que informaba de dónde se encontraban los aseos, escuché la voz de la tal Remedios diciendo algo, en un tono más elevado de lo que debiera, y consiguiendo que algunas personas que se encontraban cerca de mí se giraran curiosas a mirar:

—¡Creo que los aseos están al final del pasillo, bonita!

Cerré los ojos y los apreté.

«Dios, ¡tierra trágame!».

Creo que tardé como unos siete u ocho minutos en hacer mis necesidades, tampoco creo que mucho más. No es que los hubiese cronometrado, por supuesto, pero en mi cabeza calculé en que eso sería tiempo suficiente como para que mi madre y la tal Remedios se hubiesen puesto ligeramente al día sobre sus «apasionantes» vidas; o no, si teníamos en cuenta esos largos veinte años perdidos.

En cuanto salí del baño, después de remeter bien mi vaporosa blusa de color marfil por dentro de mi estrecha falda negra y haber lavado minuciosamente mis manos después de haber orinado en un baño público (una que es muy limpia), me encaminé en busca de mi querida madre, la cual parecía seguir exactamente donde la había dejado.

«Ahí está», pensé.

Pero resulta, como supongo que era de esperar, que no estaba sola. Esta vez se despedía, con excesivo cariño, de un joven apuesto vestido con un elegante traje oscuro. Afiné el ojo mientras me acercaba a ellos con idea de descifrar algo, pero no me dio tiempo a ver de quién se trataba, aunque sí que me dio tiempo a pensar:

«Vaya, la señora Remedios ha mejorado muy mucho en ocho minutos», bromeé para mí sola, torciendo una sonrisilla y preguntándome quién sería ese buenorro que se alejaba de mi madre con paso firme.

—Hija, has tardado mucho, ¿no? —me preguntó mi santa madre cuando

llegué a ella.

—Bueno, no sé. Solo he...

A decir verdad, me sorprendió bastante su acusación, pues no me la esperaba.

—Pues vamos... Hay que ir por el coche.

Arrugué el ceño sin entender absolutamente nada.

—¿A por el coche? ¿Ya? ¿Pero por qué? —repliqué algo confundida, y lo peor de todo, sin darme tiempo a preguntar quién era ese macizorro. Pintaba que el viaje iba a ser más corto de lo previsto. O eso creí—. ¿Estás segura? —insistí—. Acabamos de llegar... y yo tan siquiera he visto a...

—Pero yo, sí —no me dejó terminar la frase—. Y ya que no hemos asistido a la misa... —recordó poniendo los ojos en blanco y sintiéndose mal por ello—, deberíamos hacer algo para enmendar ese daño... Además, ha sido ella misma quien me ha pedido que, ya que hemos hecho un largo camino y hace tanto que no nos vemos, que, por favor, la acompañemos a casa. Asegura que pasar un rato entretenida le vendrá bien para hacer la vuelta algo más amena y menos dolorosa, olvidando por un momento que él, su querido marido, el pobre Antón, nunca volverá... —se abrazó a sí misma y apoyó en la mano derecha el rostro con gesto apenado, a la vez que negaba con la cabeza como si no se pudiera creer la situación—. Aunque no creo que eso vaya a ser posible... No me quiero ni imaginar si yo tuviera que...

—¡Pero si ni siquiera sabes a quién iba a mencionar ni lo que iba a decir! —me quejé molesta, cortándola ahora yo por no dejarme terminar la frase con anterioridad.

Mi madre me miró en ese momento como si estuviera viendo a una repelente niña de cinco años con una puñetera pataleta.

—¡Claro que lo sé! —me replicó. No dijo nada más, se giró toda tiesa y anduvo con paso decidido en dirección al coche—. ¡Vamos! —ordenó—. Trini va directa hacía la masía, pero le he dicho que nosotras tardaríamos un poquito más porque antes quería pasar a saludar a Jimena por la panadería.

Y así, sin más, zanjó el asunto.

«Increíble», pensé.

Mi madre era mentalista y yo me acababa de enterar (¿o es un poder que traen de serie todas las madres?) Me llevé las manos a las caderas, enarqué una ceja con cara de boba y contemplé cómo se alejaba de mí sin mirar atrás.

—Pues no veas si han ocurrido cosas en ocho minutos... —me dije, sin poder creérmelo.

Al final iba a resultar verdad eso de que había tardado demasiado en volver del baño.

Capítulo 2

Las nubes descargaron de súbito y sin miramientos. Tuvimos que correr a refugiarnos dentro de mi pequeño coche, donde unas abundantes gotas golpeaban y resbalaban por la luna delantera. Después de saludar a Jimena (la de la panadería del centro) y antes de dirigirnos a nuestro destino, decidimos que era visita obligatoria pasar por aquí: y ahora mirábamos con añoranza una pequeña y acogedora casita a dos aguas con pequeñas ventanas vestidas con preciosos geranios rojos y fucsias que daban un toque de cuento a aquel lugar. Esa casita que tantos veranos y días festivos me acogió, que siempre que surgía la oportunidad venía a pasar largas horas en compañía de un libro delante de su pequeña chimenea de piedra... o correteaba jugando junto a Daisy, la pastor alemán de mis abuelos, alrededor de su extenso campo de frutales. Y cuántos recuerdos abordaban ahora mi cabeza, y cuántos sentimientos removieron el corazón de mi madre, a punto de romper a llorar.

—¿Estás bien? —pregunté acercándome a ella y apoyando mi barbilla sobre su hombro izquierdo.

Me había quitado el cinturón de seguridad y había apagado el motor del coche.

—Sí —respondió con voz quejumbrosa, mirando por su ventanilla salpicada de gotas. Llevó su cálida mano derecha a mi mejilla sin apartar la vista de aquella bonita estampa—. ¿Y tú?

Fue entonces cuando me miró. Yo respondí asintiendo en silencio y tragando saliva para deshacer el pequeño nudo que se había creado inesperadamente en mi garganta, aguantando el tipo y que así los recuerdos no pudieran conmigo, como estaban a punto de hacer con ella.

—¿De verdad? —quiso asegurarse.

—De verdad —le aseguré.

Las dos volvimos a mirar hacia afuera al mismo tiempo (como esperando un milagro, supongo) como si, de un momento a otro, mis abuelos fueran a salir a recibirnos con los brazos abiertos y aquella amplia sonrisa de felicidad en sus

rostros, como ocurría cada vez que veían aparcar nuestro coche familiar en su pequeño jardín recubierto con suelo de grama y decorado con grandes maceteros de barro posados frente a la casa.

—Qué precioso lugar... —pensé en voz alta con melancolía.

Y, sin ser conscientes, estuvimos largo y tendido allí... en silencio, recordando y recapitulando buenos momentos con todas nuestras fuerzas, como si así pudiéramos volver atrás en el tiempo aunque tan solo fuera por un instante.

—¿Crees que deberíamos irnos ya? —pregunté al fin, y muy a mi pesar.

—Sí, creo que sí —reconoció dejando escapar un pequeño suspiro de su pecho—. Será mejor que nos vayamos antes de que salgan los dueños a preguntar qué hacemos aquí tanto rato.

—Sí, será lo mejor —susurré apenada y, lo peor de todo, sin ganas de alejarme de allí.

En ningún momento creí que me fuera a costar tanto volver a marcharme de ese lugar sabiendo que ya nadie nos esperaba, sabiendo que media vida me ataba a estas preciosas tierras donde tanta felicidad se había sembrado. Tristemente, me había olvidado del recuerdo de estas impresionantes puestas de sol en el horizonte, con sus interminables campos de viñedos a sus pies... Esa belleza tan sobrenatural con la que tan solo la naturaleza es capaz de atraparnos y sobrecoernos.

—¿Crees que habría sido posible quedárnosla nosotros? —pregunté, girando la llave y arrancando de nuevo el motor del coche para seguir nuestro camino, pues nos esperaban.

Mi madre se acomodó en su asiento y se colocó el cinturón de seguridad a la misma vez que yo.

—No. Era algo imposible... —entrelazó sus finos dedos y colocó las manos sobre su regazo—. Cuando tu abuelo, al poco de morir tu abuela, murió, tu padre y yo hablamos con la tía Encarna y la tía Teresa, y les expusimos la opción de que quizá, si se podía mantener, sería un buen lugar donde reunir a la familia de vez en cuando para mantener el recuerdo lo más vivo posible, como sé que les habría gustado a tus abuelos, pero... —pensó—. No quisieron bajo ninguna circunstancia, alegaban que para qué se iba a mantener una casa en la cual, antes o después, se tendría que acabar invirtiendo dinero cuando, si se vendía, podríamos sacar todos un pellizco por ella.

Yo resoplé al imaginarme la delicada situación, y siendo consciente de que los sentimientos y el dinero nunca serían buenos amigos. Miré por el retrovisor

izquierdo que no viniera nadie, y me volví a incorporar a la estrecha carretera para seguir nuestro camino.

—¿Crees que fue egoísta ese gesto por parte de las tías?

No sé por qué sentía curiosidad.

—No, no... No puedo juzgarlas por eso. Tenían derecho a opinar así, aunque yo no compartiera aquella idea.

—Lo sé...

—Aunque puedo asegurarte que, si tu padre y yo hubiésemos podido económicamente, les habríamos dado su parte a cada una y nos habríamos quedado nosotros con la casa. Habría estado bien tener esta casita aquí para cuando quisiéramos venir, ¿verdad? —preguntó con lo que parecía una sonrisa en los labios.

—Sí, la verdad. Ahora que lo pienso bien, habría sido algo maravilloso... —reconocí—. Y ya que ahora papá se acaba de jubilar...

—Ay... sí... —dejó salir un intenso suspiro de su pecho.

Y creo que su mente echó a volar dándole vida a aquella fantasía en su cabeza, imaginándonos a todos reunidos alrededor de la robusta mesa de roble que había fabricado mi propio abuelo con sus propias manos, sentados frente a la chimenea donde, tanto yo como mi hermana Sofía, apareceríamos con nuestros maridos y nuestros retoños correteando por allí. La imagen de una familia feliz al completo, pero aquello, solo era un sueño. Su sueño.

—¡Ay! —volvió a suspirar.

La miré cariñosamente de reojo y sonreí con ternura.

Diez minutos más en coche, a treinta kilómetros por hora (ya que por ese tipo de carreteras estrechas e irregulares no se puede correr mucho más), había cesado de llover e íbamos recordando cada casa que cruzábamos, a quién vivía ahí y asombrándonos por lo poco que había cambiado todo en el transcurso de esos largos veinte años que llevábamos desaparecidas... Y, cómo no, ya que no podía faltar en aquel hermoso itinerario, nos encontramos con aquella riera de complicado acceso, en la cual, cada vez que llovía con ganas y bajaba rebosante, nos encantaba bañarnos a Sofía y a mí.

—¡Dios mío! —exclamé abriendo los ojos de par en par por la grata sorpresa y mostrando una amplia sonrisa—. ¡No me acordaba de esta riera! —solté una carcajada al aire, como si algún divertido y retorcido recuerdo hubiese aterrizado en mi mente.

¡Y qué recuerdos!

—Pues ya es difícil que no la recuerdes... —sonrió también mi madre, observando y disfrutando de todos los matices de aquel hermoso paisaje repleto de viñedos, con algún ciprés por aquí y por allá y salpicado de fondo con sus majestuosos pinos de tronco macizo y corteza grisácea, tan típicos del mediterráneo—... Cada vez que llevaba un palmo de agua, fuera invierno o verano, estabais las dos aquí metidas... Y, cómo no, a los dos días, ¡resfriadas!

—¡Sí, es cierto! Pero no sé porque esta parte de aquí se había borrado completamente de mi mente...

«Qué pena», pensé realmente disgustada por dejar que eso ocurriera.

Reduje la velocidad del coche, cautivada por lo que nos rodeaba, observando a nuestro alrededor de la misma forma en que si lo hubiera descubierto por primera vez, pero no era así, ni muy de lejos. Paramos frente a la riera exhibiendo respeto, escrutando y tanteando el terreno, hasta tener claro por dónde cruzar para no llegar a tocar con el bajo de mi deportivo, ya que la dichosa riera se las traía.

—Vaya... parece que la hayan acondicionado un poco para el paso, pero... no sé si sería capaz de cruzarla a diario con un coche como este.

Mi madre alargó el cuello y observó por donde no alcanzaba mi vista, guiándome para no golpear con ninguna de las rocas (de considerables dimensiones), las cuales estaban colocadas estratégicamente para marcar el paso y frenar, en la medida de lo posible, la arremetida del agua contra el vehículo (si es que por una de esas te sorprendía cruzando) en caso de una tromba de agua, cosa que había ocurrido alguna que otra vez, aunque parezca difícil de creer, porque esa misma riera la habíamos visto llena hasta diferentes alturas, como por ejemplo, desde «Ah, si solo lleva un palmo de agua, puedo cruzar...» hasta «¡La hostia! Si baja llena hasta los topes...», pasando por «¿Qué hago? Lleva algo de agua..., ¿me arriesgo y cruzo o me entrará agua en el motor y gripará el puñetero coche?».

—Y eso que viene vacía y no pasa agua... —advirtió mi santa madre, como si aquello hubiera sido un problema, un verdadero problemón.

—¡Uff! Si hubiese pasado agua, no habríamos podido cruzar, mamá...

Me miró e hizo una mueca sabiendo que aquello era cierto. Que mi precioso coche era fabuloso, pero no estaba pensado para lugares tan rurales como ese, y su escasa altura no daba mucho margen que digamos. Pero al final, cómo no, cruzamos; que, a decir verdad, tampoco había sido para tanto, pero el miedo a

poder rayar o golpear mi coche nuevo (bueno, seminuevo, ya que hacía año y medio que lo tenía, inevitable e inconscientemente, me hicieron torpe en ese momento.

—Muy bien, pequeño... —bromeé acariciando con la mano el salpicadero un par de veces—. Lo has hecho muy bien... —lo felicité igual que si fuera mi pequeño cachorro y hubiera hecho el pipí donde tocaba.

¡Qué imaginación la mía!

Mi madre me miraba de soslayo y se reía. ¿Y qué puedo decir? Me encantan los coches y adoro a mi pequeño bombón de envoltorio de color rojo.

Aceleré de nuevo, a veintitrés kilómetros por hora, vamos, lo que viene siendo a fondo..., como me gustaba ir a mí (sarcasmo). Y, tras unos cuantos baches más y un par de curvas cerradas por un camino pecuario de extensa vegetación de un intenso verde a los lados, pudimos ver a lo lejos, en lo alto, la impresionante masía familiar típica catalana en todo su esplendor en plena naturaleza. Contemplé aquella construcción de 1891, de más de veinte hectáreas de viñedos, las cuales daban nombre a sus reconocidas bodegas: Bodegas Bellaterra.

¡Guau!

—Es más bonita de lo que mi mente recordaba... —me quedé pasmada; parecía la pintura de un precioso cuadro sobre un inmenso lienzo.

Se podía adivinar que, en todos estos años de ausencia por nuestra parte, había sido restaurada a conciencia: unas reformas hechas con tanto cuidado y tanta exquisitez que hacían resaltar todavía más las partes originales y centenarias de la antigua construcción, sobre todo, respetándolas.

—Siempre ha sido tan bonita, con esas arcadas, esos techos tan altos y esas paredes de piedra natural que le dan un aire tan majestuoso...

Las dos nos quedamos anonadadas con lo que, cada vez más cerca, se mostraba frente a nosotras al final de aquel largo camino de entrada a la finca, el cual hacía de separación entre dos espesos campos de viñedos a lado y lado, cuidados tan minuciosa y meticulosamente que daba hasta miedo mirarlos por si al hacerlo se pudieran marchitar. Parecía un precioso y extenso jardín a sus pies.

—¿Tú la recordabas así...? —quise saber para ver si, por un momento, era mi propia mente la que me fallaba.

—No... Bueno, sí... La recordaba bonita, pero está mucho más hermosa, la verdad...

Y, no sé por qué, me sentí como en casa. Como si esos veinte años todavía

estuvieran por llegar. Me vi por un momento subida a mi gran bicicleta lila, acelerando y pedaleando a más no poder, para seguir el ritmo de Hugo, que abría camino delante.

«Qué tierna infancia».

—Cierto, se ve realmente hermosa... —dije convencida de mis propias palabras.

Poco después paramos frente a ella, aparcamos en batería en un lateral del gran *parking* recubierto de grava, el cual tenía una pequeña glorieta en el centro con una fuente de piedra reinando en el medio, repleta de flores de colores vivos.

—Esto no estaba antes, ¿verdad? —quise asegurarme mientras miraba esa gran zona de aparcamiento tan bonita, cuidada con tanta exquisitez.

—Creo que no... —confesó mi madre haciendo una graciosa mueca con los labios.

Yo sonreí, apagué el motor del coche, y bajamos las dos a la vez abstraídas con todo lo que nos rodeaba. Pude notar cómo mis tacones se clavaban y me tambaleaba al pisar fuerte sobre aquel suelo irregular lleno de piedrecitas, ahora moteadas por las gotas que volvían a caer.

—Vaya, otra vez vuelve a llover... —avisé y aceleré el paso detrás de mi madre, que ya había enfilado el paso hacia la entrada.

—Sí, y parece que va a ir a más... —advirtió mirando al cielo—. Mira qué nubarrones más negros se acercan por ahí... —señaló con el dedo.

Alcé la vista yo también para comprobar que aquello era cierto. Y así era. Pintaba que iba a caer la de Dios.

—¡Rápido! ¡Venid! —se escuchó la voz de una mujer—. Os vais a mojar...

Miramos en dirección a la casa, sorprendidas por aquella voz, y observamos que, a varios metros de nosotras, debajo de un pequeño tejadillo abovedado con gruesas vigas de madera, había una mujer bajita y regordeta de rostro gratamente familiar sacudiendo sus pequeñas manos en el aire.

«No me lo puedo creer, ¿es ella?», pregunté a mi subconsciente, que se encontraba aplaudiendo de la emoción.

Y, sin darme cuenta de que lo hacía, sonreí. No pude evitar que un sentimiento de afecto se apoderara de mi cuerpo y mi mente.

—Sí, es ella... —confirmé en silencio.

Mi madre fue la primera en llegar para echarse a sus brazos y abrazarla, pues esa era la ventaja de no llevar falda de tubo e impresionantes zapatos de tacón. Vi cómo se saludaban y se apretaban con ganas, mirándose una y otra vez sin

poder creérselo, y mi reacción al verlas... fue sonreír de felicidad.

—¡Dios mío, cuánto tiempo! —se quejaron las dos a la vez.

—Pensaba que ya no volvería a veros... —reconoció la mujer con profundo pesar en la voz.

—¡No me lo puedo creer!

Y después de unos cuantos besos y estrujones más, se soltaron. Yo esperaba mi turno detrás con ganas, ansiosa, porque esa buena mujer que tantas y tantas meriendas nos había preparado a Hugo, a Sofía y a mí me estrechara entre sus brazos, y casi me ahogara de un estrujón, que me llenara de ese amor sincero e incondicional que yo ahora recordaba, pero que tan desgraciadamente había permitido que se esfumara en mi mente. Me sentí culpable por aquello.

—Claudia... mi pequeña Claudia, ¡ven aquí! —pidió abriendo sus cortos brazos de par en par para que me cobijara entre ellos, como tantas y tantas veces había hecho hasta que cumplí los trece y nos tuvimos que marchar—. ¡Por favor, pero qué mujer más hermosa te has hecho!

—¡Choni! —Su verdadero nombre era Asunción, pero los que éramos como de la familia siempre la habíamos llamado Choni de forma cariñosa. La abracé con todas mis fuerzas.

Y ahí estaba: esa refrescante fragancia con aroma a agua de lavanda, a suavizante y a ropa limpia recién planchada, a comida casera recién hecha, pero, sobre todo, a hogar. Ese olor entró por mis fosas nasales inundando mis recuerdos de amor y ternura. Era ella, era mi Choni.

—Déjame que te vea... —me pidió aguantando un sollozo.

Me separé de ella, pero nuestras manos permanecieron en todo momento agarradas con fuerza como si no se quisieran soltar jamás, y me miró con los ojos brillantes y vidriosos ante la más que atenta mirada de mi madre, que nos observaba a un lado.

—Elvira, ¿qué le has dado a esta niña para que se ponga así de guapa? —Las tres nos echamos a reír—. Siempre has sido una niña preciosa y encantadora, pero... ahora eres una impresionante mujer.

«Amor de (casi) madre».

—Vale ya, Choni, no exageres... —pedí sonrojándome—. Todos sabemos que lo dices por lo mucho que me quieres.

—Que te quiero es evidente... —confesó—. Pero tu madre bien sabe que no estoy mintiendo ¿a que sí?

—¡Por supuesto que sí! —confirmó la otra, mirándome también con excesiva

adoración.

«¡Vaya dos!».

—¡Claro, que va a decir ella! —protesté, modesta.

—Seguro que ya tienes hasta novio y todo... ¿A que no me equivoco?
—preguntó Choni, como si fuera algo imposible y siguiera siendo aquella niña de trece años que cada dos por tres se caía y se rascaba las rodillas.

Su pregunta me hizo gracia.

—¡Uy! Si se nos ha prometido y todo... —la informó mi querida madre agarrándola con amor por el brazo.

Capítulo 3

Al fin cruzamos el umbral después de recibir ese cálido e inesperado recibimiento. Choni cerró acto seguido la pesada puerta de madera noble en arco detrás de nosotras tras entrar en el amplio descansillo de impresionantes techos altos, también abovedado y con vigas vistas de madera, donde tuve la extraña sensación de que nada había cambiado. Para mi sorpresa, todo parecía igual a como lo vi por última vez, hacía, ni más ni menos, que veinte largos años: con aquellas fabulosas paredes de piedra redonda con detalles pintados en cal; con aquel bufete de antaño que hacía de servicio para dejar las llaves y con aquel precioso jarrón de fina porcelana que lo vestía con unas bonitas flores silvestres ambientando el lugar, y sobre el cual colgaba, en la pared, un buen puñado de llaves antiguas de hierro dulce; con el suelo revestido de un basto y típico gres catalán descascarillado por el paso de los años y, en esa ocasión, por el paso de los siglos; y con un incómodo, pero encantador sofá de dos plazas en madera de nogal tapizado de un intenso color verde inglés, donde la madre de Hugo, o la mismísima Choni, nos obligaban a sentarnos cada vez que entrábamos con los pies manchados o recubiertos de fango por corretear entre las viñas para cambiarnos de calzado. Y, sin poder evitarlo... de un plumazo, la nostalgia se apoderó de mí.

—Bueno, decidme... ¿qué tal estáis? —quiso saber Choni, la cual se encontraba entre nosotras dos agarrándonos por la cintura.

—Muy bien, la verdad... —la informó mi madre—. Cierto es que con el puñado de años que tenemos ya, no nos podemos quejar... —bromeó.

—¡Uh! ¡Esta! —exclamó Choni con esa gracia tan suya—. Si tú tienes un puñado de años, entonces, ¿cuántos tengo yo?

Las miré de soslayo y las tres sonreímos. Caminábamos a paso lento por un largo pasillo sin ningún tipo de detalle, exceptuando por una alfombra de grandes rombos en tonos burdeos que se extendía a lo largo de él, y alguna pequeña luz redonda (tipo ojo de buey) encastrada en el mismo suelo y enfocada a propósito para que su reflejo rebotara contra la impresionante pared de piedra.

—Vamos, tampoco eres tan mayor... —comentó mi madre.

—Con setenta y cinco años, ¿tú crees que no soy mayor? —le contradijo la voz de Choni en la lejanía.

Sin darme cuenta de que lo hacía, me evadí. Aunque las estuviera oyendo hablar y Choni siguiera con su brazo alrededor de mi cintura, yo me había marchado... estaba en otro lugar. Cuando llegamos a la gran terraza, que, por lo visto, ahora hacía el servicio de comedor de verano al estar cerrada con unas grandiosas cristaleras de aluminio imitando a la madera, sentí que volvía a tener trece años. Trece años... ¡cuánto había llovido desde entonces! Se acababa de abrir la caja de Pandora de mis recuerdos. Inevitablemente, me perdí en ellos. Me acerqué a las vidrieras y me abstraí observando aquellas preciosas vistas que se mostraban frente a mí con la espléndida vid a punto de recogerse, y su reseca y pedrosa tierra rendida a sus pies haciendo de manto. Y, por eso mismo, ni tan siquiera me di cuenta de que la figura de una mujer se acercaba hasta mí. Estaba tan absorta con todo lo de mi alrededor que casi me sobresalté cuando su mano se posó en mi antebrazo con delicadeza y con cautela.

—Claudia... —escuché mi nombre en un susurro.

Reaccioné. Ladeé el rostro hacia mi izquierda y me encontré de frente con unos ojos hundidos, llorosos y enrojecidos... apagados, con unas acentuadas arrugas en el contorno de tanto llorar estos últimos días. Pero aquella mujer sonreía al mirarme haciendo un gran sobre esfuerzo por aguantar entera, como si, después de veinte años, se volviera a reencontrar con una querida hija que regresa.

—Trini...

La madre de Hugo se encontraba frente a mí aguantando el tipo como una auténtica luchadora. La abracé sin pensar y la pilló tan desprevenida que tardó unos segundos en devolvérmelo, pero, en cuanto lo hizo, me apretó con más fuerzas de las que en realidad le quedaban. Y, no sé por qué, tuve que aguantarme con todas mis fuerzas por no ser yo la que se desmoronara y se echara a llorar.

—¡Dios mío, Claudia! ¡Cuántos años! —su voz sonaba quebrada, de la misma forma en que se debía de encontrar su corazón.

—Trini, lo siento muchísimo. Siento muchísimo lo de Antón... —admití.

Nos miramos a los ojos para encontrarnos, permaneciendo todavía abrazadas.

—¡Pero, por Dios! ¿Cómo estás tan guapa? —soltó de repente para mi sorpresa, intentando con mucho esfuerzo dibujar una sonrisa en sus labios para

evitar que unas lágrimas rebosaran.

Le devolví la sonrisa más cálida que pude.

—¿Cómo estás? —pregunté a sabiendas de la respuesta.

Porque aquello era fácil adivinarlo. El dolor y la tristeza por haber perdido a su marido de la noche a la mañana, con el que llevaba casi cincuenta años felizmente casada, era tangible en el ambiente. Ella solo asintió a mi pregunta y añadió:

—Gracias por haber venido, Claudia... Sé que tenéis un buen trozo...

—No las tienes que dar, Trini, por favor... —Apreté su mano que descansaba entre las mías—. Es triste lo que voy a decir pero, ahora que estoy aquí, me doy cuenta de lo que duele no haber venido durante todos estos años... —me confesé.

Y no sé si así fue o, por lo menos, eso quiero pensar, pero creo que escuchar aquellas palabras saliendo de mis labios le proporcionaron un ápice de felicidad en aquel triste momento.

—Trini... —Mi madre se acercó a nosotras—. ¿Cómo te encuentras?

La pobre mujer agarró con afecto por el brazo a mi madre antes de responder:

—Ahora que estáis aquí, un poquito mejor...

Se volvieron a abrazar porque, por lo visto, unas horas antes en el tanatorio, mientras yo estaba en el (dichoso) baño, ellas se habían visto y hablado, y mi madre, dado el pésame. Pero, ahora, después de pasar taaantos años sin estar en contacto, sentían la necesidad de demostrarse el verdadero aprecio que se tenían (al margen de lo que nos había traído aquí).

—Sentaos, por favor... —nos señaló con la mano un mullido sofá esquinero de color chocolate de lo más cómodo, que había al fondo de la espaciosa terraza, la misma que ahora permanecía cerrada por la tormenta que comenzaba a apretar de nuevo—. ¿Qué queréis tomar? ¿Agua, café, zumo...?

—Yo agua, por favor... —pedí sentándome con timidez en una punta del sofá.

—Si, yo un vasito de agua también...

Mi madre se sentó al lado de Trini.

—¿Agua? —preguntó la viuda, casi indignada con nuestra modestia—. ¿Cómo vais a...?

—Trini...

Nos giramos de repente las tres a la vez hacia Choni, que permanencia de pie.

—¿Sí?

—¿Sabéis la hora que es?

Al mismo tiempo, todas y con un movimiento de muñeca, miramos nuestros relojes de pulsera.

—¡Vaya! —se sorprendió Trini.

—¿Mi reloj va bien? —Más sorprendida aún, mi madre alargó el cuello para asegurarse de la hora en mi reloj.

—¿Las cuatro y media? —pregunté y respondí yo al mismo tiempo, poniendo cara de verdadera sorpresa.

Choni asintió con la cabeza en silencio, delante de nosotras. Estaba claro que para todas, en un sentido u en otro, el tiempo se había detenido.

—¿No creéis que será mejor que os sirva algo de comer? —nos ofreció, sabiendo que nos haría más bien que mal.

Las tres nos miramos, dubitativas.

—Bueno, yo, en realidad, y como os imaginaréis... no tengo nada de hambre que digamos —puso cara de circunstancia, y después reparó en algo: —. Pero, vosotras, además de no haber comido nada, lleváis un viaje a vuestras espaldas, así que, ¿no creéis que es hora de dar un bocado? —comentó la buena de Trini.

—No, no... Tranquilas, de verdad... No os molestéis, si nosotras en breve... —comencé a decir yo hasta que alguien me cortó con una frase rebotante de amor:

—He cocinado lasaña de berenjena... —nos informó Choni; bueno, más bien, me informó a mí en cuestión.

Y una cosa estaba clara, y era que la había cocinado exclusivamente por y para mí.

—¿Sí? —quise asegurarme comenzando a salivar sin darme cuenta de que lo hacía.

Asintió con la cabeza un par de veces en silencio. Me la quedé mirando, vi cómo se sonreía y... lo siento, pero no me pude aguantar. Con total seguridad, en cuanto se enteró de que vendríamos para aquí a hacer compañía a Trini, le faltó tiempo para ponerse a cocinarla.

—¿Lasaña de berenjenas? ¿Tu lasaña de berenjenas? —pregunté mordiéndome ahora el labio inferior.

«Mmm... ¡Pero cómo me conoce la puñetera!».

—¿Recuerdo que era tu plato preferido? —casi confirmó con aquella pregunta, la cual no necesitaba de una respuesta por mi parte para confirmar sus creencias—. ¿O me equivoco?

¡Por descontado que no se equivocaba!

Me levanté de un salto para abalanzarme sobre ella y la abracé; bueno, en realidad la estrujé, y quizá no era momento de demostrar tanto entusiasmo, pero era lo que sentía, lo que necesitaba, lo que me provocaba el calor de aquel hogar al margen de la intensa tristeza que también sentía por la repentina muerte del pobre Antón.

—¡Dios mío, hija, qué fuerza tienes! —Choni me devolvió agradecida el abrazo con todo su amor.

Mi madre y Trini nos miraban, y creo que hasta sonreían por el infantil numerito que estaba regalándoles.

—Entonces, ¿os quedáis a comer? —quiso saber Trini, la cual necesitaba más que yo un buen plato de comida caliente.

Miré a mi madre buscando su aprobación, pero esta evadió responsabilidades.

—Yo lo que diga Claudia... A fin de cuentas, es ella la que conduce... —me pasó el balón, me dejó a mí el compromiso de decidir, pero creo que todas sabíamos de sobras cuál iba a ser mi decisión. No iba a pasar nada por quedarnos un ratito más..., ¿no?

«O... ¿quizá sí?»

Yo hice un gesto de hombros convencida de cumplir con mi cometido, me volví hacia Choni, la cual todavía me tenía agarrada por la cintura, y confirmé con una pregunta:

—¿Puedo acompañarte a la cocina a por esa deliciosa lasaña? —puse cara de no haber roto nunca un plato.

Y, como era de esperar, la hice la mujer más feliz del mundo mundial.

Antes de entrar en la amplia cocina, la cual estaba equipada perfectamente con millones de utensilios para cocinar riquísimos platos (incluyendo un antiguo y peculiar horno de leña), ya olía a gloria. Reconocer que entrar en ese lugar me devolvió a mis tiempos más felices. Tenía una sensación en el estómago que no creía que se pudiera padecer, pues nunca había experimentado tanta añoranza por un sitio hasta mi llegada allí. Por un momento, casi me sentí hasta mal por tanta felicidad al recordar el motivo de mi regreso. La muerte de Antón había sido un duro golpe para esta familia tan unida, aquel buen hombre que, siempre que te veía, lo primero que hacía era regalarte la mejor de sus sonrisas por muy mal día que tuviera; siempre dispuesto a ayudar a los demás, fueran cuales fueran sus problemas, y, por eso mismo, se le quería tantísimo aquí. Antón

Bellaterra siempre quedaría en el recuerdo.

—¡Claudia, Claudia! —la dulce voz de Choni a mis espaldas me sorprendió y me devolvió al lugar.

—¿Sí? —di un pequeño respingo.

En un acto reflejo y, como si me quemara entre las manos, devolví a su sitio aquel pequeño elefante azul de arcilla de aspecto débil y agrietado. La mujer, con la mirada más que fija en él, se acercó hasta donde yo estaba, alargó el brazo y lo cogió con sumo cuidado de la repisa donde lo acababa de depositar. Ese elefante, por el cual, nada más verlo, sentí un irremediable impulso de acariciar..., el mismo que, para mi grata sorpresa después de veinte años..., seguía en el mismo privilegiado rincón.

—¿Lo recuerdas? —preguntó acariciando con un dedo su pequeña trompa que apuntaba hacia arriba.

Lo observé por un segundo con detenimiento y en silencio, con suma ternura.

—Sí... —aseguré torciendo una fugaz sonrisa—. Por desgracia, no me había vuelto a acordar de él hasta este momento... —tuve que confesar.

Choni me acarició con cariño el mentón de la misma forma que si fuera una niña.

—Vaya berrinche cogiste cuando Hugo lo rompió... —recordó.

Mi sonrisa se ensanchó ahora a la fuerza al recordar aquel día.

—Berrinche fue poco... —reconocí, algo avergonzada—. ¡Lo rompió en mil pedazos! —lo acusé con debilidad.

—Tienes razón... Pero después estuvo toda la tarde aquí sentado... —señaló con un movimiento de cabeza la amplia mesa de madera y su banco esquinero a conjunto, donde cada tarde nos sentábamos a merendar—, ...pegando todos y cada uno de los trocitos por lo culpable y arrepentido que se sentía con lo que te había hecho...

—Sí, lo sé... —reconocí en un susurro, dejando escapar un pequeño suspiro de entre mis labios.

Bajé la vista hacia aquel frágil elefante azul que sostenía Choni entre sus manos, recordando de nuevo el momento en que, por una tonta pelea de críos, Hugo lo lanzó contra el suelo, cargado de rabia e impotencia, con intención de vengarse de mí por algún estúpido motivo que carecía de importancia. Y justo cuando mis ojos verdes de aspecto felino vieron cómo se estrellaba contra el suelo (el regalo de cumpleaños que yo misma le había hecho con mis propias manos y con todo mi cariño), rompí en llanto maldiciéndolo una y otra vez.

Estuvimos dos días sin hablarnos y sin vernos aunque no aguantamos ni un minuto más separados.

—Mmm... ¡Cómo huele de bien, Choni! Dime que me has hecho lasaña de berenjenas para comer, por favor... Porque la necesito... —se escuchó una cálida voz masculina entrando por la cocina.

Y nuestros ojos impactaron de pleno del mismo modo en que si hubieran apuntado y acertado en una diana imposible.

«No puede ser, ¿es él?», nos preguntamos al mismo tiempo mi subconsciente y yo, sorprendidos.

El joven se quedó petrificado en el arco de la puerta y sin atreverse a entrar, con una expresión en el rostro que no sabría muy bien cómo definir, pero, sobre todo, vi que se quedó sin poder reaccionar, como si sus ojos no dieran crédito a lo que estaban viendo, como si no se creyeran que me estaban viendo de verdad, después de veinte larguísimos años. Y, sorprendentemente, a mí me ocurrió lo mismo con él, porque no parecía para nada aquel niño seco y esmirriado, con la cabeza más grande de lo normal por culpa de su pelo rizado y alborotado, que vi por última vez. Ahora ese niño se mostraba frente a mí hecho todo un hombre, un apuesto y fornido hombre.

—Lo siento, Hugo, pero la lasaña es para Claudia... —bromeó Choni con una inocente sonrisa en los labios.

Capítulo 4

—**E**ntra, hombre... No te quedes ahí parado... No mordemos ninguna de las dos —Fue la frase que Choni pronunció segundos después la que nos hizo regresar de donde fuera que estuviéramos en nuestros pensamientos.

Vete tú a saber de dónde, porque en esa cocina solo estábamos en cuerpo presente tanto él como yo... El alma, de forma repentina y por sorpresa, había desaparecido y echado a volar. Parpadeamos casi al mismo tiempo y reaccionamos con un halo de vergüenza sobrevolando nuestras cabezas.

—Hola... —se atrevió a saludar entonces Hugo, dando unos tímidos pasitos hacia donde yo estaba.

Tragué saliva sin perderlo de vista.

—Hola... —le devolví el saludo con una discreta sonrisa asomando en los labios.

Se acercó un poco más a mí, con excesiva cautela, dudando sobre qué hacer qué no... Y reconozco que yo tampoco lo tenía del todo claro porque sentía una extraña sensación de vergüenza en el cuerpo que me nublaba hasta la mente y, si tengo que ser sincera, hasta por un instante temí, después de tantos años, reaccionar de un modo que no debiera. ¡Qué tontería!, ¿verdad?

—¡Vaya! Cualquiera diría que os acabáis de conocer... —intervino Choni, escrutándonos con cara de curiosidad.

Y fue entonces cuando los dos sonreímos de forma abierta y nerviosa al escuchar aquella verdad. Yo hice el amago de ir a darle dos besos..., él fue a darme un abrazo... Y, al final, hicimos de todo menos tocarnos...

«Joder, Claudia, pareces boba», me dije.

Pero, después de todo, conseguimos centrarnos, dejamos la timidez a un lado, y nos dimos (por fin) dos cariñosos y cálidos besos como saludo. Porque eso es lo que hacen los amigos, ¿no?

Debo reconocer que el estómago se me contrajo y el corazón me dio un vuelco por la emoción. Aunque el hombre que tenía delante era físicamente desconocido para mí, aquellos ojos vivos, hermosos de verdad y ahora apagados

por la triste situación, no mentían. Era él. Ese niño que tantas rabietas me hacía coger, que tantas risas me arrancaba con sus dichosas tonterías, ese niño (tres años más pequeño que yo) al cual había tenido que hacer en diversas ocasiones de niñera. Aunque luego, aun y siendo yo mayor, lo que menos hacía era obedecerme.

¡Puñetero chiquillo!

—Hugo, siento muchísimo lo de tu padre, de verdad... Lo siento.

—Gracias, Claudia... Lo sé... Sé que lo sientes... —tragó saliva poco a poco al reconocer aquello.

Se llevó las manos a los bolsillos de aquel carísimo pantalón de traje de corte italiano de color antracita, el cual le quedaba como un guante de bien al jodido condenado, mientras que la camisa negra y entallada resaltaba el color pardo de sus ojos (ahora ensombrecidos por unas grises ojeras de agotamiento), y su increíble mata de pelo castaño ondeaba hacia detrás dando un toque elegante y seductor a su planta. Llevaba las mangas arremangadas hasta los codos, dejando a la vista unos antebrazos trabajados y duros, además de recubiertos por un vello oscuro. Una barba de varios días, algo dejada y descuidada, le hacía aparentar más mayor de lo que en verdad era.

—He visto a tu madre... —añadí señalando hacia la terraza con un gesto de cabeza—. ¿Cómo está? —pregunté aun sabiendo la respuesta, cruzándome de brazos frente a él para mostrar interés.

—Bueno..., todo lo bien que se puede estar después de encontrarte a tu marido muerto en la cama por una inesperada parada cardíaca... —Tensó la mandíbula, hinchando el pecho debajo de aquella fina y delicada camisa de algodón que le quedaba como una segunda piel, bajo la cual varios músculos se remarcaban en un sugerente relieve, a la vez que dejaba salir un intenso suspiro de desasosiego.

Y juro... juro por lo que más quiero... que me cabré muy mucho conmigo misma en ese instante por casi ni escuchar lo que me estaba diciendo y tan solo poder pensar en abrirle aquella maldita camisa de un tirón, haciendo saltar por los aires los diminutos botones de nácar.

«¡Claudia, coño! ¡¿Pero qué te pasa?!»

¡Qué jodida mala persona me sentí! Me fustigué mentalmente varias veces con ahínco como castigo.

—Dios, no me lo quiero ni imaginar... —fue lo único que conseguí decir negando con la cabeza y alzando de nuevo la mirada hacia su rostro.

«¡Joder, pero qué mala persona que soy!» me recrimine en silencio, «¡Pero por Dios, que es Hugo!»

—Sí, ha sido un golpe muy duro para todos... —reconoció—. Porque parece que, cuando ya sabes que alguien está enfermo o que le queda poco tiempo de vida..., aunque sea igual de doloroso, sin querer te vas haciendo a la idea de que, quizás, pronto llegará el día y el momento... pero, esto... —volvió a suspirar negando con la cabeza—...esto nadie se lo habría imaginado...

—Sí, tienes razón... Porque, además, él se encontraba bien de salud, ¿verdad?

—Sí, sí... bueno, todo lo bien que un hombre de sesenta y siete años puede estar después de toda una vida de duro trabajo y sacrificios por su familia...

—Sí, lo sé... Sé que el vivía por y para su familia... Para que nunca os faltara de nada... —ahora fui yo la que dejé escapar un suspiro de mi pecho porque sabía que no había verdad más grande que aquella—. Bueno, está todavía muy reciente... pero conozco a tu madre: sé que es fuerte y lo superará...

—Sí...

—Con tu ayuda... Los dos lo superaréis, ya lo verás... —le mostré una débil sonrisa con intención de reconfortarlo de algún modo.

Hugo me miró con fijación a los ojos, enarcó la ceja derecha en un gesto como si algo cruzara por su mente, supongo que recordando algo (algo que ya sabía o que tenía muy presente), asintió con sutileza con la cabeza y una fugaz sonrisa apareció en sus labios. Creo, y aún no sé por qué.

—Gracias por haber venido y estar aquí en este momento, Claudia. Me alegro muchísimo de verte de nuevo...

—Y yo... —aseguré de verdad, verdad de la buena.

—Ni te imaginas cuánto... —delató en un susurro.

Cuando nos quisimos dar cuenta, ya estábamos abrazados, fundidos en un repentino y cálido abrazo, de esos que te llenan por dentro y que no te das cuenta de que los necesitas hasta que alguien te los da sin avisar. Y Choni nos miraba a un lado en silencio... feliz. Feliz de ver a sus dos chiquillos juntos de nuevo. Y fue entonces cuando una frase nos hizo volver a la realidad.

—Niños, la lasaña se enfría...

Separamos nuestros cuerpos mirándonos con intensidad a los ojos, casi avergonzados por aquella inesperada reacción, y, cuando nos dimos cuenta, Choni sostenía con dos manoplas la pesada fuente de cristal con aquella exquisita y deliciosa lasaña que olía de vicio. Hugo, todo un caballero, con

presura cogió dos trapos de cocina, que se encontraban doblados sobre la gruesa encimera de haya para que así esta pudiera soltar la abrasadora fuente sin quemarse.

Nos encontrábamos sentados los cinco alrededor de la espectacular y gran mesa de cristal rectangular, la cual presidía la enorme terraza acristalada, que, como antes he comentado, hacía de precioso y acogedor comedor de verano al estar cerrada. Y ya sé que ahora mismo estaréis pensando en que cada vez que doy detalles sobre algo referente al lugar siempre utilizo los adjetivos «grande» o «grandioso» entre otros, pero es que, en una masía de casi setecientos metros cuadrados (ojo al dato), con capilla incluida para más información, resulta que casi todo es grande, amplio y voluminoso. A los diez minutos de que Choni hubiera servido su sabroso manjar, los platos ya estaban vacíos, limpios y casi relamidos, menos (como era de esperar) el de Trini, que admitía que no tenía hambre, ni mucho menos, ganas de comer, pero que, si había hecho el gran esfuerzo por dar un bocado, había sido tan solo por acompañarnos y no hacernos el feo. ¡Pobre mujer! Era un trozo de pan.

—Madre mía, ¿es que no va a dejar de llover ya por hoy? —preguntó mi madre mirando hacia afuera, sentada a la izquierda de Trini, que encabezaba la mesa.

—Uy, así llevamos ya dos días... —nos informó Choni, sentada a mi izquierda, frente a mi madre.

—Sí, ya empieza a ser demasiado... —se quejó Trini, no sé si refiriéndose a lo engorroso que le resultaba, a la posibilidad de que fuera perjudicial para la vendimia, o para su estado de ánimo, que es lo que creo yo.

Y, aunque tan solo fuera por entrar en la conversación, intervine:

—Y, ¿eso no perjudica la cosecha? —dejé la pregunta en el aire, revoloteando—. Me refiero a la fronda... o a la propia uva... —pregunté por un exceso de ignorancia, puesto que era algo que se me escapada de las manos al ser un tema que consideraba verdaderamente complejo.

—Bueno... siempre que no llueva en exceso y con violencia... —me aclaró Hugo, sentado frente a mí.

Nos miramos unos segundos, pero sin aguantarnos la mirada, cogí mi copa de agua, la acerqué a mis labios y di un pequeño sorbo.

—Es una verdadera pena que no te guste el vino... —comentó este deliberadamente, sin venir al caso, cosa que me sorprendió.

Lo miré ahora con más detenimiento, intentando adivinar a dónde quería llegar (porque algo pretendía), y vi cómo arrugaba la servilleta de tela y la soltaba sobre la mesa como si tal cosa.

¿De dónde había sacado aquella conclusión? Devolví la copa de agua al sitio, apoyé los codos sobre la mesa y entrelacé los dedos antes de dirigirme a él.

—Claro que me gusta el vino... ¿Quién te ha dicho que no? —pregunté arrugando el ceño.

Pensó algo antes de contestar.

—Ah, ¿sí? —Se irguió en su silla.

—Por supuesto que sí...

Y añadió:

—Pues entonces es una lástima que ni tan siquiera lo quieras probar...

Lo dijo en un tono especial, o esa fue mi sensación.

—No es que no quiera probarlo, es que...

—Ya... —dejó caer con desgana.

No me dejó terminar la frase e imitó mi gesto apoyando los codos sobre el mantel. Y hasta igual fue paranoia mía..., que también puede ser, pero, no sé por qué, aquello me sonó a uno de sus dichosos y divertidos retos: ¿A que no te atreves a...? ¿A que no eres capaz de...? Y fue entonces cuando la preciosa mirada de Hugo se intensificó desafiándome, como supe desde el principio... Supongo que con intención de comprobar que seguía siendo yo, la misma a la que le chiflaban los retos y los desafíos imposibles.

«¡Será mamón!».

Cogió con un cuidado exquisito el tallo de su copa de vino blanco (de cosecha propia, por supuesto), se acercó el finísimo borde del balón a los labios y, justo cuando se disponía a beber, alargué el brazo y se la arrebaté de la mano, vaciando en mi garganta de un trago aquel riquísimo brebaje de afrutado sabor.

—¿¡Pero qué...!?! —se quejó Hugo fingiendo estar escandalizado—. ¡Vaya!

Su hermosa cara no tenía desperdicio. Me miró con intensidad a los ojos y no se pudo aguantar una carcajada en el aire.

Cuando me di cuenta, el resto de la mesa también me miraba, atentas y sorprendidas, estallando después a reír por mi sorprendente reacción, incluida Trini, que, por lo que parecía, era exactamente lo que necesitaba en ese momento, una distracción. Se acababan de dar cuenta de que no habíamos cambiado tanto como parecía, de que seguíamos siendo esos traviosos niños revoltosos que se retaban por todo y a todas horas, pero con veinte años más. Yo

creo que hasta me puse colorada ante la más que atenta mirada de un Hugo en silencio delante de mí. Y una cosa estaba clara: ya había comprobado lo que quería comprobar.

—Bueno, aunque sean casi las seis de la tarde, ¿quién va a querer postre? —preguntó, Choni, levantándose de la mesa para retirar los platos de allí—. Hay tarta de limón... —nos informó.

¡Y Dios, cómo echaba de menos sus ricas comidas y sus exquisitos postres!

Era una diosa en la cocina, una perfecta hada madrina. Y por eso mismo llevaba toda la vida allí, como una más de la familia. Aun teniendo edad de jubilarse, había renunciado a hacerlo porque aquello era su vida; ellos... eran su vida. Desgraciadamente, su querido marido había muerto en un accidente de coche al poco tiempo de casarse, y ella no había vuelto a regalar su corazón a ningún hombre más. Aseguraba que Eduardo se lo había llevado con él y tenía claro que, hasta el día en que muriese, lo dedicaría todo a esa familia a la que tanto amaba; en especial, a su pequeño Hugo, lo más parecido a un hijo para ella.

—Espera, Choni: yo te ayudo... —me ofrecí gustosa.

Me levanté al tiempo que cogía mi plato junto a los cubiertos. Alargué el brazo, sin ser capaz de mirarlo (aún no sé por qué), para coger el plato de Hugo y también llevarlo hacia la cocina, pero, con asombrosa rapidez, posó su mano sobre la mía, retenién dome. Subí lentamente la mirada y nuestros ojos se encontraron, pero ninguno de los dos se atrevió a pronunciar palabra, así que cada uno recogió lo suyo, ya que Choni se había adelantado durante ese rato y ya se había llevado los demás. Caminamos hacia la cocina uno al lado del otro sin decir nada y, por supuesto, sin ni siquiera rozarnos.

—Dejadlos por ahí, que yo luego lo recogeré todo... —nos indicó cariñosamente Choni mientras sacaba la rica tarta de limón del frigorífico.

Y, como la buena chica obediente que soy, me acerqué a la impresionante pila de piedra natural de dos senos, abrí el grifo para que corriera el agua y enjuagué por encima mi plato para que no se resecaran los restos de lasaña y que después Choni lo pudiera depositar sin problemas dentro del lavaplatos. Cerré el grifo, solté con cuidado mi plato, y me giré sin darme cuenta de que Hugo esperaba su turno pegado detrás para hacer exactamente lo mismo que yo. Y, cómo no, chocamos de bruces. Qué tontos. Quietos, sin movernos del sitio y, nuestros cuerpos impactaron.

—Perdona... —me disculpé torciendo una sonrisa.

—Lo siento... —Hugo me la devolvió—. Perdóname tú...

Noté que su cuerpo era duro y firme, y el agradable olor que desprendía el cuello de su camisa consiguió erizarme hasta los pelos de la nuca en un fugaz escalofrío. Era el mismo olor del Hugo de siempre, mezclado con una masculina virilidad.

«Joder...».

Me hice a un lado, y fue entonces, mientras me secaba las manos, cuando caí en la cuenta de que estábamos los dos a solas en aquella habitación. Choni... desconozco el por qué, ya se había encargado de ello. Y Hugo no tardó en imitarme de nuevo, cogió otro trapo de cocina de cuadros verdes y azules que colgaba de la pared, y se puso frente a mí. Yo mantenía la cabeza ligeramente agachada, podía sentir su mirada sobre mi, sobre mi piel, intimidándome, así que tragué saliva y, disimulando mi inquietud (qué tontería, ¿no?), solté el trapo sin decir ni pío y me dispuse a salir.

—Claudia... —se escuchó.

Frené mi huída en seco, como si, en vez de pronunciar mi nombre, me hubiese agarrado con su firme mano por el brazo con intención de detenerme.

—¿Sí? —Me volví sobre mis tacones.

Tardó un par de segundos en hablar, los cuales se me hicieron eternos.

—El Mazda que hay fuera estacionado, ¿es tuyo?

Me costó reaccionar, como si lo último que me esperara en aquel momento fuera una pregunta..., aquella pregunta. ¿Qué narices podría esperar?

—Sí... es mío, ¿por qué? —pregunté extrañada.

Hugo, sin intención de esconderse, me dejó ver una pícara y burlona sonrisa que, contra mi voluntad, me dejó alelada.

—Sabes que con ese coche no puedes cruzar la riera, ¿verdad? —soltó el trapo de cocina a sus espaldas, se apoyó contra la encimera con gesto chulesco y se cruzó de brazos delante de mí.

«¡Pero será...!».

¿Otro reto? ¿De verdad me estaban sonando de nuevo sus palabras a desafío? ¡Dios, pero cómo me conocía el *jodío*! Por lo visto, no se había olvidado de cuál era mi punto débil.

«¡Ja!».

El miedo de estar allí dentro, los dos a solas, se acababa de escurrir por el fregadero. Me acerqué a él, me llevé las manos a las caderas, vacilona, enarqué mi ceja derecha perfectamente depilada y, contesté altanera:

—Y, ¿cómo crees tú que he llegado hasta aquí, chulito?

¡Dios mío, no habíamos cambiado absolutamente en nada, joder!

Seguíamos siendo esos dichosos críos a los que les daba lo mismo ocho que ochenta con tal de demostrar quién de los dos tenía la razón. Machacones y cabezas cuadradas, que a él le daba lo mismo que yo fuera una niña, y que a mí me daba lo mismo que a él se lo diera.

«¡Chúpate esa!».

Hugo, desde su sitio, en aquella pose de ser todo un «perdonavidas», acercó lentamente su cara a la mía, más de lo que debiera (no nos vamos a engañar) y respondió, acariciando mis labios con un dulce susurro afrutado por el vino:

—Me refiero... a la riera llena de agua...

Y creo que fue entonces cuando se dio cuenta de que aquello, para nada, entraba en mis planes.

«Mierda. ¿Qué?».

Volvió a torcer una sonrisa tremendamente provocadora y, sin decir nada más, pasó por mi lado, ahora sí, rozándome de pleno, y salió de la cocina dejándome jodidamente descolocada y a solas.

—¡Espera! —Salí corriendo detrás de él; bueno, todo lo que se puede correr con una falda de tubo y unos tacones de dieciocho centímetros—. Hugo, ¡espera! ¡Joder, frena!

Lo alcancé a mitad del pasillo. Lo agarré por el brazo con disposición y, al girarse de golpe, casi consigue que mi cuerpo rebote contra el suyo. ¡Qué mal habría estado eso! Fue entonces cuando me di cuenta de que seguía llevando en los labios aquella maldita sonrisa de canalla.

—La riera sigue vacía, ¿verdad? —pregunté realmente inquieta—. Dime que sí, por favor... —pedí casi poniendo cara de pena para que se apiadara de mí.

Y creo que lo hizo.

—Ahora mismo no te lo puedo asegurar... Solo te puedo decir que, cuando yo llegué, y de eso ya hace un buen rato, ya comenzaba a llevar algo de agua...

—Ahora, al ver mi cara de preocupación, su gesto cambió—. Y con todo lo que ha estado lloviendo durante este rato... —Me puso en sobreaviso.

—No, no es verdad... Te estás quedando conmigo... —lo acusé, esperando y rezando porque así fuera.

Me miró con fijación, enarcó una ceja y preguntó:

—Y, ¿por qué tendría que hacer yo eso?

Volvió a reanudar el paso en dirección a la terraza donde habíamos estado comiendo. Me quedé mirando con cara de circunstancia cómo se alejaba de mí, y

fue entonces cuando caí en la cuenta... Al verlo alejarse de espaldas, supe que él era el joven con el que estaba hablando mi madre en el momento en el que salí del (dichoso) baño en el tanatorio. Resultó que él era el misterioso buenorro.

Capítulo 5

Se me encogió el estómago al pensar que, si de verdad era así, si de verdad bajaba agua por la riera como Hugo había advertido..., mi madre y yo íbamos a tener un problema para volver a casa. Un problema de verdad. Sentí una enorme inquietud.

—¡Me *cagüen* mi suerte! —exclamé como decía mi padre.

Volví a la mesa, me senté en mi sitio, en el cual Choni había dejado sobre un platillo una porción de su riquísima tarta de limón casera, más grande de lo normal (menos mal que a mí lo de engordar, como que me importaba un poco un carajo), y me di cuenta de que todos los de mi alrededor eran ajenos a mi preocupación, aunque no se me escapó que Trini, con la mirada clavada hacia el exterior, también pensaba en algo no muy difícil de adivinar. Me di cuenta de cómo sus temblorosos dedos arrugaban una y otra vez el pañuelo que guardaba entre sus manos, y sentí una enorme y profunda pena por ella.

—Tienes que darme la receta de esta tarta, Choni... —pidió mi madre con el platillo más que limpio. Parecía que la mujer no hubiese comido en un par de semanas—. Te ha quedado riquísima.

Me comí el trozo de tarta en silencio, escuchando mis pensamientos (que no tenían nada de buenos, no nos vamos a engañar), y, por supuesto, sin mirar a Hugo en ningún momento. Aunque sí había visto (de reojo), cómo él, en alguna ocasión, me observaba. Miré discretamente mi reloj de pulsera, y vi que eran casi las siete de la tarde, y el puñetero cielo seguía gris e igual de encapotado, sin intención de dar ningún pequeño descanso.

«Joder, ¿es que no va a parar de llover?» pensé, maldiciendo al karma o a mi suerte. Uno de los dos se la tenía que cargar.

Y, muy a mi pesar, interrumpí la animada conversación sobre postres que ahora mismo mantenían Choni y mi santa madre:

—Mamá... —dije en un suave tono de voz, consiguiendo que Trini volviera de donde estuviera y que Choni me mirara atenta—. Lo siento, siento interrumpir, y me sabe muy mal, pero creo que deberíamos irnos antes de que

sea demasiado tarde y cruce agua por la riera...

Pude ver en ese preciso momento, por el rabillo del ojo, cómo ahora la mirada de Hugo se centraba en mi persona. Mi madre y Choni miraron de refilón la hora en sus relojes.

—Sí, hija... Tienes razón... —asintió con la cabeza—. Además, tenemos un buen trozo de carretera por delante... —recordó—. Y con esta lluvia no se puede correr mucho... —Y, cómo no, la coletilla—...que a ti te gusta mucho correr...

Resoplé, sabiendo que, aunque aquello no viniera a cuento, no podía recriminarle nada porque, una vez más, tenía razón. Hice oídos sordos a su acusación.

—Aunque, ¿tú crees que ya cruzará agua? —quiso saber ahora, haciendo la pregunta a todos en general.

Me adelanté a todos a responder demostrando estar demasiado convencida.

—No, mamá... Claro que no —negué con la cabeza—. Seguramente no, pero si no nos vam...

—Sí, Elvira, claro que ya cruza agua... —sentenció Hugo, cortándome la frase, un Hugo ahora visiblemente más serio, pero que miraba a mi madre con asombroso cariño. Lo miré y no tardó en encontrar mi mirada.

—No, no le hagas caso. Seguro que no es verdad, mamá... Solo lo dice por...

—Sí, sí es verdad... —me contradijo de nuevo.

—No, qué va... —lo amenacé con los ojos para que dejara de insistir—. Solo está bromeando...

Quise quitarle tensión al momento para evitar que mi madre se empezara a preocupar, pero Hugo negó con la cabeza, torció una fugaz sonrisa de desespero e incredulidad, y en ese mismo momento se levantó de la mesa pidiéndome algo:

—Ven...

Ladeé el rostro para mirarlo de frente.

—¿Qué? —pregunté arrugando el ceño.

—Vamos. Ven conmigo...

Negué con la cabeza.

—No, ni hablar...

Suspiró con intensidad, advirtiéndome que ya no le quedaba mucha más paciencia para aguantar mi tozudez, y exigió:

—Que vengas conmigo...

Fue tajante en su petición. Estiró el brazo y me tendió una mano, como tantas veces, hacía veinte años, había hecho. «Vamos, ven conmigo. No tengas miedo,

confía en mí...». Y nos adentrábamos en algún lugar oscuro y tenebroso, pero siempre confiando plenamente en él.

—¿Por qué? ¿Adónde? —volví a preguntar, cabezona de mí. Miré la mano que me tendía, recelosa, sin saber a qué se refería ni qué intención tenía.

Las tres mujeres nos miraban con atención. Hugo, sin decir nada más, rodeó la mesa para llegar hasta mí, cogió mi mano derecha sin reparos ni pedir permiso, y tiró de ella consiguiendo que me levantara de golpe. Y rápidamente reparé en la fuerza de su mano, en lo áspera y cálida que era, como la de un hombre de verdad, un hombre acostumbrado a trabajar duro con ellas. Aquel contacto, tan seguro y tan firme, sorprendentemente me estremeció, enviando una pequeña descarga eléctrica a mi entrepierna. Esa inesperada reacción de mi cuerpo me desconcertó más que nada y como nunca.

—Hugo... —me quejé, levantándome con torpeza.

—Pero, ¿adónde vais ahora? —preguntaron a la vez nuestras queridas madres.

Choni, apoyada en el respaldo de aquel confortable y bonito sillón de mimbre, sonreía orgullosa y triunfante como si estuviera a punto de conseguir vete tú a saber qué. Hugo no respondió a ninguna de nosotras tres, no perdió tiempo en hacerlo. Tan solo caminamos agarrados de la mano a paso firme hacia la puerta de entrada.

—Espera aquí... —me ordenó cuando llegamos, pero en su tono de voz había delicadeza.

—Pero..., ¿qué vas a hacer? —quise saber, desconcertada, aunque creo que ni me escuchó.

Miró una décima de segundo hacia el ennegrecido cielo antes de salir corriendo hacia su coche, aparcado al lado del mío, y su hermoso rostro de mandíbula cuadrada se mojó bajo la lluvia fresca.

«¿Adónde narices va?», me pregunté a mí misma, sin poder creérmelo, observándolo desde el pequeño tejadillo abovedado, el mismo desde el que nos recibió Choni a nuestra llegada.

Tras unas cuantas zancadas de esas largas piernas, propias de un hombre de metro noventa, con agilidad se refugió en un espectacular jeep Grand Cherokee negro, que arrancó a la velocidad de la luz y, en lo que tardé en parpadear un par de veces, ya estaba parado frente a mí con la puerta del copiloto abierta.

—¡Sube! —gritó desde dentro mostrando una traviesa sonrisa.

Negué con la cabeza diciéndome a mí misma que estaba loco por aquello,

pero no me lo pensé mucho y subí. Subí mi falda hasta el punto en el que todavía seguía siendo decente llevarla y, de un salto, me metí en aquel altísimo coche que rugía delante. La sonrisa de Hugo fue ahora de satisfacción y mayor, y yo, sin dudarle, se la devolví al tiempo que me abrochaba el cinturón de seguridad y me acomodaba en aquella suave tapicería de piel de color crema, sin saber muy bien adónde me llevaba.

—Veo que te sigue gustando hacerte de rogar...

—¡Ja! —torció una sonrisa de niño malo—. ¿Y se puede saber por qué dices eso ahora?

—Porque te he preguntado veinte veces adónde vamos, ¡y todavía no me has contestado! —ladeé el rostro para mirarlo de frente.

—¡No han sido veinte veces!

—¡Sí han sido veinte veces!

—¡No han sido veinte veces!

—¡Bueno y qué! Sigues sin decírmelo...

La falda se me había quedado arrugada tras subirme al coche y dejó expuesta buena parte de mis muslos desnudos. En ese momento de tensión y de tira y afloja, hice un cruce de piernas a lo *Instinto Básico* sin darme cuenta de que lo hacía y los ojos de Hugo, descaradamente, recorrieron, y casi acariciaron, mi piel con la mirada. Tragué saliva poco a poco, estiré el bajo de la falda recatadamente, y como era obvio, nuestros ojos cómplices se encontraron. Hugo carraspeó nervioso antes de sentenciar:

—Ahora lo verás...

Volvió a mirar al frente y dejó escapar un profundo suspiro por la nariz, que desinfló su pecho. No dijimos nada más. ¿Tensión sexual? No, no podía ser, era el «pequeño» Hugo, ¿no? Nunca podría ser posible. No debería.

Estaba a rebosar, con una corriente de agua digna de aquella ancha riera, con las grandes rocas que había a lado y lado para marcar la anchura sumergidas y asomando apenas la cabeza. Y mis ojos, observando sin poder creérselo. Hugo tenía las dos manos apoyadas sobre el volante y yo, echada hacia delante, desde mi asiento miraba hacia afuera sobrecogida.

—Mierda... —maldije en un susurro.

Me miró cauteloso sin ninguna sonrisa en los labios porque me conocía tan bien que sabía perfectamente que no me hacía ni puñetera gracia la situación.

—Te lo dije... —fue lo único que se atrevió a decir, pero, porque si no lo hacía, reventaba.

Me giré hacia él y lo fulminé con la mirada apretando el morrillo.

—Ni una palabra... —le advertí.

Y él bien sabía que yo, después de advertir, reacciono y rápido. Si no, que se acordara de la vez que me pinchó la rueda de la bici y le lancé una maceta a la cabeza abriéndole una brecha.

—¿Hay algún camino alternativo u otra ruta que me saque de aquí? —pregunté esperanzada, haciendo un gran esfuerzo por recordar todos los accesos a la zona, pero de poco me sirvió después de veinte años sin caminar por allí.

—Sí, hay dos... —me recordó.

—¿Sí? —Aportó un rayo de luz.

—Pero no son muy accesibles que digamos...

—¿Por qué no?

Arrugué el ceño y escuché con atención.

—Bueno, hay un camino..., el cual te deja a la salida de la autopista. La pista forestal, ¿la recuerdas? —me preguntó, pero no me quedó más remedio que negar con la cabeza—. Pero, a decir verdad, necesitarías un buen coche para cruzar la pista...

—¿Qué quieres decir con un buen coche?! —me puse rápidamente a la defensiva con él.

¿Es que mi coche no lo era?

—Bueno, a ver, un coche grande, un todoterreno con tracción a las cuatro... Ya sabes... Un coche de verdad...

«¿Perdona? ¡Será el tío...!».

—¡Oye! ¿Pero qué te pasa a ti con mi coche? —alcé el tono de voz enfurruñándome—. ¿Es que no es un coche de verdad?

Dudó un segundo en responder porque sabía de buena mano que iba a traer cola.

—Lo siento, pero no... No para estos caminos...

Ahí le había dado... Aunque supiera que era cierto, me había tocado la fibra.

—¡Oh! —solté fingiendo estar indignada.

—Lo siento, Claudia, pero tu Mazda MX5 es un deportivo precioso y muy cómodo, pero para ir por la ciudad... Si no, para muestra un botón...

—¿Para muestra un botón?! —repetí burlándome de él—. ¿Esa frase te la enseñaron en el colegio, listillo?

No se pudo aguantar y soltó una carcajada al aire. Estalló como un niño de

diez años y, lo peor de todo, contagiándome a mí también, como solía ocurrirnos.

—Dios, Claudia... Eres de lo que no hay...

—¿Eso es un cumplido? —pregunté sin pensar, todavía con una sonrisa en los labios.

Para variar, no me contestó. Arrancó el motor de su jeep y nos dispusimos a volver por donde habíamos venido. Ya me había enseñado lo que quería que viera con mis propios ojos.

—Bueno, no me has dicho al final cuál es la segunda opción...

—¿Tienes el depósito de tu deportivo, aunque sea, por lo menos medio lleno? —quiso saber sin apartar la vista del camino.

—No. En realidad... estoy apurando la reserva más de lo que debiera...

Dejé escapar un suspiro al recordar las dos veces en que mi querida madre había sugerido reponer pero, lista de mí, le había asegurado que pondríamos a la vuelta para ahorrar en tiempo.

¡Punto para mi madre!

—Pues entonces, olvídate... —Otra vez aquella sonrisilla suya de «Lo siento, nena, otra vez será»—. La ruta que te iba a proponer da mucho rodeo para salir de aquí... Y correrías el riesgo de quedarte tirada en el camino...

—¡Brrrgg! —me quejé, dejándome caer con fuerza hacia atrás en el respaldo con gesto de derrota—. ¿Significa entonces que hoy no me puedo ir de aquí? —pregunté para asegurarme porque me parecía imposible la idea.

Hugo, en silencio, se frotaba una y otra vez la informal barba de un par de días. Y yo me perdí en el paisaje exterior, ahora triste y gris, ensombrecido como mi optimismo.

—Bueno, todavía hay una opción...

Lo volví a mirar, expectante y con verdadero interés.

—Te escucho...

Me miró fugazmente y puso cara de circunstancia torciendo una sonrisa al ver que disponía de toda mi atención, algo nada habitual.

—Puedes llevarte mi coche para cruzar la pista forestal, y el Mazda, que se quede aquí... Y, en unos días, cuando puedas, vuelves a recogerlo.

Agradecí de mil amores que me ofreciera su coche desinteresadamente y sin importarle lo más mínimo, y que se estuviera estrujando los sesos por buscar en una solución, pero... Lo miré de la misma forma en que se mira a un loco que dice locuras.

—¡No! ¿Cómo voy a hacer eso?

—¿Por qué? ¿Qué pasa? —no entendía tanta desconformidad por mi parte.

—No te voy a dejar mi Mazda... Eso es lo que pasa...

Se carcajeó.

—¡Ah!, ¿es que no te fías de mí?

—No me fío de la gente que opina que, si no llevas un todoterreno, no llevas un coche de verdad...

Me giré hacia él y le saqué la lengua tal cual habría hecho una cría consentida. Lo que yo te diga... Igual que si tuviéramos trece años o menos, que es peor. A los pocos minutos, aparcamos de nuevo al lado de mi querido Mazda MX5 de color rojo. Hugo miró mi coche, me miró a mi... y se echó a reír. Yo le di un pequeño pellizco en su duro brazo derecho, consiguiendo que se quejara.

—¡Auuuu!

Bajé de su coche de un salto, algo increíble al llevar aquellos tacones (ni yo misma me lo creí), y salí disparada bajo la lluvia en dirección al pequeño porche, tan rápido y veloz como me daban los pies y la estrecha falda. Pero Hugo me imitó, adelantándose por la derecha y llegando él primero al sitio, cosa que odié profundamente y a rabiar, porque, además, a medio camino, recordé que el teléfono me lo había dejado olvidado en el asiento del piloto dentro de mi pequeño bolso cuando llegamos mi madre y yo. Así que, sin pensármelo dos veces, di media vuelta y fui decidida por él.

—¡Mierda, mi teléfono!

Y, por miedo a que se mojaran y se me fastidiaran los preciosos Louis Vuitton, me descalcé, me puse los zapatos bajo el brazo y corrí como una posesa bajo la lluvia.

¡Menuda imagen de chiflada estaba dando!

—Pero... ¡¿Ahora adónde coño vas?! —gritó Hugo, extrañado, a la vez que sorprendido, observándome correr descalza y dando grititos al pincharme la planta de los pies con la tortuosa y jodida gravilla del suelo.

Su cara debía de ser un poema. Un bonito e interesante poema.

Capítulo 6

Me observaba desde el descansillo con la puerta abierta de par en par y negando con la cabeza, como diciéndose a sí mismo que aquella loca no tenía remedio. Cogí de un manotazo lo que tenía que coger del asiento, cerré la puerta de mi Mazda, y volví tras mis pasos sintiendo los pinchazos de mis pies menudos y descalzos con unas diminutas piedrecillas que ahora mismo parecían puñeteros alfileres del diablo. Entré de un saltito, donde él me esperaba (empapada de arriba a abajo y con algunos mechones de pelo de mi melena oscura pegados a la cara mientras daba gracias a Dios al pensar en que casi muero en el intento, ya que nunca en mi vida había hecho tanto ejercicio como en ese momento), con mi vaporosa blusa de color marfil pegada al cuerpo, dejando a la vista mi sugerente sujetador de encaje, y con mi pecho subiendo y bajando por la agitada respiración. Y, si yo debía estar *sexy* y apetitosa (o eso me imaginé yo), no os quiero ni decir cómo se mostraba Hugo frente a mí: empapado casi tanto como yo; con su seductor pelo ondulado mojado y dejando caer un divertido y desenfadado (pero terriblemente) *sexy* rizo sobre sus ojos; y con unas dulces gotas resbalando por su cuello, que se perdían hacia la oscuridad de su pecho. Lo que sentí en ese instante... me dio verdadero terror.

—¿Sabes que estás loca?

Y así, sin más, Hugo, me comió con los ojos. Nuestra respiración era agitada, irregular. Los dos tragamos saliva sin atrevernos a decir nada. No pude evitar desviar mis ojos hacia sus labios y morder mi labio inferior involuntariamente. El miró los míos... y se relamió. Y, ahora sí, gracias a Dios (y de verdad) que afuera sonó un gran estruendo, liberándonos de aquel tenso momento, porque...

—Vaya... —me sobresalté.

Miramos hacia afuera, nos volvimos a mirar a los ojos... y nos echamos a reír nerviosos al darnos cuenta de lo mismo: de que nos encantaban aquellas tormentas de verano y... de algo más.

—Creo que deberíamos ir a secarnos... —sugirió.

—Sí, creo que sí... —me miré de arriba a abajo y entonces me di cuenta de

que se me transparentaban hasta las ideas... y alguna otra cosa. Sacudí mi blusa para despegarla de mi cuerpo y fue entonces cuando Hugo (caballerosamente) apartó la mirada.

—Espera, te traeré una toalla... —Caminó y se perdió por algún lado.

—Necesitaré más de una... —murmuré para mí, ya sola en el descansillo abovedado, donde, a los dos minutos, este estaba de vuelta con una gran y mullida toalla de rizo de color celeste, exageradamente suave, y con un agradable aroma a limpio que daban ganas de envolverse en ella y no salir nunca jamás. Y, precisamente, eso hice. Él, delante de mí, se secó con otra igual, solo que algo más pequeña, alborotando su rebelde pelo rizado. Descendió por su ancho y rígido cuello, y remitió la mano por la parte alta de su pecho pasando por su remarcada clavícula para despegar la camisa de su cuerpo.

«¡Vaya! ¡Uff!».

Y, aunque lo intenté, intenté no hacerlo, no pude evitar mirar de reojo su tostada piel sin que se diera cuenta de que lo hacía cuando un repentino calor se centró en mi estómago descendiendo con violencia como un latigazo hasta mi entrepierna.

«¡Claudia, por Dios!» me regañé de nuevo y en silencio, sintiéndome culpable por mirar de manera lasciva a aquel hombre cuando no podía ser. Era inaceptable.

Hugo me sacó de un plumazo de mis fantasías y me devolvió a la realidad con un inesperado comentario.

—En cuanto nos vean, se van a creer que nos hemos metido en la jodida riera... —comentó con una bonita sonrisa en los labios.

—Sí, seguro que sí... —conseguí sonreír yo también—. ¿Qué te apuestas?

Arqueó una ceja, divertido, reaccionando a mi comentario.

Caminamos hasta la terraza, donde todavía debían de estar las tres buenas mujeres preguntándose adónde diantres habíamos ido tras raptarme Hugo, casi contra mi voluntad. Y, en efecto, así era. Además, en cuanto nos vieron aparecer, a mí enrollada en la gran toalla, con la melena mojada, y a él con el pelo revuelto, la camisa pegada al cuerpo y su pantalón de traje gris salpicado de gotas de agua, los seis ojos se abrieron de par en par como una ventana.

—Pero bueno... ¿de dónde venís? —quiso saber Trini con cara de asombro.

—Estos son capaces de haberse metido en la riera... —se dirigió mi madre a las otras dos.

—¡Seguro! —asintió Choni con la cabeza y una gran sonrisa de gozo en los

labios.

Nos miramos y rompimos a reír.

—¿Qué te he dicho yo? —Hugo enarcó una ceja, orgulloso por su predicción.

Las tres nos seguían contemplando a la espera de una explicación, como tantas y tantas veces había ocurrido, veinte años atrás, después de hacer alguna fechoría.

—Mamá, tenemos un problema... —tuve que reconocer al fin.

—¿Quién? ¿Hugo y tú?

—¡No! —Arrugué el entrecejo—. ¡Tú, y yo! —Caminé hacia donde estaban sentadas y me quedé de pie frente a ellas para informarlas después—: La riera baja llena de agua y no podemos cruzar...

La expresión de mi pobre madre cambió por completo y de súbito.

—¿Cómo?, ¿que no podemos cruzar?, ¿no podemos irnos a casa...?

Negué con la cabeza porque no supe exactamente qué decir al respecto. Hugo, que permanecía detrás de mí, observaba la reacción de mi madre y la expresión de la suya, al igual que la de nuestra querida Choni, que, misteriosamente, parecía menos preocupada por la situación.

—Y, ¿qué vamos a hacer? —exigió saber mi madre con cierto agobio en la voz—. Tu padre me espera en casa, nos esperan en casa... —me recordó, como si en una de estas se me hubiera olvidado que Adrián, mi prometido, esperaba ansioso mi regreso.

En ese mismo momento, un fuerte trueno retumbó fuera, consiguiendo que hasta los dobles cristales de las ventanas vibraran con brío. La luminiscencia del relámpago nos alumbró el rostro, aunque una tenue oscuridad se comenzaba a colar en el interior de la sala.

—Lo que está claro es que no podéis irs ahora así, con la que está cayendo... —Trini miró hacia el exterior. Todos hicimos lo mismo.

En ese preciso instante padecí cierto agobio yo también al darme cuenta de que, aunque volver a verlos a todos me había hecho feliz (bueno, a todos menos al pobre de Antón) y me encontraba especialmente bien después de volver a pisar las tierras que me habían visto crecer tras tantos años sin aparecer, ahora me sentía atrapada en esta inmensa casa, aislada y perdida casi en medio de la nada; con una extraña sensación atándome a Hugo... y con Adrián, mi prometido, esperándome en casa.

—Y, ¿qué vamos a hacer? —quiso saber ahora mi madre, con una notable incertidumbre reflejada en el rostro.

Estaba claro que aquello no entraba en sus planes, ¡pero, qué decir de los míos! Cuando salí esa mañana de casa, ya tenía ganas de volver y, aunque reconozco que todos esos sentimientos despertados con este viaje los tenía a flor de piel, haciéndome pensar que no volverían a pasar veinte años más hasta que volviera a aparecer por ahí. Eso era muy diferente, completamente distinto. De ahí a que me tuviera que quedar ahora ahí, por las malas, sin nada y sin contar con ello... había un buen trecho.

—Bueno, por el alojamiento y la comida no hay problema... Hay habitaciones de sobra, y siempre están preparadas... ¿verdad, Choni? —nos ofreció Trini con un exceso de cordialidad.

—Sí, claro... Están todas las habitaciones limpias, y las camas, vestidas... —recalcó esta, mirándonos como si la idea de que nos quedáramos la hiciera feliz de verdad.

Me senté en el mismo sillón de mimbre donde había estado comiendo un rato antes. Mi madre y yo nos miramos unos segundos desconcertadas y con fijación. Solté un intenso suspiro y me pronuncié:

—Pero..., ¿cómo nos vamos a quedar si no tenemos nada de lo necesario...? —Alcé las manos con gesto de incredulidad—... Ni siquiera tenemos un cepillo de dientes... o... o... un pijama... —se me ocurrió decir.

Mi madre enarcó su ceja derecha y, sin tapujos ni miramientos, añadió, quedándose tan ancha:

—Bueno, a decir verdad, tú tampoco lo necesitas, hija... Duermes completamente desnuda...

«¡Venga! ¡Toma ya! ¿Se puede sentir más vergüenza?».

—¡Mamá! —le recriminé poniéndome colorada.

Choni se aguantó la risa, Trini se sonrió sin esforzarse si quiera en esconderla. y Hugo... pues..., ah, Hugo..., se mordió el labio inferior, metió las manos en los bolsillos de su pantalón, echó la cabeza hacia atrás, cerró los ojos... y, por fin, dijo algo:

—Bueno, yo... yo..., creo que me voy a ir... —Dio varios pasos hacia atrás—. Mejor me doy una ducha... Digo... me debería dar una ducha... estoy empapado...

Señaló hacia atrás con el pulgar y, con gesto nervioso, seguidamente dio una palmadita involuntaria al frente. Antes de girarse para salir por la puerta, me lanzó una mirada torciendo una pícara sonrisa, tal y como haría un auténtico descarado al que le encanta lo que acababa de oír.

Y su mirada solo consiguió avergonzarme todavía más.

—¡Mamá! —volví a quejarme en un susurro, apretando el morro y queriendo desaparecer del mapa.

—¿Qué? —preguntó ella elevando el tono de voz sin ser consciente de que lo hacía—. No pasa nada, hija. Si no es nada malo dormir desnuda...

«¡Dios!».

Ella y sus «Si no es nada malo...». Así se justificaba cada vez que decía algo que no tocaba, que no debía, o peor aún, cuando metía la pata, como ahora.

—Bueno, entonces ¿qué? ¿Nos vais a acompañar esta noche también para cenar? —preguntó Choni, casi entusiasmada con la idea.

Porque eso parecía, pero mi madre y yo, sintiéndonos mal por si al final acabábamos estorbando tantas horas en un momento tan delicado como aquel, no supimos qué decir.

—Nos sabe muy mal, Trini, tener que molestar tanto... ahora que... Cuando...

—Elvira, por favor... —casi la regañó la pobre viuda—. ¿Cómo puedes decir eso? ¿Es que todavía no te has dado cuenta de que el día de hoy, gracias a vosotras dos, ha sido más llevadero, más ameno, tanto para mi hijo como para mí? Para Choni... —Agarró la mano de mi madre con cariño—. Ha sido un duro golpe para nosotros; para él, perder a su padre... el que todo se lo dio y el que le enseñó todo lo que necesitaba saber para ser el buen enólogo en el que se ha convertido, el mejor para mí, uno de los mejores para nuestras bodegas... Y ese dolor, esa tristeza... solo habéis conseguido mitigarlo vosotras. Sobre todo, Claudia... —Trini se giró hacia mí—. No hace falta más que ver cómo la ha mirado durante todo el día. La ha echado tanto de menos todos estos años...

Mi madre y yo nos quedamos sin palabras. En especial..., yo. Se me encogieron el estómago y el corazón al oír aquella sincera declaración de Trini acerca de su hijo, que parecía que tanto me había echado en falta, y yo, sin saberlo. Aunque yo también lo añoré, pero era tanta la atención que debía poner en todo lo que me rodeaba entonces, ante tanta novedad, tanta gente nueva, todo tan desconocido, que, sin darme cuenta, aprendí a vivir sin él, sin mi mejor amigo.

—Ah... Trini... yo... —balbuceé—. No sé qué decir al respecto... Yo también lo he echado de menos, muchísimo; a todos os he echado de menos... Pero parece ser que, por desgracia, hasta ahora no me había dado cuenta...

Trini me miró con un inmenso cariño.

—Lo sé, cielo... —pensó un segundo en algo—. Ojalá el destino no os

hubiera separado tan pronto y hubiera terminado todo de otra forma...

Me quedé de piedra. Ahora sí que me quedé sin palabras. ¿A qué se refería Trini con eso de que «hubiera terminado de otra forma»? ¿A Hugo y yo... juntos? ¿Era a eso a lo que se refería esa buena mujer? No, no podía ser; aquello era inviable. Yo nunca podría estar con él. Era... o es, no lo sé..., mi mejor amigo. No me lo quería (ni podía) imaginar. Y yo, yo estaba con Adrián: estaba prometida y en unos meses me iba a casar. La idea de Hugo y yo juntos, imaginándome a esos dos niños que todo lo compartían: juegos, comida, habitación, ropa... incluso baño... no cuajaba en mi cabeza. Para nada. No, definitivamente, nunca podría haber estado con él. Seguro...

—¿En qué habitación queréis dormir? ¿Juntas? ¿Separadas? —intervino Choni sacándome de mis pensamientos.

—Ah, pues no sé, Choni... Donde sea, eso da lo mismo... —respondió mi madre, agradecida.

—Elvira... —ahora fue Trini quien preguntó—. ¿Te importaría mucho si esta noche duermes en una cama individual y compartimos habitación? ¿Te importaría? —seguidamente incluyó a Choni en la pregunta para que supiera a cuál se refería—. En esa que hay dos camitas..., ¿sabes?

—¿Cómo me va a importar, Trini, por el amor de Dios? —mi madre sostuvo su mano y la apretó con cariño—. Además, así nos pondremos al día... —le mostró una medio sonrisa con intención de reconfortarla y asegurarle que no, que para nada le importaba.

—Es que sé que no debería acostumbrarme a dormir en otro sitio, pero... se me hace tan difícil dormir en nuestra habitación sin él, sin mi Antón... —se aguantó, pero sabíamos que esa voz quebrada escondía un sollozo.

Por desgracia, Choni ya había pasado por eso antes. A decir verdad, muchos muchos años antes, y ella ya sabía a qué desgarradora sensación se refería Trini con aquella soledad al estar en esa gran cama, la que siempre habíais compartido, estirar el brazo para acariciarlo... y que él ya no estuviera ahí, que nunca fuera a volver... Pero mi madre y yo nos tuvimos que imaginar (y aun así, no nos hacíamos a la idea) lo muchísimo que dolería aquella sensación de vacío. Se nos rompió el alma en dos. Y, por eso mismo, creo que mi madre intentó hacer de tripas corazón y dijo algo animadamente:

—¡Venga, vamos! —dijo una repentina palmada sobre la mesa, como si algo se le hubiera ocurrido—. Voy a llamar a tu padre... —me miró—. ... Y le voy a decir que esta noche no me espere despierto, que nos hemos ido de juerga...

Las cuatro, sorprendidas, nos echamos a reír. Y entonces me di cuenta de que quizá le estábamos haciendo un gran favor a aquella mujer, a aquella familia, al quedarnos para hacerles compañía en un momento tan doloroso como aquel. Y rápidamente caí en la cuenta de que yo también debía llamar a alguien.

—Si, yo también voy a llamar a Adrián... —les informé, cogiendo el teléfono de mi bolso y levantándome del sillón de mimbre con intención de alejarme un poco.

Capítulo 7

Salí de allí dejando a mi madre de reportera de prensa rosa, informando a las demás sobre mi compromiso con Adrián y mi vida sentimental. En otra ocasión me hubiese molestado y, por descontado, que ni tan si quiera la hubiera dejado, pero... eran Choni y Trini, ¡qué más me daba! Anduve distraída por el largo pasillo (el de la alfombra roja y las luces encastradas en el suelo), pensando en lo surrealista que sonaba toda la situación y lo mucho que se podía llegar a complicar la cosa cuando uno menos se lo espera, cuando llegué hasta el fondo y me adentré curiosa en otra ala de la casa mientras ojeaba todo a mi alrededor: lo que antiguamente eran, y débilmente recordaba, las caballerizas, donde se guardaban el heno y los piensos y varias herramientas para trabajar el campo y la tierra. Dudé si girar o no por otro pasillo que cruzaba, muy similar al anterior, y entonces me vino a la cabeza el recuerdo de un precioso balcón, de esos que aparecen dibujados en los cuentos de princesas, con enredadera y hermosas flores de colores incluidas, por donde suele trepar el príncipe para besar a su amada... o algo así. O por lo menos, esa era la película que yo me montaba en mi cabeza cada vez que me asomaba a él para así contemplar las viñas a mis pies. Y lo encontré unos pasos más adelante. Allí estaba, con sus dos estrechas puertecitas de madera de un tono rojo quemado y sus ventanitas cuadradas de vidrio, tan típicas de esas masías, aportando cierto encanto. Llegué hasta él, que en esa ocasión permanecía cerrado por los resquicios de la tormenta, estiré el cuello a un lado y al otro con idea de ver las viñas entre sus espaciados huecos de su baranda de hierro forjado, pero, con la escasa luz que ya quedaba en el exterior, no pude ver nada, por lo menos, de lo que pretendía ver... Lo que sí que vislumbré fue una luz, una luz que brillaba en lo que parecía una casa.

—¿Dónde será? —me pregunté agudizando la mirada sin recordar aquel sitio con exactitud.

Me di cuenta de algo, de que no era una casa sin más, sino una parte adyacente de una nueva construcción que sobresalía en forma de L por la parte trasera de la misma masía. Presté atención a ella, ya que parecía atraerme como a

una delicada polilla, la cual resplandecía a través de una cristalera que llegaba hasta el suelo y que parecía pertenecer a una habitación, pues podía ver la parte baja de los pies de una cama de matrimonio. Pero mi memoria, haciendo acto de presencia, me dio unos toquecitos en el hombro recordándome para qué había llegado hasta allí... Miré el teléfono en mi mano y busqué el número de Adrián.

—Piii..., piii..., piii..., piii...

Volví a mirar hacia afuera mientras esperaba una respuesta, me fijé en la oscuridad profunda que se apoderaba del cielo y en varios relámpagos que parpadeaban a lo lejos, disipándose. Nadie descolgó al otro lado. En el auricular pude escuchar la voz de una mujer (o una máquina, todavía no tengo muy claro lo que es) informándome de que, si quería, podía dejar un mensaje de voz.

—No, gracias, bonita... —le dije poniendo la misma voz de repipi con la que me había respondido.

Volví a tocar en mi pantalla táctil la opción de llamar, y esperé, esperé y esperé mientras daba tono al otro lado cuando... al percibir movimiento donde alumbraba aquella luz, mis ojos inconscientemente se fijaron en ella. Vi la sombra de alguien dentro de la habitación, y no sé si se me puede llamar curiosa o directamente chafardera, que también..., pero no pude dejar de mirar preguntándome quién sería aquella persona que pululaba por allí... Y, entonces...

—¡Coño! —murmuré antes de quedarme sin aire y de cubrirme la boca con una mano con intención de controlar mi descarada lengua.

En ese mismo instante, un cuerpo esbelto y musculado cruzó por delante sin importarle lo más mínimo quién lo pudiera ver, resultando ser un exquisito Hugo, muy ligerito de ropa, por no decir en calzoncillos de color blanco, con el impresionante pecho al descubierto mientras se secaba el cuello con una toalla.

«¡Joder, si es él!», pensé.

Estaba escandalosamente *sexy*, más de lo necesario y de lo que hubiera deseado, la verdad, y creo que hasta lo maldije por ello y por despertar algo en mí. Algo que no debía. Algo peligroso. Me quedé petrificada.

—Hola, cielo...

Aunque Adrián había respondido al otro lado del teléfono, no me salieron las palabras. No fui capaz de apartar la vista de allí.

—¿Claudia? ¿Claudia, estás ahí? —preguntó—. Cielo, ¿me oyes? Yo no te oigo nada...

¿¡Cómo cojones me iba a oír si todavía no había sido capaz de contestar!?

—Claudia, cariño... No te oigo... ¿Estás ahí?

Y gracias a todos los dioses que tuve la suficiente fuerza de voluntad como para apartar la vista de aquella habitación por donde Hugo, semidesnudo, se paseaba, y que mi conciencia me arreó una colleja ayudándome a reaccionar, también.

—¡Sí! ¡sí! Adrián, hola... Te oigo, estoy aquí... Perdona...

«¿Perdona, por qué?», quiso saber mi subconsciente, todo inquisidor él, «¿Por responder tarde, o por mirar lascivamente a otro hombre?».

Por descontado, lo ignoré.

—¡Uf! Ya pensaba que no podría hablar contigo... —añadió.

—Sí, sí... Es que... ah...

—Dime ¿qué tal todo?, ¿cómo estás?, ¿cómo ha ido? —se apresuró a preguntar, curioso—. ¿El viaje, bien?

—Oh, sí, bueno... Pues, precisamente, por eso mismo te llamaba... —Presioné el tabique de mi menuda nariz con dos de mis dedos—. Resulta que tengo algo que explicarte...

—¿Ah, sí? ¿Y qué es?

—Pues es que...

Le expliqué a Adrián toda la inquietante situación, y que conste que hasta por un momento dudé en que me creyera por lo surrealista que sonaba todo, pero el pobre escuchaba atento al otro lado del teléfono, e incluso me preguntó si quería que viniera personalmente a buscarnos... pero le dije que no, que no era necesario, que al día siguiente, en cuanto nos levantáramos, veríamos cómo estaba la situación, y que era lo que podíamos hacer. Aunque la cosa estaba bien clara: sí o sí tenía que volver, porque en dos días, a primera hora, me esperaban en la consulta.

—Tranquila, cielo, no te agobies. Y, sobre todo, no te preocupes por mí. Yo cenaré cualquier cosa y me meteré pronto en la cama. Hoy estoy rendido...

—Está bien... Descansa entonces. Mañana, en cuanto me levante y sepa algo, te llamaré...

—Ok. Descansa tú también y saluda a tu madre de mi parte. Mañana hablamos...

—Sí, hasta mañana...

—Te echaré de menos... —confesó Adrián.

—Yo también te echaré de menos... —aseguré yo.

Colgué. Suspiré con intensidad, pensando una vez más que yo no debía estar

ahí, sino en mi piso a punto de cenar con mi prometido, pero, por instinto, miré de nuevo hacia afuera, buscando la luz (y no sé si con esperanzas de volverlo a ver o no) pero para entonces Hugo ya no estaba, todo estaba oscuro como la boca del lobo.

—Joder... ¿qué coño te pasa, Claudia? —me pregunté en voz alta, reprochándome por qué narices buscaba a otro hombre cuando además sabía que estaba en paños menores.

Me cubrí la cara con las dos manos, creo que con intención de esconderme por la poca vergüenza que me quedaba, y, en cuanto me giré para volver sobre mis pisadas, alguien, en silencio, esperaba detrás.

—¡Oh! ¡Mierda! —solté un grito.

«¿Habrás visto como miraba en dirección a su habitación?», fue lo primero que se me pasó por la cabeza.

—Perdona, no pretendía asustarte...

Sonreí nerviosa, acojonantemente nerviosa.

—No, tranquilo... —Puse un mechón de mi cabello, todavía algo húmedo, detrás de mi oreja.

—Oí ruido de camino a la terraza... y... —se disculpó—... Como precisamente te buscaba a ti... —ahora era él el que torcía la sonrisa.

—¿A mí? —pregunté con cierta inquietud, rezando porque no viniera buscando explicaciones de por qué había estado espiándolo.

Hugo estaba recién salido de la ducha y mucho más informal con un cómodo pantalón de chandal de color gris vigoré y una ajustada camiseta de manga corta negra, olía divinamente bien a gel, a restos de colonia y, a él... Alargó el brazo ofreciéndome algo. Lo miré ceñuda.

—¿Qué es esto? —Cogí lo que me tendía su mano.

—Bueno, he pensado que igual querrías cambiarte si vas a pasar la noche aquí...

Eran dos piezas de ropa. Desdoblé una camiseta de manga corta blanca de suave algodón, y un pantalón largo de pijama a rayitas azules de caballero. O sea, de él. Y qué decir: ¿sería repetirme mucho si digo que olía escandalo... bien? La ropa, digo.

—Oh, vaya... Muchas gracias... pero no tenías por qué preocuparte...

Lo contemplé.

—Bueno, aunque estés realmente preciosa con ese modelito... —me devolvió la mirada—. Creo que con un pijama estarás más cómoda... —añadió—. Yo lo

estaría... —bromeó arqueando una ceja.

Mordí mi labio inferior mientras sonreía y bajé la mirada al suelo al notar cómo me ruborizaba. Él sonrió imitando mi gesto, bajando la vista y mirándose los pies dentro de aquellas deportivas tan desgastadas que daban hasta miedo mirarlas. Metió las manos en los anchos bolsillos de su pantalón con gesto infantil y despreocupado.

—Bueno, nunca subestimes a una mujer con tacones de dieciocho centímetros... —alcé la vista, acerqué su ropa al pecho, me crucé de brazos y la apreté contra mí, sonriendo tontamente hay que decir... Sin darme cuenta de que lo estaba haciendo: coqueteando con él.

Cagándola en tres, dos, uno...

—¿Dieciocho centímetros? Vaya... —alzó las dos cejas, incrédulo—. ¡Eso es una barbaridad! Estás loca... —me miró como si de verdad lo estuviera, entrecerrando sus bonitos ojos.

Solté una carcajada como si aquello fuera un cumplido.

—Sí, cuando tenías trece años, te llegan a decir que algún día te pondrías esos tacones y esa provocativa falda, habrías echado a correr...

Qué razón tenía. ¡Qué de campo era!

—¿Qué pasa? ¿Es que tampoco te gustan mis zapatos ni mi falda como mi coche...?

Me miró con fijación a los ojos, pero no contestó. Otra vez más.

—Qué urbanita te has vuelto...

«¿Eso es una queja?».

—Bueno, muchas cosas han cambiado desde que ya no soy esa cría, vamos a decir..., tan poco femenina... —hice comillas en el aire—... a la que, cada vez que salía de casa, su padre la tenía que cachear para quitarle todo lo que llevara en los bolsillos por alto riesgo de peligro...

Su sonrisa se ensanchó.

—¿Te refieres a tus cuerdas y a tus navajas de pandillera? —recordó Hugo, riéndose ahora de verdad.

—¡Sí! ¡A eso me refiero! —me reí yo también.

Pero las risas duraron poco. De repente, se hizo un silencio.

—Tantas cosas han cambiado... —susurré pensando en voz alta.

—Más de las que debieran... —confesó con tristeza, contemplándome y tensando la mandíbula.

Esas palabras enmascaraban algo, me di cuenta. No supe que más decir.

Veinte años que no lo veía, que no veía a mi mejor amigo (aunque suene raro decirlo, porque lo más normal habría sido que otra niña ocupara su lugar) y ahora no tenía nada que contar al que siempre me había escuchado, a mi confesor... a mi cómplice en todo.

—Yo sé que...

Una música nos interrumpió en ese momento, sobresaltándonos al mismo tiempo y cortando lo que Hugo iba a reconocer. El teléfono en mi mano comenzó a sonar y el primero en quien pensé fue en Adrián, pues quizás se le hubiera olvidado decirme algo y llamaba ahora para hacerlo (eso, o el Karma estaba viendo que me metía en aguas pantanosas y me quiso salvar...). Pero miré la pantalla y la graciosa foto de mi hermana, con unas enormes gafas de plástico verde chillón y cristales negros, apareció bajo su nombre. Negué con la cabeza al ver la cómica imagen.

—Es mi hermana... —giré el móvil para enseñarle la foto que se había hecho en una reciente despedida de soltera.

—Vaya, ¡qué guapa! Sale muy favorecida... —bromeó.

Yo me reí. Descolgué.

—Sofi, espera un momento... —le pedí.

Dejé a mi hermana con la palabra en la boca sin darle tiempo a decir mucho. Me llevé el teléfono al pecho aplastándolo contra la ropa de Hugo, el cual sonreía frente a mí como recordando algo. Seguramente, alguno de esos muchos momentos en los que metíamos a mi pequeña hermana, con tan solo cinco o seis años, dentro de una enorme maceta de barro con ruedas y la echábamos por una rampa *p`abajo*. Dios, ¡qué de locuras hacíamos, y cuántas broncas y cuántos castigos nos habíamos ganado por hacer las mil y una travesuras juntos! Ahora entendía muchas cosas: seguro que varios de aquellos golpes en la cabeza de mi querida hermana eran los responsables de su falta de cordura.

¡Pues va a ser!

—¿Quieres que le diga algo? —pregunté sonriendo.

—¿Tú crees que la mocosa se acordará de mí? —preguntó él.

—No lo sé... Era muy pequeña cuando hacíamos con ella lo que queríamos... —me reí al reconocer aquello, porque éramos unos verdaderos «abusa-enanos»; yo, con doce o trece años; Hugo, con nueve o diez; y la mocosa de Sofía, con unos cinco o seis añitos, pillaba que daba gusto cuando no sabíamos lo que hacer... —. Espera, se lo preguntaré...

Y justo cuando me iba a llevar el teléfono a la oreja, Hugo me detuvo y

susurró:

—Claudia...

Miré su mano, la misma que abarcaba ahora por completo a la mía.

—Yo..., quería decirte algo... y... es que... —lo volví a mirar a los ojos, desconcertada—. Da igual... Déjalo... —apretó los dientes—... Será mejor que... —Me pareció ver que negaba con la cabeza—. Estaré en la terraza... —me informó sin que se lo pidiera.

No me dejó decir nada más, volvió a llevarse las manos a los bolsillos y se giró con gesto abatido, caminó unos pasos con la cabeza agachada mientras, con los puños apretados, estiraba de sus pantalones hacia delante consiguiendo que a cada paso que daba, se mostrara más claramente su pequeño y prieto culo moviéndose debajo de él.

«Ay, Dios mío... ¿por qué me lo pones tan difícil?», dije para mí, viendo cómo se alejaba con aquellos turgentes cachetes subiendo y bajando y pidiendo «Tócame».

—No vamos bien..., nada bien... —y esta vez no lo pensé: lo dije en voz alta, negando con la cabeza para que se grabara en mi subconsciente y supiera que aquello no era buena idea, que Hugo... no era buena idea.

Respiré hondo y entonces respondí:

—Sofi..., ¿estás ahí? —volví a preguntar al teléfono.

—¡Claro que estoy aquí, petarda! ¿Dónde cojones iba a estar? —me abordó haciéndose la indignada—. ¿Se puede saber por qué narices me has dejado colgada?

Así era ella, una preciosa jovencita de veintiocho años con cara de buena, que lo que menos era era buena... Rubia, de pelo largo y rizado, ojos rasgados de color miel, y más peligrosa que la dinamita... Ahí es nada. Cuando nos veían juntas, no se creían que fuéramos hermanas. Por cierto, ahora que lo pienso, estaría bien saber de qué color tenía el cabello el butanero...

—Perdona, pero es que estaba hablando con alguien...

—¿Con alguien? ¿Con quién? Si estáis encerradas en una masía...

Por lo visto, mi madre ya había corrido la voz e informado a mi padre de la situación, y cómo no, ella, ya se había enterado.

—¿Y qué pasa? ¿Es que en las masías no hay gente con la que hablar o qué? —me quejé yo.

—¡Claro que hay gente! Ya sabes a lo que me refiero...

—Pues no, Sofi... No sé a que te refieres...

Mi hermana, al otro lado, resopló.

—Bueno, da igual... olvídalo... Oye, ¿cómo está mama? —quiso saber—. Papá dice que la ha notado algo agobiada... ¿Estáis bien?

—Sí, estamos bien. No te preocupes, enana... Solo es que..., bueno, esto no entraba en los planes, ya sabes... Lo de quedarnos... y todo el rollo... —suspiré.

—¿Seguro? No me mientas, eh, Claudia... Que, si no estáis bien, movilizo a quien haga falta para ir a buscaros ahora mismo...

Así era mi pequeña loba, la cachorra de la manada, siempre preocupándose por nosotros, advirtiendo a todo el mundo de lo que pasaría si alguien se preciara a tocarnos, a hacer daño a los que más quería... Y, una vez más, tan diferente a mí. Yo, como he dicho antes, no aviso... reacciono, y rápido. No toques a los míos porque no te daré tiempo para explicaciones ni disculpas.

—Sí, sí... Eso quieres tú... —bromeé—. Movilizar a los bomberos con la excusa de que estamos atrapadas por una riera..., ¿verdad?

Oí a la cachonda de mi hermana reír al otro lado del auricular.

—Cómo me conoces, *jodía*...

Yo también me reí antes de escuchar un golpe y un «¡Mierda!» saliendo de su boca.

—Sofi, ¿qué te ha pasado? ¿Qué ha sido eso? —pregunté esperándome cualquier cosa de ella.

—Oh, oh... Te tengo que dejar, nena... Se me ha caído el pintauñas encima de la colcha y ha rebotado en el suelo... liándola mucho...

—¡Oh! —me eché a reír en una carcajada.

—¡Eres una cabrona! No te rías. Verás tú, mamá...

—¿Sabes? Con veintiocho años, no queda bien que digas eso de «Verás tú, mamá»... —me burlé de ella.

—¡Pero qué cabronaza eres! —escupió, indignándose ahora de verdad por la veracidad de mis palabras—. Luego, si puedo, te vuelvo a llamar... Voy a limpiar toda esta mierda...

—Eso si no has llamado ya a algún bombero y te lo estás tirando... —bromeé para que no se cabreara mucho conmigo, aunque nunca conseguía hacerlo: nos queríamos demasiado.

—¡Ja! Cómo me conoces... *Ciao, bambina*.

Y colgó.

—Ay, Sofi, Sofi...

Me quedé mirando el teléfono e imaginándome el percal que habría liado con

el dichoso esmalte de uñas de color negro azulado, que es como solía llevarlas pintadas. Miré la ropa que sostenía con el brazo contra mi pecho, escuché con atención y me aseguré de que no hubiera nadie cerca ni a mi alrededor, nadie que pudiera verme... y... la inspiré intensamente, llenándome de su olor los pulmones. ¡Qué agradable olor... a él!

Capítulo 8

Eran las ocho y media de la tarde, me encontraba en la espaciosa habitación de matrimonio que me habían asignado muy cordialmente y estaba quitándome la ropa, colgándola de una percha para que, después de todo el día, remojón incluido, se arrugara lo menos posible y no llegara a parecer un higo. Después de varios intercambios de opiniones entre: «No, no hace falta, no es necesario...» y «Sí, mujer. ¿Cómo te vas a ir a dormir sin antes ducharte después de haberte mojado con la lluvia?», al final gané yo la disputa entre Trini, Hugo y el cielo de Choni. Definitivamente, me parecía excesivo ducharme también después de todo el día aquí metidas a mesa y mantel. Vamos, que habría sido el colmo, que más que a dar el pésame, parecía que habíamos venido de hotel a pensión completa.

—Cielo, ¿puedo entrar? —Mi madre picó a la puerta repetidas veces con los nudillos.

—Claro, mamá... Pasa...

Llevaba puesta la ancha camiseta que me había prestado Hugo un rato antes, y estaba atándome con gracia (por lo menos esa era la intención) los cordones de la cinturilla del pantalón de pijama.

—Vaya, ¡qué guapa estás! —me halagó con lo que parecía verdadera sinceridad mi queridísima madre.

Yo la miré de reojo y sonreí, poniendo en duda sus palabras, mientras me sentaba con las piernas cruzadas sobre la gran y alta cama, la cual lucía vestida con una fina colcha de verano con estampado de diminutas florecitas lilas y repleta de mullidos cojines. Tal y como a mí me gustaba. Mi madre se sentó cerca de mí.

—Mamá...

—¿Sí? —preguntó poniéndome un mechón de cabello, ya seco, detrás de la oreja y mirándome con excesivo cariño.

Yo me estiré de la pernera del pantalón con gesto despreocupado.

—Esta mañana, cuando hemos salido de casa..., ¿te imaginabas que nos pudiera ocurrir algo así?

Alcé la vista y me encontré con sus ojos verde esmeralda.

—¿Así, cómo? —inquirió mirándome ahora con atención.

—Pues así, no sé, como estamos ahora... en esta situación... —señalé con las manos a nuestro alrededor—. Quiero decir... que, inesperadamente, terminaríamos comiendo aquí y, que además ahora... nos veamos teniendo que dormir también... No sé, a esta situación... tan... rara...

—Bueno, no. No me lo imaginaba... ¿Cómo me lo iba a esperar? —puso cara de circunstancias—. Pero son cosas que ocurren... ¿no? Hay veces en las que no se puede tener el control de todo y hay que amoldarse a las situaciones...

—Sí, supongo... —miré mis manos, que retorcían ahora mis dedos, nerviosa.

—¿Por qué lo preguntas, cariño? ¿Pasa algo? ¿Qué ocurre?

—No, no... No es nada...

—¿Es que no te alegras de estar aquí... de haber venido y haberlos visto?

—Sí, claro, claro que me alegro, muchísimo a decir verdad... Bueno, quitando el hecho de que la muerte de Antón sea la responsable, pero... no sé... Tengo... como una extraña sensación en el cuerpo..., algo que no sabría definir... No sé cómo explicarlo...

Mi madre me contemplaba en silencio, invitándome a proseguir con mi explicación, o con lo que fuera que tenía que decir... porque ella sabía, ya se había dado cuenta, de que algo había...

Cosas de madres, supongo.

—Como si... volviera a tener trece años y... mañana fuera de nuevo el día en que tenemos que partir... Como si otra vez, tuviera que olvidarme de todo lo que aprecio para dejarlo aquí de nuevo, y no lo fuera a volver a ver en veinte años, o... en muchos años más... No lo sé... es algo extraño...

Mi madre me sonrió, transmitiéndome esa paz y esa tranquilidad que ahora mismo tanto necesitaba, porque me daba a mí que este viaje iba a significar para mí mucho más de lo que hubiese imaginado esa misma mañana.

—Cielo... —Se acercó más a mí, rodeo mis hombros con su brazo izquierdo, y agarró mi mano—. Muchas veces, muchas... me sentí culpable (bueno, tu padre y yo) nos sentimos culpables por alejaros a tu hermana y a ti de vuestros abuelos, los únicos abuelos que os quedaban vivos... alejaros de toda la gente de aquí, a la que conocíais y queríais, y que también os querían y os apreciaban..., pero en ese momento era lo que creímos mejor para la familia, y así lo decidimos, pensando siempre en el bienestar de los cuatro y para que no os faltara nunca de nada... —Acarició mi mejilla con ternura—. Y ese es el precio

que tenemos que pagar... y lo siento, lo siento de veras. Siento muchísimo que ahora, al volver, estés pagando un precio que no deberías al reencontrarte con sentimientos desconocidos y con los que, quizás, no contabas... Lo siento más que nada en este mundo. Pero confío en que ahora, que ya no tienes trece años, que eres una mujer fuerte e independiente de treinta y tres, hecha y derecha, que sabe lo que quiere y cómo lo quiere..., seas capaz de luchar por lo que te mereces y no por lo que la gente piense que debes...

Miré a mi madre con fijación, a esa mujer que me acababa de dejar sin palabras. Tragué saliva lentamente asimilando en mi cabeza el discurso que acaba de recibir.

—Con esto te quiero decir que... nunca es tarde si la dicha es buena.

Se creó un nudo en mi garganta, pero un nudo más pequeño que el que me oprimía el pecho. No me podía creer que mi madre acabara pronunciar aquella frase. No... no podía ser verdad, no podía ser que se refiriera a lo que yo creía que se refería. Definitivamente... no.

—Mamá, yo... No sé qué decir... No sé qué...

Sonrió con intención.

—No te diré nada más... Solo que, como ya sabes, si me necesitas, aquí estoy... ahora y siempre. Para ti y para tu hermana. Para lo bueno y para lo malo, para lo correcto o lo incorrecto..., para lo que sea.

—Lo sé, de veras que lo sé... —casi sentí ganas de llorar.

Apoyé la cabeza sobre su hombro y me acaricié de nuevo la mejilla izquierda con ternura.

—¿Sabes? Sofia te ha manchado la colcha de la cama con un esmalte de uñas antes de que se le estrellara contra el suelo, llenándolo todo... —sentí la necesidad de confesar, como buena hija que era.

—¡Pero bueno! Esta niña... ¿todo lo rompe o lo mancha? —me miró frunciendo el ceño.

—Has dicho para lo bueno y para lo malo... —le sonreí.

Ella me la devolvió.

—Tienes razón... La apoyaré siempre y en todo momento. Sobre todo, cuando vaya el lunes a Ikea a comprarme una colcha nueva... —bromeó.

Y nos echamos a reír.

—Deberíamos bajar, ¿verdad? —pregunté.

—Sí, voy a bajar a ver si Trini necesita algo, o Choni necesita ayuda en la cocina...

—Sí, yo ahora mismo bajo también... Voy a poner a cargar el teléfono. Casi no tengo batería...

—Está bien... —me besó con amor antes de levantarse, caminó hacia la puerta, y se volvió a girar—. ¡Anda que no vas a dormir tú bien aquí esta noche! En esta cama tan grande, con esas almohadas y esos cojines todos para ti...

Seguro que ya me estaba imaginando despatarrada en el centro de la cama durmiendo a pierna suelta y con el hilillo de babilla mojando la almohada.

—¡Cómo lo sabes! —confirmé dejándome caer hacia atrás, sobre lo que, para nada, tenía que envidiar a una lujosa cama de hotel.

Salió cerrando la puerta tras ella y dejándome a solas en la habitación. Cogí una gran y mullida almohada, y la estrujé contra mi pecho mirando hacia el techo, pensando... pensando, cómo no, en Adrián, en nuestro compromiso, en nuestro futuro, en si de verdad era aquello lo que quería, lo que buscaba, lo que deseaba... Y una extraña e inoportuna sensación hizo que me encogiera sobre la colcha y apretara la almohada un poco más contra mi cuerpo. Un escalofrío me recorrió de la cabeza a los pies, poniendo en tela de juicio mis pensamientos y, lo que es peor, mis sentimientos.

«Joder...».

Pero estaba claro que aquello era lo que quería, lo que creía querer, o por lo menos, lo que ya había elegido. La decisión estaba tomada y ahora no tenía sentido que dudara de mí o de mis expectativas de futuro sin motivo ni razón. ¿O si que había un motivo, y yo no lo quería reconocer y me negaba a verlo?

No: definitivamente, quería a Adrián, me había prometido con ese rubio de ojos azules al que todas las mujeres deseaban y no lo iba a dejar escapar. No lo podía estropear diciéndole que tenía dudas. Adrián no me lo perdonaría. No, después de dos años y medio juntos. Resoplé, aparté de mi cabeza la duda de un plumazo y, de un saltito, me levanté de la cama convencida de seguir adelante con mi vida, con mi decisión. Puse mi teléfono a cargar, le di al interruptor, que quedaba a la derecha del cabezal de madera y forja, encendí la luz del baño y me miré en el espejo horizontal, que llenaba la pared con un marco dorado envejecido.

—¡Vaya, pues si que estoy guapa! —bromeé yo sola, riéndome al ver lo grande que me quedaba la ropa de Hugo.

Y pensé en lo agradable que resultaba llevarla puesta, pues el bajo del pantalón me arrastraba hasta barrer el suelo, así que los acorté, dándoles unas cuantas vueltas, y giré varias veces la cinturilla del pantalón para conseguir que

se ajustara algo más a mi figura. Y con la ancha camiseta... pues, con la camiseta no hice nada en especial, tan solo dejé que cayera, y que mi hombro derecho luciera al descubierto, asomando por el cuello de esta porque, si hacía algo así como centrarla y ponérmela bien, parecía una puñetera escoba vestida.

—Vaya pintas... —me llevé las manos a las caderas y me giré hacia un lado y al otro para ver mi apariencia por detrás, aunque, por suerte, no vi nada de nada porque tampoco creo que la cosa mejorara mucho.

Apagué la luz del baño, me acerqué a mi bolso, que descansaba sobre un precioso sillón de respaldo alto tapizado en un intenso color borgoña, saqué de dentro el blíster de pastillas anticonceptivas y mi botellín de agua, y me tomé la que me tocaba mientras echaba un vistazo a la acogedora habitación reparando en todos los detalles que la llenaban, tan dulces, tan rústicos y tan silvestres a la misma vez, en tonos crema y malva, cuando unos nudillos llamaron de nuevo a la puerta varias veces.

—Claudia... ¿estás ahí? —Su voz llegó en una pregunta a mí alterando mis cinco sentidos, aun con la puerta cerrada. Abrí.

—Hola... —lo recibí con una débil sonrisa, poniendo un mechón de cabello tras mi oreja y dejando mi timidez al descubierto.

Hugo, delante de mí, me la devolvió. Me echó un vistazo de arriba a abajo, y tuvo que sonreír aún más al verme disfrazada con su ropaje.

—Vaya, veo que utilizamos la misma talla... —bromeó.

Yo sonreí un poco más y tiré del bajo de mi camiseta, tal y como lo haría una cría avergonzada porque toda la atención se centrara en ella.

—¿Te estás metiendo con mi pijama?

—No, para nada... Casi que estás más guapa así que con la falda y los tacones... —me pinchó esta vez con un cumplido.

—¡No seas mentiroso! —le di un pequeño empujón en el pecho, en aquel duro pecho que me quedaba a la altura de los ojos, pero no conseguí nada; ni lo moví del sitio.

Se hizo un silencio hasta que habló:

—Te traía esto... —me enseñó unas bonita zapatillas de mujer de color rosa, completamente nuevas—. Mi madre me las ha dado para ti... Dice que están sin estrenar...

—Oh, vaya... Gracias... pero no hacía falta...

Al tiempo que dije eso, miré al suelo y moví mis deditos con gracia, saludándolo con mis uñitas pintadas de color porcelana, y sin caer en la cuenta

de que llevaba todo el rato descalza.

—¿Tú crees? —Hugo los miró y torció la sonrisa—. Anda, pónelas. A ver si te vas a resfriar y después la culpa va a ser mía...

Se las cogí sin rechistar y acomodé mis pies pequeños en aquellas mullidas zapatillas cerradas que parecían estar hechas para mí. Volví a mover mis deditos dentro de ellas y sonreí.

—Mmm... ¡qué gustito...! —dije en voz alta, alcé la vista y me di cuenta de que Hugo, en ningún momento, había dejado de mirarme a la cara.

Me quedé callada. Él también se dio cuenta y reaccionó.

—Bueno... y... —carraspeó entonces—... También venía a darte las buenas noches... —tensó la mandíbula y se llevó las manos a los bolsillos, poniéndose firme delante de mí.

—¿No cenas con nosotras? —me apresuré a preguntar con demasiado pesar en la voz, creo yo.

No sé si se dio cuenta (porque solo me faltaba escribirlo en grande en la jodida pared) de que lo que más me apetecía era pasar un rato a su lado... y, efectivamente, ocurrió: se dio cuenta, y además me regaló una bonita y dulce sonrisa, a la vez tan masculina, que, ¡oh, maldito demonio!

—No, lo siento... Tengo algo que hacer... —hinchó el pecho, llenándolo de aire, y lo dejó escapar poco a poco en un suspiro—. Tengo que ocuparme de un asunto... —Fue lo más que dijo.

Lo entendí. Ahora que su padre ya no estaba, él era el único hombre de la familia: todo el trabajo y todas las responsabilidades de la bodega, que eran muchas, recaían sobre él.

—Claro, por supuesto. Lo entiendo... Tranquilo... —fingí (fatal) que no pasaba nada.

Pero sí que pasaba. Después de veinte años, después de siete mil trescientos cinco días separados, me moría de ganas de coger una copa de vino, del que él mismo hubiese elaborado, y de que nos sentáramos a hablar largo y tendido sobre él, sobre mí, sobre nosotros; de que me enseñara las bodegas y me informara de todo su procedimiento para llegar a obtener aquel delicioso brebaje con el que te deleitabas el paladar.

—Buenas noches, Claudia... —se despidió sin ganas. Lo sé, lo presentí.

—Buenas noches, Hugo... —jugueteeé con mi labio inferior, mordiéndolo inconscientemente una y otra vez—. Que descanses...

—Tú también...

Antes de marcharse, hizo algo que me desconcertó: contempló con detenimiento mis labios durante varios segundos, con demasiada fijación, sacó la mano derecha del bolsillo, la acercó a mi rostro para cogerlo con delicadeza a la vez que se acercaba más a mí y, después de mirarme a los ojos, a los labios, y a los ojos otra vez..., después de pensárselo y dudar, susurró en mi oído:

—Gracias por haber vuelto...

No fui capaz de contestar.

Capítulo 9

Su olor, su contacto, su presencia tan cerca de mí, despertó todos y cada uno de mis sentidos, alterando mis millones de terminaciones nerviosas. Poco a poco, pude sentir cómo mi respiración se agitaba un poco más, pude notar cómo las manos me comenzaban a temblar y el pulso, a cada segundo, lo tenía más acelerado, consiguiendo que sintiera mi corazón desbocado.

—Hugo... —pedí, sin fuerza en la voz, sin que se me oyera en ningún sitio más que en mi cabeza como un eco vacío, cuando lo vi alejarse de espaldas.

Tuve que entrar a esconderme entre las cuatro paredes de la habitación, a sentarme de nuevo en lo alto de la cama porque dudaba de poder mantenerme firme por mi propio pie. Apoyé los codos en mis rodillas sujetando con dos dedos mi cabeza por las sienes, y no podía dejar de mirar el trozo de suelo que separaba una zapatilla a la otra. No entendía esa sensación. Mi cabeza no la concebía... esa repentina falta de aire al tenerlo tan cerca de mí... Estaba haciendo temblar todos mis principios y todas mis creencias.

«¿Qué coño había pasado? ¿Qué coño había sido eso?» me pregunté una y otra vez», «¡¿Qué cojones me pasa?!», me pregunté una vez más... Y la respuesta, rápidamente, demasiado pronto... la tuve muy clara.

—No, no, no, no... Claudia ¡joder! —Tragué saliva y fijé la vista al frente, pero la perdí—. No jodamos, Claudia, no jodamos... —Me llevé las manos a la boca—. No puede ser, y lo sabes... Te vas a casar... Adrián... te quiere... —me recordaba una y otra vez, una y otra vez... pero pensar en eso, oírmelo decir tan solo conseguía ponerme más nerviosa, revolverme el estómago.

Porque esa sensación solo es una respuesta de nuestro cuerpo y nuestro cerebro, cuando ocurre algo que nos sobresalta sin avisos, como si nos viéramos chocar a cien kilómetros por hora contra una pared..., o como cuando algo nos remueve de verdad, arañando sentimientos por dentro que brotan de la nada... Como chocarte a cien kilómetros por hora... contra el amor de tu vida.

—¿Pero por qué? ¿Por qué me tiene que ocurrir esto a mí? ¿Por qué? —rogué una respuesta mirando hacia el techo, como si la solución a mi

problema (por no llamarlo problemón) fuera a aparecer ahí escrita por arte de magia—. Vale, Claudia, céntrate... No es nada, no es nada. Eso no ha sido nada..., solo es una paranoia tuya... —intenté convencerme sin éxito—. Sí, eso es. Solo ha sido un lapsus... ¡Sí! —me reí en voz alta y en tono histérico—. Sí, solo ha sido eso... —reconocí al fin—. Ya está..., ¡qué tontería!

Respiré hondo, me levanté de la cama, me planché la holgada camiseta de Hugo con las dos manos, caminé hacia la puerta toda tiesa, apagué la luz de la habitación y, salí..., salí muy convencida de algo, o por lo menos, aparentemente.

La cena, aunque fue exquisita, como era de esperar siempre que cocinaba Choni, fue algo aburrida para mí. En la mesa (aunque creo que le iba bien a la pobre Trini para distraer un poco su atención) tan solo se habló de los vecinos y de los cotilleos de los conocidos del pueblo, a los cuales, a más de la mitad, por suerte o por desgracia, ni los conocía o no los recordaba. Decidimos cenar las cuatro en la misma cocina para no tener que andar mucho con los platos para arriba y para abajo en aquella casa tan grande, ya que todas, de una forma u otra, estábamos cansadas de todo lo ocurrido durante el día, y total, éramos como de la familia y andábamos en pijama: Trini y Choni con unos discretos camisones por debajo de las rodillas de tacto cachemir; yo, con el de Hugo, que casi parecía más un disfraz que otra cosa; y mi madre, con uno prestado de Trini que le quedaba que ni pintado, junto a unas zapatillas igualitas a las mías pero de color azul celeste.

—Como me gustaron tanto cuando las vi, me las cogí en varios colores... —nos explicó Trini, mirando nuestros pies.

Nosotras sonreímos agradecidísimas por tantas atenciones y exceso de cordialidad, y por lo comodísimas que eran. Dos horas después, a eso de las once de la noche, después de haber dado las buenas noches a las tres, dejándolas todavía cotilleando y con una riquísima manzanilla entre las manos, decidí subir hacia mi habitación, pero no sin antes asomarme a la puerta de entrada para ver si mi pequeño MX5 seguía estando donde lo había aparcado o Hugo lo había arrojado por la riera. Me reí yo sola al pensar en aquello, y entonces me di cuenta de que, al otro lado de su coche, había otro jeep igualito que el suyo, solo que de color plata. Lo miré extrañada, dudando y preguntándome si ya estaría ahí de antes y yo no había reparado en él, pero no le di la menor importancia, pues era el menor de mis problemas ahora mismo. Unos minutos después,

intentando no pensar mucho y darle poco al coco... me dejé caer rápidamente en un profundo y bonito sueño sobre mí, a la tierna edad de los trece años, correteando entre las viñas con los pies enfangados. Sorprendentemente, dormí como una reina.

Hugo gemía con los dientes apretados por el inmenso placer de entrar y salir de dentro de mí una y otra vez. Lo hacía con tantas ganas y tanta fuerza que nos desplazábamos sobre la cama de un lado a otro. Yo, extasiada debajo de él por sus maravillosos y rudos vaivenes, agarraba con ganas sus deliciosos cachetes, invitándolo y rogándole que no parara jamás, mientras él metía su hábil mano para tocar precisamente donde yo necesitaba... Y exploté. Me desperté sobresaltada, agitada y empapada (en todos los sentidos) después de apretar mi mano, inconscientemente, entre mis muslos.

—¡Hugo! —grité en un alarido.

Me incorporé en la cama, todavía estremeciéndome y con una extraña sensación en la cabeza que me impedía reaccionar con claridad ante lo ocurrido. Miré descolocada a mi alrededor, preguntándome donde estaba, pues me costaba encajar todo en mi mente. Hasta que, poco a poco, regulé mi respiración, acomodé la vista a la luz de aquella desconocida habitación y me di cuenta de que todo... Había sido un sueño.

—Oh, joder..., ¿qué...?

Me dejé caer hacia atrás, me llevé las manos a la cara y me cubrí sintiendo una inquietante e increíble vergüenza de mí misma. Estuve a punto de soltar un sollozo.

—Mierda, mierda, mierda...

Me deshice en un violento tirón de la ligera sábana que cubría mi cuerpo desnudo, me levanté de mala gana y cabreada conmigo misma del colchón para entrar en el baño. Aquello no podía estar ocurriendo, no podía ser cierto, no podía ser verdad. Apoyé las manos en el lavabo, me miré en el espejo y contemplé mi peculiar cara de después de tener un orgasmo reflejada delante de mí: me veía más viva que nunca. Me sentí tremendamente mal por ello. Abrí el grifo y me lavé el rostro con agua bien fría para ver si con ella se escurría y se perdía mi culpabilidad por el sumidero... arrastrando la poca vergüenza que me quedaba en el cuerpo, aunque no estaba segura de tenerla ya. Me senté en el váter y oriné, como siempre hacía después de..., bueno, de eso, a pesar de esa vez no haber sido con Adrián, mi prometido, sino conmigo misma y con un

imponente, excitante y sudoroso Hugo, ayudándome y empujando dentro de mí.

—Joder, Claudia... —me regañé por no sé cuántas veces ya desde que había llegado ahí por pensar en él como no debía.

¿Por qué todo lo que antes era amistad, afecto y cariño, de repente se había vuelto erotismo, seducción y sexo entre Hugo y yo? ¿Por qué? ¿Eh? ¿Por qué? ¿Alguien me lo puede explicar? Porque... Porque yo, no tengo ni puñetera idea. Me limpié, me aseé y salí para mirar por la ventana de la habitación rezando porque ya no lloviera. Por suerte para mí, un brillante sol, de esos tras la tormenta, resplandecía en el cielo.

—¡Bien! —Apreté el puño y levanté mi rodilla derecha en el aire—. Es hora de irse...

Me acerqué hacia el tocador de delante de la cama, donde descansaba mi teléfono, que se estaba cargando desde ayer por la noche, y miré la hora en él.

—¿¡Las once menos cuarto!?! —me quejé indignada—. ¿Por qué narices nadie me ha despertado?

Volví a soltar el aparato a desgana a la vez que pegaba un tirón del cable del cargador para desenchufarlo con mala baba. Hoy, sorprendentemente, un orgasmo me había torcido el día. ¿Quién lo iba a decir, verdad? Me puse las cómodas zapatillas de Trini, abrí la puerta de la habitación para ir en busca de mi madre y, casi ordenarle a la pobre que recogiera sus dos cosas (vamos, su ropa y su bolso), que nos largáramos de allí... Aún no sabía cómo, pero nos largáramos. Demasiado tiempo en una casa que no era la mía, con un hombre que..., que no era el mío. Bajé las amplias escaleras con forma de media luna, decoradas con un precioso pasamano trabajado en forja (todo muy rústico y con mucho encanto), las cuales me dejaron frente a la puerta de entrada en el descansillo abovedado. Caminé con paso decidido y mirando de refilón dentro de todas las estancias por donde iba cruzando para ver si me encontraba con alguien, pero no tuve mucho éxito ya que todas se encontraban en silencio y vacías, hasta que llegué a un precioso porche que quedaba pegado a la cocina y que ofrecía unas exclusivas vistas a la espectacular montaña de Montserrat, todo un verdadero privilegio. Y entonces, para mi sorpresa, me los encontré a todos juntos y reunidos y, lo mejor de todo, vestidos de calle a punto de empezar a desayunar. Y cuando digo a todos es a todos, incluido Hugo, que, el muy mamón, estaba casi más guapo que ayer, con un polo negro que le quedaba ajustado, (¡oh, Dios mío!) y unos informales tejanos, con su pelo rizado mojado peinado hacia atrás.

—Vaya, mirad quién asoma por aquí... —Choni, que se encontraba de pie sujetando el platillo de la mantequilla, se acercó a mí para darme un cariñoso beso de buenos días en la mejilla.

Trini, mi madre y Hugo se giraron de inmediato a mirar.

—Buenos días, Claudia... Siéntate, por favor... —me invitó Trini, la que, por desgracia, seguía llevando la misma mala cara del día anterior.

—Buenos días, cielo... —sonrió mi madre con cariño.

Carraspeé, sintiéndome algo cohibida por ser la última en llegar y, además, hacerlo en pijama.

—Buenos días a todos... —saludé sin mirar a nadie en concreto y sentándome en el mismo orden en el que habíamos comido ayer; o sea, enfrente de él.

Hugo no me saludó ni me respondió, tan solo miró con atención cómo me sentaba y, mostrando una traviesa sonrisilla, dejó caer:

—Pensábamos que tendríamos que coger una pala para despegarte de las sábanas...

Ahora fui yo la que no contestó, torcí la cabeza y le hice una mueca. Su respuesta fue reírse aún más en silencio. Las tres mujeres nos miraron de reojo y sonrieron con discreción sin hacer mucho caso de nosotros dos. Y yo me tuve que mentalizar muy mucho para que el recuerdo de él, encajado entre mis piernas, gimiendo de verdadero placer, no me traicionara en ese momento.

—¿Quieres una tostada, Claudia?

La débil voz de Trini me hizo regresar a la mesa.

—Sí, gracias...

Alargué el brazo y cogí la panera de mimbre de color blanco que Trini me ofrecía, donde varias rebanadas de pan, ligeramente doradas y tostadas, reposaban unas sobre las otras. Dejé una sobre mi platillo de barro de color azafrán, unté una capa de mantequilla y extendí además una generosa cantidad de mermelada casera de albaricoque, llegando bien hasta los bordes (incluso, si me apuras, dejándola a punto de chorrear) y, de un enorme bocado, me llevé un buen trozo a la boca con la atenta mirada de Hugo delante (aunque se creyera que disimulaba y que no me daba cuenta).

—¿Has dormido bien, Claudia? —se interesó la buena de Trini.

—Sí, muy bien... Gracias —volví a dar un enorme bocado a mi rebanada por culpa de esa sensación de ansiedad que tenía recorriendo mi cuerpo.

—Seguro que hasta ha mojado las sábanas y todo... —soltó Hugo de repente,

dejando caer la bomba y mirándome de soslayo, consiguiendo que me atragantara con el pan y tosiera con fuerza varias veces para no morir ahogada delante de todos—. Con las babas, digo...

Lo miré fijamente y con cara de maldito asombro, sin poder creerme lo que acababa de oír, esperando que el rubor de mi rostro no me delatara.

—Hija, te vas a ahogar comiendo con esa ansia... —casi me regañó mi santa madre.

Menos mal que las tres mujeres ignoraban la veracidad de aquel inesperado comentario del descarado de Hugo. Me pregunté si lo había hecho con segundas intenciones o es que el «Don Juan» se levantaba así de gracioso por las mañanas.

«¡Maldito desvergonzado!».

Y de repente, así, por arte de magia, sobre unos bonitos y altos tacones negros, entró con unas sonoras pisadas una preciosa pelirroja de pelo largo y ojos azules, sencillamente espectacular.

«Espera..., espera..., ¿y esto... a qué viene?».

No sé por qué... pero me da que se me quedó la misma cara que cuando te dan una buena hostia y no sabes por dónde te ha venido.

Capítulo 10

—¿Quién quiere zumo de naranja? —preguntó con voz melosa—. Está recién exprimido...

«¡Anda, si sabe exprimir zumo y todo!».

Y entonces la pelirroja reparó en mí. Se dio cuenta de que esa loca con cara de idiota, pelos de gitana *desgreñá* y media cara llena de mermelada de albaricoque no estaba sentada antes en ese sitio.

—¡Oh! Vaya, hola... —Dejó la jarra de cristal sobre el bonito mantel bordado con flores azules, y vino hacia mí caminando con gracia—. Debes de ser Claudia... —yo me levanté con torpeza, dudando de qué hacer ante la tremenda seguridad de aquella joven mujer con la que se movía sobre esos impresionantes tacones—. He oído hablar mucho de ti... —Me dio dos sonoros besos, de esos que más que a beso suenan a ventosa, con eco y todo, y agarró mi mano, con demasiadas confianzas diría yo, para presentarse—: Soy Alexia..., la prometida de Hugo.

El corazón me dio un vuelco y un nudo de saliva se aferró a mi garganta consiguiendo que me costara tragar. Pude ver por el rabillo del ojo, tras ella, cómo Hugo alzaba la cabeza mientras me miraba con gesto serio y con fijación, pero en ningún momento fui capaz de devolverle la mirada. Fingí realmente bien que aquello no me importaba.

—Sí, hola... —tuve que aclararme la voz para poder seguir hablando—. Soy Claudia... Encantada.

Intenté sonreír, de verdad que lo intenté, aunque no sé si, con el esfuerzo, solo conseguí poner cara de asco. A diferencia de ella, que me mostraba una bonita y blanca sonrisa perfilada por unos sugerentes labios rojos.

—Igualmente... Y aquí tienes una amiga para lo que necesites... —aseguró forzadamente (por quedar bien, claro está).

«Si, seguro... Sobre todo, después de haberme follado a tu futuro marido salvajemente. En un sueño..., eso sí», pensé, escondiendo una medio sonrisa.

«¡Punto para Claudia! O igual no...».

Mientras, observé, algo avergonzada, la comparativa de la guapísima Alexia (alta, delgada y esbelta, con aquel bonito vestido ceñido de color negro con el que enseñaba buena parte de su escote) conmigo: la gamberra de Claudia, con los ojos hinchados de poco dormir, los pelos alborotados y mal recogidos en una alta cola torcida y aquel amplio pijama con el que, más bien, parecía un saco de boxeo preparado para ser apaleado.

¡Uf! Malditas comparaciones... Casi tuve ganas de echarme a llorar.

—¿Quieres zumo de naranja, cielo? —ofreció Alexia a Hugo mientras se sentaba y acercaba a él, cogiéndolo por el antebrazo con cariño.

—No, gracias... —respondió este, sin saber a dónde mirar por miedo a encontrarse conmigo. Me di cuenta de ello.

—¿Queréis un poco de fiambre o longaniza? —preguntó Choni a todos en general, antes de levantar un plato redondo de loza con varios embutidos típicos de la zona.

—No, gracias, Choni... Seguiré con la mermelada... —la miré y le sonreí con amabilidad, untándome de confitura la segunda rebanada de pan hasta los topes.

Esa ansia iba a acabar conmigo: o me ahogaba durante el desayuno por tragarme la comida sin masticar o me explotaba la patata en una de esas.

—¡Uy, no, Choni! Ya sabes que no puedo engordar lo más mínimo, que, si no, no me cabrá el vestido de novia... —dijo con naturalidad y como si aquello fuera algo inminente.

Choni le sonrió como... bueno, por sonreír cordialmente, y entonces mi madre, curiosa, quiso saber algo, supongo con idea de averiguar si, con la muerte del pobre Antón tan reciente, iban a dejar margen para la celebración, que quizás habría sido lo más correcto, aunque quizás el hecho de tenerlo ya todo pagado y dispuesto dificultaba el aplazamiento de la boda en cuestión.

—Y, ¿cuánto falta para la boda? —Sorbió de su taza de café.

Nadie intervino, nadie dijo nada; solo la melosa voz de Alexia, con cierta impaciencia, respondió:

—Solo dos semanas... —Se removió nerviosa en su silla exhibiendo una amplia sonrisa que le llegaba de oreja a oreja—. Ya mismo está aquí... —solo le faltó aplaudir, y no la culpaba, porque se supone que es así de feliz y entusiasmada como hay que estar cuando una se promete y está a punto de casarse, ¿no?

Dos semanas... ¿Dos semanas? ¡Dos semanas! ¡Y yo sin enterarme! Aunque, ¿qué derecho tenía?

—Uy, ¡pero qué poquito queda! Eso no es nada... —respondió mi madre, un poco por decir algo, fingiendo compartir su emoción.

Choni se sirvió café sin comentar nada al respecto; Trini jugueteaba con un trozo de pan, muerto del asco sobre su plato, y en silencio también; yo seguí comiendo como si alguien me fuera a arrebatarse la comida de un momento a otro, sin saber qué decir ni a dónde mirar; y Hugo... Hugo simplemente parecía que no estuviera allí. Vamos, que la conversación de la boda tampoco le parecía entusiasmar mucho que digamos, aunque pensé que era lo más normal habiendo ocurrido lo de su padre a tan pocas semanas de su enlace. ¡Qué pena más grande!

—Y tu prometido, Claudia, ¿a qué se dedica? —se escuchó una pregunta revolotear en el aire como si fuera una jodida paloma que sobrevuela nuestras cabezas decidiendo sobre cuál cagar.

Choni, no sé si sabiendo lo que se hacía o con verdadera inocencia, quiso que se supiera en la mesa que yo andaba por el mismo camino, camino al altar. Y alguien que se encontraba muy lejos de allí, en ese momento, regresó como si lo hubieran abofeteado con aquella pregunta. Ya sabéis sobre qué cabeza cagó la palomita.

—Eh... bueno, pues... es... gerente en una multinacional... —informé a Choni sin ganas de hablar sobre el tema, por lo menos ahí y entonces.

Los hermosos ojos de Hugo me buscaron tanto en ese momento, como pidiendo una explicación, que me vi obligada a mirarlo para pedirle perdón, pedirle perdón por algo que ni tan siquiera sabía y que, desgraciadamente para los dos, nos dimos cuenta (ahí mismo), en ese preciso instante, que dolía demasiado, mucho más de lo que debiera.

—¿Tú también te casas, Claudia? —preguntó, con exagerada curiosidad, Alexia, con un vaso de zumo de naranja a medio llenar en la mano y media tostada de pan, con una fina y casi inapreciable capa de margarina sin sal sobre el plato. Vamos, igualita que yo desayunando.

—Sí... —afirmé casi en un susurro, muy escueta en mi respuesta.

Hugo se llenó un vaso largo de zumo de naranja y se lo bebió de un trago y sin respirar, supongo que deseando que fuera un *whisky* seco por la forma en que lo hizo. ¿Alguna pena que querría ahogar?

—Y... ¿ya tenéis fecha? —insistió la pelirroja con el tema, dando un minúsculo e inapreciable mordisquito con los dientes a su insípida tostada.

—Sí, bueno... No, exactamente...

Mi falta de ganas comenzaba ya a ser evidente, pero aún así...

—Y, ¿ya sabéis...?

—Cariño... —Hugo le regaló a su prometida un apretón en la mano que descansaba sobre el mantel—. Ya hablaremos de bodas en otro momento, ¿te parece? Vamos a desayunar tranquilos...

No tuvo reparos en cortar la frase a su futura mujer cuando vio que esta pretendía seguir preguntando algo que yo me negaba a responder, y algo que él no quería seguir escuchando.

—Claro, cielo...

Alexia, conforme con su futuro esposo, o por lo menos eso pareció, le dio un beso en la mejilla en un gesto cariñoso, algo que me llevó a apartar la mirada de ellos sin ser consciente de que lo hacía para ojear hacia otro lado, pero por el rabillo del ojo pude ver cómo él sonreía débilmente en respuesta a aquel beso. Y gracias a que entonces sonó un teléfono, que resultó ser el de mi madre, y rompió aquel incómodo silencio.

—¡Uy! Es el mío... —Lo sacó del bolsillo y atendió la llamada ante la mirada de todos los presentes—. ¿Agustín? —Esperó unos segundos—. Sí, dime... —Hubo pequeñas pausas entre frase y frase—. Sí, estamos terminando de desayunar... —Silencio—. No, aquí tampoco llueve... ¿Cómo te has levantado hoy de tu lumbago? —Respuesta—. Pues no lo sé todavía, aún no hemos hablado tu hija y yo de lo que vamos a hacer... —Pregunta de mi querido padre—. Claro que vamos a ir... Tu hija tiene que volver mañana a trabajar, la esperan en la consulta... Sí, ya lo sé... Pues dile a Sofía que prepare algo de comer. No sé si llegaremos para la hora de la comida... pero tú dile...

Oh, ¡y tanto que íbamos a volver para la hora de la comida! Ya me iba a encargar yo, aunque comiéramos a las cuatro de la tarde.

—Está bien, tranquilo... Si hay novedades, te aviso... —Colgó—. Tu padre... —se dirigió a mi—. Que si vamos a ir para...

Tragué apresuradamente lo que tenía dando vueltas en la boca y respondí, eso sí, poniendo una mano delante de mis labios para evitar que algo saliera disparado como un misil hacia la bonita cara de Hugo.

—¡Sí! —afirmé en un tono más fuerte de lo que debiera y con más ímpetu de la necesaria—. Sí, claro que sí... Voy a subir a vestirme, y después nos iremos...

Nadie se pronunció, supongo que todos entendieron que ya llevábamos demasiadas horas allí y era hora de seguir con nuestras vidas. Ni tan siquiera los ojos de Alexia, ni por supuesto los de Hugo, se encontraron con los míos tras pronunciar con firmeza aquellas palabras, pero en el ambiente se podía apreciar

las pocas ganas que teníamos de despedirnos otra vez, después de veinte largos años sin tener contacto ninguno. Y, ya que no valía la pena alargar más aquel mal rato, después de pegar el último sorbo a mi café con leche, me levanté decidida, recogí de la mesa lo que había ensuciado durante el desayuno, lo dejé en el fregadero de la cocina y me subí hacia la habitación sin dudar. Todo el mundo se quedó allí, tras de mí, absortos en sus pensamientos.

«Por favor, Dios mío, que no baje agua y podamos cruzar la puñetera riera...», repetí una y otra vez en mi cabeza del mismo modo que si fuera un cántico mientras subía los peldaños de las escaleras de dos en dos, «Por favor, Dios mío, que no baje mucha agua y podamos cruzar la rie...».

Entré en la acogedora y luminosa habitación con decisión, en la cual ahora el sol brillaba con todas sus ganas abriéndose camino y calentando las paredes donde reflejaba sus rayos. Me deshice en un rápido movimiento de la ropa que llevaba puesta, por no decir del disfraz (aunque muy agradecida porque me la hubieran prestado), y la dejé doblada sobre la cama recién hecha. Y en ese momento caí en la cuenta... viendo las dos prendas allí dobladitas, me pregunté por qué Hugo no me había prestado algo de ropa de su prometida en vez de la suya... ¿No habría sido lo más normal?, ¿lo más lógico? No sé, digo yo... porque, más o menos, debíamos utilizar la misma talla... O, ¿es que igual Alexia no era mucho de compartir?, ¿o es que a Hugo le gustaba demasiado el olor de su prometida como para que se mezclara con el mío? Y, ahora que lo pienso, ¿eso significaba entonces que se iba a deshacer de ese pijama porque lo hubiera utilizado yo?

«¡Buf! ¡Venga, Claudia!».

Demasiadas vueltas le estaba dando a algo que no tenía ni la menor importancia. Me vestí, aunque mi blusa y mi falda no me hubieran perdonado la pequeña aventura de ayer y siguieran igual de arrugadas, me coloqué los altos tacones, que me ayudaron a crecer dieciocho centímetros de repente, me acerqué al espejo del baño con mi neceser y con todo lo indispensable para poder poner a punto mi «pequeña carita», como me solía decir mi abuela con adoración... y, después de sacudir mi melena al aire para supuestamente peinarme, decidí que ya volvía a estar decente para que el mundo me viera. Guardé el teléfono en el bolso junto al cargador, eché un rápido vistazo a aquella encantadora habitación para asegurarme de no olvidarme nada, y salí, cerrando a mis espaldas la maciza puerta de roble decapé para siempre... en busca de mi madre y con la dirección de casa como destino puesta en mi GPS mental, porque para allí nos dirigíamos

¡pero ya!

—Madre mía, esta chica está igual de guapa con pijama que sin él... —Choni alertó con aquella frase a todos de mi regreso, porque seguían estando en el mismo lugar donde los había dejado.

Trini, mi madre, y hasta Alexia, se giraron para contemplarme de arriba a abajo con detenimiento, pero los bonitos ojos color pardo de Hugo, en ningún momento se cruzaron con los míos. Ni tan siquiera levantó la vista de aquel periódico que leía con atención, como si de alguna manera quisiera ignorar mi presencia. Y lo consiguió del mismo modo que hice yo con la suya. ¿Pero, por qué? No lo sé. ¿Sería así más fácil la despedida? ¿Me quería despedir ya tan pronto de él? Y, lo mejor de todo, ¿se querría despedir él tan pronto de mí? Pues claro que sí..., ¡en dos semanas iba a ser un hombre casado! Pero, ¿felizmente casado? He ahí la cuestión.

—Estoy preparada, mamá... Cuando quieras nos vamos... —avisé poniéndome frente a la mesa para ver bien la cara de todos e ignorar la de Hugo.

¿Por qué tenía la misma desagradable sensación que cuando estaba cabreada? ¿Por qué me parecía que Hugo había hecho algo malo para molestarme? ¿Por qué, desde que me había enterado de que era un hombre prometido, la irritabilidad con la que me había levantado se había agravado? Joder, empezaba a necesitaba una puñetera explicación, pero no había mucho que explicar: siempre termina siendo todo más simple de lo que nos parece.

—Sí, cielo... Voy... —Mi madre se levantó poco a poco de la mesa, como si quisiera retrasar o evitar aquel momento... el momento de la amarga despedida.

Se dispuso a recoger sus cacharros del desayuno para llevarlos a la cocina, como yo misma había hecho minutos antes, pero Trini y Choni se lo prohibieron a la vez.

—Elvira, haz el favor de dejar eso ahí...

—Elvira, ni se te ocurra quitar la mesa... —advirtió una ojerosa Trini.

—Pero si no me cuesta nada... —aseguró mi madre con la taza en la mano.

Choni alargó el brazo y se la arrebató de las manos para volver a posarla sobre el mantel.

—¿Qué quieres, que después no tenga nada con lo que entretenerme? —bromeó esta, intentando quitar hierro al momento.

Mi madre la miró con afecto y le sonrió.

—Está bien... —se dio por vencida; no insistió más.

Yo las miré con cariño, sintiéndome verdaderamente mal porque se tuvieran que separar de nuevo. Ojalá pudiera chasquear los dedos y borrar ese dolor.

—¿Estás segura de que podremos cruzar ya la riera, hija? —quiso saber mi madre entonces, asegurarse, sin tenerlo del todo claro.

—Sí, seguro que sí, mamá... —afirmé con demasiadas ganas, y por qué no decirlo, con dudas también.

Miré a mi madre con más seguridad de la que realmente sentía.

—Bueno, no sé... —se escuchó detrás de nosotras la vocecita de la tal Alexia, sentada todavía al lado de Hugo, el cual parecía ajeno a nuestra conversación. O eso quería aparentar—. Ayer, a las nueve de la noche, para llegar hasta aquí tuve que cruzar la pista forestal porque llevaba bastante agua...

«Ayer... A las nueve de la noche... O sea, que la muy petarda llegó para cenar pero ni tan siquiera asomó la cabeza por aquí para hacer acto de presencia o saludar... ¿Por eso Hugo tampoco cenó con nosotras? ¿Porque su futura mujer llegaba para cenar? ¡Vaya! Sí que estaban realmente enamorados aquellos dos, que una cena era demasiado tiempo compartido, ¿no?».

Una punzada de ¿rabia? y, por qué no decir, indignación, me atravesó y se apoderó de mí. Seguidamente, caí: ¿el asunto del que se tenía que encargar entonces Hugo cuando vino a darme las buenas noches era ella? ¿Su prometida es un asunto del que encargarse? Dios mío, qué raro me sonaba todo.

—Bueno, seguro que ya podremos cruzar... —insistí sin pruebas sobre aquel dictamen.

¡Qué cabezona era cuando quería! Con total seguridad era lo que estaría pensando Hugo en ese momento. Lo sé..., y en poco se equivocaba.

—Bueno, entonces creo que ya es hora de despedirse...

La voz de Trini sonó tan rota, tan apagada... que por un momento sentí ganas de decirle «No, no te preocupes, Trini. Nos quedamos una semanita más o el tiempo que necesites...».

Pero aquello era irrealizable. Cada uno de nosotros debía seguir el transcurso de su vida. Yo debía volver a mi empleo, a mi piso nuevo de alquiler, el cual compartía desde hacía unos meses con Adrián y en el cual me esperaba. Y al que, por cierto, tenía que llamar para confirmar que volvía ese día.

—Creo que sí, Trini...

Mi madre y ella se abrazaron, se apretaron con todas sus ganas, imagino que preguntando en sus mentes cuándo se volverían a ver. Aunque creo que las dos tenían muy claro que no iban a dejar pasar veinte años hasta la próxima vez.

Choni las miró con tanto o más amor que yo, esperando su turno para estrujar a mi madre, porque después ya vendría a por mí para darme uno de esos «megaabrazosuperChoni» que solo sabía y podía dar ella. Alexia se levantó de la mesa y se acercó a nosotras, pero se quedó observando, prudentemente callada. Sabía que ahí había demasiado cariño y demasiado afecto como para romper aquel bonito momento. Hugo la imitó cabizbajo, en silencio, con sus rudas manos guardadas en los bolsillos de sus tejanos, como si hubiera vuelto a hacer algo que no debía y estuviera esperando su regañina. En ningún momento nos miramos.

—Claudia, la preciosa Claudia... —Los débiles brazos de Trini se abrieron ahora para acogerme—. Sabes que siempre has sido como una hija para mí, aunque haya pasado casi media vida sin verte crecer...

Sus ojos pequeñitos, amarronados y enrojecidos casi a partes iguales, me miraron vidriosos, pero en sus finos labios se dibujó una tímida sonrisa que enmascaró sus ganas de llorar.

—Trini, juro que no volverán a pasar tantos años hasta que nos volvamos a ver... —prometí.

La abracé con tremendas ganas y, ahora sí, los preciosos ojos de Hugo grabaron aquella imagen en su cerebro para recordarla siempre. Su madre y yo, juntas en un abrazo de amor.

Nos separamos y sonreímos como firmando un juramento. Trini y yo, en ese instante, tuvimos complicidad. Y detrás de nosotras, mi madre y Choni nos imitaban haciendo entre ellas alguna que otra broma para que ese momento fuese más llevadero. Me despedí de Alexia de la misma forma en que una se despide de una conocida, y llegó mi turno... «Super Choni» me esperaba con los brazos de par en par para apretarme por todos lados.

—Ven aquí, preciosa mía... —pidió mientras se mordía los labios, sin creerse que me volviera a marchar, como cuando despides a un hijo que parte hacia el servicio militar.

En ese momento tuvo que aguantar como la campeona que es para no romper en llanto. ¡Y qué decir de mí! Casi tres cuartas partes de lo mismo cuando su abrazo me llenó del más sincero cariño.

—Choni, te voy a echar tanto de menos otra vez...

—Dios mío, Claudia... Has sido siempre tan buena, tan cariñosa y, tan... de todo... —nos miramos cogidas de la mano, no pude evitar sonrojarme al escuchar sus palabras—. Y te has hecho una mujer tan guapa y tan bonita... ¿a

que sí, Hugo?

Aquella pregunta tuvo el mismo efecto en mí y en él que un jarro de agua fría. ¡Qué coño fría, helada! Hugo se quedó callado, dudoso, sin saber qué decir ante la atenta mirada de su prometida, a escasos pasos de él, esperando la respuesta... Al final, hábil, supo reaccionar.

—¿Que vas a decir tú, Choni...? —intentó torcer una sonrisa, pero su gesto era rígido y serio, y su mirada pasó de largo por delante de mí para mirar a quien le había preguntado.

Esta le devolvió la sonrisa sabiendo lo que escondía aquella afirmación. Alexia también sonrió, contenta y complacida con aquella respuesta, y yo, sin saber ya qué hacer ni qué decir, quise acabar con aquel mal rato de una vez.

—Bueno, mamá, vámonos que se nos va a hacer tarde...

—Sí, hija...

Cogió su bolso, que tenía preparado colgando de su silla, y todas las mujeres se giraron con idea de acompañarnos hasta la puerta de entrada para despedirnos definitivamente ya... Pero ninguna de ellas reparó en una cosa: en que Hugo y yo no nos habíamos dicho nada, en ningún momento nos habíamos despedido.

Cuando de fondo... se escuchó su hipnotizadora voz:

—Y de mí... ¿no te piensas despedir?

Capítulo 11

Su voz, tan grave y tan sugerente... consiguió frenarnos en un murmullo. Todas, después de haber dado unos pasos, nos paramos y nos giramos hacia él, que se había quedado atrás... solo, apartado (sobre todo yo, que sabía perfectamente que aquella pregunta iba dirigida a mí). No pude evitar ponerme rígida, tragué saliva, parpadeé un par de veces sin apartar mis ojos de él y volví sobre mis pisadas.

—Sí... claro... —respiré hondo, muy hondo—. ¿Cómo no me iba a despedir de ti? —susurré al llegar a su altura.

Estábamos uno frente al otro con nuestros cuerpos separados apenas por un escaso palmo de distancia, con nuestras miradas enredadas sin importarnos quiénes esperaran detrás. Ni tan siquiera la presencia de su prometida impidió que nuestros ojos hablaran, pidiendo y preguntándose demasiadas cosas. Y justo cuando me decidí a darle dos cálidos besos de despedida, cuando alargué el cuello y quedé tan cerca de él que su dulce respiración me acariciaba los labios sin perder ni un momento el contacto visual..., la voz de alguien desconocido rompió el hechizo.

—¡Tía Trini!

Todos los presentes nos giramos al instante al escuchar la triste voz de aquel joven retumbar en el porche. Dio largas zancadas para ir directo hacia la viuda y poder estrecharla entre sus brazos, a lo que la mujer respondió sin dudar, devolviéndole el fuerte al abrazo.

—Tía, lo siento mucho... He venido desde Alemania en cuanto he podido...

Era un joven vestido con camisa negra y tejanos oscuros, de ojos claros y pelo negro, alto y fornido. Tenía la voz tan rota y tan desgarrada que se me partió el alma aun sin saber quién diantres era.

—Lo siento, lo siento muchísimo... —repetía una y otra vez.

Dejaron de abrazarse y la mujer, con los ojos llorosos, solo consiguió pronunciar dos palabras:

—Lo sé.

El joven la volvió a abrazar, Hugo en silencio se acercó a ellos y, en cuanto estos dos se separaron, los dos hombres se miraron.

—Primo...

Ahora se abalanzó a los brazos de él, se apretaron y se golpearon la espalda con duros manotazos de aprecio, demostrándose en sonoras palmadas el verdadero cariño que se tenían. Y, de mientras, Choni, Alexia, mi madre y yo mirábamos la situación con discreción.

—Gracias por venir, primo... —Hugo lo miró a los ojos con auténtico agradecimiento.

—No seas capullo... —respondió el otro, dándole una palmadita en la cara.

Los dos se separaron, miraron a su alrededor sintiéndose observados, y el joven saludó cariñosamente a Choni con otro abrazo más, saludó a Alexia con dos rápidos besos y, entonces, después de ver a mi madre y reconocerla, se giró hacia a mí con cara de asombro.

—¿Claudia?

Aquello no me lo esperaba. ¿Cómo podía saber mi nombre?

—Perdona, ¿te conozco? —pregunté arrugando el ceño y mirándolo con exagerada atención.

—¿Que si me conoces? ¿De verdad lo estás preguntando? —preguntó incrédulo y torciendo ahora el gesto en una medio sonrisa—. ¿Te acuerdas de ese niño que una vez te tocó el culo y le abriste la cabeza de una *pedrá*?

Lo miré ahora con detenimiento, reparando en sus rasgos acentuados, en aquellos bonitos ojos azules con esas espesas pestañas negras que los bordeaban, y entonces recordé ese momento de mi vida.

«¡No me jodas!».

Recordé una calurosa tarde de verano en la que jugaba y correteaba en bañador por el patio de la masía con una manguera en la mano, y aquel niño corriendo detrás de mí porque había hecho una apuesta con Hugo a que no era capaz de tocarme el culo; y, en cuanto lo hizo y su mano rozó ligeramente el cachete derecho de mi pequeño trasero respingón, cogí la primera piedra que vi en el suelo y tuve a mano, y se la lancé a la cabeza abriéndole una buena brecha. Porque aquella era mi especialidad, ni más ni menos me llamaban la «abre fácil», aunque ahora pueda sonar inapropiado, pero es que abría cabezas a diestro y siniestro. Y, madre mía, cómo lloró, y cuánta sangre resbalaba por su cara mientras el cabrón de su primo no paraba de reír.

—¿Lucas? —pregunté sin poder creerme que lo tuviera delante.

¿Cómo era posible que aquel niño seco y esmirriado se hubiera convertido en ese hombre tan guapo y fuerte que tenía frente a mí? Era todo un rompecorazones. Me acuerdo de que, cada fin de semana que lo veía, venía diciendo que tenía una novia nueva. ¡Qué sabría el de novias, mocosos, con tan solo nueve años!

—Sabía que no te podías haber olvidado de aquel día... —reconoció casi algo avergonzado.

¡Quién lo iba a decir! Lucas, ¿vergüenza?

Pero en eso se equivocaba y mucho. Desgraciadamente, tal y como había ocurrido con otras tantas cosas de aquí, de este lugar, de mis mejores recuerdos... se habían perdido en mi mente sin querer.

—Vaya... No te había reconocido... —confesé, sintiéndome mal por ello, y acercándome a él para darle dos cariñosos besos.

Todos nos miraban ahora. Aunque la entrada de Lucas hubiese sido triste y desgarradora por la repentina muerte de su tío Antón, al que quería como a un segundo padre, ya que el suyo había muerto cuando él tenía apenas cinco años, ahora en el ambiente volvía a reinar aquel sentimiento de nostalgia y añoranza después de tantas cosas vividas juntos y tantos años compartidos. Los cuatro fantásticos parecíamos: Hugo, Lucas, Sofía y yo; aunque los que siempre compartiéramos todo fuéramos Hugo y yo, y mi hermana, bastante más pequeña que nosotros, no se enterase de la misa la mitad.

—Bueno, yo tengo que reconocer que, si te llego a ver por la calle, tampoco habría dicho que eras tú... —me repasó de arriba a abajo con la mirada un par de veces—. Porque... ¡uf!... Madre mía... —enarcó una ceja e hizo un gesto con la cabeza como de no creerse lo que veían sus ojos, luciendo una descarada sonrisa en los labios.

¡Dios! ¿Es que ninguno habíamos cambiado? ¿Todos seguíamos siendo aquellos traviosos niños, pero con veinte años más encima? Parecía ser que sí. Acababa de salir a la luz esa vena del Lucas sinvergüenza y seductor, que segundos antes estaba escondida. Y no sé por qué, aquel simple comentario consiguió sonrojarme de verdad y que unas sonrisas se reflejaran en el rostro de los demás, incluido un Hugo que nos miraba fijamente y con ternura. Bueno, todos menos la estirada de Alexia, seguramente demasiado centrado en mí, y no en ella.

—Anda, cállate... —Lo empujé hacia atrás, ahora sí, avergonzada, reparando en que aquel cuerpo era igual de duro y firme que el de su querido primo mayor.

«Pero, ¡por favor!, ¿qué les dan de comer aquí a estos hombres para que se pongan así de *mazaos*?», me pregunté, sintiéndome algo mejor al darme cuenta de que ya no había ojos llorosos entre nosotros, solo sonrisas de cariño y afecto.

—Hija, deberíamos irnos ya... —recordó mi madre, apenada—. Se nos está haciendo tarde...

La miré sabiendo que tenía razón, pero es que me sentía tan en casa de nuevo, entre aquellos dos primos cabezotas que tanto me habían hecho reír... y llorar... Pero, muy a mi pesar, asentí.

—Sí, mamá... Tienes razón. Vamos...

—¿Pero ya os vais? —preguntó Lucas, tristemente sorprendido—. No, hombre, no... Tenemos que ponernos al día... —pidió.

Lo miré, afectada por aquel sentimiento que sabía era el mismo que por dentro de mí corría.

—Sí... Tenemos que irnos ya, lo siento... —asegué en una disculpa—. Tenemos un trozo hasta casa y todavía tenemos que cruzar la riera... —solté en un suspiro.

—¿La riera? —Arrugó el ceño para, seguidamente, arquear una ceja—. ¿No será tuyo el Mazda de fuera, verdad?

«Ya estamos...»,

—Sí... Es mío. ¿Por qué? —pregunté a expensas de una respuesta coherente y con fundamento.

«A ver, sorpréndeme con tu comentario...», pensé.

—Porque, lo primero, no vas a poder cruzar la riera, ya que baja a rebosar... y, segundo, con ese coche no vas a poder cruzar la pista forestal... Necesitas un coche de verdad para salir de aquí...

«¿De verdad? ¿En serio, él también? ¡Arrggg!».

—A ver... a ver... —me crucé de brazos—. ¿A qué te refieres con un coche de verdad? —comencé a indignarme porque, si hubieseis visto la sonrisilla que Hugo tenía en los labios, lo habríais querido matar igual que yo quería hacer en ese momento.

—Bueno, no digo que sea un mal coche... —se apresuró a justificar Lucas al ver mi cara—. Pero es un deportivo precioso para ir por la ciudad, no pensado para estos caminos...

¡Dios mío! ¡Las mismas palabras que su puñetero primo había pronunciado el día anterior! Si fueran hermanos de sangre, no se parecerían tanto.

—Necesitarías un todoterreno, con tracción a las cuatro ruedas para poder

cruzar la pista forestal, que te deja casi a la salida de la autopista...

¡Los mato, juro que mato a estos dos!

—Eso mismo le dije yo ayer...

Ahora las palabras de Hugo casi me irritaron. Esa mañana (bueno, hacía un rato), me había levantado esperanzada con que la riera hubiese bajado de nivel y pudiésemos cruzar con mi deportivo para, por fin, volver a casa. Pero, parecía ser que no, que la suerte no estaba de mi parte y me estaba boicoteando una vez más. Me giré hacia Hugo y lo fulminé con la mirada. Me respondió con una jodida sonrisa en los labios, que le hacía todavía más guapo, cosa que me molestó aún más.

—O sea..., ¿que la puñetera riera todavía baja llena? —pregunté, o acusé, agobiándome más que nunca.

—Muy llena... —aseguró el joven haciendo una mueca.

«¡Joder!».

Me tapé la cara con las manos intentando no ponerme nerviosa para no alterar mucho más a mi madre, pero ella solita lo hizo por mí.

—Hija... ¿y qué vamos a hacer? Tenemos que volver a casa... Están tu padre, tu hermana, Adrián, tu trabajo... Está...

El nivel de nerviosismo ascendió de repente y por segundos.

—Mamá, mamá... Tranquila, ¿vale? Hoy vas a ver a papá... Hoy nos vamos para casa...

—A ver, a ver... Tranquilas... Vamos a pensar por un momento...

Todos miramos a Hugo, quien, para mi sorpresa, parecía ser el más calmado respecto a aquella situación.

—Podemos hacer una cosa... —Se llevó las manos a los bolsillos en un gesto muy suyo—. Como ya te dije ayer, hay dos opciones... —me miró con semblante serio—. O te llevas mi jeep, con el cual podrás cruzar la pista forestal, dejas aquí tu coche y, en cuanto puedas, vuelves a recogerlo...

—No, no, no... Ni hablar... No me voy a llevar...

—¿Quieres dejarme terminar...? —Torció el gesto aguantándose por no reírse. Lo vi. Como también sé que no lo hizo porque se temía las consecuencias, pues ahora una brecha en la cabeza seguro que dolía más que cuando teníamos doce años—. O..., ya que hoy es domingo y no tengo nada en especial que hacer, puedo llevaros yo a casa y ya vendrás por tu coche cuando puedas...

—Pero bueno, es que no... Tiene que haber otra solución... No voy a dejar aquí mi coche... —Me crucé de brazos negándome en rotundo.

—Hombre, esa es una buena solución... —aportó su opinión Trini.

Resoplé, bastante agobiada. Aquella situación estaba empezando a superarme.

—Pero es que...

—No suena tan mal, hija... Si con tu coche no podemos cruzar, algo habrá que hacer... Igual lo mejor es que nos lleve Hugo a casa y así tampoco lo dejamos a él sin coche... ¿no te parece? —razonó mi querida madre.

—Pero es que yo no quiero eso... —resoplé con intensidad mirándola.

—Ya lo sé, Claudia... Pero algo tendremos que hacer... —Ahora se puso firme en su decisión.

—Yo podría llevaros... —se ofreció Lucas muy gentil.

—No, Lucas. Tú acabas de pegarte un viaje en avión y debes descansar. Estarás cansado... En todo caso, yo seré quien las lleve... —aseveró Hugo con rotundidad—. Si es que Claudia me deja, claro está...

Lo miré, miré sus bonitos ojos pardo, que en ese momento me absorbían, y me pedían permiso, y me mordí el labio inferior reconociendo que no tenía muchas más opciones a mi favor. Pensé que, si mañana quería estar a las nueve en la consulta, tendría que poner remedio a aquella inoportuna situación cuanto antes. Y esperar a que la riera se abriera en dos mitades, como Moisés separó las aguas del mar Rojo para cruzar, era completamente imposible... y una gran pérdida de tiempo, ¿verdad?

—Bueno..., parece que al final va a tener que ser eso...

Todos me miraron con ojos inquisidores, o eso me pareció.

—Lo de que Hugo nos lleve a casa, digo... —me expliqué mejor.

Aunque pensar en tenerlo tan cerca de mí durante una hora y media de camino, creo que me ponía aún más nerviosa todavía. De repente, era demasiado tiempo para hablar con alguien al que no sabía qué decir.

—Entonces, ¿os llevo yo a casa o prefieres llevarte mi coche?

Le agradecí tanto a Hugo en silencio que se preocupara de aquella forma por nosotras que casi me sentí cohibida por tanta contemplación. Aunque también me di cuenta de cómo estaba disfrutando, el muy cabrito, con aquella situación. Estaba claro que esperaba ansioso a que yo misma se lo pidiese por favor. Esa era su manera de hacerme ver que, desde el principio, él había tenido la razón.

—Bueno, igual lo mejor es que nos lleves tú..., para evitar así dejarte sin coche durante unos días hasta que pueda venir por el mío...

Y, sin esperar, alguien se hizo notar.

—Bueno, siempre podría coger el mío si no dispusiese de su coche... —fue la única frase que dijo Alexia en todo ese rato—. Podrías llevarme tú al restaurante y quedártelo después... —dijo como opción.

Ya está, Alexia la «pelirroja mona» ya había solucionado la papeleta.

—No, cariño, no te preocupes... Tampoco tienes por qué quedarte tú sin el coche... —Hugo intentó ser comprensivo y complaciente con ella, pero, por la cara que puso su prometida, no sé si la idea de que nos llevara él en persona a casa era la que más le agradaba.

No se volvió a pronunciar.

Capítulo 12

Llevábamos ya casi una hora de inquietante camino a nuestras espaldas. Mi madre, la misma que ahora resoplaba despreocupada detrás, dormida en su cómodo asiento de suave cuero de color camel, me cedió el puesto del copiloto con la excusa de que «detrás descansaría mejor, porque poco había dormido esta noche al estar de cháchara con Trini en la habitación. Que, si no nos importaba, prefería quedarse en los asientos traseros», Por supuesto, para que no viéramos cómo dormía, pero, con lo que no contaba era con que la fuéramos a escuchar roncar a la perfección.

—Cualquiera diría que tiene una resaca de campeonato por haber estado todo el fin de semana de juerga...

«Y no que vengamos de dar el pésame a una familia», pensé, pero no lo dije. Hugo la miró por el retrovisor interior de su jeep, y sonrió.

—Sí, eso parece... —me dio la razón.

Me giré en mi asiento para contemplarla.

—Dios mío, ¡qué vergüenza! —susurré, aguantándome una carcajada al verla allí de medio lado, con la cabeza colgando hacia atrás y la boca abierta de par en par.

Mi comentario le hizo aún más gracia.

—¿Por qué dices eso? —me miró frunciendo el ceño.

—¿Pero tú no la ves? —pregunté, devolviéndole la mirada, al borde de la indignación—. ¡¿Y no la oyes?! —lo acusé, torciendo una sonrisa de asombro.

De verdad que parecíamos una pareja con una criatura de sesenta y dos años a nuestras espaldas. Vaya panorama.

—No pasa nada... A mí no me molesta... —aseguró con ternura en la voz—. Además, tengo mucho que agradecerle... Si no ha dormido esta noche, ha sido por tener entretenida a mi madre y que no pensara mucho en la desgracia que tiene encima...

Me coloqué de nuevo bien en mi asiento y bajé la mirada a mis manos sabiendo que no le faltaba razón.

—Lo sé... —reconocí.

Hubo un pequeño silencio entre nosotros dos y, a continuación, Hugo añadió algo, pillándome desprevenida.

—Gracias por haber venido, Claudia. Haber estado en este momento tan duro, y... —intentó no ponerse demasiado serio—. Habernos aguantado desde ayer...

Ladeé el rostro para mirarlo a la cara después de escuchar aquel sincero agradecimiento.

—No me tienes que dar las gracias por nada... Si vinimos, fue porque de verdad sentimos la pérdida de tu padre y queríamos compartir vuestro dolor... —Aunque en ese momento recordé la de excusas que llegué a poner por no ir. ¡Qué triste!, ahora que lo pienso, y qué arrepentida me siento—. Y lo de aguantaros... Mejor dicho: aguantarte... Porque Choni y tu madre son unas santas... —bromeé haciendo un gesto de indiferencia con el hombro, intentando quitando hierro al momento.

Hugo, con las manos firmes en el volante, ladeó la cabeza para mirarme con aquella maldita sonrisilla suya, tan seductora y tan característica, en los labios.

—¿Qué quieres decir con eso? —fingió estar dolido—. ¿Es que yo no soy un santo? —Volvió a mirar al frente.

—No..., para nada... Tú nunca has sido un santo... —aseguré convencida, riéndome y mirando al frente también.

Añadió una frase, dejándome perpleja y sin palabras:

—Tienes razón... —confirmó él mismo—. Y no sabes lo travieso que puedo llegar a ser... —susurró, demasiado sugerente para lo que debiera.

«Maldito canalla».

Los dos ladeamos nuestras cabezas al mismo tiempo y nuestros ojos chocaron. En silencio. Nos aguantamos la mirada. Tragamos saliva... Yo intentaba controlar el ritmo de mi respiración para que no se acelerara después de quedarme sin aire al escuchar su declaración. Parpadeé un par de veces para volver en mí y volví a fijar la vista en la carretera. Hugo, sin decir nada más, me imitó.

«¿Qué había sido eso? ¿De verdad había dicho aquello?».

Nunca me hubiese imaginado aquella situación con el que había sido mi mejor amigo de la infancia, pero, mira tú por dónde, que la vida da más vueltas de las que necesita dar y llega un día en que, sin motivo ni razón, te complica la existencia.

«¡Qué caprichosa ella!».

Pasó un largo rato hasta que alguien dentro de aquel coche se pronunció y, por descontado, no fuimos ninguno de nosotros dos. Creo que nuestro subconsciente fue más listo y precavido, y decidió hacerse también el dormido para evitar que aquella conversación se caldeara, porque hay que saber diferenciar el momento justo en que una inocente broma... deja de serlo.

—Vaya... pues parece que me he dormido un momento... —comentó de repente mi madre con voz pastosa y regresando al mundo de los vivos.

No pude evitar que una pequeña carcajada se me escapara, contagiando a Hugo también. Si es que esa mujer era única en su especie.

—¿Tú crees que solo ha sido un momento, mamá? —pregunté girándome hacia ella con ganas de rectificarle y decirle que ese momento se traducía en hora y cuarto.

Hugo la miró por el retrovisor con una dulce sonrisa en los labios.

—Pues claro que sí..., ¿es que no lo ha sido? ¿Es que he roncado? —preguntó, para nada avergonzada por si lo hubiera hecho—. No puede ser, no me ha dado tiempo...

«¡Ole tú que sí!».

—No, no... Tranquila... Ni nos hemos enterado de que estabas ahí detrás...

Al declarar aquello, Hugo y yo nos miramos por primera vez desde el sugerente e inapropiado comentario por su parte, cortados, medio sonriendo. Y, a decir verdad, creo que hablo por los dos, casi deseando, por un momento, que mi madre no estuviera en el asiento trasero. Joder, la cosa se complicaba...

De repente, demasiadas horas juntos. Gracias a que mi madre sí que estaba allí.

«Gracias, mamá».

—Bueno, pues parece que ya hemos llegado...

Eran las tres y media de la tarde cuando llegamos al sitio. Mi madre miraba algo ansiosa por la ventanilla trasera, hacia arriba, buscando a mi padre con la mirada como si este fuese a estar asomado al balcón esperando su llegada, como si hiciera meses que no se veían. Creo que nunca habían pasado tanto tiempo separados... Y no me quiero ni imaginar si tuviera que pasar por lo mismo que Trini estaba padeciendo ahora mismo. No lo quiero ni pensar.

—¿Es aquí? —preguntó Hugo aminorando la velocidad.

—Sí, bueno, un poquito más para adelante... en aquel portal... —Señaló mi madre con el dedo índice.

Este tuvo que girar la cabeza para poder ver las extrañas indicaciones que mi madre le regalaba.

—Ahí, ahí... —seguía la otra.

—Ahí... —señalé yo aclarando sus dudas no resueltas.

Y el puñetero, con la mano izquierda en el volante y la otra en el cambio de marchas, en aquella postura tan masculina y tan de granuja seductor... estaba dolorosa y terriblemente delicioso. Demasiado para mí, joder. Miró mi dedo, me miró a mí, e hizo el amago de una sonrisa.

—Sí, sí... Aquí...

Mi madre ya estaba deseosa de que frenara el coche para bajarse de él, como si fuera una chiquilla a la que por primera vez llevan al parque de atracciones. Hugo paró el coche en segunda fila con los cuatro intermitentes de emergencia parpadeando a la vez. Mi madre y yo nos desabrochamos los cinturones al mismo tiempo para bajar.

—¿Tú también te bajas aquí? —quiso saber Hugo.

Y, antes de que pudiera responder, mi madre preguntó lo mismo, extrañada.

—¿No vas para casa, Claudia?

—Sí, bueno... Es que... —dudé demasiado a la hora de dar una respuesta— ... He pensado en ir andando desde aquí... Así no tienes que dar tanta vuelta y eso... Tampoco está muy lejos...

Este enarcó la ceja derecha, dudoso, y sin quedarse muy convencido con mi vaga explicación.

—No lo hagas por mí... A mí no me importa... —aseguró él.

—Claro, hija... que te acerque en un momento... —insistió la otra.

«¿Qué más le da a ella?», pensé.

—Es que es tarde, y tienes que volver y todo... No, déjalo, no es necesario. No te preocupes: voy andando... Si no está muy lejos, ¿verdad, mamá?

«No, ¡qué va!».

—Hombre, no está lejos, lejos... —resolvió mi madre—. Pero tampoco está cerca, cerca...

«¡Y dale!».

Mi madre ya había abierto la puerta del coche para bajar mientras comentaba aquello, yo hice oídos sordos a sus peticiones y cogí mi bolso, que descansaba en un lado a mis pies, y, cuando alargué el brazo para abrir yo también la puerta del copiloto, la mano de Hugo me frenó delicadamente por el codo.

—Espera, deja que te lleve... —sus palabras, casi en un susurro, me sonaron

a súplica.

—Pero si no es necesario... —me resistí a su actitud rogativa.

—Por favor...

Se me hizo un nudo en la garganta, me costaba tragar ese amasijo de nervios ante tanto reclamo. Me quedé callada, dudando de si aquello sería buena idea, o no... Fui a decir algo de nuevo, otra excusa barata con la cual alejarme rápidamente de él... pero esa carita, esos ojitos de perrito abandonado, al final y muy a mi pesar, pudieron conmigo. Además, ¿qué podía pasar?

—Bueno, vale. Está bien... —dije en un bajo tono de voz cediendo a su petición.

Y, aunque queríamos dejar de hacerlo, nuestros ojos no se despegaban. Y su agradable mano, todavía acariciando mi piel, transmitía un atrayente calor.

—Entonces, ¿te lleva Hugo a casa? —quiso saber mi progenitora, haciéndonos regresar de golpe de nuestros tortuosos pensamientos.

Hugo apartó su mano de mi brazo y los dos miramos hacia afuera, desde donde mi madre nos observaba con el bolso colgando del hombro.

—Sí, Elvira... Yo la dejo en casa, no te preocupes. Es una tontería que camine cuando yo la puedo llevar...

Yo sonreí a mi querida madre reforzando, sin necesidad, aquella afirmación.

—Está bien... —nos devolvió la sonrisa, como dándonos su bendición. Metió la mano por la ventanilla del copiloto, que estaba bajada, y estiró el brazo para llegar hasta Hugo, pasando por delante de mí—. Muchísimas gracias por traernos, cielo... Te lo agradezco mucho... —este cogió con cariño la mano que mi madre le tendía—. Y espero que nos volvamos a ver pronto, por favor... Cuida de tu madre y, si necesitáis lo más mínimo... ya sabes dónde estamos.

—Muchísimas gracias a ti, Elvira... por todo. Espero que no tardemos mucho en volvernos a ver.

Vi cómo sus manos se apretaban por última vez antes de que mi madre se despidiera de nosotros con una sonrisa para entrar al edificio. Miré en su dirección un par de segundos más, Hugo metió la primera marcha... y, ahora sí, los dos a solas por completo, sin nadie detrás, sin nadie delante, sin nadie que nos pudiera juzgar. Y un escalofrío me recorrió el cuerpo entero.

—Bueno, tu dirás...

Volvió a incorporarse ágilmente al tráfico, que un domingo a aquella hora era más bien escaso por allí porque la verdad, casi a las cuatro de la tarde en agosto, la gente estaba terminando de comer o, pegándose una bendita siesta.

—¿Cómo? —pregunté distraída.

Hugo me miró.

—Tú me dirás por dónde tengo que ir...

—Ah, sí... —carraspeé algo nerviosa—. Sigue recto y a la segunda giras a la izquierda... —le informé contemplando al frente para no mirarlo a él.

Vi por el rabillo del ojo cómo me ojeaba de soslayo y se aguantaba una sonrisa.

—¿Estás bien?

—¿Qué? Sí, sí, claro...

Lo observé un segundo, intenté sonreír y me esforcé para que sonara creíble porque no lo era. Realmente no estaba cómoda en aquel momento, en aquella situación... Si digo la verdad, ya me estaba arrepintiendo de haber aceptado que me llevara a casa y tan solo podía pensar en bajarme de aquel coche y llegar a mi piso con Adrián. En alejarme lo más que pudiera de aquella desconcertante y aterradora tentación.

—¿Vas a necesitar estos días el coche para ir al trabajo? —preguntó ahora, girando exactamente por donde le había indicado—. Perdona, ¿es por aquí? —quiso saber.

—Sí, es por aquí...

Puso cara de circunstancia.

—¿Y pensabas venir aquí caminando? —preguntó frunciendo el ceño.

Me había pillado.

—Eh... sí. Bueno, no pasa nada... En realidad, no está tan mal... También podría haber ido caminando por...

—No he dicho eso. No he dicho que esté mal, pero no me parece que sea el mejor lugar por donde debes venir tú sola caminando... —comentó poniéndose serio—. No vienes nunca a casa de tus padres sin el coche, ¿verdad? —dedujo, torció ahora el gesto y la sonrisa al darse cuenta de que le había mentado.

Yo retorcí mis dedos nerviosa y sonreí avergonzada, tal como haría una cría, una puñetera cría.

—No... Me has pillado... —confesé, examinándolo y mordiéndome el labio inferior.

—Y, ¿se puede saber por qué no querías que te trajera?

—Bueno, no es eso... No es que no quisiera que me trajeras... ¡Vaya tontería! —me reí nerviosa.

—¿Entonces? —exigió saber.

Me lo quedé mirando con excesiva fijación y sin una respuesta coherente que ofrecerle. Y pensé, y pensé, y pensé...

—¿Claudia? —insistió.

Y, completamente en blanco, solté de repente como una imbécil:

—¡Mira! Allí es donde yo trabajo... —señalé a lo lejos un bonito edificio de grandiosas cristaleras.

¡Pero qué boba me sentí! Hugo giró la cara a su izquierda para ver lo que mi dedo señalaba, acto seguido bajó la cabeza y, mirando su regazo, negó con ella varias veces resoplando con cierta incredulidad mientras, en sus labios, se dibujaba una amplia sonrisa de asombro.

—Muy bien, muy bonito... —añadió buscando de nuevo mis pupilas—. Pero no me has contestado... —volvió a insistir—. ¿Por qué no querías que te trajera? «Tierra, trágame».

Sentí cómo mi pulso se aceleraba cada vez más, me sentí como un inofensivo conejito al que están a punto de cazar, si es que no lo habían hecho ya.

—Bueno... tú tampoco me contestas muchas de las veces... —se me ocurrió escupir aquella increíble estupidez como vía de escape, pero fue lo peor que pude hacer, un grave error por mi parte. Tan solo alimenté un poco más sus ganas por saber.

«Muy bien, Claudia, muy bien... Muy hábil».

Hugo retuvo una pequeña carcajada en su garganta en un ronco sonido y miró por el retrovisor izquierdo antes de aminorar la velocidad de su jeep hasta quedarnos parados del todo en el arcén. Puso el punto muerto, tiró del freno de mano con cierta brusquedad, accionó las cuatro luces de emergencia y desabrochó ágilmente con una mano su cinturón de seguridad para tener total libertad y poder girar su cuerpo para quedar muy cerca del mío, cara a cara.

«¡Ups!».

—Vamos a ver... —respiró hondo y con intensidad—. ¿Estás evitando decirme algo, Claudia?

Su tono de voz fue bajo, sugerente, de canalla que sabe lo que quiere y, peor aún, que está seguro de que lo va a conseguir. Con tan solo aquel gesto y aquella pregunta consiguió que las bragas se me empaparan en un maldito instante. ¡Mierda! Lo observé sin moverme de mi sitio, sin atreverme a parpadear y tragando saliva poco a poco. Por descontado, no respondí.

—¿Hay algo... que me quieras decir? —volvió a preguntar, bajando todavía más el tono de voz.

Sus ojos buscaron mis labios mientras formulaba aquella pregunta. Y lentamente, muy lentamente, fue acercando su cara a la mía hasta que nuestras narices casi se tocaron. Era casi imposible vernos con claridad por nuestra cercanía, pero su cálido aliento, al respirar tan cerca de mí, con su apetitosa boca entreabierta pidiendo a gritos que entrara en ella, acariciaba suavemente mi piel.

—No lo sé... —susurré muy muy cerca de sus labios.

Esperó varios segundos antes de volver a hablar.

—¿No lo sabes? —Se separó lo justo para mirarme, alzó los ojos y me derritió con una perturbadora mirada—. ¿O no me lo quieres decir?

Involuntariamente, cerré los ojos. No me sentía con fuerzas para aguantarle la visión, dejé salir un pequeño jadeo de entre mis labios entreabiertos y, sin darme cuenta (lo juro), los acaricié con la punta de mi lengua poniendo a prueba a la tentación, imaginándome su sabor. Y, aunque no lo vi, sé que sus ojos hicieron el mismo recorrido por mi boca que mi suave lengua. Volví a abrirlos, y entonces sí: nuestras miradas se encontraron, se aguantaron, se retaron... Y, por segunda vez, por suerte o por desgracia, la cordura habló.

—Creo que será mejor que te lleve a casa... —declaró Hugo en un susurro tensando y apretando la mandíbula.

—Por favor... —rogué.

Buscamos con los ojos nuestras bocas por última vez... y nos separamos quedándonos con hambre.

¡¡¿Pero qué coño estaba pasando entre nosotros?!!

Capítulo 13

Cruzamos el barrio de Santa Eugenia. Pasamos por delante de la preciosa Plaça de Josep Irla i Bosch, donde la escultura en bronce de un torso desnudo decora el lugar, y poco después paramos frente a la puerta de mi edificio. Hugo encontró un hueco justo delante y estacionó, pero en ningún momento apagó el motor de su jeep. Este último tramo de camino había sido silencioso, y aún más tenso si cabía, que el anterior, cuando nos acompañaba mi madre. Estaba claro que ninguno de los dos se atrevía a pronunciar palabra, ni a parpadear siquiera, por miedo a que la tentación se volviera a pronunciar. Pero ahora sí que sí, cogí mi bolso y lo apoyé sobre mi regazo advirtiéndole de que, en breve, iba a salir corriendo.

—Bueno, aquí es... —dije, a falta de conversación.

Casi no nos atrevíamos a mirarnos y sé de sobras que hablo por los dos. Me di cuenta de que Hugo estaba casi tan ruborizado como yo. Se dejó caer hacia atrás en el suave asiento de piel, y por fin, clavó la vista en mí.

—¿Cuándo vas a venir por tu coche? —se interesó de repente.

A mi querido Mazda, del cual no me había separado ni un solo día desde hacía un año y medio, lo había dejado perfectamente aparcado, para que estorbara lo menos posible, en un lado de su garaje, a escasos metros de la entrada a la masía y donde Hugo guardaba su impresionante Ducati Monster 1200R.

—Bueno, no lo sé... Mañana vuelvo a trabajar y va a ser complicado con mi horario... Pero está claro que tendré que buscar un hueco para ir... —le expliqué—. Porque, además, no voy a aguantar muchos días teniendo que coger el autobús para desplazarme... —confesé con risa nerviosa.

¿Por qué todo el tiempo tenía la extraña sensación de ser una puñetera cría de quince años?

Hugo me observaba con fijación con el sonido del motor de fondo y con la canción *Paint It, Black* de Ciara sonando en un discreto volumen, hasta que sugirió:

—El martes tengo que encontrarme con unos clientes para cerrar un posible contrato y será muy cerca de aquí. Si quieres, podría pasar a recogerte, y te bajas conmigo...

No, rotundamente no. Otra vez con Hugo a solas en el coche durante una hora y media... ni de coña. Aunque fueran cinco minutos... Madre mía, ¿pero qué nos había pasado?

—No, no, tranquilo... Ya encontraré la manera de bajar... —intenté que no se me notaran las pocas ganas que tenía de volver a estar a solas con él—. Aunque, si te corre prisa porque saque el coche de allí, mañana mismo, aunque sea de noche y si la riera ya no lleva agua, puedo decirle a Adrián que me acerque y...

Adrián. Se que ese nombre fue como un golpe seco para él. Me lo dijeron sus músculos al tensarse y su remarcada mandíbula prieta.

—No, por favor... Para nada estorba tu coche, no pienses eso... —negó con la cabeza—. Solo era porque aprovecharas el viaje si no tenías modo de bajar... Nada más... Pero bueno, no me acordaba de, Adrián, tu prometido...

Esas últimas palabras sí que sonaron a molestia. Y no sé por qué porque realmente a él no le tendría que importar lo más mínimo que yo estuviese prometida... si, dentro de dos escasas semanas, iba a ser un hombre casado. Y, con idea de evitar que volvieran a surgir formas de encontrarnos a solas en su coche una próxima vez, quise despedirme rápidamente de él.

—Bueno, es tarde, Hugo... Me tengo que ir... Y tú todavía tienes un buen trozo de carretera... —Ahora sí, ya tocaba despedirse—. Gracias por habernos traído hasta aquí... Y, si necesitáis cualquier cosa, lo más mínimo... por favor, no dudes en decirlo, ¿ok?

Le sonreí con sinceridad, él me sonrió en agradecimiento, nos acercamos cautelosamente para que el contacto de nuestros cuerpos no fuera violento y excesivo (todo lo excesivo que se está permitido para dos amigos de la infancia...) y nos dimos dos cálidos besos de adiós. ¡Y qué bien olía el tío! Y qué suave resultaba su barba dejada de varios días, aunque parezca imposible. ¡Y, le sentaba tan bien!

—Gracias a ti también, Claudia... por todo. Aunque haya sido por una desgracia como esta, me ha encantado volver a verte... —Su mandíbula se tensó y sus bonitos ojos pardos bajaron hasta sus manos, que permanecían todavía aferradas al volante—. Por lo menos esta despedida no duele tanto al saber que en breve te volveré a ver...

Me buscó de nuevo con unos ojos llenos de ternura. Y aquella frase... Tuve

que hacer como si no la hubiera escuchado para que algo tan profundo como aquello no removiera algo en mí.

—A mí también me ha encantado volver a verte... Y siento muchísimo lo tu padre, de verdad...

Antes de que pudiera darme cuenta, mi mano (con vida propia) se había posado sobre su firme antebrazo. Y, ¡ay, Dios, lo que sentí! Algo nada bueno... Me dejó ver una bonita sonrisa aniñada. Abrí la puerta y bajé del jeep con precaución, no nos olvidemos de que una había pasado todo el fin de semana con la misma ropa; o sea, con aquella estrechísima falda de tubo y aquellos altos zapatos de salón que reducirían y complicarían la movilidad hasta a la mismísima reina de las mejores pasarelas. Di unos pasos hacia mi portal como un blanco fijo respirando por fin con cierta libertad cuando, de nuevo, su voz volvió a oírse detrás de mí.

—¡Claudia!

Me giré sobre mis tacones y sin moverme del sitio, y vi cómo de un pequeño salto se bajaba del coche para venir apresuradamente hacia mí. Y juro que en ese momento el corazón me dio un vuelco al no haber previsto sus intenciones.

«¡Oh, mierda!».

—Espera... Toma... —alargó el brazo y me ofreció una bonita tarjeta de presentación donde el nombre de las bodegas, junto al suyo, el teléfono y a su teléfono particular, aparecían escritos en un fino relieve—. Por si tuvieras que llamarme... —lo miré desconcertada y preguntándome por qué lo querría llamar—. Por lo de tu coche, digo... —me aclaró con una sonrisa al adivinar mi cara.

—Ah, sí... Claro... ¿Por qué, si no? —Sonreí avergonzada.

«¡Pervertida!» me gritó mi conciencia llevándose las manos a las caderas.

Cogí su tarjeta y la metí en mi bolso. Hugo retrocedió sobre sus pasos sin apartar la vista de mí. Por un momento, hasta temí que se fuera a caer de espaldas. Cuando estuvo a la altura del jeep, que había dejado con la puerta abierta de par en par, se subió con agilidad y, después de mirarme por última vez, exhibió una enorme y preciosa sonrisa que me enseñó sus bonitos dientes blancos.

Cuando abrí la puerta del piso y entré en él lo primero que vi fue a Adrián en el sofá con su pantalón de pijama azul marino y con su portátil apoyado en su regazo.

«Por fin», pensé.

Fue entonces cuando recordé que, con todo el follón de la riera, de la despedida, del reencuentro con Lucas y el tenso viaje que había tenido, no lo había llamado para avisarle de que venía de camino.

—Hola, cielo... —Se levantó rápidamente para venir hasta mí—. No sabía cuándo llegarías...

Adrián. Mi Adrián, ese hombre sí que era el mío. La tranquilidad que me envolvió al verlo me hizo soltar un intenso suspiro en el aire. Me acerqué a él y me acurruqué entre sus brazos desnudos al no llevar nada en la parte superior; me cobijé entre ellos. Me apretó con ganas y me dio un beso en la cabeza.

—¿Qué tal todo? ¿Cómo habéis conseguido venir al final? —preguntó curioso.

—He tenido que dejar mi coche allí... —lo informé con fastidio y fingiendo un puchero mientras me apartaba de él para ver su bonita cara.

—¿Y eso? —Arrugó el entrecejo, extrañado.

—Porque todavía bajaba agua por la dichosa riera y no se podía cruzar con mi coche... Bueno, ni con mi coche ni con ningún otro... Hemos tenido que dar la vuelta por la pista forestal con el jeep de Hugo...

—¿Hugo?

Y fue entonces cuando caí en la cuenta de que Adrián desconocía de su existencia.

—Si, bueno..., el hijo de Trini y Antón, el hombre que ha fallecido... Un amigo de la infancia... —le expliqué sin darle importancia, porque carecía de ella, ¿verdad?

—¿Y ha sido él quien os ha traído hasta aquí?

—Sí... —bajé inconscientemente la mirada al suelo.

—Vaya palo... ¿Ahora se tiene que volver para Vilafranca entonces?

Afirmé con la cabeza.

—Podrías haberme llamado para que bajara yo por vosotras y no haberle hecho venir al pobre...

«Al pobre».

Si supiera que, un rato antes, el muy sinvergüenza se me había insinuado (creo) en el coche..., no pensaría así de él.

—Ya... Bueno... No lo he pensado, pero no te preocupes... —me volví a cobijar entre sus brazos—. Oye, voy a darme una ducha... Llevo desde ayer con la misma ropa...

Adrián me abrazó y me besó.

—Y qué ropa... —bromeó torciendo una sonrisa perversa—. Creo que a los funerales no se suele ir así vestida, ¿no? —preguntó, jugueteando con mis labios y tirando de ellos con sus dientes al tiempo que bajaba con sus manos hasta mi trasero. Yo sonreí tontamente sintiéndome halagada—. Espero que a ese tal Hugo no le haya gustado tanto como a mí este modelito...

Se me quitaron las ganas de reír.

—Tranquilo..., se casa dentro de dos semanas... —lo informé para que quedara constancia de que era remotamente imposible que algo sucediera entre nosotros dos.

Y alguien, mi subconsciente creo recordar, se mofó de mí.

—Está bien... Me quedo más tranquilo entonces... —Apretó mis nalgas varias veces por encima de la tela y bajó con sus labios por mi cuello hasta llegar a mi clavícula, consiguiendo que me estremeciera.

—Para... —le pedí, separándome de él y poniendo una mano en su fibroso pecho depilado—. Necesito darme una ducha....

—Pero a mí eso no me importa... —aseguró, tirando de mí para volver a tenerme entre sus brazos—. Vamos, ven aquí... —rogó, encendiéndose por momentos.

—Ya lo veo... —me separé aún más de él y bajé la vista al sugerente bulto que crecía dentro de sus pantalones.

Él me sonrió, para nada avergonzado, sino todo lo contrario: mostrándolo con gran orgullo. Levanté la vista hasta sus expresivos y hermosos ojos de color azul cielo y también sonreí, solté el bolso sobre el taburete de cuero negro de la isla de la cocina y me encaminé hacia el baño sin mirar atrás.

—¿Qué quieres? Me has dejado demasiado tiempo solo... —fingió protestar ahora para justificar aquella fugaz erección, viéndome caminar sobre mis tacones.

Entré en el baño al tiempo que desabrochaba los diminutos botones de la arrugada blusa para deshacerme de ella, bajé la cremallera trasera de mi falda y, ayudándome con un movimiento de caderas, la dejé caer al suelo. Bajé de mis tacones, los dejé a un lado cerca de la puerta y, después de lavarme minuciosamente los dientes, me metí bajo el chorro de agua caliente de la ducha que en aquel momento me supo a gloria, porque, aunque estuviéramos a treinta y seis grados fuera, una ducha o un baño caliente eran mi perdición.

—¿Qué quieres que te prepare de comer? —Adrián abrió la puerta y asomó la cabeza.

—Cualquier cosa, cielo... No te preocupes...

—Veremos qué te puedo preparar en cinco minutos...

Cerró y volvió a dejarme a solas. Yo, el reguero de agua caliente resbalando por mi cuerpo y mi mente echando a volar... Unos pensamientos que comenzaron analizando toda la situación del fin de semana vivido y que, poco a poco y sin darme cuenta, terminaron convirtiéndose en inquietantes y obscenos entre un atractivo hombre de pelo rizado y yo, empapados, bañándonos desnudos en unas aguas cristalinas. De esos pensamientos que comienzan por tensarte los pezones y hacer que la entrepierna te arda y que acabes más caliente que una maldita perra en celo.

«Dios mío, ¿pero qué narices me pasa?», me pregunté a mí misma empezando ya a estar preocupada con el tema mientras cerraba el grifo de la ducha y apoyaba las manos en los baldosines blancos con cierta inquietud.

Segundos después, alcancé la toalla y me sequé con ella el cuerpo entero, un cuerpo que ahora mismo se sentía agitado y con ganas de guerra... No pude evitar pensar en el repentino acercamiento de antes entre Hugo y yo en su coche, en qué habría ocurrido si alguno de los dos hubiera traspasado el límite de la amistad... Pero me obligué, casi de un latigazo, a apartar aquella idea de mi mente. Aquello era imposible, inaceptable, intolerable... y demasiado tentador.

«¿Por qué todo lo delicioso está prohibido o es pecado?».

Pues muy fácil: porque, si no, entonces el cielo no existiría y en el infierno no cabríamos todos. Así de claro.

Capítulo 14

Cuando entré en el comedor, que era una amplia sala de paredes blancas por pintar y donde se juntaban en un espacio abierto la cocina y el salón, todo a medias por amueblar, vi que, sobre el mármol brasileño oscuro de la isla, había un platito con dos sandwiches vegetales.

—Mmm... Estoy hambrienta... —me acerqué y le di un enorme bocado a uno de ellos.

Adrián me miró con una sonrisa en los labios mientras abría la nevera para acercarme algo de beber.

—¿Agua, coca-cola, cerveza...?

—Coca-cola, por favor... —pedí con la boca llena.

—¿Con hielo y limón? —preguntó abriendo la lata.

Asentí con la cabeza. Sacó un gran vaso del armario, se acercó al frigorífico y después de acercarlo a uno de los dos dispensadores, apretó el botón de la puerta de acero inoxidable para que un puñado de hielo picado descendiera desde la cubitera interior. ¡Qué detallista era cuando quería!

—Gracias... —lo besé en los labios después de que me dejara el vaso delante.

Se sentó de nuevo en el sofá de color berenjena de tres plazas, el cual se encontraba al lado de una gran cristalera que llegaba hasta el suelo, desnuda y sin cortinas, para continuar con lo que había dejado a medias cuando yo llegué. Apenas hacía tres meses que vivíamos allí y, aunque era un piso de alquiler con opción a compra, teníamos intención de ir remodelándolo. Y por eso mismo casi no había muebles ni complementos que lo llenaran ni lo decoraran, solo los indispensables, como podían ser la mesa y las sillas del comedor, una gran pantalla plana colgada en la pared, la enorme cama de matrimonio y las sencillas mesitas de noche, un gran espejo vertical que descansaba en el suelo y se apoyaba en una de las paredes de la habitación, junto a un elegante tocador con su pequeña banqueta a los pies, y, ya que el piso tenía una habitación a modo de vestidor, nos ahorramos el armario. Aunque no fuera un gran pisazo, sí ganaba muchos puntos al ser todo exterior y muy soleado, que era lo más importante

para mí. Todo un nidito de amor. Nuestro futuro nidito de amor.

—¿Y tú qué tal por aquí? —pregunté terminando el segundo sándwich.

Adrián me miró por encima de su hombro derecho.

—Bien... Bueno, como siempre... Ayer a mediodía, después de pasar por la oficina a recoger unos informes, como tú no estabas, Andrés, Carlos y yo fuimos a picar algo...

—¿Y qué tal el trabajo? —Me acerqué al fregadero para soltar los cacharros.

—Bien, bastante bien, la verdad... Pero reconozco que ando algo agobiado con el contrato de los franceses... Hasta que no lo firmemos, no respiraré tranquilo...

—Me lo imagino... Pero no te agobies mucho, seguro que todo saldrá bien, ya lo verás...

—Sí, eso espero... Es muy importante para nosotros... Y, para colmo, Jean Paul no estará para la jodida firma y... —resopló—. Seguramente me tocará ir a mí...

Me senté en el sofá sobre mis piernas cruzadas, muy cerca de él.

—¿A Francia?

—Sí... —hizo una mueca con los labios.

—¿Cuándo? —me interesé.

—Todavía no están claras las fechas, pero puede que la semana que viene... Pero tranquila, no creo que sean más de dos o tres días...

—¿Dos o tres días para firmar un contrato? —pregunté ahora arrugando el ceño—. Vaya...

—Sí, bueno. Ya sabes cómo funciona esto... Hay clientes que necesitan una «atención» —hizo comillas en el aire—, especial...

Pues no, la verdad no sabía cómo funcionaba eso ni a qué se refería, pero si él estaba contento con su labor, ya me estaba bien, porque, además, con el buen pellizco que se llevaba de las comisiones agenciadas, sumado a mi sueldo de odontóloga, ya era bastante a final de mes.

—¿Y tú qué tal por Vilafranca? —preguntó sin levantar la mirada de su portátil, en el que tecleaba con suma rapidez y precisión.

Y tengo que reconocer que me ponía tan cachonda verlo así de concentrado en su trabajo, abstraído del mundo y... semi desnudo. Pero aquella tonta e inofensiva pregunta me había cortado el rollo.

—Bueno, dentro de lo que cabe, y quitando el motivo de nuestra visita, que ya es bastante triste... Bien, aburrida..., pero bien... —mentí. Mentí como una

bellaca, pero no le iba a revelar a mi prometido que reencontrarme con un viejo amigo de la infancia había removido mis tripas... y algo más.

—¿Y tu padre? ¿Como está de su lumbago?, ¿ya se puede levantar? —se interesó por el bienestar de su suegro dedicándome una décima de segundo para después volver a fijar la vista en la pantalla.

—Pues no lo sé, la verdad... A ver si luego lo llamo o hablo con mi hermana y le pregunto...

—Ah, por cierto... Ahora que la mencionas... Andrés va como loco por volverla a ver y quedar con ella...

Puse los ojos en blanco.

—¡Bah! —me reí—. ¿Pero no sabe que mi hermana pasa de ataduras y va a por otras cosas...? ¿Es que no le quedó claro la última vez?

—Sí, eso mismo le he dicho yo un millón de veces, pero está colgado de ella... ¡qué le vamos a hacer!

—Pues con Sofia eso es perder el tiempo... —le recordé.

—Lo sé... —reconoció.

Lo volví a mirar, ahora con más detenimiento. Me fijé en la agilidad de sus largos dedos golpeteando las teclas sin parar mientras bajaba y alzaba la mirada cada tanto para asegurarse de lo que escribía en la pantalla, hasta de vez en cuando detenía sus manos tensando la mandíbula, meditando o pensando en algo..., y aquello me parecía tan *sexy* que algo en mi interior palpité, repasé de arriba a abajo su esculpido torso un par de veces más, el cual lucía sin camiseta con su pelo rubio despeinado y revuelto, con aquellos bíceps pidiendo a gritos «agárrame y no te sueltes jamás», y con aquel insinuante y fino pantalón de pijama, que al no llevar nada debajo... ¡Arrrggg! Rápidamente, el intenso calor que un rato antes en la ducha había ignorado, ahora se apoderaba de mi cuerpo.

—¿Te queda mucho?

—Tengo que terminar este informe para mañana a primera hora... —Me miró una décima de segundo, ignorante del calor interior que mi cuerpo comenzaba a sentir—. ¿Por qué?

Me acerqué un poco más a él.

—Y, ¿pasa algo si lo terminas luego? —pregunté, o mejor dicho, sugerí bajando el tono de voz y recorriendo con mi dedo su huesuda clavícula.

Y ahora sí... Ahora sí se dio cuenta de lo que comenzaba a necesitar porque, si algo tenía Adrián, es que no le hacían falta muchas pistas ni muchas insinuaciones para el sexo. Era hábil en aquel tema, casi tanto o más que en su

propio trabajo, y aquello ya era difícil. Solo deciros que en la oficina lo llamaban «tiburón» debido a que no había cliente que se le escapara... Le encantaba el sexo, incluso demasiado.

—¿Qué te pasa, cielo? —me agarró por la nuca y acercó mis labios a él—. ¿Es que me has echado de menos?

Nos comimos la boca con furia. Introdujo su lengua con tanta fiereza dentro de mí que casi me lastimó. Nos golpeábamos los labios con los dientes por el exceso de pasión. Con un rápido movimiento de su brazo izquierdo, se deshizo del portátil dejándolo en el suelo para cederme a mí su puesto. Me subí sobre él y hundí mis dedos entre sus cabellos dorados para agarrarlo bien y tiré de ellos para llevar su cabeza hacia atrás, cuando un ronco jadeo se escapó de su garganta al morder hambrienta su barbilla.

—Sí, mucho... —reconocí.

Y, aunque aquello era verdad, no sé si la mezcla de Hugo y de él eran las culpables de mi enardecimiento.

—Y yo... No sabes cuánto...

Ahora era él quien tiraba de mi pelo hacia atrás; se enrolló mi melena ondulada en la mano y tiró ligeramente para que mi cuello quedara expuesto. Lo lamió como solo los animales lo hacen porque exactamente eso es lo que parecíamos: dos animales enzarzados entre ellos con manos y lenguas, con intención de devorarnos. Así éramos nosotros, así era nuestra relación: puro sexo. En el salón tan solo se escuchaban gemidos, jadeos y cuerpos chocar. ¡Qué hermoso sonido! Adrián no tardó en deshacerse de mi camiseta de tirantes y mis braguitas para tomarme allí mismo sobre el sofá, al que me tenía que agarrar por los rápidos y repetidos rebotes de su escultural cuerpo al entrar y salir dentro de mí. Aullábamos del intenso placer como lobos heridos hasta que, de una dura y última embestida, nos arrojó al abismo.

Al final del día cenamos y nos metimos en la cama, rendidos, cada uno en su lado del colchón con nuestros propios pensamientos martillando nuestras cabezas.

Las siete y media de la mañana y el maldito despertador ya estaba brincando sobre la mesita de noche como un condenado, dispuesto a desvanecer una de mis mejores fantasías. Adrián, de un manotazo y como cada día, lo hizo callar.

—Oh, no... —me quejé volviendo a la realidad después de una semana de mini vacaciones.

Me desperecé sobre la cama, revolviéndome sobre las sábanas como si una culebra fuera que pretende mudar de piel. Adrián, que ya se había levantado con su buen cargamento matutino entre las piernas, me miraba y sonreía antes de salir de la habitación con unos sugerentes calzoncillos que resaltaban todas sus formas. ¡Qué asombrosa facilidad tenía para levantarse por las mañanas, fuera la hora que fuera!

—Vamos, dormilona. Levántate si quieres que te deje en el trabajo antes de ir para la oficina...

Cómo no, se ofreció a llevarme hoy a la consulta, pero el resto de la semana me las iba a tener que apañar yo solita porque él tenía que entrar bien pronto a trabajar, ya que debía dirigir varias conferencias internacionales de especial importancia.

—Voy, voy...

¿Como podía ser que me gustara tantísimo dormir?

Mientras mi prometido preparaba el café, yo me vestí y me arreglé a la velocidad de la luz para que no tuviera que andar esperándome mucho, cosa que, como buen hombre que es, odiaba hacer. Crucé por la cocina donde, todavía en calzoncillos, sorbía de su taza de café sentado en uno de los dos altos taburetes. Pasé por su lado, le di un beso en los labios, le regalé un pellizco en aquel culo que sobresalía tan graciosamente del asiento y desayuné fuerte para comenzar una semana que, preveía, iba a ser interesante y entretenida. Y una hora y media más tarde ya estaba preparada para atender a mi primer paciente, volviendo a coger el ritmo en aquella pequeña consulta de la tercera planta del «famoso» edificio que a Hugo le había señalado el día anterior, en la que llevaba cuatro años trabajando. En ella tan solo tres personas trabajábamos: yo, que era la odontóloga; Ana, que era la recepcionista; y Silvia, que era la auxiliar. ¡Vaya tres! ¡Qué buen equipo formábamos! Todas, más o menos de la misma edad y de la misma condición.

—Silvia, por favor, acompaña a la señora Teresa... —pedí bajándome el bucal a la barbilla—. Vamos a hacerle una ortopantomografía. Quiero ver cómo está esa muela colocada...

Mi compañera asintió mostrando una sonrisa perfecta y se llevó a la paciente a la sala de al lado, donde se encontraba la maquinaria necesaria para llevar a cabo mi petición.

—Claudia...

—¿Sí? —pregunté al mismo tiempo que me sacaba los guantes azules de

látex y los arrojaba al cubo de la basura.

La voz de Ana, asomada a la puerta, llamó mi atención.

—Silvia y yo vamos a ir luego a comer al Diavolo, ¿te apuntas?

«¿Una brasería buena y barata donde sirven completos menús? ¡Claro que sí!».

—Sí, me parece que hoy no me queda más remedio que apuntarme...

—aseguré con una sonrisa.

—¿Por qué te ríes? —quiso saber mi compañera sin entender la situación.

—Porque estoy sin coche y no me quedan más narices... Paso de ir hasta casa caminando para luego volver, porque, además, esta semana Adrián hace horario intensivo...

Ana me devolvió la sonrisa, mostrándome sus nuevos *brackets* transparentes.

—¿Sin coche? ¿Qué ha ocurrido?

—Mejor os lo cuento luego...

Resoplé al recordar mi ajetreado fin de semana antes de que Ana volviera a salir por la puerta y yo abriera el historial clínico de mi paciente para ponerlo al día.

Capítulo 15

Regresamos animadamente de comer. Eran las cuatro de la tarde y ya lucíamos de nuevo Silvia y yo nuestros pijamas sanitarios de color burdeos con nuestras melenas recogidas en una alta cola de caballo, a diferencia de Ana, que, por suerte para ella, daba lo mismo lo que llevara puesto porque, al estar en recepción, no tenía que andar desnudándose ni cambiándose de ropa para ponerse un uniforme. Eso sí, todas mentalizadas y preparadas para arrancar cuatro horitas más.

—Claudia, acaba de llegar tu primer paciente de la tarde...

Levanté la vista de mi ordenador, que descansaba sobre la blanca e impoluta mesa de mi pequeña oficina carente de objetos personales, por llamarla de alguna manera, y miré a Ana, que me reclamaba y asomaba la cabeza con la puerta a medio abrir.

—Que Silvia la pase al box y la prepare, por favor... Ya mismo voy...

—De acuerdo... —cerró de nuevo la puerta de color gris.

Revisé por última vez las imágenes del TAC que tenía delante y seguidamente me levanté para hacer mi trabajo sin tiempo que perder y sin pensármelo mucho: una higiene bucal, en la habitación contigua, me esperaba.

—Bueno, vamos allá... —me dije cogiendo mi móvil para ponerlo en modo silencio y meterlo en el bolsillo de mi blusón de manga corta cuando, justo en ese momento, decidió ponerse a vibrar y la divertida foto de mi hermana se iluminó en la pantalla—. Sofi, ahora no puedo hablar... Me pillas a punto de hacer una higiene bucal...

—Oh, es verdad, que ayer se te terminaba lo bueno... —se mofó refiriéndose a mis fugaces vacaciones.

—Bueno, venga... dime, ¿qué quieres? —le exigí a punto de entrar al box.

—¿Qué vas a hacer esta noche? —se interesó.

—¿Esta noche? —pensé un segundo—. Pues no lo sé... Supongo que ir a casa después del trabajo... ¿Por qué?

—Y, ¿no te apetecería más tomarte una cerveza fresquita con tu preciosa

hermana antes de meterte en tu cueva con tu cavernícola?

Me tuve que reír a la fuerza. Benditas ocurrencias las tuyas...

—Eres de lo que no hay... —la acusé con todo el cariño del mundo.

—Lo sé..., soy lo más... Soy edición limitada... —bromeó riéndose también —. Bueno, ¿qué me dices?

—Vale... Está bien... —accedí sin que tuviera que insistir demasiado—. Pero tendrás que venir a recogerme a las ocho. Estoy sin coche...

—Sí, lo sé... Ya me he enterado...

«¿Cómo no iba a hacerlo?».

—Oye, bueno, que te tengo que dejar... Algunas trabajamos de verdad...

—¿No lo dirás por ti, verdad?

—¡Qué cabrona estás hecha! —la acusé con ganas.

—Gracias, hermana... Yo también te quiero muchísimo...

—A las ocho aquí... —le recordé, sabiendo el riesgo que corría si se olvidaba de mí—. Luego te veo. *Ciao*... —le mandé un sonoro beso a través del auricular.

—¡Te quiero! —pude escuchar antes de colgar.

Giré el pomo de la puerta gris y me encontré con la imagen de nuestra primera paciente posicionada en el sillón dental, la típica mujer mayor que, siempre que te ve, te pregunta qué tal estás, que se acuerda de todos tus cumpleaños y hasta te trae un tierno detallito... y con la que, además, pasar más de treinta minutos seguidos a su lado puede resultar hasta peligroso para la salud porque puede conseguir que te explote la cabeza con su interminable e infernal verborrea...

«Pero, por Dios, ¿es que no se va a callar nunca?»), nos decíamos Silvia y yo con la mirada.

Menos mal que, después de ponerme el bucal y los guantes azules desechables de látex, solo le dejé abrir la boca para meter el fino tubo de aspiración para la saliva. Y así, en ese plan, estuvo la pobre mujer durante la siguiente media hora.

¡Qué descanso!

—Hasta la próxima, señora Enriqueta... —la despedimos ya las tres en recepción un rato después—. La semana que viene la veo para la extracción...

Las tres nos miramos y sonreímos poniendo cara de circunstancia cuando esta salió por la puerta.

—Pobre mujer... —reconocí pues realmente me daba pena.

Yo creo que tenía un trauma porque en su vida solo la escuchábamos

nosotras tres... y sus ocho gatos...

—Sí... ¡qué lástima!, ¡Qué solita está! —añadió Silvia.

Ana nos miró y añadió, con la inmensa humanidad que la caracteriza:

—Pues a mí no me da pena... ¡Está como unas maracas y es una loca pesada!

Nosotras dos la miramos, a esas alturas, para nada escandalizadas con su falta de tacto y comprensión.

—No, claro... A ti solo te dan pena los niños de veinticuatro años...

—bromeé, consiguiendo que las tres nos echáramos a reír.

—¡Cómo lo sabes! —aseguró ella, guiñándome un ojo y siguiéndome el rollo—. Me dan una pena... —Se mordió graciosamente el labio—. Que los cogería a todos y me los cepillaría hasta sacarles el brillo...

Silvia puso los ojos en blanco antes de darse la vuelta y de soltar una carcajada.

—No tienes remedio... —la acusé yo negando con la cabeza.

Eran las ocho de la tarde y salía del trabajo contenta por haber superado mi primer día de reincorporación (por llamarlo de algún modo) con bastante buena nota, pues no le había pegado a ninguna de mis compañeras por sufrir depresión postvacacional, que eso ya era decir. Aunque, con lo cortas que habían sido mis vacaciones, tampoco me había dado tiempo a apalancarme mucho. Ya estaba pensando en el próximo puente, el del quince de agosto; o sea, el de la semana que viene.

«¿Seré capaz de aguantar?».

—¡Hola! —saludé a mi guapísima hermana, que esperaba apoyada contra su coche.

—Mmm... ¡qué tía más buena!, ¿no? —Torció una sonrisa dirigiéndose a mí y abriéndome sus brazos para acogerme entre ellos.

Yo sonreí y la abracé.

—Bueno, ¿y adónde quieres ir a tomar esa cerveza? —pregunté, subiéndome a su Volkswagen Scirocco de color blanco y poniéndome el cinturón de seguridad.

—¿Te apetece ir al casco antiguo? —sugirió arrancando el motor.

—Si, claro... Me parece bien...

Varios minutos más tarde, después de aparcar el coche en el *parking* público del río Oñar y cruzar a pie el impresionante Pont de Pedret, anduvimos por aquellas hermosas callejuelas adoquinadas con verdadero encanto hasta

sentarnos en una acogedora terraza de sus preciosas y tranquilas plazas.

—Dos *Moska Rossa*, por favor —pidió mi hermana en cuanto la simpática camarera se acercó a nosotras—. Gracias...

Yo me acomodé en uno de los asientos y dejé mi bolso en el de al lado.

—Oye, ¿qué tal está papá de su lumbago? —me apresuré a preguntar, acordándome de que ni siquiera lo había llamado para averiguar.

«¡Mala hija! ¡Mala hija!», gritó un par de veces la voz de mi conciencia.

—Bueno... Ahí va... Aunque está algo mejor que hace unos días..., creo que mamá le ha cogido hora esta mañana para ir al médico otra vez...

—¿Otra vez?

—Creo que sí... Supongo que necesitará algo más fuerte para soportar el dolor, un chute de los buenos... —bromeó la desalmada de mi hermana mofándose de la situación.

—Vaya... Lo llamaré después para ver cómo se encuentra o por si necesita algo...

En ese momento el teléfono sonó dentro de mi bolso. Abrí la cremallera y lo saqué. La foto de Adrián dándome un beso en la mejilla apareció en la pantalla junto a su nombre.

—¡Hola, cariño! —lo saludé.

—Hola, cielo... ¿Todavía estás en el trabajo? ¿Paso ya a recogerte?

—No, no... No es necesario. Estoy con Sofi tomando algo, gracias. Ha venido buscarme...

—Oh, está bien... Salúdala de mi parte...

—Dice que te salude de su parte... —le pasé el mensaje a mi hermana.

Ella, muy escueta y agradecida la señorita, hizo un movimiento de cejas en respuesta.

—Ella te manda un fuerte beso... —mentí a Adrián.

—Es mentira, ¿verdad? —se quiso asegurar el otro.

—Sí, una mentira enormeeee... —confesé yo riéndome.

¡Cómo la conocía! Ninguno de los dos era santo de devoción del otro.

—Bueno. Oye, estoy pensando en que, ya que tú estás ocupada, igual paso un rato por el gimnasio, ¿te parece?

—Si, claro... Tranquilo... Si hasta igual picamos algo y todo... Ella me llevará después...

Mi hermana me miró entonces arrugando el ceño, extrañada con mi afirmación.

—Está bien... Pues entonces luego nos vemos en casa...

—Ok, yo no llegaré tarde... Hasta luego, un beso...

—Un beso, cielo...

Colgué justo cuando dejaban sobre la mesa nuestros dos botellines bien fríos, acompañados por sus dos copas bien heladas.

—Disculpa... ¿Podrías traernos la carta de tapas y bocadillos? —pidió Sofía
—. Gracias...

Cogí mi botellín y dejé que resbalara por el interior de la copa aquel brebaje de color ámbar. Mi hermana me miró imitándome.

—¿Por qué le has dicho a Adrián que ibas a cenar conmigo si, en principio, solo íbamos a tomar una cerveza? —quiso saber.

—¿Es que no puedo pasar un rato con mi queridísima hermana? —dejé caer como si nada, llevándome la helada copa a los labios y manchándome el labio superior de espuma blanca.

—¿Es que mi queridísima hermana tiene algo que contarme? —Enarcó su perfecta ceja depilada haciendo lo mismo que yo.

—Tienes el bigote de espuma...

—Tú también...

Las dos nos limpiamos los morros a la vez con el dorso de la mano.

—¿Y? —insistió ella.

—No, Sofi... No tengo nada que contarte... No rebusques... Es solo que me apetece estar un rato aquí tranquila contigo... Eso es todo...

¿De verdad solo era eso?

—Vale, vale. Está bien...

Sé que no se quedó conforme con mi explicación, como también sé que, después de mi madre, ella es la que mejor me conoce. Pero bueno, tampoco estaba mintiéndole porque tampoco tenía nada que contar... ¿no? O, ¿quizás había algún que otro detalle?

—Mira... —Señalé disimuladamente con la mirada—. ¿Ese no es tu amigo? ¿Qué era? ¿Surfista? —pregunté intrigada.

Sofía, sin reparos ni miramientos, porque vergüenza tenía bien poca, se giró a mirar al joven que caminaba en dirección a nosotras.

—Mmm... Sí, Matthew...

Solo le faltó relamarse. Bueno, corrijo: solo nos faltó relamernos...

—Aunque, a decir verdad, solo fue mi amigo dos veces... durante una hora y media... —me informó gratuitamente con picardía y sin necesidad de hacerlo

mientras se volvía hacia mí.

Enarqué una ceja y sonreí antes de dar otro trago a mi copa.

—Pero qué marrana eres... —la acusé cariñosamente.

—Tú no hables... que, aunque te hayas prometido, eres igual de guarra que yo... —me acusó ahora ella sin darme tiempo a defenderme—. ¡Matthew!

Y un intimidante cuerpo de casi dos metros, de anchas espaldas, firmes músculos y *sex appeal* de sobras para vender, prestar y regalar... paró frente a nosotras.

—¡Sophie! —la saludó con acento extranjero, arrojándose más de la cuenta a ella para darle después un buen apretón y dos besos.

«¡Cómo me pone de berraca ese *sexy* acento americano!».

—Cuánto tiempo... —se quejó ella, mirando embobada aquellos dos ojazos azules que destellaban delante, y acariciando, una y otra vez, descaradamente su impresionante brazo.

—Sí, es cierto... —reconoció él—. ¿Cómo estás?

—Bien, muy bien... ¿Y tú? ¿Vuelves a estar por aquí?

—Sí, he llegado hace unos días para quedarme unos meses... —fue entonces cuando ladeó la cabeza y centró su atención en mí, afinando la mirada—. Perdona, tú eres la hermana, ¿verdad?

Tengo que reconocer que me sorprendió muchísimo, y gratamente, que me recordara después de dos años. Sofía nos había presentado en una fiesta de cumpleaños y nunca nos habíamos vuelto a ver. Y no es que nos pareciéramos mucho como para deducirlo a simple vista.

—Sí, soy Claudia... Su hermana...

Me fui a levantar de la silla para saludarle, pero él se agachó con tanto ímpetu para darme dos besos que nuestras frentes casi chocan.

—Huy, perdona... —me disculpé, sonrojándome tontamente.

—Oh, disculpa... —nos regaló una preciosa sonrisa que nos alegró el día—. ¿Qué tal, Claudia? ¿Cómo estás?

—Bien, gracias...

«No tan bien como tú», pensé.

¡Porque madre del amor hermoso! Tendría que estar prohibido caminar por la calle alterando el orden público de aquella forma, con aquellas piernas que parecían puñeteras columnas romanas de lo bien torneadas que estaban... Solo había que ver cómo lo miraban las mujeres al pasar por su lado: con ese pelo rubio, con mechadas naturales más claras y con esos largos rizos tan de niño malo,

mal recogidos en una coleta que... Ains...

—¿Quieres sentarte con nosotras a tomar algo? —lo invitó mi hermana por cuenta propia.

—No puedo, gracias... Me están esperando... Pero, bueno, puedes llamarme y quedamos un día para tomar algo más tranquilamente...

—Si, claro... Huy, espera... Creo que ya no tengo tu número de teléfono... —Sofía fingió una mueca con la boca—. Creo que lo borré...

Miré a mi hermana de reojo intentando aguantarme una carcajada sabiendo con total seguridad que aquello no era cierto para nada. ¡¿Qué mujer sería lo suficientemente idiota como para borrar el teléfono de semejante ejemplar?!

—Oh, vaya pues... —el guapo californiano puso cara de circunstancias al escuchar aquella inesperada declaración.

—Espera, hagamos una cosa... Te daré yo el mío... —Sacó con asombrosa rapidez un bolígrafo de su bolso y, en una pequeña servilleta de papel que parecía aburrirse sobre la mesa, le apuntó su número de teléfono dibujando al lado un pequeño corazón.

«¡Qué cuqui ella!».

—Toma... Por si en algún momento estás libre y no sabes qué hacer... —Ella se la tendió y él la cogió repasando los números con la mirada—. Y si no... pues ya nos veremos en algún otro momento... —soltó con asombrosa indiferencia.

«¡Joder, qué tía! ¡Será sobrada, la chica!».

—Claro... —alzó la mirada—. No dudes de que te llamaré... —aseguró el macizo con una irresistible sonrisa en el rostro.

Y creo que fue ahí cuando a mi hermana se le calcinaron las bragas. Después, Matthew se despidió de nosotras muy cordial y afectuosamente.

—¿Qué fue... ayer cuando borraste el teléfono de ese macizorro? —me burlé de ella sin tiempo que perder.

Mi hermana me miró y me enseñó una pícara sonrisa antes de dar un buen trago a su copa.

—Un tío nunca debe dar por sentado que lo vas a llamar... Tienes que mostrar indiferencia... —contestó la «experta sexóloga» poniendo una peculiar cara.

—Vaya, vaya, vaya... con mi pequeña zorra...

Se reclinó hacia atrás y se cruzó de brazos mostrando orgullo.

—Que no se te olvide que la pequeña zorra... ha aprendido de la zorra mayor... —Me guiñó un ojo.

—Entonces has aprendido de la mejor... —aseguré una sonrisa de fingida satisfacción.

—Así es...

—Brindemos por ello...

Capítulo 16

Entré en el piso a la una de la madrugada. Lo que iba a ser una inocente reunión de hermanas a las ocho de la tarde terminó alargándose más de la cuenta, con más de una y de dos cervezas, ronda de chupitos incluida. ¡Qué peligro teníamos las hermanas Guzmán!

—¡Oh, joder! —me quejé en voz baja tras darme un golpe en el codo con el marco de una puerta.

El piso estaba en silencio y a oscuras, tan solo la débil luz de las farolas de la calle alumbraba la estancia por las pequeñas rendijas de las persianas. Y aquello dificultaba mi llegada sana y salva hasta la habitación, donde Adrián yacía sobre la cama desnudo, con tan solo un trozo de sábana tapando sus partes pudendas. Me había quitado la ropa y la había dejado en el suelo bien doblada (o eso creía yo) para no caminar hasta el vestidor y, así, evitar hacer más ruido del necesario y que mi prometido se despertara. Pero fue meterme en mi lado del colchón y su pesado brazo cayó sobre mi como una pesada losa, aprisionándome. Ya no tenía escapatoria.

—Pensaba que solo ibais a picar algo... —la adormecida voz de Adrián en mi oído y su duro brazo rodeando mi cintura, me informaron de que estaba detrás pegado.

—Si, eso hemos hecho... —susurré para no acabar de despertarlo del todo, acomodándome en la cama.

Bajó su mano derecha hasta mis nalgas y la introdujo desde detrás entre mis muslos, hasta llegar a cubrir por completo mi entrepierna, acariciándola, frotando y presionando con sus hábiles dedos.

—Si no fuera porque en unas pocas horas me tengo que levantar y mañana me espera un día duro, te follaba entera ahora mismo...

Me removí hasta que me deshice de su traviesa mano.

—Pues entonces duérmete ya... —casi le ordené en un murmullo.

Fue lo último que hablamos ese día, el primer día sin mi Mazda.

Si Adrián se había levantado a las seis de la mañana, yo ni me había enterado. En cuanto pude deshacerme de su mano, creo que me dormí en la misma posición en la que me había despertado. Y a las siete y media de la mañana la alarma del móvil sonaba con fuerza sola y únicamente para mí.

—¡Vale, vale, ya voy! —incredé a mi teléfono, adormecida, apagando la alarma y levantándome de la cama con los ojos pegados.

En cuanto entré en el baño y vi mi rostro reflejado en el espejo, me di cuenta de que no me había desmaquillado.

—Joder... ¡vaya cara! —me mofé de mí misma.

Hice mis cosas y, tal cual entré, salí en busca de cafeína. Más me valía espabilarme rápido aquella mañana porque el *tour* en autobús que me esperaba para llegar al trabajo no tenía desperdicio ninguno; es más, iba a necesitar de toda mi integridad para soportarlo.

—Tengo que buscar un hueco para ir a buscar mi coche cuanto antes...

Esa frase se repitió en mi cabeza como un millón de veces durante el entretenido trayecto desde casa hasta la puerta de la consulta. Menos mal que la agradable aparición de mi guapísima compañera Ana, en minifalda y sandalias de tacón, me alegró la mañana y me hizo olvidarme, por un momento, de mi tan necesitado y preciado vehículo.

«¡Guau! ¡Fiu, fiu!».

Por descontado, yo no iba tan despampanante como ella; es más, yo iba sencillamente vestida con unos pitillos azules y una básica camiseta de tirantes blanca (con importante escote, eso sí. ¡Para qué nos vamos a engañar!) a conjunto con mis converse blancas All Stars. Aunque muy bien maquillada, también era verdad..., para solucionar el estropicio de no haberme desmaquillado la noche anterior. Y, como había tenido que salir de casa más pronto de lo habitual para coger el autobús y refrescaba, una chaquetilla tejana cortita y entallada me acompañaba debajo el brazo.

—Buenos días... ¡Qué guapa! —Ana, con las llaves en la mano, me sonreía enseñándome sus *brackets*.

—¿Guapa, yo? ¿Pero tú te has mirado en el espejo, nena...? ¡Estás para comerte! —la piropeé entrando a la consulta detrás de ella—. Me encanta tu minifalda...

—¿Sí? —preguntó con orgullo mientras encendía las luces de la recepción—. Pues tiene un porrón de años... —confesó.

Miré lo bien que le sentaba a aquel cuerpecito de veintisiete años y abrí la

puerta que daba a mi pequeña oficina, sala, despacho o como queráis llamarlo..., para dejar mis pertenencias.

—Oye, ¿y Silvia? —pregunté desde dentro, extrañada—. Qué raro que no haya venido ya... Son las nueve y cinco...

Siempre era moleestamente puntual, consiguiendo dejarnos en mala posición a las demás.

—Hoy se ha cogido la mañana libre... Pensaba que te lo habría dicho ayer...

—No, no tenía ni idea... Pero, ¿le ocurre algo? —quise saber, desanudándome las deportivas y quitándome la ropa para después ponerme mi «*sexy*» y «*provocativo*» uniforme. La verdad que cómodo era, pero qué poco *sex appeal* tenía.

—No, creo que tenía revisión en el ginecólogo y le ha pedido la mañana libre al jefe. Pero tranquila, esta tarde está aquí... Aunque, bueno... —se sentó en su silla y ojeó la agenda... Tampoco es que estemos hasta arriba de faena estos días... Esta tarde tan solo viene Mari Carmen para una reconstrucción de composite...

—Imagino... Esto va como va... Y ahora, en agosto, con las vacaciones y todo, la gente no está pendiente ni para venir al dentista...

Ana asintió desde su sitio con una mueca en la cara a sabiendas de que aquello no podía ser más verdad. Yo me metí de nuevo en el cuarto donde me terminé de cambiar y dejé mi ropa doblada dentro de un pequeño mueble auxiliar, entré en el box a revisar que todo estuviese en orden y a punto para, en pocos minutos, recibir a mi primer paciente. Esa mañana, al estar sola, iba a estar más entretenida de lo normal... Y así fue. Así que, a las doce y media del mediodía, después de llamar a mi madre para preguntar por mi padre (cosa que aún no había hecho después de dos días, y sabía que me estaba jugando la desheredación por aquello), mi querida hermana dio señales de vida.

—Buenos días, Cenicienta... —saludó, guasona.

—Buenos días... ¿Ya te has levantado? —pregunté chinchándola yo sentada en mi silla y girándome para mirar por la gran ventana hacia afuera.

Las vistas desde el tercer piso, que era donde se encontraba nuestra consulta en un piso particular adaptado, eran muy agradables. Daban a un pequeño parque salpicado y coloreado con cientos de preciosas flores, y donde algunos bancos blancos de madera rodeaban una bonita fuente.

—Claro que me he levantado... A las ocho y cuarto de la mañana ya estaba revisando los materiales de una obra... Seguro que hasta he madrugado más que

tú...

Así era.

—No creo... Te recuerdo que estoy sin coche y he tenido que coger el autobús...

—Y, ¿te lo has pasado bien yendo de excursión?

¡Qué chispa tenía la cabrona!

—Ja, ja, ja... —fingí que me hiciera gracia—. Por cierto, ¿tú esta semana la tienes muy liada para bajarme a Vilafranca a buscar mi coche? —Crucé los dedos y recé porque me dijera que no, aunque sabía perfectamente cuál iba a ser su respuesta.

—¿Esta semana? ¿Estás de coña? —preguntó al borde de la indignación—. Esta semana no voy a tener tiempo ni para mear, monada... Voy a tener que pedir una botella de plástico a algún obrero para hacerlo dentro...

—¡Joder! Qué desagradable llegas a ser cuando quieres...

Y qué peligro tenía andando de obra en obra con aquella gracia y aquel desparpajo que mis padres le habían dado, ya me entendéis... Vamos, para verla llevando de culo a todos los obreros y a todos los constructores, que, aunque fuera la más hija de perra de todos los jefes de obra, se la rifaban.

—Si quieres, como mucho y si no te corre prisa..., te puedes esperar al lunes, que es el puente, y te llevo...

—¿Hasta el lunes sin mi coche? ¿Teniendo que coger cada puñetero día el autobús dos o cuatro veces, dependiendo de si voy a comer a casa o me quedo por aquí a hacerlo, teniendo que gastar dinero? No, no puedo esperar tanto... No voy a aguantar... Antes de que termine la semana estoy saliendo en los periódicos porque he arrojado del autobús a algún gilipollas o a alguna abuelita tocapelotas..., que no tengo nada contra ellas, pero hay algunas que...

—Vaya... Veo que tu primer paseo ya ha hecho mella... —le oí reírse al otro lado del auricular—. Pues lo siento, hermana, pero antes no puedo...

Resoplé preguntándome qué diantres iba a hacer para solucionar mi problema (mío y de nadie más, porque aquí todo el mundo seguía con sus vidas con normalidad, menos yo, la pringada de turno).

«Maldita riera de los narices», maldije quedándome tan a gusto y tan ancha.

—Oye, ¿y tú no tienes un novio con el que te vas a casar? ¿No podría ir haciendo ya algo por ti?

—Madre mía, ¡pero qué cruzadito lo tienes!

«Pues también tiene razón la chica, oiga...».

Pero, la verdad, la idea de que Adrián y Hugo se conocieran no me entusiasmaba demasiado, aparte de que esa semana Adrián iba a echar más horas que un reloj.

—No lo tengo cruzado... Solo es que creo que podrías estar follándote a algún jamelgo mejor...

—Vale, Sofi... Lo he entendido... —me recliné en mi silla—. Te tengo que dejar, estoy a punto de terminar...

—Está bien, y lo siento... —se disculpó con sinceridad.

—¿Por el comentario de Adrián? —Enarqué una ceja, sorprendida.

—¡No! A ese que le den... Siento no poder llevarte...

—Ya, claro... Bueno, oye: si puedo, luego te llamo... ¿vale?

—Vale, un beso mi amooollll... —hizo teatro.

—Cómo te odio... —mentí intentando que sonara creíble.

Mi hermana se carcajeó al otro lado.

—Sabes que es imposible...

—Lo sé... —reconocí.

Y colgó.

Capítulo 17

Me quedé allí en pausa mirando por la ventana, observando a un crío pequeño subido en una bicicleta y al que debería de ser el abuelo corriendo detrás con una enorme sonrisa en los labios. El crío lo miraba de reojo y lo retaba a perseguirlo mientras daba vueltas a la fuente sin parar soltando lo que parecían grandes carcajadas al aire... Y a mí no se me ocurrió otra cosa que pensar: «Verás tú como se caiga el abuelo, le salten los dientes y se rompa la cadera, lo que se van a reír...».

Me reí yo sola de mi ocurrencia, aunque fuera una falta de respeto, lo sé... por la que, si me escuchara mi madre, me regañaría seriamente, así que me regañé yo misma en su nombre como buena hija y persona que soy. Me levanté para acercarme al bolso y soltar mi teléfono dentro cuando unos nudillos picaron a la puerta varias veces, asomándose después la pequeña cabeza de Ana.

—Claudia, ¿puedes salir? —preguntó—. Un paciente pregunta por ti...

—Sí, claro. Ya mismo voy... —dije a mi compañera antes de que volviera a entornar la puerta.

Cerré la cremallera de mi bonito bolso tipo bandolera, lo volví a dejar en su sitio debajo de mi chaquetilla tejana y salí de mi pequeña guarida, como Silvia la llamaba, preguntándome quién sería ese paciente que se presentaba casi a la hora de finalizar.

Y, para mi enorme sorpresa, allí estaba.

«¡Me cago en mi vida!».

«Paciente» dice... Por desgracia, mis pacientes no eran tan guapos ni estaban tan buenos como él. En cuanto alzó la vista y nuestros ojos se vieron, el corazón me dio un jodido vuelco. Había olvidado esa sensación.

—¿Hugo? —pregunté tan sorprendida y descolocada que hasta me costó vocalizar.

—Hola... —me saludó avergonzado.

El guapísimo hombre que tenía delante de mí, con las manos guardadas en los bolsillos de aquel pantalón de traje gris oscuro, y cazadora de fino y suave

cuero negro por el que asomaba el cuello de una camisa blanca, con la cara completamente despejada al no llevar barba..., me regaló la mejor de sus sonrisas y me derritió.

—¿Qué...? ¿Qué estás haciendo aquí? ¿Le ha pasado algo a tu madre? —pregunté, esperándome lo peor, al recordar lo afectada que se encontraba Trini con la muerte de Antón.

—No, no... Tranquila, todo está bien...

Aquellas palabras me tranquilizaron lo justo, sin llegar a calmarme del todo ante su inquietante presencia. Y entonces recordé sus palabras antes de bajarme del coche: «El martes voy a un lugar cerca de aquí...».

«¡Oh, mierda!», cruzó por mi cabeza.

Hugo venía para que me fuera con él.

—¿Te pilló en mal momento? —preguntó sacando la mano derecha del bolsillo y señalando hacia dentro del box.

La cara de mi compañera Ana, la cual disimulaba francamente mal ojeándonos de vez en cuando de reojo, era para no perdersela. Vi que, aunque sus dedos se movían sobre el teclado, en la pantalla no escribía nada.

«¡Qué mal fingía la puñetera!».

—No, no... Estoy a punto de terminar...

Aquella información pareció ser de su agrado.

—No sabía seguro si te encontraría... —confesó con nerviosismo en la voz.

—Bueno, y ¿cómo...? Quiero decir... ¿a qué se debe tu visita? —pregunté con presunta inocencia, aun siendo conocedora de la respuesta, pero ganando tiempo para encontrar una excusa.

—Eh... Bueno, pues... como te dije el domingo, hoy tenía que hacer una visita a unos clientes cerca de aquí y, he pensado que igual querrías aprovechar el viaje para venir a buscar tu coche... Que con eso no quiero decir que estorbe, ¿eh? Para nada... es solo que, bueno... yo creí que... igual... podrías...

Cada vez se estaba poniendo más nervioso; lo veía en sus ojos, en su forma de mirarme, en su manera de justificar su aparición.

—Ya, bueno, pues, te lo agradezco mucho, Hugo, de verdad... Pero va a ser imposible, yo... —«Vamos: piensa, piensa»—. Aunque me fuera ahora mismo contigo, no me daría tiempo a recogerlo y volver para estar aquí a las cuatro. Y estamos hasta arriba de faena... —Me llevé la mano a la altura de la frente... y mentí—. Resulta que ahora mismo todo el mundo quiere hacerse una higiene bucal... —solté una irónica sonrisa—. Y esta tarde, precisamente, tenemos un

montón de gente apuntada... —sonreí con tanta falsedad que hasta el pequeño Buda que tenía Ana en recepción, medio escondido, se dio cuenta.

Mi querida compañera, por no decir la condenada de mi compañera, carraspeó en ese momento mirándome e interviniendo libre y descaradamente en la conversación. Maldita Ana.

—Claudia...

—¿Sí? —me giré hacia ella y Hugo, frente a mí, estiró el cuello para poder verla, agachada detrás del pequeño mostrador y sentada en su silla.

—Bueno, por si te interesa... Te recuerdo que esta tarde tan solo estaba apuntada Mari Carmen y hace un rato ha llamado para anular la visita porque su hijo está con fiebre y no tiene con quien dejarlo, así que, si necesitas ir por el coche, ve tranquila... No creo que vaya a venir nadie sin coger cita... Además, no te preocupes: Silvia viene por la tarde y ya sabes que el jefe nunca llama... Si faltas esta tarde, tampoco se enterará y, en todo caso, nosotras te cubriremos...

«¡La mato! Juro por Dios que la mato».

Si en ese instante hubiese tenido el poder de disparar rayos láser con la mirada, la habría desintegrado ahí mismo sin darle tiempo a parpadear. Ana, dándose cuenta de ello, se giró sin añadir nada más y agachó la cabeza sobre el teclado, calladita, que era como debía haber estado. Ya había dicho demasiado. Más que demasiado. Me giré hacia Hugo y fingí una sonrisa.

—Vaya... —Hice un gesto de sorpresa con las manos—. ¡Fíjate tú por donde! Hugo disimuló francamente mal una sonrisa.

—Pues parece que ya está todo solucionado... —añadí, respirando hondo y poniendo cara de circunstancia.

—Parece que el karma te está dando la oportunidad de recuperar tu coche... —Se cruzó de brazos delante de mí—. ¿O es que no lo quieres recuperar?

Maldito Hugo. Aprovechó el más ruin momento y la única de las oportunidades que le quedaban para conseguir que me fuera con él, retándome como solo él sabía, con verdadera sutileza. Aunque hubiésemos pasado veinte años separados, seguíamos conociéndonos demasiado bien, por desgracia.

—¿Qué? ¿Estás de coña? —pregunté con indignación en la voz y llevándome las manos a las caderas—. Claro que lo quiero recuperar. Está claro que lo del transporte público no es lo mío... Lo de tener que madrugar más de lo necesario para dar un rodeo (sin ganas, por supuesto) antes de llegar al trabajo no es una de mis debilidades.

«Aunque, desgraciadamente... tú si...», —añadió mi cabeza.

—Bueno, entonces... ¿te vienes ahora conmigo a por tu fabuloso Mazda?
—quiso saber con guasa y retintín.

Lo miré, arrugué con gracia el ceño y, alzando delante de sus morros mi dedo índice, lo amenacé inocentemente:

—No te metas con mi coche...

La sonrisa chulesca que me mostró a continuación fue, como poco, irresistible. Miré sus sugerentes labios, él miró los míos y nos costó demasiado reaccionar. Y, ¿a quién quería engañar?, estaba tan deseosa de irme con él como una niña de cinco años esperando al día de su cumpleaños.

—Ni se me ocurriría hacer tal cosa...

Y, justo cuando iba a replicar, la voz de mi rubia compañera intervino de nuevo.

—Chicos, siento interrumpir otra vez esta entretenida conversación... pero es la una y diez y me esperan para comer...

Ana se había levantado de su sitio y hasta había cogido su bolso, y nosotros dos, concentrados en aguantarnos la mirada, ni nos habíamos enterado. Y yo, todavía por cambiar.

—¿La una y diez? ¡Mierda! —Me miré de arriba a abajo—. Y yo todavía ni me he cambiado... —no dije nada más al respecto y me metí con premura en mi guarida.

Y, dando por zanjada la conversación, aunque había cerrado la puerta de mi despacho, pude oír la voz de Hugo:

—Te esperaré abajo...

Dando por hecho que al final nos íbamos juntos, porque eso parecía. Como también parecía que el día se ponía cada vez más interesante. La conversación había sido corta, pero de mucho había servido y, muy a mi pesar, sabía que, si quería recuperar mi coche lo antes posible, que tanta falta me hacía, no me quedaban muchas más opciones que pasar por el aro.

—¡Ana! —grité subiéndome los ajustados pantalones.

—¿Qué?! —respondió desde el sillón de cuero blanco de recepción, donde la gente esperaba su turno.

—¡Vete ya! ¡Yo cierro, he traído mis llaves!

—¿Es que te queda mucho?

—¡La mitad! ¡Pero vete! ¡Me sabe mal que tengas que esperarme! ¡Tú vete tranquila!

—Claudia... —oí su voz detrás de mí—. Estoy aquí...

—Joder, ¡qué susto!

Nos reímos las dos. Me miró y se dio cuenta de que estaba a medias.

—¿No te importa entonces que me vaya? Es que Cristian me espera...

—No, tonta, claro que no...

—Está bien... Gracias.

—Gracias a ti por darme la tarde libre... —dije ahora yo con segundas.

Ana se mordió el labio, sintiéndose culpable por si me había molestado que se metiera donde no la llamaban, pero yo bien sabía que lo había hecho con la mejor de las intenciones.

—Lo siento... —se disculpó poniendo cara de pena.

—Tranquila..., lo sé. Y anda, vete, que te están esperando...

—Está bien... Entonces, ¿te veo mañana? —preguntó, cómplice de nuestra treta.

—No lo sé... Si me da tiempo de venir esta tarde...

—Claudia, no seas tonta y no corras con el coche por llegar al trabajo, por favor... —me pidió antes de darme un beso en la mejilla.

No dije nada más. Le devolví el beso y pensé que ya veríamos sobre la marcha. Por fin mi compañera se fue y yo me terminé de cambiar. Tres minutos después, en cuanto bajé las escaleras y abrí la puerta del portal para salir del edificio, vi a un irresistible Hugo, apoyado contra su espectacular Ducati Monster 1200R, con su casco negro mate agarrado con el brazo izquierdo, distraído mirando a la nada. Aquella imagen de él se grabó a fuego en mi mente, y ese mismo fuego me abrasó la entrepierna al darme cuenta de que me tocaba agarrarme a él... cuerpo contra cuerpo. Otra vez aquella extraña sensación se apoderó de mí.

Capítulo 18

—**Y**a pensaba que te habrías escabullido de mí... —bromeó Hugo curvando la comisura de los labios cuando me coloqué frente a él.

Y lo sé. Sé perfectamente que la mirada que me echó de arriba a abajo, dedicando algo más de tiempo a mi acentuado escote, fue puro instinto, puro instinto animal, ese instinto incontrolable que te nubla la vista, que no te deja pensar y que te empuja, casi obligándote, a querer procrear. Por lo menos, a intentarlo...

—Vaya, no se me había ocurrido... Lástima... —bromeé ahora yo, consiguiendo que sus retinas volvieran a ponerse a la altura de las mías.

No dijo nada más, tragó saliva y, con asombrosa agilidad masculina, se montó sobre la impresionante moto negra con diversos detalles en gris plomo y, después de colocarse el casco, me ofreció otro idéntico al suyo, solo que algo más pequeño.

—Toma... Creo que te irá bien, pónelo...

Lo cogí, mirándolo y preguntándome de quién narices sería, pero de seguida caí en la cuenta.

—Es de Alexia, aunque nunca se lo ha puesto: todavía está por estrenar...

Confirmó lo que yo misma había deducido. Recogí mi melena en una cola baja ladeada y me lo puse ante su atenta mirada.

«¿Le gustará a Alexia la idea de que yo estrene su bonito casco?»

—Espera, déjame a mí...

Me acercó a él tirando de mi brazo, consiguiendo que nuestros cuerpos chocaran en una débil colisión. Me miró a los ojos y sonrió.

—¿Qué pasa? —pregunté, con los mofletes de la cara aprisionados graciosamente.

—Nada... Estás muy graciosa... y muy guapa... Levanta la barbilla...

Me sentí pequeña en aquel momento. Hugo cogió los dos cierres que colgaban de dentro y los encajó tirando de ellos varias veces para asegurarse de que estuvieran bien enganchados, cuando rozó ligeramente la piel de mi cuello,

consiguiendo que un escalofrío naciera detrás de mis orejas y descendiera por toda mi columna estremeciéndome a su paso... aunque supe disimularlo a la perfección.

—Ya está...

Me volvió a mirar a los ojos. Y, avergonzada por tener toda su atención centrada en mí, me aparté de él, puse un pie en la estribera derecha de la moto y, apoyando mis manos sobre sus hombros, me impulsé para montarme sobre ella.

—Deberías abrocharte la tejana... —sugirió.

Esta vez le hice caso y, sin rechistar, me pasé los botones de la entallada chaqueta porque sabía que tenía razón, si no quería que el aire y el rebufo me estropearan el viaje.

—Cuando te ofreciste antes a llevarme, no pensé que fuera a ser en moto... —reconocí desde detrás, con la visera levantada y alzando la voz para que me oyera.

Hugo giró todo lo que pudo la cabeza con su casco puesto para solo conseguir verme de reojo.

—¿Es que no te gustan las motos? —preguntó.

—Sí, por supuesto que me gustan las motos... Me encantan... Pero no pensé que vinieras con ella al verte sin el casco y... tan arreglado...

Creo que mi comentario fue de su agrado; lo pude percibir a través de su visera.

—Los dejé aquí amarrados... —señaló la parte trasera.

Seguidamente, se colocó unos guantes deportivos de *sexy* motero y arrancó la potente moto consiguiendo que todo mi cuerpo vibrara sobre ella. Antes de pillar el embrague y meter primera para salir con buen brío, tiró de mis manos hacia delante, obligándome a rodear con mis brazos su cintura para que dejara caer todo mi cuerpo sobre él.

—Agárrate fuerte a mí... No quisiera perderte otra vez...

No sé si aquella frase tenía doble sentido, pero a mí eso me pareció.

Cada vez que Hugo aceleraba la rabiosa moto, rugía roncamente. Solo había que ver cómo sorteaba los coches y cómo nos plegábamos en las curvas para darse cuenta de que era un hábil y experto conductor. El aire a nuestro rebufo nos empujaba ansioso hacia el horizonte. Parecía que huyéramos juntos hacia un mundo mejor, un mundo solo de nosotros dos. El abrasador sol del mediodía se cernía sobre nuestras cabezas calentando el irregular asfalto, consiguiendo que

rodáramos pegados a él como si fuéramos tan solo uno. Hugo, la moto y yo éramos una sola pieza, perfectamente acoplados del mismo modo en que si fuésemos un puzzle donde todas las partes encajan por alguna extraña razón. Porque eso era exactamente lo que nos ocurría: tan juntos, tan pegados ahora mismo... y nuestros futuros separándose por momentos, cada vez más. El caprichoso destino así lo quiso, aunque ahora mismo nada ni nadie más nos importaba. Nadie más existía.

«Solo faltaba una imagen luminosa advirtiéndome “precaución por peligrosidad”».

A medio camino me di cuenta, para mi sorpresa, de que Hugo se desviaba hacia el interior y nos adentrábamos en un pequeño pueblecito que no conocía. Cruzamos unas estrechas callejuelas vestidas con un basto adoquín, sus antiguas casas a lado y lado con sus pequeños balcones repletos de flores que adornaban aquel hermoso y pintoresco lugar. Todo estaba desierto, pues a esa hora nadie andaba bajo el cabreado sol de agosto en aquel bonito paraje. Tan solo nosotros éramos lo suficientemente valientes, o tontos, como para pisar el suelo de piedra que corría bajo nosotros. Y después de que Hugo se detuviera frente a una discreta puerta de madera con vidrios cubiertos con unas peculiares toquillas de ganchillo, todo muy casero y artesano además de desconcertante, nos bajamos de la Ducati y la aparcamos frente a una antigua fachada de piedra, justo en el único rincón en que la sombra reflejaba.

—¿Dónde estamos? —pregunté con exagerada curiosidad, levantando la visera de mi casco.

Hugo, de primeras, no contestó, típico en él... Tan solo se quitó el casco para mostrarme su hermoso y varonil rostro anguloso, y se pasó la mano por el pelo para despeinar sus divertidos rizos.

—¿No tienes hambre? —me preguntó con una sonrisa en los labios.

Ahora que lo preguntaba, desde las once de la mañana que me había tomado un rápido café con leche entre paciente y paciente, no había comido nada... Y sí, estaba famélica.

—Si, bueno, pero... y... qué vamos a... —escupí atropelladamente, todavía con el casco puesto, que me hacía un enorme cabezón de Chupa chups y mostraba mis mofletes apretados graciosamente dentro de él.

—Pues vamos a comer... —señaló la puerta, la cual para nada parecía la de un restaurante.

—¿Aquí?

Me giré para contemplarla, echando la cabeza hacia atrás para mirar su alta fachada hasta arriba, incrédula y dudosa porque allí nos fueran a servir algo de comer. Ni un mísero rótulo o cartel indicaba dónde estábamos a punto de entrar.

—Vamos, ven aquí... —pidió cogiendo mi mano y tirando de mí—. Quitate el casco ya... —Sonreía—. Levanta la barbilla...

Hice lo que me pidió sin rechistar. Quién lo diría: Hugo pidiendo que hiciera algo y yo sin hacerle burla ni mandarlo a freír espárragos... Últimamente aquello era una novedad. Desabrochó el cierre con cuidado de no estirarme de ningún cabello, el cual llevaba alborotado a pesar de la cola, y lo sacó hacia arriba para darme total libertad.

—Oh, ¡qué bien! —dejé escapar un suspiro, me saqué la goma del pelo y sacudí la cabeza varias veces hacia abajo para poner, más o menos, mi ondulada y larga melena en su lugar.

Los ojos de Hugo me envolvieron en ese momento, consiguiendo que sintiera una tremenda vergüenza por convertirme en su objetivo y en el centro de atención. Se dio cuenta y reaccionó cogiendo los dos cascos y dejándolos sobre la moto. Así, sin más.

—¿De verdad crees que aquí nos van a dar de comer? —pregunté reticente—. Oye, ¿y los cascos los piensas dejar aquí así, sin más? ¿No los robarán? —añadí alucinando con la situación y su comportamiento.

Hugo miró a lado y lado de aquella desierta callejuela y, haciendo un gesto de hombros con indiferencia, preguntó:

—¿Quién? —alzó las manos.

—Bueno, no sé... Pues alguien...

Volvió a mirar a lado y lado, ahora haciendo teatro. Qué cabrito era.

—¿Tú ves a alguien?

Puse los ojos en blanco y desistí. Total: la moto y todo lo demás era suyo. Si él no se preocupaba, no lo iba a hacer yo.

—Vale, tú ganas... —lo dejé por imposible, aunque todo fuera que nos robaran los cascos y no pudiéramos volver a casa...

Espera, ¡¿y si los robaban?! Después de ver mi suerte, ya me lo creía todo.

—Vamos... Cae un sol de condena aquí fuera... —me cogió de la mano y me guió hacia dentro con seguridad.

Yo miré nuestros dedos entrelazados y, de nuevo, no rechisté. No dije nada, ni mu..., pero la inquietud que sentía dentro me lo decía todo, comenzaba a confirmar mis múltiples (y jodidas) sospechas. Cuando entramos, parecía otro

mundo, parecía ese mundo mejor que tenía la sensación de ir buscando cuando estábamos sobre su moto. Y aquí lo tenía, delante de mí. Me lo estaba regalando. Una amplia sala con paredes de piedra natural decoradas con bonitos cuadros y elegantes candelabros dorados daban personalidad a aquel inesperado lugar. Tan solo ocho mesas cuadradas, perfectamente vestidas con manteles negros, olorosas velas rojas y cubiertos de plata llenaban sus rincones iluminados a media luz. Una majestuosa chimenea de piedra, ahora apagada, por supuesto, y oscurecida por las llamas y el hollín reinaba en el fondo. Era íntimo y acogedor. Realmente agradable y perturbadoramente profundo. Supe casi al instante que me sería imposible olvidar aquel sitio. Y entonces me pregunté por qué las cortinillas de la puerta tenían que ser de ganchillo.

«¿De verdad? ¿No podrían haber puesto, aunque fuese, un simple trozo de tela cubriendo sus cristales?».

Aunque supuse que estaba así adrede y que era parte del encanto. Cuando me di cuenta, tenía la boca abierta y los ojos de Hugo, todavía agarrado a mí, me contemplaban con atención.

—Esto no te lo esperabas, ¿verdad?

Lo miré abrumada y vi cómo se sonreía confirmando sus sospechas.

—Si me llegan a preguntar que había aquí dentro... jamás habría dicho que esta maravilla...

Un chico alto y robusto con aire de chicarrón del norte, vestido con tejanos y camisa blanca, se acercó a nosotros con una gran sonrisa en los labios.

—Hugo, qué agradable verte por aquí...

Se abrazaron amigablemente y se golpearon las espaldas con duras palmadas. Eso tampoco me lo esperaba.

—Sebastián, ¿qué tal estás?

—Genial, ¿y tú? ¿Qué te trae por aquí?

—Bueno... veníamos a ver si nos podías dar de comer... Por cierto, te presento a una buena amiga, Claudia...

Hugo me soltó y posó su mano deliberadamente, y con demasiadas confianzas, en la parte baja de mi espalda, lo que consiguió que sin pretenderlo me tensara. Los ojos del simpático chico, negros como el azabache, se posaron sobre mí.

—Hola, Claudia... Encantado de conocerte...

Se acercó para darme dos besos.

—Lo mismo digo... —le sonreí.

Me devolvió la sonrisa.

—Bueno, pues..., supongo que tendréis hambre...

—Supones bien... —aseguró Hugo.

—Pues pasad por aquí... Precisamente nos queda una mesa libre al fondo. Espero que no os importe estar algo apartados.

«¿Apartados? ¿Es necesario?».

Hugo me cedió el paso, todavía con su mano en la curvatura de mi espalda, muy caballeroso él.

—No, tranquilo... Yo solo quiero que me des de comer uno de tus fabulosos platos y me sirvas una copa de ese extraordinario vino que tienes por ahí escondido... —bromeó.

Por lo visto, debían de conocerse bien, y al escuchar sus últimas palabras no pude evitar pensar que igual se trataba de algún cliente de confianza de sus propias bodegas.

—Mmm, veo que te gusta el buen vino y... la buena compañía... —se atrevió a comentar con picardía el tal Sebas, mirándonos de soslayo a los dos.

«Joder, ¡supongo que damos esa imagen!».

—¡Cómo lo sabes! Solo hace falta verla a ella... —añadió mi amigo, importándole un carajo lo que el otro pudiera pensar o imaginar, cosa que ya había hecho.

La sonrisa de Hugo fue ahora más traviesa que nunca y un repentino calor se centró en mis mejillas, consiguiendo ruborizarme. Lo que desconozco es si se dio cuenta alguno de los dos. Yo tan solo sonreí y me senté en la bonita silla blanca y cromada de diseño que el joven me indicó, antes de colgar el bolso de un lado. Hugo me imitó, sacó su móvil del bolsillo de su cazadora de verano, la cual colgó en el respaldo de su silla, y lo dejó sobre la mesa.

—Os traeré la carta... —dijo con una sonrisa Sebastián antes de marcharse, dejándonos a solas allí.

A solas en un rincón a media luz, donde poca gente nos veía. Demasiada intimidad para dos amigos, demasiada intimidad para nosotros dos. Aquello... no podía acabar bien.

Terreno peligroso.

Capítulo 19

Tenía en mis manos la carta de tapa de cuero rojo, la misma que ojeaba una y otra vez recreando sus platos en mi cabeza, y sin tener del todo claro qué diantres pedir porque, cada vez que lo hacía, con un simple pensamiento sumado al atrayente olor a rica comida que se escapaba de la cocina, era suficiente como para hacerme salivar consiguiendo que el estómago me rugiera de hambre. Y, aunque la carta no es que fuera muy extensa en producto (al contrario, más bien era breve en variedad), era sumamente rica en calidad.

—¿Ya sabes lo que vas a pedir? —quiso saber Hugo, que ni tan siquiera había abierto su carta.

—Pues no. No lo tengo nada claro... —reconocí con la cabeza agachada—. Hay tantas cosas apetecibles por aquí...

Alcé la mirada y vi cómo me contemplaba.

—Cierto... —confirmó descaradamente y con innecesaria travesura.

Con los codos apoyados sobre la mesa y mirándome con fijación, se confesó en un silencio a gritos. Tragué saliva y encontré fuerzas para apartar mis ojos de él fingiendo que no pasaba nada.

—¿Y tú? ¿Ya lo sabes? —pregunté repasando una vez más los entrantes—. Ni tan siquiera has abierto la carta...

—Sí, yo ya sé lo que voy a pedir...

—Pues qué suerte... —reconocí.

—¿Dejas que te aconseje? —preguntó dudoso y con lo que parecía ahora, de repente, demasiada prudencia en la voz, algo que me sorprendió.

—Sí, claro... por favor... Y que sepas que no muerdo para que me lo preguntes con ese temor...

—Lástima...

Ahora sí que una sonrisa se le escapó de los labios delatando un exceso de picardía. Intenté hacer como si aquello último no lo hubiese escuchado, pero había llegado muy adentro de mis oídos, y muy adentro de algún otro sitio más...

«¿Todo el rato iban a ser insinuaciones?», me pregunté.

No tenía del todo claro por qué lo hacía. ¿Estaba jugando conmigo? ¿Lo hacía inofensivamente o intentaba algo más? ¿A dónde quería llegar? Y entonces... salió a relucir una oscura parte de mí, una parte que no convenía a ninguno de los dos, lo sé, pero que no pude retener al sentirme realmente incitada, y pensé: «¡Qué diablos! No creo que pase nada por entrar al trapo y divertirme un rato, ¿no? Divertirse tampoco era pecado, ¿verdad?», pregunté a mi conciencia, pero parece que la muy zorra todavía seguía de vacaciones. «¿Quieres jugar? Muy bien, pues juguemos...». Como mi hermana me recordó anoche, era la reina de la seducción. «Te vas a cagar...».

Parecía que esos dos niños que llevábamos dentro tenían ganas de guerra. A ver cuál de los dos perdía antes la partida. Y ahí estaba la Claudia más traviesa para dar juego en ese momento. La partida... acababa de empezar.

—Dime, Hugo... —carraspeé, como quien no quiere la cosa, preparándome para atacar—. ¿Qué es lo más sabroso y gustoso de aquí... que me pueda llevar a la boca...? —pregunté casi tan sugerente como una puñetera actriz porno interpretando su mejor papel, mirándolo fijamente, alzando mi ceja derecha toda insinuante y relamiéndome sutilmente los labios.

Para rematar la jugada, cerré la carta, la dejé a un lado sobre el mantel, apoyé los codos sobre la mesa, imitando su postura tal y como él estaba, echando mi cuerpo hacia delante para que mis pechos se apretaran contra el borde, quedando ligeramente expuestos a la vista. ¡Ups! Estaba claro que no contaba con aquella reacción por mi parte. Lo dejé realmente descolocado y... noqueado.

Y, Dios, cuando quería, a zorra no me ganaba nadie. Como era de esperar, sus ojos bajaron hasta mis tentadores pechos, que lo saludaban.

—Oh, joder... —Tragó saliva—. Vale... ah... Pues... eh... ¡buf...!

¡Ja! A la primera de cambio lo derribé. Qué rápido resultaba poner a un hombre nervioso. Por dentro me reía triunfante. Le costó reaccionar.

—¿Te encuentras bien, Hugo? —susurré.

—Sí, sí... Esto... ¿hace un poco de calor aquí o me lo parece a mí? —preguntó nervioso, consiguiendo con mucho esfuerzo mirarme a los ojos, pero mis pechos parecían un atrayente imán para ellos.

—Sí, puede ser... Es verdad... Pero supongo que igual es porque todavía no me he quitado la chaqueta...

¡Segundo *round*!

Me levanté lo justo de la silla para, con el escote frente a él, poder sacar mis brazos por las mangas de la chaqueta, la misma que colgué después en mi

respaldo. Hugo me miró con más intensidad que nunca, pero no fue mi delantera la que atrajo su atención, aunque parezca mentira, sino mis delicados hombros desnudos, que lo anularon por completo. Demasiada carne a la vista de la actual Claudia, y no de la cría que él recordaba. ¡Hay que ver, una inocente camiseta de tirantes lo que puede llegar a despertar!

—Dios... —Hugo bajó la vista a su regazo, se removió en su silla, miró hacia el lado izquierdo, donde estaba la puerta abatible de la cocina (que se abría y cerraba constantemente), se apretó con los dedos el tabique de su afilada nariz y, por fin, con mucho esfuerzo, me volvió a mirar a los ojos—. Eh... pues, bueno... Ah... —se calló, dejando una y minúscula carcajada en el aire—. Yo..., yo... Te aconsejaría el cabrito con una salsa de su propia reducción: está espectacular...

—Ajá...

Sacudí mi larga melena para que cayera en cascada sobre mi pecho derecho y dejando a la vista la parte izquierda de mi fino cuello. Lo miró, hizo todo el recorrido de mi clavícula con los ojos, tensó la mandíbula exageradamente fuerte y tragó saliva con dificultad.

—Perdona, tengo que... ¿Te importa si te dejo sola un momento para ir al baño?

¡Toma ya! Tuve que aguantarme con todas mis fuerzas para no echarme a reír y aplaudir en mi honor.

—No, claro, tranquilo... Aquí estaré... esperándote...

Se levantó de su silla dejando sobre la mesa la arrugadísima servilleta de tela, la cual había estado retorciendo de forma inconsciente durante todo ese rato, y caminó unos pasos detrás de mí hasta que pudo refugiarse en algún lado, porque eso estaba haciendo: huir de la increíble tentación de nuestros cuerpos prohibidos y de mi muy mala intención.

¡Cling! ¡Cling! ¡Cling! ¡Cling! ¡Parece que ya tenemos ganadora!

Y hasta hubo un momento en el que me sentí mal de verdad por jugar así con él, pero que se lo hubiera pensado mejor antes de jugar conmigo a las insinuaciones, porque ninguno de los dos tenía trece años ya como para andarse con jueguecitos... Y porque todo el mundo sabe que no hay Dios que gane a una mujer en ese terreno.

—Vaya, ¿Hugo ha desaparecido? —preguntó Sebastián sonriendo de pie junto a la mesa.

Aquella frase hizo aterrizar de golpe en la mesa a la educada Claudia que él había conocido unos minutos antes.

—Sí. Bueno, solo ha ido un momento al baño...

—Entonces esperaré a que vuelva para tomaros nota...

Sebas se giró sobre sus pies, seguramente con idea de entrar de nuevo a la cocina, de la cual se escapaba un atrayente olor que me despertó un gran y feroz apetito ya, pero mi voz lo frenó consiguiendo que se diera la vuelta de inmediato.

—Disculpa...

—¿Sí?

—¿Sería mucho atrevimiento si te pregunto si eres cliente de las Bodegas de Hugo?

—Claro que no, para nada... A decir verdad, soy un orgulloso cliente de las bodegas de Hugo... —reconoció con una amplia sonrisa.

Le sonreí de la misma forma, agradeciéndole que no pensara que era una entrometida.

—Entonces supongo que debes de tener por aquí alguno de sus deliciosos vinos, ¿verdad?

—Supones bien...

—Pues, ¿podrías traernos una botella de vino blanco de su propia cosecha, por favor?

—¿Pero ya sabéis lo que vais a comer? Lo digo por si no casa con...

—Sí, sí... Sé que, bueno, que el blanco casa mejor con pescados, mariscos y carnes blancas; y el tinto, con carnes rojas y caza; pero quisiera degustar el blanco, ya que resulta más refrescante al paladar... —Sebastián asintió como dándome la razón.

—¿Añada? —quiso saber.

—Lo dejo a tu elección... —torcí la sonrisa.

—Perfecto... Pues ahora mismo os traigo una de sus botellas...

—Gracias...

Muy servicial, se giró para ir en busca de lo que le había pedido. Y en ese momento de soledad aproveché para pensar en qué diablos hacíamos allí, alejados de todos, de la realidad... en un precioso y, por qué no decirlo, romántico restaurante, bebiendo vino cuando yo debería estar a punto de volver al trabajo y cerca de mi prometido.

—Aquí está...

Sebas, después de descorchar la botella con asombrosa agilidad y de llenar un tercio de las copas de finísimo cristal que había sobre la elegante mesa,

introdujo la alargada botella en forma de lágrima en una cubitera con pie.

—Un delicioso vino en el cual podemos apreciar diversas notas combinadas de diferentes y dulces frutas mediterráneas, que consiguen que la entrada a la boca sea sabrosa, dejándonos un final fresco y aromático. Añada del 2016 y fermentado en barrica de roble francés; de ahí, esa ligera y delicada coloración amarillo pajizo.

Se notaba que le enorgullecía servir aquel brebaje.

—Vaya, gracias por toda la información... —sonreí agradecida por los detalles—. Suena realmente bien...

—Bueno, aunque todo eso quien mejor te lo explicará ya sabemos quién es..., el propio maestro... —fue lo último que añadió antes de marcharse, justo en el momento en que pude escuchar los pasos de Hugo detrás de mí acercándose. El maestro regresaba.

—Vaya, ya pensaba que te habrías escabullido de mí... —repetí la misma frase que él había dicho cuando me esperaba a la salida del trabajo.

En respuesta, solo se limitó a sonreír con debilidad, sentándose de nuevo en su silla y colocándose bien el cuello de su inmaculada camisa blanca.

—¿Te encuentras bien? —le pregunté, dudándolo por un momento.

—Sí, sí... Tranquila, no es nada... —Volvió a apoyar los codos sobre la mesa—. ¡Vaya! Veo que has pedido vino... —fue ahora cuando sus labios se curvaron, regalándome una sonrisa de las de verdad.

—Sí... Espero que no te moleste...

Arrugó el ceño y negó con la cabeza como si aquello fuera algo imposible.

—No... Para nada... Todas las mujeres con las que he salido siempre se han limitado a esperar a que yo lo hiciera...

«Todas las mujeres... ¿Es que tiene una lista y todo el engreído?».

—Pero me olvidaba de que tú eres de las que, si quiere la luna, se la baja ella solita... —susurró como si, por algún extraño motivo, le diera temor reconocerlo en voz alta.

Nos aguantamos la mirada unos segundos, demasiados quizás, y esa vez fui yo la que huí de lo que sus ojos me confesaban. En silencio, cogí mi copa y me la llevé a los labios con intención de beber.

—Espera..., ¿no vamos a brindar? —Frenó mi mano con cuidado de no derramar nada.

—Oh... sí, claro... —dibujé una sonrisa—. ¿Por qué brindamos?

—Yo brindo por tu Mazda... —dijo sin venir a cuento, aguantándose por no

reír y alzando su copa.

—¿Mi Mazda? —pregunté poniendo cara de circunstancias.

—Sí, tu Mazda... Si no fuera por él, ahora mismo no estaríamos aquí...
—confesó poniendo una nota divertida.

—Eso me suena a chiste...

—¿Qué? ¿Por qué? —preguntó todavía con la copa alzada.

—Porque sí y porque te conozco...

—Vamos, brinda de una vez para que pueda pegar un trago a mi copa de vino... —Golpeó con suavidad el finísimo vidrio y, con la mirada clavada en mí por encima del borde, bebió de aquel rico y delicioso vino blanco con el que yo me deleité.

Me costó creer y digerir que aquella bebida la hubiera elaborado él mismo con sus propias manos. Me parecía algo asombroso y excepcional que, si me detenía a pensar, hasta resultaba algo excitante. Y no es porque lo hubiera elaborado él, pero era uno de los mejores vinos que había catado nunca. ¡Quién me lo iba a decir!

Capítulo 20

Sobre el largo mantel negro tan solo quedaban los platillos del postre de bonita cerámica blanca, decorada con grandes flores de color violeta y detalles en dorado, vacíos y casi relamidos. Antes de degustar la riquísima tarta de queso con salsa de mango, nos regocijamos con un primero y un segundo que resultaron soberbios al paladar y fastuosos a la vista. Dignos (para mi sorpresa) sin duda de un restaurante con una estrella Michelin. Y la tranquila conversación que mantuvimos durante la comida sobre viejos recuerdos y demás acabó de conseguir que aquel momento fuera simplemente perfecto. Perdón, casi perfecto...

—¿Has comido bien? —se interesó.

Apoyó los antebrazos sobre la mesa, echando su cuerpo vestido con aquella entallada camisa blanca hacia delante. ¡Y qué bien le sentaban al maldito aquellos trajes y aquellas camisas ajustadas! Parecía un puñetero modelo de algún anuncio de el Corte Inglés.

—Sí, realmente bien... Estaba todo riquísimo... —aseguré devolviéndole la mirada con los codos apoyados sobre el mantel y los dedos entrelazados bajo mi barbilla.

—Me alegro de que te haya gustado el sitio...

—La verdad, creo que ahora, después de haber comido como he comido, estoy todavía más sorprendida que cuando entré... —confesé curvando la comisura de los labios—. Esto no me lo esperaba para nada...

—Sí, lo sé... Pero bueno, parte del encanto de este lugar quizás sea eso..., que te sientas tan sorprendido o maravillado sin esperarlo ni imaginarlo, que desees volver a venir...

—Y lo han conseguido... Aunque no entiendo por qué parece que esté tan escondido... y que tan siquiera tenga un nombre o algo que lo distinga...

—¿No te parece ya suficiente distinción todo esto y lo que has degustado? —Miró y señaló a nuestro alrededor.

—Sí... Es cierto... —reconocí—. Y, ¿como surgió? ¿lo sabes? —de repente

sentía curiosidad.

—Bueno... Todo empezó hace unos años, cuando esto era apenas la pequeña taberna del pueblo, y, al morir el padre de Sebas, él se quedó con ella e invirtió todo lo que tenía para crear lo que ves... —me explicó brevemente—. Con cariño y constancia pero, sobre todo, con ilusión... Ese es el secreto de este lugar, y de todos los logros en general en esta vida... —Creo que el recuerdo de algo cruzó por su mente. Quizá le dedicó un segundo a su difunto padre, el pobre Antón, que todo lo había dado para mantener y seguir con la tradición familiar de la bodega, la que suponía un inmenso esfuerzo cada día y el mismo que, a partir de ahora, iba a tener que invertir él por partida doble al faltar su antecesor—. Y lo del nombre... Sí que es verdad que no tiene, aunque parezca mentira, por lo menos para el público de la calle... Pero la gente lo conoce y sale tan contenta y maravillada de aquí que eso mismo ya es suficiente como para que este restaurante tenga éxito... El boca a boca...

—Sí, supongo que tienes razón...

Una joven morena, que daba la impresión de ser la pareja de Sebas, se acercó entonces a nosotros afablemente.

—¿Qué tal habéis comido? ¿Todo ha estado de vuestro agrado?

—Sí, por supuesto... Todo estaba excepcional... —me apresuré a contestar devolviéndole la sonrisa.

—Sí, Maite, gracias... Todo estaba soberbio, como siempre...

—Me alegro... —mostró una sonrisa de satisfacción—. ¿Vais a querer café o alguna cosita más?

—No, yo no, gracias... Estoy bien...

—Yo sí, por favor... ¿Podrás traerme un *ristretto*?

—Ahora mismo...

—Gracias...

Se giró y anduvo hasta la pequeña barra en forma de ele, fabricada con vigas de madera y barnizadas de color *wengué*, que se encontraba a un lado del salón.

—Por curiosidad..., ¿no será ella la pareja de Sebas, verdad? —me atreví a preguntar, arriesgándome a que no lo fuera, ya que algún detalle o gesto me lo hacía prever.

—Sí, ella misma es.

—Sí, ya me lo había parecido...

—Hace unos años que están juntos aunque su relación, al principio, no fue nada fácil que digamos... —me informó gratuitamente haciendo una mueca con

la cara.

Su gesto me llamó la atención.

—¿No? ¿Por qué? —pregunté mirando en dirección a ella.

—Ella es divorciada... Y tiene un hijo de su anterior matrimonio...

—Vaya... Sí que debe de ser complicado pero tampoco creo que sea un impedimento para...

—Pero ese no fue el problema... —se adelantó a decir—. Cuando Sebas y ella se conocieron, estaba casada y embarazada de nueve meses...

—¿Embarazada? ¿Y se enamoraron entonces? —arqueé una ceja realmente sorprendida—. Guau... —Aquello sí que debió de ser un flechazo.

Hugo asintió en silencio con la cabeza.

—Joder... —no me salió decir otra cosa.

Mi mirada en ese momento se detuvo en Sebas. Vi cómo se acercaba a su mujer por detrás y le daba un fugaz pero tierno beso en la mejilla derecha, una repentina muestra de sincero cariño. Aquello sí que parecía amor con todas las letras. Se les veía que se comían con la mirada cada vez que estas se cruzaban, que sentían la necesidad de buscarse mientras cada uno iba a lo suyo, que se regalaban la más bonita de las sonrisas cada vez que se tocaban en un roce... Y entonces me di cuenta de que aquella sensación, ese sentimiento... yo nunca lo había vivido: no lo reconocía en mis propias carnes... Hasta ahora... hasta hace tres malditos días. Aquello me dolió.

—Pero, bueno, supongo que eso es lo que tiene el amor de verdad... Si fuera fácil, nadie lo valoraría...

«Qué bonita frase», pensé mientras miraba sus bonitos ojos de color pardo, que ahora demostraban incluso más que sus propias palabras.

—Sí, supongo... —bajé la vista.

Sentí que no podía seguir mirando al hombre que tenía sentado frente a mí al darme cuenta de que ese sentimiento, ese efecto, solo lo padecía cuando estaba junto a él. No era justo.

—Aquí tienes: tu *ristretto* corto y concentrado... Como sé que te gusta...

Maite dejó delante de Hugo un aromático café tan fuerte que, con solo olerlo, ya quitaba el sueño.

—Muchas gracias...

Hugo le sonrió antes de que esta se marchara. Rasgó el sobre de azúcar que descansaba sobre el pequeño platillo que acompañaba la diminuta taza blanca y echó una parte dentro para después removerlo lentamente, muy lentamente,

deshaciendo el edulcorante, endulzándolo y... escrutándome.

—¿Estás bien? —quiso saber—. Te has quedado muy callada y pensativa...

—Sí, sí... Estoy bien... —mentí removiéndome en mi silla, inquieta.

—¿Seguro? —exigió saber ahora—. No habré dicho algo que te haya molestado, ¿verdad? A veces reconozco que soy un puñetero bocazas...

—No, tranquilo, no... No eres tú...

«¡Mierda!».

Hugo frunció el ceño al escuchar mi inesperada declaración.

—¿No eres tú? —repitió mis últimas palabras—. ¿Y entonces? ¿Qué ocurre? —preguntó, esperando ahora una respuesta—. ¿Qué es? ¿Ocurre algo, Claudia?

Ahora la bocazas había sido yo. Se me había escapado una información que él no necesitaba saber porque lo que no le podía confesar era que me acababa de dar cuenta de lo que significaba ese «algo» que él creía haber dicho refiriéndose al amor entre Sebas y la joven mujer; me acababa de dar cuenta de que realmente... no estaba enamorada de mi prometido, de mi futuro marido, de Adrián. Sentí como si el alma se me rasgara en dos.

—Nada... No tiene importancia...

¡Oh, sí que la tenía! Me iba a casar con un hombre al que resultaba que no quería, por lo menos del modo en que esperaba yo. Aunque Adrián me proporcionara otras cosas, aquello no era amor. Demasiado tarde para darme cuenta. Demasiado. Y qué triste haber tenido que venir hasta aquí para que aquella agradable pareja me mostrara el significado de la vida, de una relación. Y es que, sin amor, por mucho cariño, por mucho sexo que haya, no somos realmente nada, le pese a quien le pese.

—Claudia...

Alcé la vista, dubitativa, y nos aguantamos la mirada más de lo que esperaba.

—¿Tanto hemos cambiado para que no confíes en mí como lo hacías antes? —Ahora su gesto era serio, no vacilaba.

Aquella pregunta me pilló tan desprevenida que no supe qué decir. Tuve que controlarme muy mucho para que el reflejo de un sollozo no resonara de mi garganta. Me di cuenta de que las manos me comenzaban a temblar y las tuve que retirar de la mesa para esconderlas en mi regazo. Dudé por un momento: si abría la boca, sería para echarme a llorar. Y, aunque quería, aunque lo pretendía..., no le podía dar una respuesta.

—Me da miedo tu silencio... —confesó Hugo en un susurro, apretando la mandíbula con fuerza.

Nos contemplamos durante un segundo, y dos, tres, cuatro... y cinco... Hasta que no aguantó más y, alargando la mano, acarició con sus dedos mi mejilla. Fue como un soplo de aire para mis pulmones, pues no me había dado cuenta de que todos estos segundos había estado aguantando la respiración. Cerré los ojos y, sin darme cuenta, yo misma busqué su contacto torciendo mi rostro. Necesitaba de su calor, el de él..., como sé firmemente que él necesitaba del mío. Bajó con el dorso de su mano hasta mi barbilla regalándome una tierna y sincera caricia. ¡Lo que habría dado porque aquel momento no terminara jamás!

—Mírame... —pidió.

Pero no fui capaz de hacerlo.

—Por favor... Claudia... Ya que nunca te voy a tener, no me prives de eso también, por favor... —imploró.

No fui capaz de negarle aquello porque yo también sabía que lo único que nos quedaban eran las miradas, las sonrisas, esos inocentes roces que alimentaban nuestra pasión, una pasión que nunca vería la luz, que nunca corromperíamos... por el bien de todos. Y, al final, te preguntas: ¿qué vale más la pena: una dulce mentira o una amarga verdad? ¿Vale la pena hacer daño a los que quieres por algo que no es para ti, que no te pertenece? ¿O vale más la pena ver al amor de tu vida sufrir en el más mísero silencio?

—Hugo, no digas eso..., por favor... —pedí retorciendo mis dedos nerviosa y tragando el nudo que ahogaba mi garganta.

Estábamos cavando nuestra propia tumba.

—¿El qué? ¿Que no diga la verdad? —Se pasó la mano por su cabello, nervioso, reprimiéndose—. Hace veinte años... veinte años que te perdí, Claudia... Y ahora... vuelves para recordármelo.

«¿Es una declaración?».

—Hugo, por favor... No puedes culparme de eso...

—Y no lo estoy haciendo. Por favor, preciosa, ni lo pienses... Pero... —negó con la cabeza mirando hacia otro lado.

No tardó en volver a acariciar mi mejilla, aunque esta vez cogí su mano para apartarla de mi piel. Sentía que aquello no estaba bien. Esas muestras de cariño no nos pertenecían, no éramos merecedores de ellas. Hugo también se dio cuenta.

—Es solo que... —dudó antes de seguir hablando.

—¿Qué, Hugo? —pregunté, casi acusándolo.

No respondió. Nos miramos y tomamos aire. Necesitábamos pensar para que

aquello no se nos fuera de las manos, ahora mismo había demasiada tensión reprimida entre nosotros dos. Pero de poco sirvió. Al poco, una cruel pregunta aterrizó para arrasar con todo a su paso:

—¿Estás enamorada de Adrián? —exigió saber, poniéndose firme en su silla e hinchando su duro pecho preparado para recibir el golpe.

Aquella pregunta fue como un azote para mí, un latigazo que abrió mis carnes y que, lo peor de todo, me obligó a abrir los ojos. Y ahora fui yo la que no respondí.

—Estás tardando demasiado en contestar, Claudia...

Y mi mismo silencio ya fue su respuesta.

—¿Y tú, Hugo? ¿Estás enamorado de Alexia? ¿La quieres?

—Creía... —tensó la mandíbula antes de proseguir con su declaración—. Creía que sí... Que podría llegar a hacerlo...

—¿Crees? Esa respuesta no es mucho mejor que la mía..., ¿sabes? —le reproché.

—Y decirte que estaba convencido de que sí hasta que el sábado te vi... Hasta que apareciste de nuevo en mi vida... Es mejor respuesta, ¿eh?

—No, no es mejor respuesta... Eso no facilita las cosas... Y creo que este es un buen momento para dejar de hablar del tema... y zanjarlo para siempre...

Hugo me miró fijamente a los ojos, dejándome ver la impotencia y la rabia que crecían en su interior, unos ojos que delataban derrota.

—Tienes razón... Duele demasiado...

Cogió la pequeña taza de café, ya frío, y se lo bebió de un trago.

—¡Sebas! Dime que te debo...

Capítulo 21

Durante el trayecto hasta la masía no podía agradecer más que fuéramos en moto con los cascos puestos, sin vernos las caras y sin poder hablar, y no en su coche, donde cada mirada, cada gesto, solo encendería aún más los rescoldos de la tensión que se había creado hacía apenas un rato entre nosotros en el restaurante. Notaba que ahora, al agarrarme a su cuerpo, este estaba más rígido que antes. Sabía perfectamente a qué se debía. Aquella conversación, la cual no deberíamos de haber tenido nunca, solo había conseguido hacernos daño y hacernos ver que nuestras vidas se alejaban por momentos y cada vez más. En una escasa semana y media, Hugo y Alexia se iban a casar; y Adrián y yo, aunque todavía no tuviéramos fecha, andábamos por el mismo amargo camino.

Cruzábamos ahora la ancha riera, la cual estaba más seca que la mojama y que tantos dolores de cabeza me podría haber evitado si hubiera querido la muy puñetera... Un trozo más de camino, dos curvas más... y, por fin, asomó en lo alto lo que había sido como un hogar para mí. Y otra vez aquella sensación de anhelo en mi cuerpo. Llegamos con la Ducati directamente hasta el pequeño garaje, que estaba a escasos metros de la masía y frente al *parking* de grava. Hugo redujo varias marchas y paró para que yo me bajara, y después de sacar de su bolsillo el pequeño mando a distancia, que apretó para que la puerta automática de levantara, vi, después de dos días que se me habían hecho eternos, a mi queridísimo Mazda tan brillante y lustroso como siempre.

«¡Por favor, mi pequeñín, pero qué bonito es!».

Hugo entró con cuidado de no golpearlo ni rozarlo con la moto, y aparcó esta en su sitio, al lado de un banco de trabajo desordenado y repleto de herramientas, algunas de ellas manchadas de grasa.

—Dios mío, cómo te he echado de menos... —reconocí mientras acariciaba su brillante carrocería de color bermellón.

Se sacó el casco y lo dejó sobre la superficie al lado del mío (bueno, el que había llevado yo pero que en realidad pertenecía a Alexia) y a continuación bajó la cremallera de su cazadora negra mientras me observaba y, aunque parezca

mentira, me mostraba una sonrisa en los labios.

—El otro día intentaron robarlo, pero no te quise decir nada...

—¡¿Qué?! —me giré de súbito para verle la cara, esa bonita cara de mentiroso.

Entonces pude ver cómo se reía.

—Es broma... Como puedes ver, está entero y en perfectas condiciones...

—Serás... —arrugué el ceño y lo fulminé fingidamente con la mirada.

Parecía que esa tensión entre nosotros que ahogaba se había esfumado de repente y por un momento respiré más tranquila, aunque no sé si era por ver que mi pequeño estaba intacto y con todas sus piezas. Hugo se apoyó contra el banco y se cruzó de brazos.

—Por cierto, ¿están tu madre y Choni en casa? —pregunté con ganas de saludarlas y volverlas a ver.

Alzó la manga de su cazadora y de su camisa, y, con un *sexy* movimiento de muñeca, miró la hora en su espectacular reloj de hombre.

—No. Son las cinco y media de la tarde. Todavía no deben de haber llegado... Choni tenía que visitar a unos familiares, y mi madre se ofreció a llevarla y a acompañarla por salir y distraerse...

—Oh... Está bien, está muy bien que salga y se distraiga... —reconocí—. Aunque, la verdad, me apetecía mucho verlas de nuevo antes de volver a marcharme... No sé cuando volveré a... —me quedé callada.

«No sé cuando volveré...».

¡Qué mal sonaron aquellas palabras resonando en nuestros oídos, y cuánto daño hacían en nuestros corazones! Hubo un breve silencio. Caminé hacia donde estaba apoyado, frente al coche, y me coloqué delante de él. Y por un momento no pude evitar pensar algo que no debía: que estábamos a solas en la casa, él y yo... solos, sin nadie más que pudiera ser cómplice de nuestro deseo. Pero me obligué a retirar aquel turbulento pensamiento de mi cabeza casi de un manotazo.

—Yo... quería agradecerte todo lo que has hecho, Hugo...

—¿Yo? —arrugó el ceño sin entender mis palabras de agradecimiento, puesto que para él no eran necesarias—. Pero si yo no he hecho nada...

—Sí, claro que has hecho... —torcí una débil sonrisa al pensar por un momento que me estaba tomando el pelo—. Te preocupaste el otro día por llevarnos a mi madre y a mí a casa, te has preocupado de dejar mi coche en un lugar seguro durante el tiempo que ha sido necesario..., y te has preocupado por

venir hoy a buscarme para traerme a recogerlo, además, invitándome a comer y regalándome un precioso día...

Hugo bajó la vista al suelo de cemento pulido y se llevó las manos a los bolsillos de su pantalón de traje gris antes de confesar algo:

—¿Te enfadarías mucho conmigo si te confieso que hoy he ido a buscarte porque me apetecía verte... y no por traerte a buscar el coche? —De su repertorio de seductoras sonrisas, me mostró la más traviesa.

Volvió a alzar la vista y se concentró en mí, yo me crucé de brazos ahora y, mordiéndome el labio inferior, confesé algo también:

—No, creo que no puedo enfadarme contigo por eso... —sonreí avergonzada, dándole las gracias en silencio porque lo hubiera hecho.

Ahora fui yo quien dejó caer la mirada al suelo. Hugo, con un dedo, alzó mi barbilla para obligarme a observarlo.

—Vaya, ahora sí que dudo de que seas la misma Claudia de hace veinte años... Aquella, si le hubiera mentido, y además se hubiera enterado de que lo había hecho, ya me habría soltado una *pedrá*...

Los dos nos reímos con ganas, seguramente recordando varios de aquellos momentos. Y después... silencio. Demasiados silencios entre nosotros que callaban demasiadas cosas.

—Bueno, creo que mi Mazda y yo vamos a volver a cruzar la riera al fin...

Sabíamos que llegaba el momento de despedirse, de separarnos de nuevo, y esta vez ni coches ni rieras nos servirían de excusa como para volvernos a ver.

—¿Quieres entrar y tomar algo? —me ofreció con intención de alargar aquello un poco más, lo sé. Pero también sabía que alargar más aquel momento no nos conduciría a nada y, aún menos, a nada bueno.

—No, gracias... Tengo que irme ya... Además, ya me has invitado a comer y todo...

—Cierto... Eso significa que me debes una comida...

Aquella era su descarada forma de asegurarse de un próximo reencuentro.

—Cierto... Cuando tú quieras, pero que sea antes de una semana y media o, si no, también tendré que invitar a Alexia... —exhibí una sonrisa—. Porque no quedaría bien que me fuera a comer por ahí con un hombre casado, ya que las mentes malintencionadas pensarían que hay algo entre nosotros dos...

Intenté con todas mis fuerzas que aquel momento fuera lo menos tenso posible e intenté bromear sobre la delicada situación, pero, por la cara de Hugo, no sé si mi comentario fue de su agrado. Pude darme cuenta de ello.

—Lo siento, solo era una broma... No debería...

Me desabroché los botones de la tejana mientras caminaba hasta la puerta del copiloto para abrirla y soltar dentro la chaquetilla de mala gana junto a mi bolso. Me sentía tonta en aquel instante por aquel estúpido comentario que sobraba y que no debería haber hecho.

—Seré bocazas... —me acusé en voz alta.

Y antes de que pudiera disculparme, Hugo me agarró con firmeza por el brazo para darme la vuelta, me apartó de la puerta y la cerró, para después aprisionarme con su duro cuerpo contra la carrocería del coche. Me comió con los ojos, me besó con la mirada.

—Hugo... —susurré sorprendida.

El corazón se me subió a la garganta. Esa reacción suya era lo último que me esperaba... y lo último que necesitábamos.

—Juro que lucho con todas mis fuerzas por apartarme y olvidarme de ti... pero no lo consigo... —murmuró acercando demasiado su cara a la mía, dejándolas a punto de rozarse—. Me costó la vida sacarte de mi cabeza hace veinte años y ahora sé con certeza que no lo voy a conseguir...

Nuestra respiración se iba agitando poco a poco y cada vez más, desvié la mirada hacia su boca, tan tierna, tan jugosa, tan cerca... Posó su mano derecha en mi mejilla, acariciándola repetidas veces con su pulgar. Y, Dios, ¡qué bien olía aquel maldito hombre, a colonia y erotismo! ¡Qué gran tentación! Sentía cómo mi entrepierna comenzaba a llamar mi atención, pero no estaba dispuesta a dársela. No podía.

—¿Por qué haces esto más difícil de lo que ya es, Hugo? —murmuré, cerrando los ojos y apoyando mi cara en su mano—. Por favor, deja que me vaya y que podamos seguir cada uno con nuestras vidas...

—¿De verdad quieres eso? —exigió saber.

Sin apartar su mano de mi rostro, acercó su pulgar a mis labios, los acarició por encima lentamente, muy lentamente, dibujándolos, los separó casi introduciendo su dedo en mi boca y consiguiendo que un jadeo se escapara de ella. Y juro, juro que nunca, nunca... por mucho sexo que hubiera tenido con Adrián, había sentido lo que mi cuerpo experimentaba con él, con aquella simple caricia. Aquel intenso deseo que nacía en mi vientre, que ardía y que dolía..., no lo conocía mi cuerpo.

—No me has contestado...

Subió la otra mano y llevó las dos hacia mi nuca, por donde me sostuvo con

una delicadeza exquisita, como si quisiera demostrar al mundo que yo era suya, que aquella Claudia le pertenecía desde los nueve años.

—Mírame... —me pidió apretándose más contra mí—. Mírame y júrame que estás enamorada de Adrián y me apartaré de ti ahora mismo...

Lo contemplé y tentada estuve de hacerlo, pero... no pude, no le pude volver a mentir.

—No puedo... —expuse al final lo que me había prohibido confesar con aquellos hermosos ojos delante reclamándome.

—Lo sabía... —declaró ensanchando las aletas de la nariz al resoplar con intensidad—. Y no sabes lo que duele ver cómo te marchas para estar en sus brazos cuando sé que no te merece... Él no te ha llorado en silencio durante veinte años para que le regales ahora tu corazón.

—¿Y tu corazón? ¿Tu corazón no se lo has regalado, o se lo vas a regalar, a Alexia? —Sentí cómo la garganta me ardía al pronunciar aquellas amargas palabras al decirlas en voz alta.

Fue cuando entonces se enteró mi alma de que nunca nos perteneceríamos.

—Parece mentira que todavía no te hayas enterado de que mi corazón siempre ha sido tuyo... Siempre te ha pertenecido... Desde la primera vez que te vi...

—Cállate, por favor... cállate ya... —no quería seguir escuchando lo que tanto daño me hacía. El saber que Hugo siempre había estado enamorado de mí. Toda una vida ignorando aquel dato.

—Me callaré si es lo que quieres... pero nada cambiará. Aunque me casara con Alexia un millón de veces, o con cualquier otra mujer..., siempre estarías en mis pensamientos... Siempre serás mi Claudia... No hay otra igual que tú...

Cerré los ojos y los apreté, sin querer y sin darme cuenta de que lo hacía. Unas lágrimas desbordaron de ellos.

—Me duele ver que lloras, pero por lo menos sé con certeza que tú sientes lo mismo que yo... —Hugo limpió mis lágrimas con sus pulgares—. Ábrelos... abre los ojos...

Aquello fue como una orden para mí.

—Déjame besarte...

Aquella petición alteró mis sentidos. No podía dejar que lo hiciera, no. No podía ser. O sería el segundo paso en nuestra perdición. El primero... ya estaba dado.

—Solo una vez... por favor... —rogó, sosteniendo mi rostro entre sus mano

—. Solo quiero saber a qué sabes y dejar ya de imaginármelo...

Hugo acercó su nariz a mi piel y la aspiró profundamente, acarició con su pómulo el mío, dejó nuestros labios a punto de tocarse. Yo comenzaba a sentir que ya no era dueña de mi cuerpo. Deseaba con todas mis fuerzas arrancarle aquella cazadora de cuero y abrirle aquella puñetera camisa que llevaba todo el día torturándome para poder acariciar por encima su tostada piel, tocar sus duros músculos como si aquello fuera a calmar el hambre que sentía.

—Dios, hueles tan exquisitamente bien... que me supone una puta tortura.

—Bésame... —pedí en un susurro sin pensar con claridad y sin ser consciente de que lo pedía.

Se separó de mí lo justo para poder ver mi rostro, ver si de verdad era cierto lo que acababa de escuchar. Y sí, cuando nuestros ojos se aguantaron, no hicieron falta más palabras ni más suplicas por parte de ninguno de los dos... Sin dejar de mirarme y con la respiración agitada, se fue acercando lentamente con los labios entreabiertos para que mi lengua pudiera entrar..., pero entonces el sonido del coche de Alexia aparcando fuera apartó nuestros rostros y separó nuestros cuerpos bruscamente de un empujón.

—Joder... —maldijo en voz baja, estirando el cuello para mirar hacia afuera.

Reaccioné. El raciocinio regresó a mí y tuve un momento de lucidez.

—Mierda, mierda, mierda... Esto es un error... joder... ¿pero qué estamos haciendo?

Rodeé mi coche, y sin darle tiempo a Hugo a decir nada más, abrí la puerta del conductor y me refugié dentro. Sentía el arrepentimiento corriendo por mis venas marchitando todo a su paso.

—Claudia, espera... —pidió intentando no levantar la voz.

Metí la marcha atrás, solté el embrague y salí hacia detrás con cuidado, consiguiendo que Alexia mirara en dirección al garaje realmente desconcertada.

«Mierda, Claudia... ¿pero en qué coño estabas pensando?», me recriminé a mí misma.

Maniobré poco a poco para no levantar mucho polvo con la grava del suelo y me posicioné para, en breve, demasiado breve para ser exactos, huir de allí como un perro apaleado.

—¿Claudia? —preguntó Alexia arrugando el ceño para después asomarse hacia dentro por la ventanilla del copiloto.

—Alexia, hola... —me esforcé como nunca en mi vida lo había hecho por aparentar como si nada, como si dos minutos antes no hubiera pedido a su futuro

marido que me besara.

¡Pero qué zorra me sentí!

En ese mismo momento Hugo salió del garaje con una cara que no sabría cómo definir. Con el rostro serio e inexpresivo, eso sí, que hasta por un momento temí que nos fuera a delatar ante Alexia. Esta levantó la vista y miró en dirección a su futuro marido y creo que, por su gesto, no le gustó un pelo que estuviéramos allí los dos a solas.

Y menos mal que llegó a tiempo porque, si no, no sé cómo habría acabado la cosa...

—Hola, cielo... ¿qué tal? —saludó como si nada a su prometido en cuanto este se acercó a ella, rígido y tieso como un palmito.

Por lo visto, a la pelirroja también se le daba bien lo de aparentar. Hugo le regaló una fugaz y más que forzada sonrisa, por nuestro bien, y Alexia lo besó, pero no de la misma forma en que yo había estado a punto de hacer. Ella se limitó a darle un casto beso en la mejilla mientras la atención y los ojos de Hugo miraban dentro del coche. Me miraban a mí.

—Bueno, yo me marcho ya... Todavía tengo un trozo de camino por delante, y... Adrián, mi prometido, me espera en casa...

No lo sé. No sé por qué diantres dije eso si sabía perfectamente que escuchar aquello sería como un duro castigo para Hugo. Casi sé con certeza que habría deseado un puñado de latigazos en la espalda que escuchar aquellas palabras saliendo por mi boca. Pero sentí tanta vergüenza, impotencia, rabia y desolación en ese momento que quería hacer daño al universo. Quería que todo el mundo se sintiera igual de mal que yo me sentía: dolida y resentida porque sabía que estaba perdiendo al amor de mi vida, porque solo habían hecho falta tres malditos días para darme cuenta... y porque en dos puñeteros años y medio había estado viviendo una mentira, el espejismo de un amor que no existía, que no era real para mí, y dudo que para Adrián también lo fuera.

—Oh, ¡qué pena! Ni tan siquiera hemos podido tomarnos un café...

¡Pero qué mal mentía aquella petarda! Hasta Hugo se dio cuenta de que aquello no podía sonar más falso y más forzado.

—¿Seguro que no quieres entrar? —se escuchó la voz de él, débil y cada vez más angustiada.

Nos miramos, y yo creo que todo a nuestro alrededor se congeló. La pasión y el deseo que unos minutos antes nos corrompían dentro del garaje se había esfumado para dar paso a la desolación.

—No, debo marcharme... —respondí con la voz medio rota. Me puse el cinturón, pisé el embrague y metí primera—. Saluda a tu madre y a Choni de mi parte, por favor... Mándales un beso enorme...

—¡Espera! —pidió, levantando la voz sin ser consciente de que lo hacía. Alexia y yo lo miramos—. Olvidas darme tu número de teléfono si quieres que te busque aquello...

«¿Aquello?».

Alexia arrugó el ceño, seguramente preguntándose qué cojones sería aquello, qué narices le tenía que buscar su futuro marido a la que hace tres días acababa de llegar... Pero «aquello» no era nada... tan solo una excusa barata con la que conseguir mi teléfono y tener otra forma más de contactar.

—Tranquilo... no hace falta. Ya sabes que, si quiero la luna, yo solita me la bajo...

Aceleré sin mirar atrás, aguantándome por no hacerlo pero, a unos cuantos metros, su visión por última vez pudo conmigo y caí: lo hice. Cuando miré por el retrovisor interior, Hugo estaba girado, contemplando cómo se alejaba mi coche y Alexia, pegada a él, observándolo y pidiéndole explicaciones con la mirada.

—Adiós, amor mío... —dije mientras unas amargas y saladas lágrimas resbalaban por mi rostro—. Adiós para siempre...

Capítulo 22

—Sofía, tengo que hablar contigo...

—Huy, huy, huy... —Mi hermana se temió lo peor—. Las dos sabemos perfectamente qué pasa cuando me llamas Sofía y no Sofí...

No se lo podía negar. ¡Qué buen ojo tenía la condenada! Durante el camino de vuelta, después de revivir en mi mente una y otra vez todo lo sucedido durante el día entre Hugo y yo, y de haberme pegado un buen hinchón de llorar (de esos que tienes tantas babas y tantos mocos por la cara que casi no puedes ni respirar. Lo sé: es asqueroso, pero a todos nos ha pasado alguna vez), llamé desesperada a mi hermana para vernos en el mismo bar porque necesitaba urgentemente desahogarme con alguien. ¿Y quién mejor que ella? Le faltaron piernas y tiempo para venir en mi búsqueda.

—Antes, cuando me has llamado...—dijo sentándose y con preocupación en la voz—. Por tu tono de voz ya me he olido que no iba a ser agradable la cosa, pero ahora me estás acojonando con esa cara... ¿Qué pasa, Claudia?

Me pasé las manos por el rostro (quizá, intentando desaparecer), cerré los ojos, los apreté y respiré hondo para soltar de golpe un intenso suspiro seguido de un breve silencio antes de arrancarme a hablar.

—He estado a punto de besar a otro hombre... —confesé sin rodeos, tragando el enorme nudo que se aferraba a mi garganta.

Mi hermana me miró con seriedad para, después, estallar en una carcajada.

—Vaya, veo que lo que te dije el otro día de tirarte a un jamelgo mejor te lo has tomado al pie de la letra...

Le di un fuerte manotazo en el brazo.

—¡Auuu! —se quejó y se tocó donde le había arreado.

—¡Cállate! No te rías... Si es que no sé ni por qué coño te digo nada... —Me fui a levantar de la silla con idea de marcharme pero su mano me agarró y tiró de mí para que volviera a sentarme.

—Espera, loba, espera..., para el carro... ¿Qué quieres decir con «he estado a punto de besar a otro hombre»?

Me miró escéptica y cambió ahora el gesto.

—Pues eso..., que casi beso a un hombre que no es Adrián... mi prometido... El hombre con el que me voy a casar... ¿Entiendes la gravedad de la situación?

—Claudia, por favor..., ni que fueras una monja de clausura... —Puso los ojos en blanco.

—Sofía, ¿puedes ponerte seria por un momento en tu puñetera vida y reconocer que tengo razón? Que lo que he estado a punto de hacer no era correcto...

Levantó un dedo a modo de advertencia.

—Primero, bonita... A mí no me digas cómo debo actuar o debo vivir mi vida... Si me quiero reír de ella y vivir a lo loco es cosa mía... Y, segundo, si has estado a punto de besar a otro tío por algo será... Las dos sabemos que, durante todo el tiempo que llevas con Adrián, has tenido millones de oportunidades de incluso follarte a varios tíos a la vez si hubieras querido y no lo has hecho..., así que el hombre del que me estás hablando mucho tiene que despertar en ti..., y no solo hablo de que te toque palmas el chichi cuando lo ves..., para que se te nublara la mente de esa manera... ¿Me equivoco?

«¡Toma ya! ¡Pero qué larga es la tía!».

Y qué poco se equivocaba, por desgracia. Pero a ver quién era la guapa que ahora le decía que tenía razón, porque los humos se le subían con una facilidad y una rapidez a la cabeza que no había Dios que la soportara. Tan solo la miré haciendo un tierno puchero, como una niña abandonada y desvalida, y negué con la cabeza respondiendo a su pregunta.

—Lo sabía...

Suspiró, se acomodó en su silla y levantó la mano para pedir algo al camarero:

—Dos *whiskies*, por favor...

—¿Qué? —le pregunté sorprendida.

—¿Dos *whiskies*? —quiso asegurarse el joven, dudando de que la hubiera escuchado bien, porque para nada era lo que se solía tomar a las siete de la tarde de un martes cualquiera.

Mi hermana lo desafió con la mirada.

—Si, he dicho dos *whiskies*... Gracias... —simuló una sonrisa haciendo una mueca exagerada.

—Pero yo no quiero *whisky*... Ni tan siquiera me gusta... —le recordé—. Y... y..., Sofí, por favor, que son las siete y media de la tarde...

—Por lo menos los querrán con hielo, imagino...

Parecía que hasta el camarero estaba igual de indignado y sorprendido que yo por aquella petición. Sofía lo volvió a desafiar arqueando ahora su ceja derecha, como diciendo «Si no me traes ahora mismo lo que te he pedido, te vas a acordar de mí», y preguntó:

—¿Tienes algún problema con el *whisky*? —lo provocó ahora sin necesidad—. Porque, si lo tienes, no deberías trabajar de camarero sirviendo copas...

¡Zasca! ¡Si es que esta las soltaba de dos en dos y como panes!

—No, no, qué va, por favor... Yo solo preguntaba si...

«Esta tiene que andar por las obras con una vara verde detrás de los obreros», me dije viéndola buscar camorra.

—¡Oh! Por Dios... —resoplé echando la cabeza hacia detrás.

¡Cómo le gustaba enzarzarse con la gente sin motivo alguno!

—Pero si yo solo...

—Está bien, tráelos con hielo si te vas a sentir mejor... —le soltó con desdén la mala pécora—. Y no tardes mucho, por favor, que mi hermana tiene algo importante que explicar... —le exigió rollo dominatriz sin dirigirle la mirada, poniéndose seria y preparándose en su silla para escuchar lo que yo tenía que confesar.

«¡Joder, la niña!».

El camarero, sin más narices para proseguir con aquella inquietante conversación (si es que en algún momento lo había sido), se dio la vuelta para entrar en el local masticando su orgullo. Sofía me miró cruzándose de brazos. No me extrañaría para nada que le escupiera dentro del vaso, aunque también se lo había buscado.

—Está bien... Ahora quiero que me expliques detalladamente cómo y cuándo has conocido a ese hombre...

«¡Buf!».

Ahora venía la parte buena. Porque si antes se había reído sin saber siquiera quién era el hombre en cuestión, en cuanto se enterase iba a estar durante semanas riéndose a gusto.

—Bueno, es que... —titubeé, dudando por un momento en si había sido buena idea lo de llamarla.

—Vaaamooos...

No sé si me animó o me lo exigió, después de ver el comportamiento con el pobre camarero esta era capaz de sacarse la fusta del bolso y zumbarnos a

todos...

—Pero es que...

—Claudiiiiiaaaa...

—Pero primero...

—Veeengaaa...

¡Joder, qué miedo daba la mocosa cuando quería!

Respiré hondo, muy hondo, muy muy hondo..., solté el aire por la boca poco a poco, muy poco a poco, y, ya que para eso había venido hasta aquí y la había hecho venir a ella (si ahora le hacía irse con las manos vacías, no me lo iba a perdonar), no me quedó más remedio que comenzar a exponer el problema, porque en eso se había convertido para mí. Así que me preparé recolocándome en la silla, y sin saber muy bien por dónde empezar. Como ella misma me había pedido, empecé por el primer día en que Hugo y yo nos vimos, aunque pueda sonar a guasa.

—Está bien... Pues creo... —carraspeé aclarándome la voz—. Creo recordar que fue un día de verano, un día soleado en el que la abuela y yo llevamos unos tarros de mermelada casera a su madre en agradecimiento por el vino que le había regalado su padre a nuestro abuelo... y... bueno, resulta que él estaba jugando con unas canicas delante de la puerta... y me invitó a jugar...

¡Madre mía! Si vierais ahora mismo la cara de mi querida hermana, le habríais hecho una foto para enmarcarla y recordarla para siempre. Creo que aquella expresión suya la desconocía.

—¿Pero qué coño me estás contando?! —Cogió el móvil para mirar en que día estábamos—. ¿Hoy es el día de los Santos Inocentes y me la estás pegando? ¿Todo este paripé de «casi beso a otro hombre» es una cámara oculta? —miraba a su alrededor como buscando algo, alucinada.

—¡No! ¡Claro que no, Sofi! Todo lo que te he dicho... es cierto.

Arrugó el ceño mirándome con verdadera atención.

—En serio... —aseguré con pesar en la voz.

—¿En serio? —preguntó dudando de que así fuera.

—En serio...

—¿En serio, en serio?

—¡Que sí, hostias! ¡De verdad! No te estoy tomando el pelo, esto es muy serio para mí, por favor...

—Pero es que no entiendo lo que me estás intentando decir...

Se quedó por un momento pensativa, desconfiando de mi palabra, pero con la

angustia que se podría leer en mi mirada no tuve nada más que decir. Le fue suficiente como para entonces creerme.

—Pero es que no entiendo qué... —Por lo menos, se esforzaba por hacerlo. Me mantuvo la mirada unos segundos, intentando adivinar algo más, y suspiró.

—A ver, es que igual resulta que yo soy un poco corta y no lo he pillado...

—Te lo he dicho en serio... —volví a asegurar.

Pensó antes de hablar tomándose paciencia conmigo.

—Vamos a volver a intentarlo... —Fue comprensiva conmigo porque sabía que, si no lo había soltado ya, era porque lo mío me costaba—. ¿Quieres decir, me has dicho... que lo conociste un día con nuestra abuela? ¿La que, por desgracia, hace muchos años murió? —preguntó como si no le encajaran las piezas del puzzle.

Asentí con la cabeza.

—Y, ¿que eso pasó... si no me equivoco... —se puso a calcular en su mente —... hace unos veinte o... veintidós años?

—Bueno, algo más..., pero sí.

—Valeeee... ¿Y me hablas de unas botellas de vino...? —yo asentí por defecto.

—O sea..., por la zona donde vivían los abuelos... supongo..., y algo relacionado con el vino... —se quedó pensando, haciendo trabajar los engranajes de su cabeza.

Soy consciente de que, si se lo hubiera dicho ya, habríamos terminado con el interrogatorio hacía rato pero me resultaba tan difícil pronunciar su nombre sin que el estómago se me encogiera que me contuve de hacerlo.

—Unas bodegas, ¿puede ser? —Asentí en silencio y mordiéndome mi labio inferior, nerviosa porque sabía que se acercaba a la respuesta. Se quedó pensativa unos segundos más, y ¡voilà!—. ¡Espera! —exclamó.

Mi hermana me miró con los ojos tan abiertos como los de un búho al darse cuenta de que había descubierto el enigma. Y el pobre camarero, al que antes casi aporrea, dejó entonces sobre la mesa dos vasos cuadrados de fino cristal y culo gordo con dos hielos y dos dedos de *whisky*.

—¿Me estás hablando de Hugo?! —preguntó levantando la voz.

Pero no respondí, no encontré las suficientes fuerzas para hacerlo. Tan solo fui capaz de coger uno de los vasos para pegarle un buen trago abrasándome la garganta con aquel fuerte licor seco. Y no sé lo que le sorprendió más: si descubrir que el hombre del que estaba enamorada era mi mejor amigo de la

infancia o aquel largo trago que le di al licor casi sin respirar, tal cual haría una borracha.

—Aaaaarrrrggg...

Solo pude poner cara de asco y sacudir las manos al aire mientras notaba cómo el ardor descendía por mi esófago y se asentaba en mi estómago.

—¡Ay Dios, Claudia! —Mi hermana me miró con cara de alucinada, cubriéndose la boca con las manos, y eso que sorprender a mi queridísima hermana no era tarea fácil—. ¿De verdad es él? —se quiso asegurar.

No contesté una vez más. Alargué la mano para volver a llevarme el vaso a los labios con idea de terminarme de otro trago lo que quedaba, pero rápidamente me lo impidió de un manotazo.

—¡Deja de beber, joder! ¡Pareces una puñetera borracha bebiendo *whisky* a las siete de la tarde! —me regañó ¡la muy zorróna!—. Esto es muy serio... —añadió para mi sorpresa, bajando el tono de voz.

—¿Sí? ¿Lo es? ¿tú crees? —pregunté con verdadero temor.

—¿Que si lo creo? —me preguntó fingiendo estar ofendida—. No lo creo, lo sé...

—¿De verdad?

—De verdad...

—¿En serio? —pregunté a punto de echarme a llorar. La situación empezaba a superarme.

—En serio...

—¿Pero por quéééé? —lloriqueé alargando las palabras y haciendo un puchero. Ahora yo también estaba confundida y desconcertada.

—Porque ese tío lleva toda su puñetera vida enamorado de ti, Claudia... —escupió.

«Perdona, espera... Me he perdido algo... ¿ella lo sabía?».

—¿Sí? —me quise asegurar, dejando caer alguna lagrimilla y cogiendo el pañuelo que me tendía—. ¿Y tú cómo lo sabes si solo eras una enana mocosa que no se enteraba de nada? —me soné la nariz sonoramente, consiguiendo que algunas personas se giraran a mirar.

—Vamos... Aunque yo fuera la más pequeña, todos nos dábamos cuenta de que Hugo bebía los mares por ti con tan solo nueve añitos... Era más que evidente...

Acababa de repetir las mismas palabras que me había confesado Hugo hacía un rato.

—Desde los nueve añitos... son muchos añitos... —reconocí con una enorme tristeza.

—¿O es que a los nueve años no existe el amor? —preguntó ahora filosóficamente, algo que para nada le pegaba—. Porque creo que es el momento en que más puro y sincero es... cuando todavía el sexo no lo ha corrompido todo... —Me miró fijamente a los ojos—. Dios, no me puedo creer que esté hablando así... —se quejó de sí misma.

—Pero yo no lo sabía... —reconocí, intentando recordar todos esos momentos en los que todo lo compartimos para ver si alguno de ellos, algún gesto suyo me lo decía ahora... después de veinte años.

Pero veinte años no eran fáciles de recordar.

—Sí. Por lo visto, tú eras la única boba que no se daba cuenta...

—Dios mío... qué mal. Qué vergüenza saber que todos lo sabíais menos yo... Yo tan solo quería jugar con él... y...

Ahora fue mi hermana la que dio un pequeño sorbo a su vaso.

—Aaaaaarrggggg.... —puso la misma cara de asco que yo y sacudió las manos imitándome.

—¿No te gusta el *whisky*? —pregunté al verla hacer aquello, casi acusándola con el tono de voz. Ella negó con la cabeza poniendo caras raras—. ¿Y por qué lo has pedido?

—No lo sé... Sonaba bien en mi cabeza antes de pedirlo y dramático para acompañar la situación... Siempre he querido hacerlo...

Aquello fue lo único que me hizo reír. Mi puñetera y guapísima hermana ricitos de oro me arrancó una sonrisa. No había nadie más sobre la faz de la tierra, que no fuera ella, que me robara una hasta en los peores momentos. Y de golpe, así sin más... su gesto volvió a cambiar.

—¿Quieres que te diga una cosa? —me desconcertó de veras con aquella pregunta.

La miré, ahora con gesto tan serio como el suyo.

—¿Qué pasa? Joder, no me asustes...

—¿Quieres que te la diga o no?

—Sí... sí. Bueno, no, no lo sé... —dudé temiéndome lo peor—. Creo que no quiero saberlo...

Sofía esperó antes de hablar, dándome tiempo para que me lo pensara y para decidirme, pero mis ojos le exigían a gritos que lo hiciera y no tardó en complacerlos.

—El domingo después de cenar cuando papá ya se había acostado, mamá, mientras veíamos una película en el sofá, me confesó algo...

Esa información alteró mi curiosidad y dio vida a un hormigueo en mi estómago.

—¿Qué? ¿Qué te dijo? —Joder, se estaba poniendo interesante—. ¡Por el amor de Dios, dímelo ya! —le exigí ahora empezando a ponerme nerviosa.

«¡Me están dando taquicardias!».

—Me dijo que... cuando Hugo y tú estabais juntos este fin de semana en la masía... saltaban chispas de entre vosotros...

Agaché la cabeza y me cubrí la cara con las manos, queriendo esconder la poca vergüenza que me quedaba. Aquello era lo último que esperaba escuchar.

«¡Lo que faltaba!».

—Oh, mierda, no... ¿Ella también se ha dado cuenta...?

Pensé que aquello era mi fin, que la relación con Adrián podía verse truncada por el inoportuno comentario de cualquiera... Porque, si lo pensaba bien, si hasta mi madre se había dado cuenta de aquella tensión (¿sexual?) que había entre nosotros, cualquiera lo podría haber hecho. Hasta Ana, mi compañera de trabajo, la que cada dos por tres saludaba y entablaba algún tipo de conversación con mi prometido.

—Dice... que solo había que ver cómo te miraba a cada momento... comiéndote con la mirada, queriendo grabar tu imagen en su memoria... —acabó de declarar por boca de mi madre—. Y, la verdad, aunque a mí no me gusten las flores ni los corazones... y aunque quizá, después de decirte lo que te voy a decir, me odies a muerte y no quieras volverme a escuchar, hay que reconocer que eso es jodidamente bonito... Y solo puedo decir una cosa al respecto: y es que nunca... he visto a Adrián mirarte de esa forma... ni que tú lo mires así a él, que es todavía peor.

Mi hermana acababa de poner en tela de juicio nuestra relación de pareja, una relación que, aparentemente, parecía normal. Con sus «cariño» y sus «cielo» incluidos, con una larga lista de sentimientos fingidos. Parecía que ya había quien se daba cuenta de aquello... pero yo, aun así, seguía queriendo a Adrián..., pero no como siempre me había imaginado.

—¿Por qué? —pregunté intentando con mucho esfuerzo no hipar.

Su cara comenzó a estar borrosa, las lágrimas que se acumulaban en mis ojos comenzaban a pixelar su imagen. La miré con los ojos vidriosos y con una mandíbula temblorosa al querer aguantarme por no romper a llorar. Pero el

cariñoso abrazo que me regaló Sofía, apretándome e intentando absorber todo mi dolor, consiguió que cediera y lo hiciera con todas mis ganas sin importarme lo más mínimo que pudiera pensar la gente.

—Joder, joder, joder... ¿por qué me tiene que pasar esto a mí?

—Lo siento, cielo... Lo siento mucho...

—No es justo... Yo tan solo tenía que acompañar a mamá a darles el pésame...

Me apretaba con todas sus fuerzas y me besaba la cabeza como una madre lo haría, conmigo entre sus brazos temblando por los espasmos.

—Por eso mismo yo nunca me voy a enamorar... —justificó—. Solo me los follo y a la basura...

—Pero qué mala eres... —la acusé soltando una risita, y secándome las lágrimas con el dorso de la mano—. Pero resulta que el amor de verdad no se elige, aparece sin más y sin avisar...

—Ya, bueno, pero es que yo tengo un pacto con el diablo: nunca repito con ningún tío... Y así no me pillo por él...

—¿Ah, no? ¿Y Matthew, el surfista? —le recordé porque aquel hombretón era su punto flaco.

—Bueno, él es la excepción que confirma la regla... —fingió indiferencia, aunque muy mal.

—Me parece que eso te lo has sacado de la manga...

—Sí, bueno. Puede ser... aunque, si te digo la verdad, todavía no lo he vuelto a ver...

—Tranquila: no aguantará mucho más sin llamarte...

Mi querida hermana me soltó y me miró con cariño.

—Si te digo la verdad, cuando venía de camino aquí, dándole vueltas sin parar a la cabeza, intentando descubrir qué podía ser lo que me fueras a decir, nunca pensé que fuera a ser esto...

Apreté y arrugué el pañuelo mojado que guardaba entre mis manos.

—Lo sé... Pero es que estaba tan agobiada en ese momento que no podía ir para casa y encontrarme con Adrián. No podía correr ese riesgo porque sé que no hubiese podido fingir delante de él...

Alargó el brazo y apretó mi mano.

—Me lo imagino...

Las dos volvimos a dar, por inercia, un pequeño sorbito a nuestros vasos... y a regalarle al público un buen repertorio de caras extrañas.

—Ya podrías haber pedido aunque fuera un ron con cola... —sugerí, quejándome y riéndome yo sola al pensar en sus arrebatos y en sus excéntricas ocurrencias.

—Lo sé... No lo volveré a hacer... —aseguró—. Por cierto... Tengo que reconocer que ayer, cuando cenamos aquí, pensaba en que igual me comentarías algo sobre el fin de semana... algo sobre el reencuentro con Hugo y eso... Después de que mamá me comentara lo de la otra noche... Pero en ningún momento he pensado en que llegarías a casi un beso... —afirmó, todavía sorprendida.

—¿Y qué te debería haber dicho? ¿Que en tres días, tres puñeteros días..., me había dado cuenta de que estoy enamorada del que fue mi mejor amigo? No, no podía hacer eso... Ni siquiera debería estar pensándolo ni dedicando tiempo a esa idea, fantasía... o lo que sea... —suspiré delatando agobio—. Él se va a casar el sábado de la semana que viene y yo no debería ni estar recordando ese beso que nunca fue...

—Claudia, tampoco tienes que torturarte así... No has hecho nada malo, ¿vale? Que no se te olvide...

—Pero lo pienso, lo deseo con todas mis fuerzas, y he estado a punto de hacerlo...

—Yo también pienso y deseo conducir un Ferrari a trescientos por hora y no me van a multar por ello...

Aquel comentario me hizo reír.

—Aunque sé lo que me vas a decir, ¿puedo preguntarte qué piensas hacer?

La miré como si me ofendiera aquella pregunta.

—¿Que qué pienso hacer? —arrugué el ceño—. Pues seguir con mi vida sin más, Sofí; eso es lo que voy a hacer... Aunque Adrián y yo no seamos la pareja del año, tenemos un compromiso, vivimos juntos... y...

—No quieras engañarte, Claudia... Siento decírtelo, pero, aunque los años pasen, nunca sentirás por Adrián lo que sientes por Hugo...

—¿Y te crees que no lo sé? Sé que, aunque Adrián me bese, me toque, me acaricie, me folle como si no hubiese un mañana... nunca volveré a sentir lo que esta tarde una simple mirada, caricia o un simple roce de Hugo ha despertado en mí. Nunca me sentiré igual de especial que cuando sus ojos me miran... —me quedé callada, pensativa, haciéndome a la idea.

—Joder, hermana... Tienes un problema —me acabó de rematar con aquella frase.

—No, no tengo un problema... Tengo un secreto..., un secreto que no va a arruinar la vida de nadie ni va a romper ningún compromiso... No será por mí.

—¿Y tu vida? ¿Qué hay de tu vida? ¿No te la estás arruinando bastante con tener que privarte hasta de un simple beso del hombre al que deseas?

—Vale ya, Sofí... Ahora ya no me estas ayudando...

—No, lo que no te estoy diciendo es lo que tú quieres oír... Que no pasa nada, que dentro de unos meses te casarás con Adrián y será como si nada hubiera ocurrido... Que te amará y te respetará como si fuera Hugo, y las dos sabemos que eso no es verdad...

—Adrián me quiere...

Mi hermana soltó una carcajada.

—A su manera, pero me quiere... —reconocí tragando saliva—. Me pidió que me casara con él...

—Sí, claro que sí..., porque la puñetera voluntad de su puñetera abuela antes de palmarla era ver a su único nieto casado... Pero, mira tú por dónde, que la vieja hace dos meses que ya se ha muerto y ha dejado de dar por culo... Lo siento, pero ya no hay nada más que os una...

—¡Joder, Sofía! De verdad que ahora parece que te hayas propuesto amargarme la vida... Ya está todo dicho. Además, ya no hay nada que nos una a Hugo y a mí ahora mismo como para que nos tengamos que volver a ver... Y de esa forma... poco a poco lo iré olvidando...

Mi hermana me miró igual que cuando intenta ver una película en versión original. Sin entender absolutamente nada. Pero así era la vida: si habíamos llegado tarde, los demás no tenían por qué pagar el pato.

—Está bien. Ya sabías lo que pensaba de ti y Adrián antes de todo esto, y ya sabes lo que opino ahora... No volveré a repetirme, pero quiero que sepas que estaré aquí siempre que me necesites, ¿vale?

¡Joder, cómo la quería! Si Dios hubiera tenido que crear una hermana más perfecta, no la habría hecho tan bien como mi madre y mi padre.

«¡Chúpate esa, Dios!».

—Lo sé, de verdad que lo sé... Te quiero, enana.

—Y yo...

Nos levantamos y nos abrazamos con fuerza, intentando repartir el dolor que se asentaba dentro de mí, que buscaba un rincón donde acomodarse y echar raíces, porque aquello me iba acompañar el resto de mi vida. Un dolor con el que, a partir de ahora, iba a tener que aprender a vivir.

Capítulo 23

A las ocho y media entré por la puerta del silencioso piso. Exactamente sobre esta hora llegaría si hubiese ido realmente a trabajar. Pero no, no lo había hecho, y aquí estaba ahora, sentada en el sofá mirando hacia afuera por la cristalera y preguntándome si sería capaz de seguir con mi vida tal y como lo había estado haciendo hasta ahora, como si estos tres últimos días de mi vida no hubiesen existido jamás. Como si la última vez que Hugo y yo nos hubiéramos visto siguiera siendo hace veinte años, al final del largo camino que llega a la masía: yo, dentro del coche de mi padre, arrodillada sobre el asiento trasero, mirando hacia detrás; y Hugo, despidiéndose de mí con la mano con una profunda tristeza en la mirada, corriendo tras el coche. Gracias a que Adrián no estaba en este instante para verme llorar de esa forma porque negarle que algo ocurría me habría resultado imposible. Me obligué a respirar hondo, sequé mis lágrimas, que brotaban desbordadas, y me mentalicé de que Hugo y yo nunca nos volveríamos a ver.

«Eso es».

Fui a la cocina en busca de un vaso de agua, cogí mi bolso del taburete y me dirigí al vestidor para deshacerme de la ropa, y fue entonces cuando oí unas llaves y cómo se cerraba la puerta del piso.

—¿Claudia? —la voz de Adrián desde el recibidor me sobresaltó.

Me limpié apresuradamente bajo los ojos los restos de rímel y lágrimas que pudieran quedar acumuladas mientras me miraba de refilón en el espejo. Me di cuenta de que si Adrián era lo suficientemente avisado, que lo era, pronto deduciría por mi nariz enrojecida que había estado llorando. Cogí una gran bocanada de aire para llenarme con él los pulmones y lo dejé escapar poco a poco en un suspiro. E, interpretando mi mejor papel, me di la vuelta para encontrarme de frente con Adrián, que se asomaba al vestidor.

—Ah, estás aquí... ¿Por qué no contestas?

—Hola cariño... Perdona no te había oído entrar... ¿Qué tal el día? —me acerqué a él, intentando no mostrar demasiado mi cara, para darle un rápido beso

en los labios antes de girarme y seguir colocando mi ropa en su sitio.

Se quedó de pie observándome con las manos en los bolsillos de su impoluto traje azul de raya diplomática.

—Mi día bien... ¿Y el tuyo? —quiso saber.

Algo pasaba: lo noté en su voz. En dos años y medio que llevábamos juntos nos había dado tiempo a conocernos lo suficiente.

—Bien, bien... —Tragué saliva—. Como el de ayer... —hice un gesto de indiferencia con los hombros, dedicándole ahora más de tiempo con la mirada.

Si evitaba demasiado mirarlo a los ojos, sabría que algo escondía, si es que no lo había deducido ya. Hubo un silencio, demasiado largo. Y sé que dudó antes de preguntar:

—¿Dónde has estado?

—¿Cómo? —Aquella pregunta me pilló desprevenida.

—He pasado a recogerte por la consulta, pero Ana me ha dicho que esta tarde no habías ido a trabajar... —comentó con aparente seriedad.

«¡Mierda!», fue lo que pensé.

Y menos mal que estaba de espaldas a él, porque habría adivinado mi angustia. Cerré los ojos y los apreté con fuerza. Cualquiera diría que había cometido un jodido crimen.

—Ah, sí... Es que he ido a buscar mi coche... —me giré un segundo intentando sonreír como si no pasara nada, como si aquello fuera una buena noticia que celebrar—. Por fin ya lo tengo y no tendré que volver a coger el autobús...

Adrián sacó la mano de su bolsillo y se apoyó en el marco de la puerta con el antebrazo izquierdo, desabrochándose con la otra el único botón que cerraba su americana para tener libertad de movimiento.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo has bajado a Vilafranca? —se interesó—. ¿Te ha bajado tu hermana?

Ahí estaba esa maldita pregunta. Y tengo que reconocer que, por un momento, hasta me sentí tentada de decir que sí y olvidarme de dar más rodeos al asunto y más explicaciones, pero tampoco tenía por qué mentir. No iba a engañar a Adrián si tampoco había ocurrido nada. ¿No?

—No... no, se lo pedí esta mañana pero me dijo que estaba a tope de faena con la obra nueva y esas cosas...

Me callé. No mentí, pero tampoco proseguí con mi explicación.

—¿Y... entonces...? —insistió cruzándose ahora de brazos.

El ambiente estaba cargado, lo podía percibir.

—Oh... pues Hugo pasó por la consulta porque estaba por la zona... por si quería aprovechar el viaje a Vilafranca para recoger por fin mi coche... —intenté que sonara lo más normal posible sin levantar la mínima sospecha. Sentí cómo un nudo cerraba mi garganta y las manos me comenzaban a sudar.

«¿Se preguntará cómo es posible que sepa dónde trabajo? Es posible».

—¿Hugo? —Silencio—. Vaya, ¡ese chico otra vez haciendo de chófer!

No sé qué quiso decir exactamente con aquello, pero... quizás lo que pensó es que en tan solo dos días ese nombre ya se había repetido mucho para él.

—Sí, la verdad es que no me ha ido mal que se pasara: ya tengo mi Mazda para ir a trabajar... —volví a repetir, recalcando el hecho como si fuera el lado bueno de la cuestión, como un maldito loro.

—Pensaba bajarte yo el domingo por el coche... —me informó.

—Ya, bueno, pero es que hasta el domingo todavía quedan muchos días... y el autobús me supone una tortura, la verdad... Y, como también sé lo cansado que vas con el trabajo... y él estaba por la zona, no me pareció mala idea aprovechar...

«Oh, Dios mío... Vale ya de preguntas...», rogué en silencio.

—Ya...

No sé si era un «ya» de «me parece bien y me he quedado conforme con la explicación» o un «ya» de «este Hugo me parece que me va a tocar los huevos...» Pero parece que ahí dimos los dos por zanjada aquella conversación. Me di media vuelta, pasé por su lado completamente desnuda para entrar en el baño, y abrí el grifo del agua caliente.

—Voy a darme una ducha y me meteré en la cama. Me duele la cabeza y no me encuentro muy bien... ¿Te importa hacerte la cena, cariño?

Adrián me observaba atento a mis movimientos, repasaba mis curvas con los ojos una y otra vez... Se acercó por detrás en una de las veces que le di la espalda y, apartando mi melena a un lado, puso una mano en mi vientre para pegar mi cuerpo al de él.

—Mmm... ¿No crees que dos días seguidos sin follar es mucho tiempo? —preguntó con vulgaridad.

Besó mi cuello fingiendo ahora que no ocurría nada. ¡Pero qué egoísta era cuando quería! Acababa de decirle que me iba a meter en la cama, incluso sin cenar, porque no me encontraba bien y el tío en lo único que pensaba era en meterla en caliente... Ni una simple pregunta como «¿Qué te ocurre, cariño?».

—Adrián, por favor, déjalo para mañana... Te digo que no me encuentro bien...

Me di la vuelta y nos quedamos cara a cara. Él se llevó las manos a las caderas con la americana desabrochada y resopló con intensidad.

—Está bien... No te preocupes, ya me hago yo la cena...

«Más faltaría...», pensé.

—Por cierto, antes de que se me olvide... ¿Sabes el hermano de mi compañero Javier, el que te expliqué que ahora está viviendo en Toulouse?

—No, no me suena... —reconocí.

—Bueno, pues... ha estado aquí unos días de vacaciones viendo a Javier y a la familia... y el viernes se vuelve para Francia... y, hablando hoy con él, me ha propuesto aprovechar el viaje... Así solo tendría que pasar por el aeropuerto una vez para la vuelta, ¿qué te parece?

«Vaya, por lo visto aquí todos aprovechamos los viajes de los demás».

—Lo siento, me pillas desubicada... No sé a qué te refieres... —confesé arrugando el ceño.

—¿No recuerdas que te dije que tendría que viajar la semana que viene para la firma con los franceses?

No, no me acordaba para nada. Ahora mi cabeza estaba en otro sitio; a más de cien kilómetros de aquí para ser exactos, o, en todo caso, intentando esconderla bajo tierra, como dicen que hacen las avestruces, afirmación que no es verdad.

—Oh, si... Recuerdo de que algo me comentaste... Pero dijiste que no lo sabías con seguridad y también que desconocías el día si tuvieras que ir...

—Sí. Al final me toca viajar a mí y estar presente en el cierre del contrato, pero seguramente la firma sería el lunes o el martes, y, como mucho, estaría de vuelta el mismo día hacia media tarde...

—¡Vaya!, son unos cuantos días... —calculé.

—Lo sé, pero no me queda otra que ir... y he pensado en aprovechar el viaje en coche, ya que me lo ha ofrecido, y así ahorrarme un billete y, sobre todo, pasar por el puñetero aeropuerto más de lo imprescindible... Ya sabes lo que odio volar... —me recordó, pasándose la mano por el pelo y revolviéndolo.

«¿Ahorrarte el dinero de un billete de avión para dejártelo en estancias de hotel? Muy interesante. Menos mal que él eres el hacha en los números», no pude evitar pensar.

—Bueno, no sé... Si tú crees que eso es lo mejor... —mostré indiferencia, sin

importarme ya si quiera si le ofendía al hacerlo.

En este momento tampoco sentía comprensión por su parte al informarle de que no me encontraba muy católica. ¿Por qué debería tenerla yo?

—¿Te parece bien? —volvió a preguntar llevándose las manos a la cadera.

Lo miré sin saber qué decir y con pocas ganas de hacerlo.

—Adrián, estoy en pelotas con el grifo del agua abierto y esperando para meterme en la ducha..., deseando meterme en la cama con un dolor de cabeza martillándome que casi no me deja ni pensar... Todo lo que me digas ahora mismo me parecerá bien siempre que yo no tenga que hacerlo... Lo siento...

—Vale, mejor voy a hacerme la cena y te dejo tranquila, que veo que no estás por la labor...

«¡Será el tío...!».

Me dio un rápido beso en la mejilla y se giró con idea de salir de allí, pero, antes de cruzar la puerta del baño, se giró sobre sus pies, y añadió, sin venir a cuento:

—Oye, estoy pensando que podrías presentarme a ese amigo tuyo..., a ese tal Hugo... Si es amigo de la infancia, me gustará conocerlo... Siempre me ha complacido conocer a la gente que rodea a mi preciosa novia y futura mujer...

Sabía que ese nombre no se le iba a borrar de la mente así como así. Vamos... lo que me faltaba... Eso sería el colmo. Y menos mal que para entonces yo ya estaba bajo el chorro del agua caliente.

—¡Lo siento, no te oigo!

Y, sí, señores y señoras... Esa fue mi excusa barata. Por lo menos, hasta que se le volviera a encaprichar de nuevo con conocerlo y, para entonces, ya veríamos qué me tocaba inventar... Y así sucesivamente... hasta los restos de los restos.

—Está bien, ya hablaremos mañana... Voy a quitarme la ropa y a hacerme la cena... Que descanses...

Salió definitivamente del baño para dejarme allí sola. Por fin respiré. Y entonces caí en la cuenta: si el viernes pensaba irse para Francia hasta el martes... ¿Cuándo me iba a llevar a Vilafranca por mi coche?

Diez minutos más tarde estaba en mi lado de la cama, sola, sintiéndome vacía, como si mi cuerpo tan solo fuera una simple carcasa.

Miércoles, las ocho en punto de la mañana. ¡Cómo agradecí esa media horita de más después de dos días levantándome antes de hora para poder coger el transporte público! Desperecé todo mi cuerpo sobre las sábanas de algodón, abrí

de refilón un ojo para mirar hacia la ventana y ver el sol cómo brillaba fuera colándose por las pequeñas ranuras de la persiana. Parecía un buen y radiante día. Veríamos en qué momento se torcía porque, con mi experiencia, me daba a mí que lo iba a hacer... Últimamente, siempre ocurría. Desayuné fuerte, ya que mis tripas rugían rogándome que les echara algo de comer por no haber cenado absolutamente nada, y me vestí con un ligero vestido de verano de estilo ibicenco de la diseñadora Charo Ruíz, de tirante fino y puntilla en el escote y en el bajo, que me encanta, y lo acompañé con unas sandalias atadas al tobillo con alto tacón de cuña. Y en el piso, ni rastro de Adrián, y, aunque me duela reconocerlo, hasta lo agradecí, como también me sentí culpable por ello, porque tendría sus defectos... pero este repentino desinterés por mi parte tampoco se lo merecía. Al fin y al cabo, después de todo..., me iba a casar con ese hombre. Y, aunque lo que sentía por él no se podía comparar con lo que Hugo me despertaba, también lo quería. De un modo diferente y a mi manera, pero lo quería.

—Hay que ver cómo vas siempre de mona... —Ana me saludó con una sonrisa a la entrada de la consulta.

—Me encanta ese vestido... —Silvia se acercó a mí y cogió la delicada puntilla del bajo.

—Sí, es uno de mis preferidos... La verdad es que es muy cómodo y muy fresquito...

—Y *sexy*... —Silvia mostró una sonrisa de pilla—. Ese escote no da rienda suelta a la imaginación...

Ana y yo sonreímos entrando detrás de ella.

—¿Tú no piensas en otra cosa? —pregunté, o la acusé, no lo tengo claro.

—No, hija, no... Esto de estar soltera... me está comenzando a pasar factura...

—A esta hay que buscarle un novio pero ya... —aseguró Ana mientras encendía su ordenador y revisaba la agenda.

Silvia y yo nos metimos en el pequeño despacho para cambiarnos de ropa y ponernos nuestros uniformes sanitarios de color burdeos.

—No creo que haya que buscárselo... —dije muy segura—. Ella solita tiene cualidades más que de sobra para encontrar a algún maromo... Otra cosa será que sea tan exigente con los hombres que ninguno le parezca bien como para meterlo en su cama... Y bien que me parece: hay mucho gilipollas por ahí suelto...

—¡Cómo lo sabes! —reconoció Silvia, poniendo los ojos en blanco, en sujetador delante de mí.

La verdad, que una chica tan mona como ella (morena, de pelo largo y unos intensos ojos negros) no tenía mucho problema para encontrar pretendientes, pero resultaba que ninguno de esos estaba a su altura; las cosas como son.

—Oye, estoy pensando que podríamos ir a tomar algo el viernes... ¿Qué os parece? —sugirió Ana.

Silvia y yo nos miramos.

—¿He pasado a ser una excusa para salir? —preguntaba Silvia, sorprendida y con una bonita sonrisa en la cara.

Nos reímos todas.

—Puede...

—¡No! —aseguré yo—. Tú tómatelo con calma... Cuando menos te lo esperes, un tío bueno se cruzará en tu vida y te morirás por pedirle que te empotre contra el cabezal de la cama tan fuerte que hasta podrás ver a Dios...

—¡Oh! ¡Muy buena esa! —Ana estalló en una carcajada y chocó los cinco conmigo.

—¡Claudia! —Silvia se hizo la escandalizada—. ¡Pero qué vulgar! —se echó a reír.

—Lo siento, ¿me he pasado?

Las tres nos reímos aún más porque así había sido. Silvia y yo, ya cambiadas y preparadas, salimos a recepción para encontrarnos a Ana sentada tras el mostrador blanco nuclear. Yo cogí una revista del corazón que descansaba sobre la pequeña mesa que acompañaba al sofá de la sala de espera, y me puse a ojearla mientras esperaba a mi primer paciente.

—¿Te refieres a un tío tan bueno como el que te vino a buscar a ayer?

Solté una risita con la vista clavada en una de las páginas, ignorante de que aquella pregunta... iba dirigida a mí.

—Vaya... vaya... Silvia... ¿te vienen a buscar tíos buenos al trabajo y no dices nada? —pregunté sin levantar la mirada.

Pero el largo y sospechoso silencio de mis compañeras rápidamente llamó mi atención. Alcé la cabeza rezando porque sus miradas no estuvieran esperando a la mía, pero no tuve suerte.

«¡Mierda!».

Se me fueron las ganas de reír cuando me di cuenta de que aquella pregunta iba dirigida a una servidora.

—Precisamente..., a mí no... —añadió, Silvia, como si ya estuviera al corriente de toda la información.

Las dos me miraban con atención y, aunque sus bocas no se abrieron, sus ojos lo dijeron todo.

—¿Os referís a Hugo? Ah..., solo es un amigo... —intenté con todas mis fuerzas quitarle importancia y que sonara creíble porque, en realidad, eso era: un amigo.

—Mmm... Hugo... Ya solo de oír su nombre dan ganas de tirárselo... —mi compañera morena se mordía el labio inferior.

Miré a Silvia a mi lado, y a punto estuve de decirle que pensar en tirárselo era quedarse corta. Aquel hombre se reía de la perversión y del erotismo, consiguiendo que tan solo con una mirada se abrieran de piernas para él. No había quien se resistiera a aquel cuerpo y a aquellos ojos verdosos con matices marrones y miel tan dulces, como todo él. Parecía caramelo, un delicioso y jodido caramelo que daban ganas de lamer hasta que se deshiciera entero en tu boca sobre tu lengua.

—Y porque no lo viste con aquella cazadora de cuero que... hummm... —comentaba ahora Ana—. Bendito amigo tuyo... ¿Por qué ninguno de mis amigos es así? —preguntó, como si me acusara por ello.

—Vamos, no seas exagerada, que tampoco es para tanto...

Si es que ese maldito hombre dejaba huella por donde pasara. Todas las perras en celo se volvían locas por olfatear y seguir su rastro, incluida una servidora.

—¿Y ese amigo tuyo va a volver por aquí? —preguntó Silvia apoyándose en el mostrador.

«Por el bien de todos, espero que no lo haga».

—No, no creo... Él es de Vilafranca del Penedés... Además, no os hagáis muchas ilusiones, que en una semana y media será un hombre casado... —casi lo dije con los dientes apretados.

Y escuchar aquellas palabras parece que fue lo único que las calmó y las alejó de seguir haciendo preguntas con aquellas sonrisillas acusadoras reluciendo en sus bonitos rostros. Se dieron cuenta de que, si iba a ser un hombre casado, no había nada que hacer. Interesante conclusión, como yo también lo sabía. O, por lo menos, debería.

—Ohhh... —se quejaron las dos a la vez.

—Bueno, pues si tienes algún amigo más como ese por ahí, por favor, acuérdate de mí... —pidió Silvia juntando las manos.

Yo me reí.

—Bueno, ¿entonces salimos el viernes o no? —quiso saber Ana, sentada en su silla y con las piernas cruzadas. ¡Cuánta elegancia!

—Por mí, sí... —dijo Silvia.

Me miraron a la espera de una contestación, rogando con las miradas que me uniera a ellas.

—Bueno, pues creo que por mí, también... Adrián viaja a Francia por motivos de trabajo y estará fuera hasta el martes...

—¡Uhhh! ¡Bien! —Ana aplaudió entusiasmada—. Pasado mañana nos vamos de marcha...

¡Cómo se notaba que era la más joven de las tres! A sus veintisiete añitos, lo de salir el viernes y empalmar hasta el domingo si hacía falta, no era problema para ella, pero... para Silvia, a sus treinta y cinco años, y para mí aquello ya era otro cantar, aquello ya no entraba en nuestros planes. Y para nada estoy diciendo que fuéramos unas viejunas y unas carcas por tener esa edad, no..., para nada, pero sí que es cierto que el mundo ya nos lo habíamos comido hace tiempo y, por decirlo de alguna forma, ahora estábamos haciendo la digestión. Estábamos en reposo, infinito reposo.

—Pero, ¿salimos a cenar también o solo a tomar algo? —preguntó ahora Silvia, que no le había quedado muy claro.

—No, yo a cenar no puedo... Celebramos el cumpleaños de mi hermano... —nos informó Ana.

—Bueno, no pasa nada... Quedamos después en algún sitio y ya está...

—Ok...

—¡No, esperad! Me han hablado de un local que han abierto nuevo en Begur, que se ve que es una pasada... ¿Os hace?

Silvia y yo nos miramos sin estar muy convencidas de coger el coche para ir tan lejos un viernes por la noche para beber un par de copas... pero las dos, al mismo tiempo, pensamos lo mismo.

—¡Claro que sí! ¿Y por qué no? —respondí en un arrebato de locura.

—¡Perfecto! Me apunto, que tiemble Begur entero, que el viernes me los meriendo a todos... —bromeó Silvia riendo más que convencida.

—¡Eso! —añadió Ana, eufórica con nuestra decisión y alzando la voz—. ¡El viernes por la noche te los vas a follar a tod...!

Y en ese mismo instante el timbre de la puerta sonó repetidas veces, transformándonos en personas serias y civilizadas de golpe, cortando la frase de la traviesa y alocada Ana, y como las mejores profesionales y buenas chicas que

éramos, o solíamos ser... mientras dormíamos.

«¡Ay, Dios, qué peligro tenemos! ¡Ya puede temblar Begur!».

Capítulo 24

Gracias a que la mañana pasó volando no tuve demasiado tiempo de pensar. Tan solo el recuerdo de Hugo delante de mí rogándome un beso me atormentaba entre paciente y paciente, estremeciéndome casi hasta perder el sentido al imaginar cómo sería sentir el calor de su boca sobre mis labios, la suave caricia de su lengua lamiendo la mía... Y qué triste que un solo recuerdo de algo que no fue despierte casi más en ti que las propias manos de tu prometido. Qué injusta es la vida.

A punto de terminar la jornada, vi de refilón que tenía un mensaje de mi hermana en el teléfono, esperando a ser leído, y el cual, incluso antes de leerlo, ya sabía lo que me decía en él. Me informaba de que había estado liadísima durante toda la mañana revisando la dureza y la calidad de unos materiales, y que por eso no me había podido llamar, y, sobre todo, preguntarme cómo estaba tras la inquietante confesión de ayer.

«Estoy bien, cielo... No te preocupes por mí... Ya sabes que, cuando quiero, me pongo la coraza y soy prácticamente de hielo... Gracias por preguntar».

A los pocos segundos recibí su respuesta:

«Sé que eres tan dura como el hielo del que me hablas... pero hasta los mayores icebergs se derriten a veces... y necesitan que los mimen... No me quieras engañar».

Qué razón tenía. Y, como no la podía engañar, opté por no contestar. A la una y siete minutos cerrábamos la puerta de la consulta. Bajamos las escaleras hasta la calle, parloteando sin cesar como las buenas tres cotorras que éramos, hasta que Silvia y Ana se despidieron de mí para irse en dirección contraria a la que estaba aparcado mi coche, a unos cuantos metros del edificio y frente de aquel bonito y colorido parque que alegraba la vista y el lugar. Cuando crucé la acera y me encontraba preparada para abrir la puerta de mi Mazda, la visión de un jeep negro, igualito al de Hugo, aparcado a escasos metros me sobresaltó encogiéndome el estómago... Y creo que, si en ese momento lo llego a ver bajándose del coche, me habría montado en el mío a la velocidad de la luz y lo

habría arrancado para huir de allí cagando leches... No me sentía con fuerzas para volver a enfrentarme a la tentación una vez más sin sucumbir finalmente a ella. Y, hasta resultó, para vuestra información, que pude ver a alguien dentro en el asiento del piloto: el cuerpo de un hombre que parecía estar esperando... pero una inesperada voz llamó mi atención, asustándome.

«¡La hostia!».

—¿Tienes planes para comer, morena?

Adrián, desde dentro de su BMW M3 Frozen Black Edition, con la ventanilla bajada, lucía una juguetona sonrisa. Y aunque el reflejo de otra igual se dibujó en mis labios, su repentina aparición solo consiguió que mi nerviosismo se acentuara al pensar en que, si Hugo aparecía por casualidad en ese momento, se convertiría en algo más que en un tensa situación y hasta se llegarían a conocer. ¿Yo quería eso?

—Hola... No te esperaba... —reconocí—. ¿Qué haces aquí?

Me acerqué hasta él y nos dimos un beso en los labios por inercia. No pude evitar preguntarme qué pensaría Hugo si de verdad aquel fuera su coche y ahora mismo nos estuviera observando. Tuve que contener las ganas de girar mi rostro para comprobarlo y no asegurarme de que él era quien aguardaba dentro.

—Bueno, como últimamente con el trabajo no nos vemos mucho y, además, pasado mañana me marcho..., he pensado en que podríamos comer juntos... Ya me lo he organizado para poder salir a tiempo y pasar por aquí a recogerte antes de que te fueras...

—Oh, vaya... ¡qué sorpresa! —reconocí, sintiéndome realmente halagada, pues no era muy habitual que dejara de lado su trabajo por venir a comer conmigo.

Adrián puso una mano en mi nuca y me acercó para volver a besarme, esta vez con algo más de pasión. Nuestras lenguas se acariciaron un par de veces con ganas y nos separamos. Y, si tuviera que decir algo en su favor, diría que no se le daba nada mal lo de besar y calentar a las mujeres.

—¿Te parece bien? —preguntó mirándome con aquellos impresionantes ojos azul cielo que atraían como dos imanes.

¡Hay que ver qué guapo era el tío!

—Claro, me parece perfecto...

Porque así era. Aquello era lo que debía de haber hecho el día anterior, ir a comer con mi prometido y no con un hombre al que no podía acercarme a menos de un metro de distancia sin pensar en devorar su boca y profanar su cuerpo.

¿Igual el secreto estaba en pedir una orden de alejamiento?

—Está bien, pues sube y vayamos a comer...

Rodeé su espectacular BMW y me senté a su lado dejando mi pequeño bolso a los pies, me coloqué el cinturón de seguridad, tan negro como el resto de todo el interior, y Adrián aceleró sin darme tiempo a mirar atrás, cosa que hasta casi agradecí, porque sé que, si hubiera sido por mí misma, no me habría marchado de allí sin antes cerciorarme de si realmente era Hugo el que esperaba dentro de aquel jeep. Y todos sabemos que la curiosidad... mató al gato.

Estábamos sentados en una gran terraza acristalada donde el aire acondicionado apaciguaba el inaguantable calor que ahogaba y quemaba afuera. Adrián, sentado frente a mí, arrebatadoramente *sexy* y elegante con un traje azul oscuro y camisa del mismo color que sus ojos, ojeaba la carta con las mangas arremangadas hasta los codos, sin americana, y mostrando al mundo su esculpido cuerpo debajo de aquella fina y suave tela con el que alegraba la vista a quienes se detuvieran a mirar. Sus brazos fuertes y trabajados a base de horas de gimnasio se remarcaban sugerentes mientras descansaban sobre la mesa, y decir que, si Hugo no existiera sobre la faz de la tierra, él sería mi hombre perfecto sin duda, como siempre había creído... como había creído hasta ahora. El hombre que toda mujer podría desear, porque era consciente de lo que también despertaba en el sexo femenino. Solo hacía falta recordar la noche en la que nos conocimos en un chiringuito de playa, en Cadaqués. Poco faltó para que las cinco jóvenes que tenía alrededor revoloteando no se lo comieran de verdad, además de con la mirada. Era un seductor nato, y él lo sabía, sabía que no necesitaba más que chasquear los dedos y tendría a la mujer que deseara arrodillada a sus pies, a su merced... Ellas se lo hacían saber. Y yo aquí... pudiéndolo degustar cuando y cuantas veces quisiera, sintiéndome ahora mismo más desgraciada que nunca.

—¿Quieres que pidamos una paella para dos? —preguntó levantando la vista de la carta.

No me había dado cuenta de que estaba embobada mirando afuera a la gente pasar.

—Oh... sí... Claro, me parece bien... —regresé al lugar.

Adrián me miró y arrugó el ceño.

—¿Estás bien? —quiso saber ahora—. Ni tan siquiera has abierto la carta... —me hizo ver.

—Sí, sí, claro... Estoy bien... Tranquilo, solo estaba pensando en... mi madre. Dentro de poco es su cumpleaños... y no tengo ni idea de qué regalarle... —me esforcé por sonreír y porque sonaran creíbles mis palabras.

Mentirosa, mentirosa, mentirosa. En mi mente solo cruzaban imágenes y recuerdos de la agradable comida que había compartido con Hugo de aquel momento tan íntimo, tan nuestro... y que nunca se repetiría.

—Oh, sí. Es cierto... Podríamos comprarle una colonia... —sugirió sin llegar a romperse los cuernos por pensar en algo más trabajado. ¿Detallista? Lo justo y necesario.

—Sí, ya veremos... Ya lo pensaré...

Cogí la carta que descansaba sobre la mesa delante de mí y la abrí por la primera página.

—Entonces, ¿te parece bien lo de pedir una paella para dos? ¿Te apetece?

Alcé la mirada, cerré la carta devolviéndola al sitio y ahí di por finalizada mi elección. Total, nada de lo que comiera me iba a saber igual de bien que los exquisitos platos que había degustado ayer.

—Sí, me parece bien...

Adrián asintió satisfecho con una sonrisa en los labios conforme y pasó la hoja para detenerse en los vinos.

—¿Vino blanco? —volvió a hacer una inocente pregunta, mirándome a los ojos.

¡ZASCA!

Y, de nuevo, un recuerdo me golpeó como un mazo. Mi mente echó a volar despavorida. Me pregunté si, cada vez que bebiera vino a partir de ahora, la imagen de Hugo, el enólogo, estallararía en mi cabeza. Esta vez, aunque mi mirada estuviera fija en los preciosos ojos de Adrián, me costó reaccionar.

—Claudia, cielo... ¿Te apetece vino?

—Perdona. Sí, sí... El blanco está bien...

—¿Seguro que estás bien? —creo que empezaba a preocuparse porque debo reconocer que mi comportamiento empezaba a ser distinto. Comenzaba a ser demasiado evidente que algo me rondaba y me llevaba de cabeza.

—Sí, claro... ¿Por qué no iba a estarlo? —quise aparentar.

—No lo sé, te noto distraída..., como si no estuvieras aquí...

—No, qué va... —forcé una sonrisa—. Solo pensaba en que no puedo beber mucho: después vuelvo a trabajar... —recordé, saliendo victoriosa de mi ensimismamiento.

—Bueno, por una copa no pasará nada...

Adrián me guiñó un ojo, cerró la carta para dejarla sobre la mesa y, con un sutil gesto, llamó al camarero para que nos tomara nota. Aquella comida no se podía alargar mucho porque los dos teníamos responsabilidades que atender después; los dos, en una hora y media, volvíamos al trabajo. Desplegué la servilleta de tela blanca para con ella cubrir mi regazo y apoyé los codos sobre la mesa con los dedos entrelazados bajo mi barbilla.

—¿Sabes que estás deliciosa con ese vestido? —Se incorporó hacia delante y me desnudó con la mirada.

Aquella frase me pilló tan desprevenida que consiguió hacerme reír, nerviosa. Puse un mechón de cabello tras mi oreja y cambié de postura apoyando los brazos cruzados sobre la mesa. Y la verdad es que me sorprendí a mí misma pensando en que él también estaba delicioso con aquel traje oscuro que resaltaba el azul de sus ojos y los mechones largos de su rubio cabello, porque la realidad era que, aunque no fuera amor verdadero lo que sentía por él, su irresistible atractivo y su arrollador carácter de mujeriego, por qué no decirlo, me atraían como un puñetero imán. Y es posible que aquello mismo fuera lo único que nos había unido, una gran atracción sexual. Bueno, y la maldita petición como última voluntad de su abuela antes de morir de ver a su único nieto casado. Aunque no lo vio casado, sí lo vio prometido, que ya era mucho para ella (y para él) sabiendo lo canalla que había sido siempre Adrián con las mujeres y lo mucho que le gustaban las faldas.

—¿Quieres saber lo que te haría en este momento? —echó su cuerpo todavía más hacia delante y bajó el tono de voz de modo sugerente.

—Adrián, por favor, contrólate... Que sé cómo termina esto... —advertí.

Creo que casi me ruboricé al recordar la de veces que nos habíamos tenido que marchar del restaurante a medias, o antes de comenzar a pedir, por un inoportuno arrebató de calor.

—¿Ah, sí? ¿Y cómo termina? —susurró con una seductora mirada—. ¿Contigo montándome en el interior del coche y gimiendo de verdadero placer, o yo dándote lo que quieres en la arena de la playa?

No sé cómo pero lo consiguió, consiguió encenderme tan rápidamente que hasta yo misma me sorprendí pidiéndole con la mirada que me arrastrara fuera del restaurante y me lo hiciera en algún rincón. Y creo que detrás de todo esto tan solo había un culpable: Hugo. Con un silencio, despertaba en mí casi más que Adrián con sus sucias palabras, y el deseo que se había acumulado en mi

cuerpo por aquel beso que nunca me dio estaba pasándome ahora factura. Y ya sabemos quién iba a ser el beneficiario.

—Adrián, por favor. No sigas... —supliqué bajando la voz, mirando a mi alrededor y viendo a toda esa gente cerca de nosotros, ajena a nuestro deseo carnal.

—¿O qué? —Alargó la mano y acarició mi mejilla con el dorso—. ¿Vas a pedirme que te folle sobre la mesa, cielo? —repasó mis labios con su pulgar, separándolos de la misma forma en que lo hizo Hugo ayer en su garaje.

«Oh, por Dios».

No pude evitar viajar atrás en el tiempo y revivir allí mismo el mismo deseo que quemaba mi entrepierna y me nublaba la mente cuando era Hugo el que me buscaba. Cerré los ojos y me imaginé que aquel dedo que pretendía entrar en mi boca era el de él ,y por supuesto que lo dejé entrar. Sin darme cuenta de que lo hacía, lo rodeé con mis labios y lamí la punta inconsciente.

—Joder, Claudia... Cómo me pones, cariño... La tengo tan dura ahora mismo que hasta me duele...

Abrí los ojos y la imagen de Adrián delante con la mirada encendida y enardecida por el deseo avivaron aquel fuego dentro de mí. Necesitaba hacérmelo ahora mismo. Me lo decía su mirada, repasando cada centímetro de mi piel expuesta bajo aquel vaporoso y delicado vestido blanco. Fijó la vista en mi insinuante escote, apretado y apetitoso por culpa de mi nuevo sujetador, y sentí tan fuerte la llamada de lujuria que solo se me ocurrió hacer una cosa.

—Al baño de mujeres, ¡ya!

Me levanté de mi silla, dejando sobre la mesa la servilleta arrugada y caminé decidida y sin mirar atrás hacia los baños. No tuve tiempo de pensar en lo que estaba haciendo: era el instinto animal el que me llevaba como si un títere fuera. Fue entrar en el último y más apartado retrete cerrado de los tres que había y, antes de que pudiera cerrar la puerta, Adrián entró detrás cerrándola con pestillo.

—Joder, Claudia... ¿Qué estás haciendo? —

Estaba claro que lo había sorprendido con mi petición.

Me arrinconó y se abalanzó sobre mí como un lobo hambriento, abrí el cuello de su camisa y llevé mis labios hasta su piel para morderlo. Gruñó roncamente y en silencio, agarró mi melena suelta y tiró de ella hacia atrás para obligarme a levantar la barbilla. La mordió, la chupó y no tardó en hacer lo mismo con mis labios, tirando de ellos con los dientes; y después entró con su lengua, comiéndome entera y con brusquedad. Le respondí sin pensar, sin que se me

cruzara por la cabeza que, si alguien nos escuchaba, podrían echarnos de allí por escándalo público, pero era tanta la necesidad de sentirme llena que no sabía ni cómo me llamaba. Notaba la tremenda erección de Adrián pegada contra mi vientre llamando mi atención. La acaricié por encima de aquel suave pantalón de traje y él resolló cual potro desbocado pegado contra mi boca. Llevó una de sus manos hasta mi muslo y lo acarició, levantando el vestido y colándose debajo de él, mientras con la otra me agarraba por la nuca para demostrarme que era suya; de eso me di cuenta. Acarició mis nalgas y apartó a un lado con agilidad y rapidez mi tanga de encaje para entrar con dos de sus dedos dentro de mí, sin piedad, consiguiendo que resonara a nuestro alrededor el eco de un gemido.

—Shhh... No grites, preciosa... porque, si no, yo seré lo único que te comas hoy...

Me reí y él hizo lo mismo porque sabía que en cualquier momento nos podían echar y nos quedaríamos sin comer.

—Adrián... Fóllame... Fóllame ya... —rogué necesitada.

Adrián me miró excitado y desconcertado a partes iguales.

—Joder, Claudia... No sé qué cojones te pasa, pero me estás poniendo a mil...

Ni yo misma lo sabía: aunque arrebatos de lujuria como aquel los habíamos tenido a puñados, yo nunca había sido la que llevara las riendas.

—Vamos, bájate los pantalones... —le exigí pegada a su boca.

Desabroché su cinturón y bajé la cremallera del traje, y, metiendo mi ansiosa mano dentro de sus calzoncillos, agarré con avaricia lo que tanto anhelaba, consiguiendo que Adrián jadeara pegado a mí.

—Joder, cariño, ¡qué hambre tienes!

Estaba con las piernas separadas, evitando que su carísimo traje rozara el suelo y se manchara, ya que después volvía a trabajar y no le daría tiempo a que se cambiara en caso necesario, con sus calzoncillos mal colocados a la altura de sus rodillas, elevándome con sus fuertes brazos, haciendo que rodeara con mis piernas su cintura y tomándome sin vacilar. Rápido y fuerte. Con necesidad y rudeza.

—Oh, sí... por favor. Sigue... No pares... —pedía agarrada a él con todas mis extremidades y mi cuerpo elevándose en el aire cada vez que Adrián entraba.

—Joder, ¡esto va a ser rápido! —adivinó.

Había conseguido encenderlo tanto con mi perversión y mi arrebato de lujuria que rápidamente estábamos llegando al límite. En silencio, nuestra respiración agitada y nuestros cuerpos chocando eran lo único que se escuchaba

allí dentro. Y, tras unas cuantas sacudidas más, de esas que rozan el dolor de placer, nos fuimos. Nos corrimos juntos y en discreción callando aquel orgasmo con nuestras bocas.

Capítulo 25

El coche de Adrián se detenía frente a la puerta a las cuatro y ocho minutos de la tarde. Nos habíamos comido la paella atropelladamente y como los pavos, y ni tan siquiera habíamos pedido postre. Solo nos dio tiempo a tomarnos un rápido café y a salir pitando hacia el BMW para que yo pudiera llegar a tiempo. Y ni así lo habíamos conseguido. Nuestro fortuito polvo en los aseos del restaurante, (al cual dudo de que volvamos a entrar), como ya imaginábamos, nos estaba pasando factura. Y ahora me despedía de él con un fugaz beso antes de salir disparada como un cohete hacia la consulta, donde Ana y Silvia debían de estar preguntándose por mí.

—¡Claudia! —gritó Adrián desde dentro.

Me giré ya en la puerta del edificio y le metí prisas con la mirada.

—¿Qué?!

—Seguramente tenga que adelantar trabajo, así que hoy terminaré tarde...

¡No te preocupes por mí! —me avisó.

—¡Vale! —afirmé conforme, pues aquello ya me lo esperaba y me lo imaginaba.

Volví a girarme para subir los peldaños de las escaleras de dos en dos hasta llegar al tercer piso, pues, aunque llevara zapato alto, qué agilidad tenía cuando quería, y abrí la puerta de la consulta de un tirón.

—Dime que todavía no ha llegado mi primer paciente... —pedí, intentando regular la respiración y mirando a mi compañera Ana sentada detrás del mostrador.

—Rápido, Silvia la está preparando... —susurró mirando hacia el box.

—Joder... —susurré yo también mientras me metía en mi guarida y me desabrochaba con torpeza por el camino las hebillas de mis sandalias de cuña.

Me cambié con rapidez, con asombrosa rapidez, y abrí la puerta contigua de mi despacho como si no pasara nada, como si no viniera a la carrera después de haber aprovechado mi rato del mediodía en echar un polvo... y no en comer tranquilamente, que es lo que debería haber hecho. Silvia, con una bonita sonrisa

de complicidad en los labios, me saludó y la tarde pasó bastante entretenida con tan solo tres pacientes, pero, entre uno y otro, mis compañeras cotillas consiguieron sonsacarme el motivo de mi retraso y, con el cachondeo, ayudaron a que a las ocho de la tarde tuviéramos agujetas de tanto reír. ¡Qué buena terapia resultaban mis chicas!

A las nueve y media de la noche yacía recostada sobre el sofá, en braguitas y camiseta de tirantes, tras terminar de cenar y, por más *zapping* que hiciera en la tele, ningún canal emitía algo tan interesante como para que mi mente dejara de pensar, de dar vueltas alrededor de él; de Hugo, tan guapo, tan varonil y tan masculino como solo él era. Su forma de ser, su forma de expresarse, su tono de voz, la forma en que te miraba..., todo era un conjunto que te atraía irremediablemente y sin poder resistirte. E imaginando, imaginando..., al final terminé preguntándome cómo sería él en la cama, me pregunté si sería tan brusco y tosco como Adrián o sería dulce como la miel. ¿O quizá un conjunto de ambas cosas? No lo sabía y, por mucho que me esforzara en imaginármelo, alterando incluso alguno de mis sentidos, sabía con certeza que nunca lo llegaría a comprobar. Hugo ya era historia. Agua pasada. Parte de mi infancia. Solo una mala pasada que el destino nos quiso jugar con la excusa de la muerte de su padre, el pobre Antón, que en paz descansase. Y me dije, quizá intentando conformarme y consolarme a mí misma, que igual el sexo entre Adrián y yo serían suficiente como para unirnos el resto de nuestras vidas. Quizá eso bastaría para llegar a quererlo algún día de verdad... ¡Pero qué engañada estaba!

Tres cuartos de hora después, me metía bajo las sábanas. No sabía nada de Adrián, aunque pareciera extraño pero, como él mismo me había advertido y sabiendo lo ocupado que estaba desde hacía unas semanas con el dichoso contrato con los franceses, sabía que esa noche y mañana casi ni nos íbamos a ver, hasta que no diera por cerrado el tema y respirara tranquilo. O sea que, como aquel que dice, no tendría prometido hasta el martes que viene. Me acomodé en mi lado de la cama, me giré al contrario, me volví a voltear, busqué la mejor postura ahuecando un par de veces la mullida almohada... y, justo cuando había encontrado la postura y estaba tan a gustito, el teléfono sobre la mesita de noche hizo acto de presencia.

—No... Mierda... —lloriqueé—. ¿Quién coño será? —me pregunté sin ganas de comprobarlo.

Pero, viendo la hora, pensé que igual Adrián necesitaba de mí, ya que

comenzaba a ser tarde. Y me preocupé. Alargué el brazo para comprobarlo y descolgar, pero me retuve cuando vi en la pantalla un número desconocido. ¿Hugo? Fue el primero que me vino al pensamiento, pero entonces caí en la cuenta de que aquello era imposible si no disponía de mi número. Aún así, dudé demasiado en descolgar, consiguiendo que la llamada se cortara y dejara de sonar.

—¿Quién sería? —me volví a preguntar, ahora más intrigada, incorporándome y apoyando la espalda contra el cabezal de cuero.

Tampoco se me ocurría quién podía ser el que me llamara a esas horas, con un número que no conocía y que no tenía grabado en la agenda. Pero, de nuevo, el teléfono volvió a manifestarse. Y ahora sí que me puse nerviosa de verdad. ¿Sería él? No, no tenía ni idea, pero ¿y sí? Esa vez no tardé tanto tiempo en comprobarlo.

—¿Hola? —pregunté casi con temor.

—¡Claudia! —Era la voz de una mujer.

—Sí, ¿quién es? —exigí saber, desconcertada. Se escuchaba ruido de fondo.

—¡¿Quién coño va a ser?! ¡Soy tu hermana!

«¡La madre que la parió! Si es que solo ella podía hacerme esto».

—¡Sofí! ¡Joder! ¿Por qué me llamas desde un número desconocido? Me habías acojonado... He estado a punto de no descolgar...

—Porque mi teléfono ha muerto y quería ver cómo estabas... Pero disculpe usted mi intromisión, señora marquesa, parece que la he molestado... Me fustigaré varias veces por ello en su nombre... —fingió estar ofendida haciendo verdadero teatro—. ¿Estabas echando un polvo?

—¡¿Qué?! ¡No, no estaba echando un polvo! ¡Y deja de hacer la payasa!

—¿Es que ya no follas con Adrián?

—¡Sí! Claro que follo con... Oye, ¿y a ti qué te importa? —casi me indigné con aquella pregunta, ya que lo único que hacíamos en nuestra relación era fornicar.

Y tentada estuve de decirle que hoy casi nos echaban de un restaurante por hacerlo en los baños, pero pensé que mejor otro día, o igual no..., mejor no decirle nada.

—Oh, pensaba que igual ya no... Como... ya sabes... tú... —quiso insinuar algo con intención de tocar las pelotas... y vaya si las tocó. Supe al instante a qué diantres se refería.

—Vale, Sofí, déjalo ya, hazme ese favor... Y gracias por llamar: estoy bien...

Hasta mañana...

—Vale, vale, lo siento, lo he pillado... No digo nada más. Por cierto, mañana podrías venir a casa a comer; tu madre se quejaba hoy de que hace muchos días de que no te ve el pelo... —me recordó y con toda la razón—. Yo creo que, como cometas una falta más, te borran del testamento... Tú misma... —bromeó.

Resoplé con fuerza mientras me mordía una uña.

—Sí, tiene razón... Lo sé, estoy un poco evadida estos días... Bueno, ya lo sabes tú... qué te voy a decir...

—Lo sé... —reconoció dejando escapar un suspiro—. ¿Entonces le digo a mamá que mañana comes con nosotros o no? —quiso saber.

—Sí, sí, vale... Seguramente que Adrián no salga de la oficina en todo el día preparando lo del puñetero viaje... así que...

—¿Qué viaje? —preguntó curiosa.

—Oh, sí, no te lo había dicho... Tiene que viajar a Francia para cerrar un contrato con unos clientes importantes: se marcha el viernes y hasta el martes no estará de vuelta...

—Vaya, por lo que veo vamos a tener unos días para nosotras... y me puedo quedar a dormir ahí... contigo... —lo dijo en un tono sugerente como si aquello fuera lo más irresistible que me pudiera ocurrir. Aprovechaba la menor excusa para dormir fuera de casa de mis padres (y no la culpo. Bueno, sí... que se busque un piso la muy *jodía*, que ya tiene edad)—. ¿Te apetece salir el viernes a tomar algo?

—No puedo, lo siento. He quedado con las chicas de la consulta...

—Oh, vaya... así que poniéndome los cuernos, ¿eh?

Aquello me hizo reír. Si es que me la comía...

—Sofi, cielo. Estoy metida en la cama... ¿te importa si hablamos mañana?

—Está bien, ya te dejo... —dijo en tono cansino—. Pero, si te tocas pensando en Hugo, no manches las sábanas. No queremos que Adrián luego sospeche...

—¡Cállate! ¡Estás enferma! No voy a tocarme pensando en nadie...

—Ya bueno, eso decimos todas...

—¡Hasta mañana! —le colgué sin darle tiempo a decir más barbaridades.

Aunque antes de dormirme, tentada estuve de hacerlo. Unas se toman una valeriana para relajarse... y, otras... bueno, no hace falta decirlo ¿verdad? ¿No viene a ser lo mismo?

Ni me enteré de la hora a la que llegó Adrián, pero lo que sí creo recordar fue la alarma de su teléfono sonando un rato a las seis y media de la maldita mañana,

para más exactitud... Ese estrés a causa del trabajo iba a acabar con él, me lo estaba temiendo. Ahora eran las ocho y el despertador gritaba mi nombre. ¡Qué ganas tenía de que llegara el fin de semana y dormir hasta caer en coma! Ya que ese era largo, al ser fiesta el lunes por el puente de la Asunción (por cierto, el santo de Choni. Me dolió no tener modo de felicitarla), y qué bien me iba a sentar salir un rato con las chicas por la noche para despejarme la cabeza. Necesitaba salir y olvidarme de todo y de todos, tan solo yo y las lobas de la consulta para pasar un buen rato. ¡A ver cómo terminábamos, que esa era otra! En cuanto entramos a trabajar a las nueve, Ana ya estaba organizando la noche y cuando me despedí de ellas en la acera a la una para ir en busca de mi coche y venir a comer, Silvia llevaba la misma cara de entusiasmo que la otra por nuestra quedada. Vaya dos...

—Cariño, ¿has puesto los cubiertos? —preguntó mi madre desde la cocina, donde el inconfundible aroma a escudella salía por la puerta inundando el salón, haciéndome rugir las tripas.

—Sí, mamá, los he puesto... y los platos también... —la informé gratuitamente adelantándome a ella.

Había montado perfectamente aquella mesa redonda, casi tan antigua como mi hermana Sofía, en la cual se comía cada día desde hacía veinticinco años. La trajimos con nosotros del piso de Vilanova i la Geltrú cuando nos mudamos aquí, y aquí seguía la pobre, aguantándonos a todos después de haber visto y escuchado absolutamente de todo, con sus cuatro sillas de madera oscura y respaldo alto a juego, y su vitrina, donde lucía la bonita vajilla de porcelana (que iba a quedar como herencia, lo veía venir) y el bufete a conjunto con el gran espejo apaisado, que llenaban aquel amplio y luminoso salón comedor tan clásico como acogedor.

—¡Auuu! —me giré y le hice una mueca a Sofía.

Mi hermana se había acercado a mí por detrás y me había dado un pellizco en el culo. Me sonrió y me sacó la lengua además, y nuestro querido padre, algo mejor de su lumbago pero todavía sin poder dar saltos de alegría, nos miraba orgulloso desde el sofá y sonreía al ver a sus dos pequeñas juntas, pero, sobre todo, por ver cómo se querían.

—Sofía, ¿todavía estás así? —la acusó mi madre—. Vamos a comer ya, he apagado la olla...

Mi hermana, con una toalla enrollada en el cuerpo y otra mal recogida en la cabeza a modo de turbante, le dio un beso en la mejilla a nuestra querida madre

con intención de apaciguar su malestar.

—No te preocupes, mamá... En cuanto hayas servido, yo ya estoy sentada en la mesa y además vestida...

—No te creo...

La teatrera de Sofía la miró entrecerrando los ojos.

—De verdad, qué poquita fe tienes en tu hija... —la acusó ahora graciosamente antes de salir de la cocina y cruzar el pasillo para meterse en su cuarto con intención de llevar a cabo lo que había jurado.

Y, como yo ya había cumplido con la tarea que me había encomendado mi santa madre, la seguí.

—¿Puedo entrar, enana? —pregunté picando a su puerta con los nudillos.

Mi hermana abrió de repente, todavía con la toalla enrollada en la cabeza, con tan solo un pequeño tanga cubriendo sus partes. Así de exhibicionista era ella.

—¿Por qué picas? —Me dio la espalda.

—No sé, eso es lo que me enseñó mamá y papá... Se llama educación... ¿No la conoces?

Giró la cara y me hizo burla. Me senté en su cama de matrimonio, la cual ocupaba casi toda la habitación junto a una pequeña mesita de noche en forja de color marfil, un espejo vertical de pared y su armario repleto de ropa hasta los topes, que, precisamente por eso, siempre tenía las puertas abiertas, porque ya no aguantaba más el pobre y había reventado de las bisagras. La contemplé mientras sacaba unos tejanos blancos de un cajón y se los enfundaba.

—¿Vuelves a trabajar esta tarde? —pregunté, viendo cómo se colocaba delante de mí aquellos estrechos pantalones que le sentaban realmente de escándalo a aquel cuerpecito.

—Sí, pero voy a la oficina a revisar unos presupuestos, ¿por qué?

Se acercó a la mesita de noche, sacó de uno de sus cajones un sujetador de algodón de color gris vigoré con copas, y se lo colocó ante mis ojos poniendo en su sitio cada uno de sus pechos y dejando a la vista un importante canalillo.

—Porque los tienes que poner a todos como cabras con ese pantalón... — advertí riéndome e imaginándome la situación.

Se rió dándome la razón en silencio (la muy puta), pero ella era de las que defendía firmemente que la profesionalidad de una mujer y el estar guapa y *sexy* no tenían por qué estar reñidos. Y ella sabía que los volvía locos a todos. Cómo se notaba que la condenada no tenía abuela.

«Madre mía, para verla caminando por las obras», pensé.

—Bueno, siempre hay algún gracioso que deja caer algún que otro comentario...

Se acercó de nuevo al armario y sacó una percha de donde colgaba una bonita y elegante camisa sin mangas de cuello redondo de color gris merengue, y se la abotonó metiéndola después por dentro del pantalón.

—Lo sabía... —Las dos nos giramos hacia la puerta—. Sabía que todavía estarías por vestir... —Mi madre la regañó (con infinito cariño), como solo ella podía hacer.

—¡Pero mamá! —se quejó mi hermana—. Si solo me faltan los zapatos... Además, es culpa de Claudia, que me está hablando y me entretiene... —me acusó fingiendo un puchero delante de mi madre.

—¡Pero qué cojones dices! —me quejé ahora yo, arrugando el ceño y golpeando el colchón con la palma de las manos de rabia.

—¡Niña! Esa boca... —me regañó ahora a mí.

Mi hermana se giró hacia mí y torció una sonrisilla de pilla. Colé un dedo en uno de los bolsillos de su pantalón y tiré consiguiendo que cayera conmigo sobre la cama.

—¡Para! ¡Claudia! ¿Has visto, mamá, cómo es ella?

—Niñas, vale...

—¡Serás cabrona!

—¡Pero bueno! Esa boca, Claudia...

—¡Pero si ha sido ella!

—Has sido tú, que te he oído...

—¡¡Mujeres, que la comida se enfría!! —Ahora la voz de nuestro padre se escuchó desde el comedor.

—Veréis como venga vuestro padre... Os vais a quedar sin comer... ¡Castigadas!

Nos amenazó tan graciosamente que estallamos en una exagerada carcajada, y hasta ella mismo se rió al escuchar sus propias palabras y viendo el poco efecto que surgían en nosotras. La estampa era la siguiente: estábamos estiradas sobre la cama con los brazos y las piernas enredadas entre nosotras, propinándonos bocados y pellizcos sin miramiento, y nuestra madre nos miraba desde el umbral de la puerta, de brazos cruzados y negando con la cabeza. ¡Dios mío, pero qué feliz que era en ese momento! Como cuando teníamos siete u ocho años y lo único que nos preocupaba en la vida era que una trenza estaba

mejor hecha que la otra, o mi coleta más baja que la de mi hermana. Lo que hubiera dado entonces por volver atrás en el tiempo y quedarme allí... O, quizá, haber intentado que el camino de Hugo y el mío no se hubieran separado jamás... o se hubiese cruzado de nuevo antes de tiempo y, quién sabe..., quizá ahora mismo los que estaríamos a punto de casarnos seríamos nosotros dos.

—Oye, ¿y qué es eso de que Adrián se va a Francia? —quiso saber mi padre, sentado en su silla, ya con el plato vacío.

—Ah, pues que, como su compañero no puede ir, pues le toca ir a él para cerrar y firmar un contrato de muchos millones...

—Oh... —Mi padre se quedó igual, como si le hubiera dicho que mañana iban a caer chuzos de punta, le importaba lo mismo.

Yo creo que el pobre hombre había oído campanas y no sabía de dónde venían ni dónde repicaban. Y, como además, Adrián tampoco era santo de su devoción, aunque lo apreciaban por el tiempo que llevábamos juntos y lo respetaban porque esa había sido mi elección, al hombre le dio como un poco lo mismo.

—Bueno, ¿quién quiere postre? —preguntó mi madre llevándose los platos vacíos a la cocina.

—Yo quiero un yogur, ¿hay yogur? —pregunté.

—Yo helado, mamá...

—¿Helado? —pregunté cambiando de idea—. ¿Hay helado? Ah, pues yo también quiero helado...

Mi hermana me miró y puso los ojos en blanco.

—¿Sabes...? Estás muy buena pero careces de personalidad... —me acusó.

Le hice una peineta con el dedo.

—¿Por qué?, ¿porque me he copiado de tu postre? —pregunté haciendo burla.

—Vale... No empecemos... —advirtió mi madre soltando los platos en el fregadero.

—Pirqui mi quiyadi ti pistri... mimimimimi

—Ay, Dios, ¡pero qué paciencia! —suspiró ahora mi madre de espaldas a nosotras.

—Enana de los cojo... —no acabé la frase: mi madre me miró en ese momento, advirtiéndome de que, si terminaba la frase, volarían zapatillas.

—Sí, porque te has copiado de mi postre... Eres una sosa pidiendo un

yogur..., un yogur... Los yogures solo son para los mellados...

Solté una carcajada y mi hermana me imitó sin poder aguantarse.

—Sofía, no te metas con los mellados... hombre, que es una cosa muy fea...

—Cierto mamá, algunos son feos de la hostia sin dientes...

—¡Sofía! —mi madre se giró de nuevo para castigarla con la mirada—. Yo no iba por ahí...

Nos miramos mi hermana y yo, y nos reímos y, en un arranque, me abalancé sobre ella para darle un bocado en el cuello.

—¡Para, mellada! —me pellizcó en el brazo.

—¡Auuu!

—Seguro que eres mellada y por eso te hiciste dentista, para poder ponerte unos piños nuevos...

Mi madre se volvió a girar hacia nosotras, aguantándose con mucho esfuerzo ahora una risa.

—De verdad, hija mía... Estamos perdiendo dinero contigo, qué ocurrencias tienes a veces...

Mi hermana sacó del congelador una enorme tarrina de helado de vainilla con *cookies* y, con una cuchara sopera en la mano, se largó hacia el comedor sin decir ni pío.

—¡Oye, que yo también quiero! —le advertí.

Fui a salir detrás de ella con idea de apoderarme del delicioso helado después de enzarzarnos en una pelea a muerte sobre el sofá justo al lado de mi padre, mientras el pobre hombre, en silencio e indiferente a nosotras, con mucho esfuerzo, intentaría escuchar la televisión en paz... Pero entonces la mano de mi madre me frenó, sujetándome por el brazo y reteniéndome dentro de la cocina.

—Espera, cariño...

Me giré a mirarla.

—¿Sí, mamá?

La expresión de la cara le cambió. Se puso más seria, se lo pensó antes de hablar.

—Bueno, yo quería comentarte algo...

—Claro... ¿Qué pasa?

—Bueno..., pues...

—¿Pasa algo? ¿Es papá? —Me puse en lo peor.

—No, no, no... Tranquila, nosotros estamos todos bien...

—¿Entonces? —pregunté cruzándome de brazos.

—Es que esta mañana..., he hablado con Trini... —cambió hasta el tono de su voz en cuanto me confesó aquello; se notaba que intentaba ser cautelosa con lo que tenía que decir.

—¿Trini? ¿Y qué tal está? ¿Le ha ocurrido algo? —no sabía si alegrarme o ponerme en alerta aunque inconscientemente mi postura también cambió; me tensé y me puse rígida como un palo.

—¿Le ha pasado algo a Choni?

—No..., no...

—¿Hugo? ¿Hugo está bien? —no le dejé terminar la frase y, para entonces, la angustia ya estaba recorriendo mi cuerpo—. ¿Le ha ocurrido algo?

—No, no, cielo. No le ha pasado nada a Hugo... tranquila... —se apresuró a decir sosteniéndome por los brazos y mirándome con ternura. No sé si realmente mi madre fue consciente del pánico que sentí al pensar en que algo le hubiese pasado, pero su gesto también se torció—. Bueno, sí que es verdad que Trini me ha dicho que estaba apagado y decaído desde hace unos días... pero también es cierto que está muy reciente la muerte de su padre, que, por desgracia, no podrá estar el día de su boda la semana que viene...

Mi madre se mordió el labio al pronunciar las últimas palabras y entonces me di cuenta de que ella también era conocedora del dolor que aquello me provocaba. Pero era inevitable... Era una realidad. Hugo se iba a casar con otra mujer y no había vuelta atrás. Tragué el nudo de mi garganta intentando deshacerlo.

—¿Entonces? ¿Qué ocurre con Trini, mamá? —quise saber sin entender nada.

—Bueno, pues... me ha dado recuerdos para ti y dice que tiene muchas ganas de volver a verte, al igual que Choni... y, bueno, pues resulta que... me ha dicho...

—¡Oye! ¡¿Qué pasa que no sales?! —mi hermana entró en la cocina elevando la voz y cortando la frase a mi madre—. Que sepas que son las cuatro menos cuarto y te has quedado sin helado...

Me enseñó la tarrina vacía antes de tirarla al cubo de la basura. ¡Pero qué tragona era para aquel cuerpecito tan menudo como tenía! Se había comido lo que quedaba sin mi ayuda.

—¡Mierda!, ¿las cuatro menos cuarto? —giré la muñeca y miré la hora en mi reloj—. ¡Pero si en mi reloj son menos diez!

Salí de la cocina escopeteada, dejando allí dentro a mi madre y a mi hermana

con la palabra en la boca, cogí mis llaves del coche y mi bolso, que descansaba sobre el sofá al lado de mi querido padre, le di un rápido beso en la frente y me despedí de ellos en voz alta.

—¡Adiós a todos! ¡Lo siento, me tengo que ir! ¡Os quiero! ¡Ya hablaremos!
¡Ciao!

Y cerré la puerta a mis espaldas. Solo faltaba que hoy también llegara tarde al trabajo para que pudieran hablar de mí. Vamos... lo que faltaba. Silvia y Ana pensarían que, de nuevo, en vez de comer, había echado otro polvo en cualquier otro restaurante.

Capítulo 26

Eran las nueve de la noche cuando Adrián entraba por la puerta. Después de tantos días de intenso trabajo y estrés, se podía apreciar cómo el cansancio comenzaba a hacer mella en él: su hermoso rostro delataba agotamiento. Y cualquiera habría dicho que la empresa era suya al ver el enorme empeño y dedicación que invertía en ella día tras día desde hacía ya, ni más ni menos, que la friolera de ocho años, porque sería lo que quisiera, pero a trabajador y a entregado no lo ganaba nadie. Creo que como en el sexo pecaba de lo mismo, le gustaba y lo atraía demasiado. Anteponía el trabajo a todo y a todos..., incluida a mí.

—Hola, cariño... —lo saludé desde la cocina.

Aunque mi visión como pareja hubiese cambiado repentinamente de la noche a la mañana, no podía evitar que gestos o palabras de afecto hacía él brotaran de dentro de mí porque no olvidemos que, por otro lado, desde algún rincón de mi corazón... también lo quería.

—Hola, cielo... ¡Qué bien huele!

Se acercó hasta donde yo estaba y me regaló un rápido beso en los labios, dejándose caer seguidamente en el taburete de la isla con un intenso suspiro.

—¿Qué tal el día? —pregunté sin dejar de remover con la cuchara de madera el *risotto* de setas que tenía en el fuego.

—Bien... pero..., espero que todo el trabajo y todo el esfuerzo al final den sus frutos, y el martes firmemos el contrato sin problemas y con unas buenas condiciones pactadas... —pidió y deseó—. Espero que los franceses no se echen atrás en el último momento, o nos la quieran jugar rebajando el precio y alterando las condiciones...

—Tranquilo, todo saldrá bien... Ya lo verás... —lo animé con la mirada—. ¿Vas a ducharte?

—Sí, por supuesto... —Se levantó del taburete desanudándose la corbata de rayas negras y grises que le había regalado por navidad.

—Está bien... Al arroz le deben de quedar unos diez minutos... —lo informé

para que supiera del margen del que disponía.

—Tengo tiempo de sobra... —aseguró.

Se encaminó hacia el vestidor mientras se deshacía de parte del traje por el pasillo y, antes de que hubiera apagado la vitrocerámica, ya estaba de vuelta con el cuerpo todavía húmedo por la ducha, luciendo el torso al descubierto y unos pantalones cortos de estilo boxeador desgastados de estar por casa. Se acercó a la nevera, cogió un botellín de cerveza y se acomodó en el sofá con el mando a distancia en su poder.

—¿Y tú qué tal el día? —preguntaba de espaldas a mí.

—Fui a comer a casa de mis padres...

—Oh, ¿y qué tal están?

—Bien, mi padre algo mejor pero ya le han dicho que se lo tome con calma... Todavía no puede estar mucho rato de pie... y, por mucho que le fastidie, tampoco puede conducir...

—Vaya, esta vez le ha dado fuerte...

—Sí...

Retiré la pequeña cazuela del fuego y la dejé en el centro de la mesa sobre una madera protectora, para así no dañar el fino mantel de algodón de color salmón que hacía unos meses me había regalado la madre de Adrián (o sea, mi suegra) la última y única vez que vino a ver el piso, a la que, por suerte o por desgracia, no veía muy a menudo porque vivía en las afueras de Madrid junto a su tercer marido. En cuanto este fue lo suficientemente mayor como para entender la situación, sus padres se divorciaron y creo que fue lo único bueno que han hecho por él. Y, a raíz de todo aquello, no tenían mucha relación que digamos, a excepción de alguna breve conversación telefónica al cabo del mes, y por obligación. Vamos, que cada uno en su casa y Dios, en la de todos.

—Vente, vamos a cenar...

—Sí, voy...

Me acerqué a la nevera, cogí una cerveza bien fría para mí, me senté en la silla, me volví a levantar por el abridor para abrir el botellín, volví a mi sitio, me levanté una vez más a buscar el cucharón de servir, que se había quedado olvidado sobre la encimera, y... Adrián, evadido en sus pensamientos, todavía permanecía en el sofá.

—Adrián... La cena... es arroz... —lo informé, casi quejándome.

—Sí, lo siento. Ya voy... —se disculpó soltando el mando contra su voluntad sobre el sofá.

Echó hacia atrás la cabeza buscando alivio y que sus cervicales se quejaran en un débil crujido y, por fin, se levantó.

—Tranquila, no sufras... Es *risotto*, ya no se puede pasar más... —torció una intencionada sonrisa sentándose en el extremo de la mesa rectangular a mi derecha.

—¿Te estás metiendo con mi *risotto*? —lo acusé en una pregunta, cogiendo su plato y sirviéndole una buena cantidad.

—No, para nada, por favor... Cocinas de maravilla, cielo... —llevó su mano izquierda hasta mi pierna derecha y subió hasta acariciar mi muslo por detrás y detenerse en una de mis nalgas, que se encontraban cubiertas por unas livianas braguitas negras—. Aunque también hay otras cosas que haces de maravilla...

Me regaló una bonita y pícara sonrisa. Dejé su plato frente a él y, de un manotazo, aparté divertida su mano de mi trasero.

—Come... o se te enfriará el arroz... —le ordené disimulando otra.

Adrián, como haría un niño bueno y sin rechistar, hizo caso de mis palabras, cogió su cubierto y se llevó una parte del cremoso arroz con *camagrocs*, o sea, trompetas amarillas (unas setas deliciosas), a la boca y, cómo no, se abrasó por dentro.

—¡Oh! ¡Joder, está ardiendo! —intentó decir mientras soplaba hacia afuera con el arroz dando vueltas de un lado al otro.

No pude evitar echarme a reír al ver cómo un ligero humillo se escapaba de entre sus labios separados. Intentó tragar rápidamente para poder dar un largo trago a su cerveza bien fría y me miró con fijación.

—¿O se te enfriará el arroz? —me imitó en una burla.

Me reí aún más, sintiéndome culpable porque se hubiera abrasado, dejé mi plato en mi sitio y me senté en silencio.

—Rápido, cielo, cómetelo que se enfría... —sugirió bromeando con retintín y con una sonrisa en los labios.

Yo cogí una cucharada de arroz, me la acerqué a los labios y soplé con intención de enfriarla mientras me esforzaba por no reírme al mirarlo de reojo. Él me observaba.

—¿Qué? —pregunté ahora riendo de verdad y sintiéndome intimidada.

—¿Por qué no te la metes ya en la boca? —preguntó mirando mi cuchara—. Oh, vaya... Eso ha sonado realmente mal...

Los dos soltamos una carcajada y, poco a poco, y tras soplar unas cuantas veces más, al final nos pudimos terminar el riquísimo arroz con aquellas setitas

de coloración amarillenta que tanto me encantaban. E igual era verdad, y en el fondo... nuestra relación se podría sostener y... no estaba tan mal...

—¿Y tu hermana? ¿También has comido con ella?

—Sí, también estaba... ¿Por?

—¿Le comentaste que Andrés va como loco por verla?

—Sí, se lo dije... Y cito textualmente: «que ya se la podía pelar con la mano e ir sacándose la idea de la cabeza el *pringao*...» —sonreí al recordarla, tan divina y espléndida como ella era, y qué mal hablada era cuando quería la niña.

—Imaginaba que diría eso... —Adrián también torció una sonrisa imaginándosela toda despechada por aquella petición de uno de sus mejores amigos—. Por cierto, mira qué foto de Andrés me ha enviado Javier...

Alargó la mano y alcanzó su teléfono móvil para enseñármela.

—Y, ¿esto? —pregunté con una sonrisa, pero de asombro.

—Es la despedida de soltero a la que fueron hace un par de semanas...

—Vaya... Se le ve muy entregado al chico...

En la pantalla de su *smartphone* aparecía su amigo Andrés sentado en una silla, con una *sexy* y exuberante chica sentada sobre su regazo y con las piernas abiertas de par en par, aguantando por la nuca la cabeza de él remetida entre sus pechos. Ella lucía una peluca de melena corta de color rosa y un diminuto *body* de cuero de color negro, del cual a punto estaban de salirse los pechos por arriba, y rápidamente llamó mi atención un tatuaje en su hombro izquierdo, de un pequeño trébol de cuatro hojas.

—Sí, el pobre se ve que lo está pasando fatal sin poder respirar ahí dentro...

—comentó Adrián, que se reía al ver de nuevo la foto.

Nos levantamos juntos de la mesa para retirar los platos de allí.

—Seguro que ya se ha pillado por la pobre chica... Capaz de haberle pedido ya de volver a verse como ha hecho con mi hermana... —bromeé al saber lo enamorado que era el tierno de Andrés.

—Eso no lo sé... Pero, creen que la *streaker* se lió con el cuñado del novio, que era quien la había contratado... Y el que, por cierto, aseguró haber pagado un pastón por ella...

—Si había pagado un pastón por ella, querría aprovecharla al máximo... —bromeé.

—Sí, eso debió de pensar...

—¿Quieres postre? —pregunté abriendo la nevera.

—No, gracias...

—Pues yo creo que tampoco...

Esa noche, por muy cansado y agotado que Adrián estuviera, en cuanto nos metimos en la cama disfrutamos de un rápido intercambio de fluidos a modo de despedida. Aseguró que hasta el martes iban a ser muchos días sin mí. A ver cómo lo iba a sobrellevar... No quería ni pensarlo.

Nada más entrar en la consulta la cara de mi querida compañera Ana, blanca y delicada como la de una bonita muñeca de porcelana, me recordó la cita que teníamos esa noche. Así de elocuente y expresiva era ella. Silvia salió entonces del box, ya cambiada y preparada para empezar a trabajar, y en cuanto nuestros ojos se encontraron, el gesto de su cara también cambió, se transformó en la mismísima alegría de la huerta. Vi en sus ojos las ganas que tenía de salir y de desmelenarse hasta perder el sentido, el D.N.I. y hasta las bragas a poder ser...

«¡Miedo me dan!», pensé.

Yo creo que ella misma se iba mentalizando, a cada minuto que pasaba, de que esa noche, sí o sí, mojaba porque creo que, después de tantos meses sin hacerlo, tenía tanta hambre que se comería la primera barra de pan que se le cruzara por delante... Y con eso no me estoy refiriendo a ninguna simple *baguette*...

—Chicas, ¿ya sabéis lo que os vais a poner esta noche? —preguntó Ana desde su silla, revelando una enorme emoción en la voz.

Yo me encontraba en mi guarida, cambiándome de ropa con la puerta abierta y escuchándolas hablar.

—Yo sí. Tengo pensado ponerme un vestido de escote *halter* y mis sandalias nuevas de tacón —informó Silvia, entrando al box para confirmar que todo estuviera a punto para atender a nuestro primer paciente.

—¿Y tú, Claudia? —quiso saber la curiosa de Ana.

—Bueno, yo la verdad es que no lo he pensado todavía... Pero supongo que me pondré cualquier cosa... No voy de cacería como otras... —asomé la cabeza por la puerta para ver a la joven en recepción y sonreí.

—Oye, que yo desde hace dos semanas tengo novio... y estoy muy contenta con él... —declaró, como quien compra un artículo y no tiene intención de devolverlo. Ains, esta Anita...

—Sí, sí... lo que tú quieras... —esta vez fue Silvia la que asomó la cabeza interviniendo—. Pero, como esta noche se te ponga a huevo algún macizorro..., a Cristian me parece que le van a dar puerta... ¿Me equivoco?

—¡Claro que te equivocas! —casi se indignó.

Yo sola me reía al escucharlas. Me recogí el pelo en una cola y salí a recepción.

—Esta noche ya se me puede cruzar por delante Brad Pitt o Ryan Gosling..., que no van a conseguir nada conmigo... —Creo que ni ella se creyó sus propias palabras.

Silvia, como yo, la fulminó con una mirada acusadora.

—¡Pero qué mentirosa eres!

Ana no dijo nada al respecto ni desmintió aquella acusación, se aguantó una risa y se mordió el labio inferior, creo que dándole la razón. Y es que nosotras, después de cuatro años ya, conocíamos su punto débil.

Terminaba de comer yo sola en el piso. Últimamente, esos ratos de soledad me acompañaban demasiado a menudo y más de lo que los necesitaba. Adrián y yo nos habíamos despedido antes de ir a trabajar porque antes de mediodía él y el hermano de Javier, un tal Tomás creo que me dijo, ponían rumbo a Toulouse. Y hasta el martes, me sentía soltera y sin compromiso. Pero aquello no era así. Por descontado que no era así... Que no se me olvidara. Seguía estando comprometida con aquel hombre de ojos azules al que tanto le encantaba y le atraía el sexo, y que poco más me proporcionaba... Y ahora, mientras rebuscaba en el fondo del vestidor algo que ponerme esa noche para salir con las chicas (y estar más o menos a su altura, aunque hubiera reconocido que yo no salía de cacería), me di cuenta de que había conseguido olvidar a Hugo durante casi un día entero. Casi me felicité a mí misma por aquello, y mi subconsciente, orgulloso, daba saltos de alegría en el aire mientras aplaudía. Y pensé en que, igual, si me esforzaba, si me esforzaba mucho, muy mucho, vale (lo sé)..., pero que si me esforzaba... su recuerdo quedaría tan solo en eso, en una lejana estela que pasó sin más..., y podría volver a mi aparentemente feliz vida con Adrián de hacía unas semanas.

—¿Y yo qué narices me pongo esta noche? —me pregunté en voz alta mientras pasaba y pasaba perchas de un lado al otro de la barra sin saber qué escoger y sin ver nada que llamara mi atención—. A ver esto... —Cogí una de la cual colgaba una blusa de flores para verla mejor—. Huy, esto... esto no... Por favor, qué horrorosa es... ¿por qué seguiré teniéndola? —pregunté como si alguien me fuera a dar una contestación—. Espera, a ver esto... —descolgué otra percha de madera para ojear lo que había debajo de lo que parecía un vestido

negro—. No, esto no... Demasiado tapada...

Y es que, no sé por qué, pero, aunque las mujeres digamos «No, si yo me pondré cualquier cosa...», luego terminamos tres horas delante del armario buscando el mejor modelito que tengamos como si fuéramos a una puñetera boda a lucir palmito. Supongo que está en la naturaleza de la mujer: llevamos en el instinto querer despertar el interés del macho alfa para que nos corteje, aunque sepamos perfectamente que está perdiendo el tiempo y que no tiene nada que hacer. ¡Pero qué le vamos a hacer! Así de malas somos.

—A ver... —Algo llamó mi atención—. ¿Y esto? —me pregunté ahora con gran interés.

Descolgué una de las perchas de las que tenía apartadas en un lateral, como si aquellas prendas no fueran de uso cotidiano, y saqué un sencillo vestido de tirante ancho, escote cuadrado y largo hasta las rodillas de color amarillo, pero un bonito amarillo, no uno de esos «chonis color canario, sino más bien un elegante color azafrán, que recordaba que me sentaba como un guante de bien.

—Mmm... No me acordaba de ti... —Lo puse sobre mi cuerpo mientras me ojeaba en el espejo—. Vaya... Sí... Este sí... Puede que tú seas el elegido...

Lo miré y miré por delante y por detrás varias veces incluso, buscando alguna arruga o alguna mancha que me estropeará la idea, y pensé en acompañarlo con unas sandalias de tiras sujetas al tobillo, altas y con plataforma, que además combinaban a la perfección y eran exageradas de cómodas.

—Sí... Puede estar bien... Cómoda, arreglada, pero informal, justo lo que estaba buscando.

Y estaba claro que aquel sencillo vestido de algodón y elastina, que se ajustaba a mi cuerpo como una segunda piel, iba a realzar mi bronceado y mi melena morena.

—Perfecto...

Parecía que ya teníamos un ganador. Ahora sí que comenzaba a estar ansiosa por salir.

Capítulo 27

Eran las once menos cuarto de la noche y el telefonillo de mi piso sonó ansioso tres veces. Tras salir esa tarde de trabajar, fui directa a casa, puse música para ahuyentar mis penas, llené la bañera con una buena capa de espuma y sales de baño para que mi piel quedara suave al tacto y me dediqué dos horas íntegra y exclusivamente a mí... Ahora me encontraba completamente depilada, con la piel aterciopelada como si fuera un dulce melocotón al que dan ganas de morder, maquillada con un efecto *smoking* en los ojos y con mi insinuante vestido de color azafrán, preparada para salir por la puerta. Y, si os confieso un secreto, al final me había emperifollado casi tanto como un putón verbenero, pero con clase, ¿eh?

Y gracias que me iba a poner cualquier cosa que, si no, miedo me habría dado a mí misma. Cualquiera diría (las envidiosas, claro está) que iba preparada en busca de alguna presa, porque eso mismo declararon mis queridas compañeras cuando pasaron a recogerme y me subí en el asiento trasero del coche de Silvia. Envidiosas...

—¡Pero por favor, Claudia! ¿Qué coño te has echado para oler así de bien?

Ana, que también estaba tremendamente *sexy* con un *top* palabra de honor color vino, y unos apretadísimos tejanos negros tobilleros con altas sandalias de tacón fino, se giró en su asiento para contemplarme.

—Bueno, llevo mi perfume de siempre...

—Pues no sé, chica... pero me dan ganas de pasarme ahí detrás contigo y lamerte entera de arriba a abajo...

—¡Dios, qué viciosa eres! —la acusé riendo de verdad.

—Por favor, callaos, que una está muy necesitada y ya me da lo mismo carne que pescado... —bromeó Silvia, poniendo el intermitente para incorporarse de nuevo al tráfico.

Ahora sí que nos reímos con ganas las tres, y me quedé mirando el bonito e insinuante vestido azul eléctrico que lucía Silvia, con escote *halter*, que dejaba deliberadamente a la vista, casi tanto como yo, sus voluminosos pechos sin

sujetador. Pero, a diferencia de Ana y de mí, que llevábamos el pelo suelto, ella llevaba un semi recogido que dejaba parte de su cuello al descubierto.

—Bueno, ¿entonces a dónde vamos? —pregunté acomodándome en el asiento.

—Vamos a Begur, nena...

—Sí, lo sé... Pero pregunto a dónde de Begur...

—Ah, no lo sé... No sé por donde queda, me han dado la dirección y la he puesto en el GPS...

—¡Oh! Está bien eso... Tres mujeres guapas a la deriva... —bromeé.

Silvia me miró por el retrovisor interior.

—Claro que sí... ¿Qué más da si a ti hasta el martes no te espera nadie?

«¡Bingo!».

—Pues también es verdad... —reconocí, pensando en que, si pillaba un buen pedo, no tendría que dar explicaciones.

—Además, el lunes es fiesta y eso significa que tenemos tres días para recuperarnos de la resaca... —recordó Ana levantando los brazos y rozando con los puños cerrados el techo del coche.

Subió el volumen de la música casi al máximo y se puso a cantar a grito *pelao*; bueno, nos pusimos a cantar a grito *pelao*, como tres posesas *despechugás*, la canción de *Mother Fucker* de Maroon 5, que sonaba en ese momento. Teníamos que ir calentando motores y músculos para no provocarnos un tirón con todo lo que nos íbamos a menear dentro de un rato... Estaba claro que Begur iba a temblar esa noche. La íbamos a recordar, pero... una más que las otras.

Cincuenta minutos más tarde aparcábamos en el *parking* Sot d'en Ferrer, en el encantador pueblecito de Begur, uno de los lugares más preciosos de la Costa Brava. Quedó claro que íbamos deseosas de fiesta cuando Ana se bajó del coche, todavía encendido, y se puso a bailar en el mismo *parking* sin reparos ni miramientos la canción que sonaba entonces dentro, pero, acto seguido, Silvia apagó el motor cortándole el rollo y un rotundo silencio nos rodeó.

—Dios mío, no te quiero ver con dos copas de más... —confesé a Ana, mirándola y negando con la cabeza.

Silvia se bajó del coche, lo cerró y puso los brazos en jarras.

—Bueno, y ahora, ¿qué? —quiso saber.

Ana y yo la miramos, miramos a nuestro alrededor y nos dimos cuenta de que estábamos igual de perdidas que ella.

—Pues... no lo sé... —reconoció la joven con una sonrisa en los labios.

—Bueno, podemos preguntar a alguien...

Miramos a nuestro alrededor de nuevo, y ni un alma andaba por allí. Éramos las únicas que estábamos entre aquellas plazas de aparcamiento con un buen número de vehículos ocupándolas bajo multitud de árboles verdes.

—Pues... creo que no... —Silvia nos miró e hizo una mueca con la cara.

—Esperad, llamaré a mi amigo y le preguntaré cómo se llega al sitio...

—Y, ¿por qué no ponemos la dirección en el buscador? —sugerí metiendo la mano en el bolso para coger mi teléfono.

—No, si no pasa nada... Así hablo con él... —Silvia y yo pusimos cara de circunstancias. Le gustaba más hablar con los hombres que a un tonto un lápiz.

Ana se adelantó en sacar el suyo, buscó en su lista de contactos y, en pocos segundos, se puso a hablar. Gracias a las concisas explicaciones de Víctor, que así era como se llamaba al amigo, en unos minutos caminando estábamos delante de la puerta de un pequeño y oscuro *pub*, cómo no..., a reventar de gente. Vamos, un *pub* como cualquier otro de Gerona, en el que también podríamos haber bailado y habernos emborrachado sin necesidad de conducir casi una hora hasta allí.

—Bueno, pues... esto es todo... —señaló Ana mostrando el lugar con las manos después de que hubiéramos dado un rápido vistazo al sitio—. ¡Tachán!

—Y, ¿este es el pub que tanto lo está petando? —pregunté dudando y sin mucho entusiasmo.

—Sí, parece que es el lugar de moda y a donde todo el mundo quiere venir...

—Ah... —asintió Silvia con la cabeza cuestionando aquello.

Nos quedamos de pie a unos metros de la barra bajo unas luces de neón que iban y venían alumbrando fugazmente nuestros rostros y de quienes nos rodeaban. Sonaban canciones de todos los estilos, supongo, para que hubiera de todos los gustos y que nadie se quedara sin bailar, porque todo el mundo bailaba o fingía que lo hacía, menos unos cuantos privilegiados que se acomodaban al fondo, como en un apartado donde unos sillones de tres plazas de cuero negro llenaban el rincón. Y lo que yo creo es que ahí no sabían qué meter y algún iluminado pensó: «Vamos a poner algo para que se puedan sentar los más carcas...». Y acertaron. Siete u ocho personas, algo más purretas que los demás, con menos entusiasmo en el cuerpo que nosotras, que ya es decir, habían conquistado la zona.

—¿Qué vais a querer tomar? —preguntó Silvia.

Nos acercamos a uno de los extremos de la pequeña barra, donde dos camareras, que lo siento, pero más que camareras parecían dos travestis (sin ofender a nadie, que no tengo nada contra ellos) por el exceso de pintura que llevaban encima y con el pelo lacado a más no poder, volaban de un lado al otro.

—Un ron con cola, por favor... —pidió Ana.

—Que sean dos...

—¿Y tú? —preguntó a Silvia uno de los traves... digo, una de las camareras.

—Yo, un *gintonic*, por favor...

Nos dio la espalda para coger las botellas de la repleta estantería que quedaban en alto y, en un par de minutos, teníamos delante lo que habíamos pedido. Muy eficaz la chica, sí señor, si es que se le veía que tenía cualidades. Nos volvimos al metro cuadrado del que nos habíamos adueñado al entrar y, sin pensarlo mucho, nos pusimos a bailar una de las canciones de *reggaetón* que sonaba en ese momento.

—¡Oh, Dios mío! ¡Me encanta esta canción! —gritó Ana con una copa de balón en la mano.

Y, sí, sé lo que estaréis pensando: ¿un ron con cola en copa de balón? Pues sí, eso mismo pensamos nosotras en cuanto nos las pusieron delante. Pero supongo que en algún sitio debía de estar la diferencia de aquel lugar y los demás. Supongo que, después de pagar veinticinco castañas por entrar allí, ¡veinticinco eurazos!, la gente esperaba exclusividad. Digo yo.

—¡Pues a mí no, fíjate! —gritó Silvia para que la oyéramos, quieta y tiesa como el palo de una escoba, delante de nosotras mientras sorbía de su pajita fluorescente.

Y sí, pajitas fluorescentes..., también lo habéis oído bien. Aquello era en lo único que habían acertado porque molaba un huevo ver a todo el mundo con las pajitas luminiscentes metidas en la boca pululando por allí.

—Bueno... No está mal... —comenté, pensando una vez más en que, si lo llego a saber, me habría negado en rotundo a venir hasta ahí, o, mejor, me habría quedado en casa, acompañada por una pizza congelada, una enorme tarrina de helado *cheesecake* y la película de *Dirty Dancing*.

Comenzó a salir un buen repertorio de canciones bailongas, y con eso quiero decir canciones de esas que más que bailar, parece que estés hipnotizando a algún marajá con la danza del vientre. Bueno, para que nos entendamos, canciones de las que aprovechamos las mujeres para sacar lo mejor y más cerdo de nosotras en cuestión de seducción, y de las que a los hombre les hace tener

taquicardias cuando nos ven menear el culo y mover las caderas al son.

—¿Ves? Esta canción sí que me gusta... —aseguró Silvia, bailando con movimientos lascivos. O, lo que viene a ser vulgarmente, un buen perreo.

—Mmm... Pues parece que ya te han echado el ojo...

Silvia miró en la misma dirección en que Ana lo hacía y se encontró con unos ojos, no os puedo decir muy bien de qué color eran, de un chico alto y rubio que la observaba con atención.

—Vamos, Ana, no me jodas... —se quejó esta—. ¿Pero es que no has visto la camisa que lleva? —preguntó al borde de la indignación—. ¡Qué cutre el tío! Parece que se la haya robado del armario a su padre...

Las tres nos echamos a reír.

—Tú sigue así y no te comerás un rosco... —aseguró la pequeña de las tres.

—¿Qué más da la camisa? —pregunté yo antes de sorber de mi pajita fluorescente—. Debajo de la camisa hay carne, que es precisamente lo que tú buscas...

Las dos me miraron, Silvia más indignada que Ana, si cabía, y se volvieron a girar para estudiar el terreno en silencio: una, porque tenía hambre y buscaba una barra que llevarse a la boca, y Ana... pues Ana porque ponía de excusa que lo hacía por su compañera, que ya le venía bien.

—Mira, ¿y aquel? —sugerí cogiéndola por el brazo para que mirara hacia la barra, donde un grupito de chicos, que a lo lejos parecían monos (aunque eso nunca se sabe), bebían entre risas.

Silvia los estudió. Ana, por descontado, hizo lo mismo y supongo que debieron ser nuestras miradas acosadoras las que surgieron efecto porque un chico alto, fuerte y con el pelo negro nos devolvió la mirada, reparando descaradamente en nosotras.

—Parece que está muy bueno, pero no lo tengo claro con esta luz...

¡Qué verdad tan grande!, porque con tanta gente por el medio, que dificultaba la visión, y con aquella ligera oscuridad que, hasta que no lo tenías encima, no veías un carajo, no se podía apreciar lo rico que estaba el bombón.

—¿Por qué no te acercas a comprobarlo?

Silvia clavó la mirada en su joven compañera queriendo asegurarse de que no lo había sugerido de verdad, como si estuviera escandalizada.

—¿Quién? ¿Yo?

—Sí, claro, tú... ¿Quién, si no? Claudia está prometida y yo tengo novio... La única que busca maromo esta noche eres tú...

Silvia se volvió de nuevo hacia la barra para observar por segunda vez al chico, que no pintaba nada mal. Parecía que él, aunque quisiera disimular (o no), también ojeaba hacia nosotras de vez en cuando.

—No, no soy ninguna buscona... Si quiere algo, que venga él... —concluyó al final, toda digna ella.

Ana y yo rompimos a reír al darnos cuenta de que esa noche se quedaba sin mojar otro mes más. Tuvimos que llevarnos la mano derecha a la entrepierna porque, del esfuerzo, nos meábamos porque, aunque no os lo haya dicho, llevábamos ya hora y media bailando y bebiendo sin parar. Así, como si nada, como quien no quiere la cosa. Y nos encontrábamos en que ya eran casi las dos de la madrugada y ni Silvia había encontrado una barra de pan que comerse, ni nos habíamos movido de aquel lugar. Además, seguíamos en el mismo sitio que cuando llegamos, solo que conseguimos adueñarnos de medio metro cuadrado más a base de culazos y caderazos.

—¿Tú no eras la que decía que hoy no se iba a casa sin follar?! —gritó Ana, más que achispada, apretando las piernas para no orinarse.

Silvia la miró, torció una sonrisa de simpática borracha y la cogió de la mano.

—Ven, ¿quieres ver cómo follo esta noche?

Tiró de ella con idea de meterla en los lavabos. Yo me moría de la risa de verlas actuar y Ana, en cuanto se dio cuenta de la broma, soltó una carcajada mayor.

—¡Ay, Dios mío! ¡Creo que me he meado! —confesaba.

Vaya circo.

—Aunque vaya mierda de polvo... —bromeó Silvia riendo y apoyándose contra la pared—. Lo único que vibra es mi móvil y no pienso meterlo aquí dentro.

Se acercó a la joven y alargó la mano con idea de tocarle sus partes pudendas, pero la otra fue más rápida y se cubrió. Y Silvia, más contenta que un irlandés en el día de *Saint Patrick*, y sin quedarse conforme, vino por mí metiendo su mano bajo mi vestido, a punto estuvo de rozar mi entrepierna y todo.

—¡Silvia! ¡Para! —grité y exigí entre risas— ¡Para, joder! ¡Serás guarra!

Dimos un par de vueltas sobre nuestros pies mientras tiraba de mi vestido hacia abajo y Silvia, intentando meter la mano, tiraba de él hacia arriba mientras Ana, la loca, la vitoreaba.

—¡Vamos, fóllatela! —gritó a nuestro lado sin poder aguantarse de la risa por el cirio que estábamos montando—. ¡Fóllatela!

El sitio no había resultado lo esperado ni gran cosa, pero nosotras mismas nos estábamos montando la fiesta sin que nos importara lo que pudieran pensar hasta que, en una de las vueltas, medio encorvadas y medio enganchadas con brazos y piernas, chocamos con el trasero contra alguien que miraba atento detrás.

—¡Ups! —exclamé yo.

—¡Mierda! —soltó Silvia, todavía encorvada.

Nos erguimos rápidamente, nos colocamos en su sitio los vestidos y nos quitamos la maraña de pelos de la cara intentando aparentar ser chicas normales. Precisamente, lo que ahora mismo menos parecíamos.

—Me encanta la forma que tenéis de divertirlos, chicas... —Tenía una bonita y seductora sonrisa.

Se quedó mirándome con atención y, con cara de verdadero asombro, preguntó:

—¿Claudia?

Aquella frase me despertó. Fue como cuando tu cuarto está a oscuras y tu querida madre levanta con energía la persiana de buena mañana para dejar entrar la luz del sol. Vamos, que me quedé descolocada. Pero afiné bien la vista y, entonces, me di cuenta de quién narices era.

—¿Lucas?

«¡No puede ser!», pensé.

Aquel guapísimo chico moreno de casi dos metros de estatura y anchas espaldas se reía sin poder creerse lo que estaban viendo sus preciosos ojos azules.

—No podía ser otra la que estuviera montando este circo...

Y en ese momento no sentí vergüenza, no qué va, sentí lo siguiente... Habría pagado por desaparecer de allí, aunque solo fueran los míseros quince euros que me quedaban en el monedero.

—Madre mía, no me lo puedo creer... —Fui recuperando poco a poco la compostura, y la dignidad, por qué no decirlo, y entonces le saludé—. ¡Qué sorpresa!

Se acercó y me abrazó con verdadero cariño, casi levantándose del suelo. Mis dos compañeras me miraron sin entender la situación, y creo que pensando en que yo era la mayor zorra con suerte que había en este mundo por tener

aquella clase de amigos que, a cual mejor. Aunque a ninguno de los dos me los había beneficiado, que conste en acta, por favor.

—Llevo rato mirando hacia aquí, pero no te había reconocido... —confesó.

Lucas, como buen seductor y rompecorazones que era, dejó ver una exclusiva sonrisa a mi compañera Silvia, que lo miraba alelada.

—Ni yo tampoco te había reconocido... Y eso que le he dicho a mi amiga: «Mira aquel tío que bueno está...» —se me escapó sin querer.

«¡Bocazas!», me dije.

—¿Ah, sí? ¿Eso le has dicho? —preguntó insinuante.

Se acercó aún más a mí y rodeó mi cintura con su brazo. Reparé en su fuerza: era duro como una piedra. Acto seguido, repasó el cuerpo de Silvia de arriba a abajo con descaro con una sugerente mirada.

—Si queréis, podemos pasárnoslo muy bien los tres... o los cuatro... Tengo para todas... —incluyó a mi otra compañera en el *pack*.

Eché un vistazo a Ana, que estaba igual de embobadita por la repentina aparición de aquel Adonis.

—Por mí, bien... —me pareció que decía esta sin quitarle el ojo de encima.

—Eh, eh... Para el carro, guapo... no te hagas ilusiones... —lo frené yo con una sonrisa de incredulidad.

No podía ser verdad. Lucas no podía tener la cara tan dura. Me deshice de su brazo lleno de músculos y entonces me di cuenta de que su cuerpo estaba lánguido. Lucas estaba igual, o casi más, ebrio que nosotras.

—¿Por qué? —preguntó con gran desilusión—. Hace un rato que lo estabais pasando genial vosotras solas... No entiendo por qué no me puedo unir...

Aunque, por suerte, la escasa luz del lugar no me delató, aquel comentario consiguió ruborizarme. ¿Se habría pensado Lucas que Silvia y yo nos íbamos a enrollar?

—Porque tres... son multitud... —intervino ahora esta.

Lucas la miró con mucho detenimiento y poco le faltó para no comérsela allí mismo delante de todos. Y, la verdad, conociéndolo como lo conocía, no sé si aquello era buena idea... Ella podría pillarse por él y el muy capullo, en una versión masculina de mi hermana, rápido huiría por donde había venido. Aunque, luego, si lo pensaba bien, qué más daba si echaban un polvo tonto y le daba una alegría.

—¿Sí?, ¿eso crees? —se acercó a ella, se llevó una mano al bolsillo con aire chulesco y repasó su labio inferior con el pulgar de la otra mano en plan chico

Martini—. Pues, si quieres, me encantaría presentarte a alguien para poder jugar juntos...

«¡Toma ya!».

Dios mío, Lucas en acción... Esto sí que no tenía desperdicio. Aquella proposición indecente creo que consiguió encendernos a la de ya a Ana, a Silvia y hasta a mí. Maldito amigo mío.

—¡Lucas! ¿Qué pasa, tío? ¿Por qué narices tardas tanto?

Todos nos giramos al escuchar una voz detrás, esa voz que me encogió el estómago y me agitó el corazón hasta casi conseguir que se me detuviera al retener un suspiro. Y nada más vernos...

Capítulo 28

—Claudia... —creo que pronunció mi nombre en un susurro.

Con el volumen de la música a tantos decibelios no lo pude escuchar, pero lo pude leer en sus labios cuando me quedé anonadada mirando su boca, aquella deliciosa boca que hacía unos días me buscaba con desespero. Y parecía que, de nuevo, al destino... se le antojaba jugar con nosotros.

«Hugo».

Su nombre resonó en mi cabeza mientras intentaba coger aire para llenar mis pulmones. Su repentina aparición me dejó paralizada. Pero entonces la voz de Lucas intervino rompiendo el hechizo y ayudándome a reaccionar.

—Mira a quien me he encontrado por aquí...

Este pasó con confianza su brazo sobre mis hombros, y me atrajo hacia él.

—¿A que no te la esperabas? —preguntó mirando a su primo y torciendo una sonrisa de complicidad.

Hugo metió las manos en los bolsillos de sus chinos de color crema, el que tan bien combinaba con su entallada camisa azul celeste, y bajó un segundo la mirada al suelo.

—No... No me la esperaba... —reconoció.

Nos miramos de nuevo en silencio con todo el ruido de fondo y con toda aquella gente a nuestro alrededor revoloteando y, aun así, podía escuchar su corazón latir por mí.

—¿Este es tu amigo, el que estaba tan bueno? —se aventuró a preguntar la puñetera de Silvia después de repasarlo con la mirada.

Ana ya le llevaba camino y era la tercera vez que sus ojos lo desnudaban lujuriosa. Y, ay Dios mío, apiádate de Cristian.

—Sí, este mismo es... —respondió Ana por mí.

Y parece que escuchar aquello fue lo único que le arrancó una sonrisa. Me mordí el labio nerviosa, inquieta y deseosa, y me giré a mirar a Lucas al escucharlo hablar.

—Vaya, veo que estás teniendo más protagonismo que yo y eso no lo puedo

permitir...

Todos sonreímos con las palabras de su primo, que seguidamente me soltó y se colocó, como quien no quiere la cosa, entre mis dos compañeras con intención. Este sí que sabía lo que se hacía.

—Y, decidme, ¿qué tenéis pensado hacer? —quiso saber, más interesado en una que en la otra.

Silvia hasta creo que se ruborizó al darse cuenta que estaba a un paso de comerse a aquel bombón. Lo pude leer en su mirada, me lo dijo su gesto. Bajó la mirada al suelo para luego:

—No lo sé, ¿qué tienes pensado hacer tú? —ahí estaba mi leona.

Esa mirada al suelo solo era una táctica para derretirlo cuando la volviera a elevar, pestañeando y haciendo ojitos. Y lo consiguió.

—No lo sé, estaba esperando a que tú me lo dijeras...

«¡Cling! ¡Cling! ¡Cling! ¡Ya tenemos polvo, señores! ¡Repito! ¡Ya tenemos polvo!».

Creo que todos supimos cómo iban a terminar la noche aquellos dos, y no iba a ser vestidos... y por un lado hasta me alegré. Para que se fuera con un capullo, que se fuera con un capullo al que conocía. Como diría mi madre, por lo menos sé que viene de buena familia.

—¿Qué os parece si tomamos una copa juntos? —sugirió Ana mirando a todos con alegría.

—Sí, llamemos a Juan y a Pedro, y juntémonos... —propuso también Lucas, más que alegre.

«¿Juan y Pedro?».

Vaya, por lo visto no estaban solos: dos amigos más los acompañaban. Y por un momento pensé en que gracias a que ninguna de esas personas era Alexia porque ahora mismo era a la última petarda, digo persona, a la que me apetecía ver. Hugo echó un rápido y desinteresado vistazo a todos, y finalmente reparó en mí.

—Bueno, no sé si será buena idea... Seguro que ellas ya tienen sus planes... e... igual ya están acompañadas...

Sé que aquello iba por mí, era su forma de preguntar si Adrián estaba conmigo, me había dado cuenta, pero mi prometido se encontraba a muchísimos kilómetros de ahí haciendo vete tú a saber qué...

—No, solo estamos nosotras tres... Hemos venido a bailar y a emborracharnos hasta que no podamos más con nuestros cuerpos... —les

informó con una achispada risilla mi joven compañera.

—Oh, vaya... Eso me recuerda que nosotros hemos venido a lo mismo... Solo que, aunque este de aquí —Lucas señaló con un gesto de cabeza a Hugo— no lo quiera llamar así, estamos celebrando su despedida de soltero...

Nuestras miradas impactaron como un misil que lo destruye todo a su paso, y en nuestros ojos se reflejó el mismo dolor. Vi cómo su mandíbula se tensaba y apretaba los puños en un reflejo dentro de sus bolsillos, y no sé si, como a mí, el estómago se le giró, pero sentí que todo el alcohol que había ingerido durante la noche amenazaba ahora con salirse de repente.

—Disculpad, tengo que ir al baño...

Huí dejándolos a todos allí con la ignorancia y el alcohol nublando sus mentes, menos a uno.

—Claudia, espera...

Hugo vino tras de mí pero, antes de que pudiera alcanzarme, conseguí meterme en el baño de mujeres aguantando una arcada, y por qué no decirlo, un desgarrador sollozo. Menos mal que la tapa ya estaba levantada y tenía media faena hecha, porque no había cosa que me diera más asco que tener que andar tocando con las manos el váter de los baños públicos. Me recogí el pelo con una mano como pude y me asomé al interior de aquel retrete para escupir dentro, y menos mal que también parecía limpio que, si no, el simple hilillo de babas y el escupitajo que dejé caer se hubieran convertido en algo más que eso. Lo sé.

—Joder... —me quejé.

Respiraba con dificultad, me sentía fatigada. Y maldije mi suerte un millón de veces. Sería que no había *pubs* y bares de copas en Gerona que teníamos que conducir casi una hora hasta allí para encontrarme con el hombre que esperaba fuera, ansioso por entrar a comprobar que no me desquebrajaba y me rompía por dentro... Pero las cinco hienas que esperaban su turno se lo hubieran comido nada más poner un pie en los aseos.

«¿De verdad nos teníamos que encontrar aquí? ¿De verdad? ¡Putas casualidad!», pensé cuando me fui recuperando.

—Vale, ya está, ya está...

Me recompuse con mucho esfuerzo, regulé mi respiración haciendo unos ejercicios que Sofía me había enseñado hacía unos años (que ahora no recuerdo a santo de qué), y poco a poco volví a ser yo para, dos minutos después, salir del váter temiéndome que alguna loba me arañara la cara por estar allí dentro más tiempo del estipulado privándole de mear, cambiarse el tampax, echar un rápido

polvo como una que yo me sé..., o hasta meterse una asquerosa raya. Me lavé las manos y me miré en el largo espejo que abarcaba a las cuatro picas de acero inoxidable, el cual deslucía salpicado por millones de gotas de agua, y vi que, a pesar de toda la noche y de todo lo sucedido, seguía teniendo bastante buen aspecto. Aunque parezca mentira, parte del maquillaje se mantenía en su sitio y el puntito de embriaguez que llevaba conseguían que mi rostro aparentara, sorprendentemente, estar vivo. Lástima que mi corazón no se sintiera igual.

—Claudia, ¿cómo estás? —Hugo se abalanzó sobre mí en cuanto puse un pie fuera.

Como ya me temía, había estado esperando todo ese rato. Me cogió por la muñeca y tiró de mí para pegar nuestros cuerpos contra la pared, arrinconándome donde la luz de los tubos fluorescentes reflejaba para poder verme mejor. Y su gesto, pero, sobre todo, su forma de arrastrar las palabras me aseguró que iba incluso más bebido que yo, además de su aliento etílico.

—Hugo, déjame... Estoy bien... —asegué y mentí utilizando las mismas palabras.

—No, no estás bien, lo sé... No me mientas...

Aunque el aire que emanaba de sus pulmones supiera a alcohol, sus labios daban ganas de saborearlos del mismo modo que si fuera una sabrosa picota, de morderlos hasta hacerlos gritar de placer. Su cuerpo daba ganas de arañarlo y profanar hasta el último rincón de él, y sus ojos, aquellos hermosos ojos de color pardo que ahora me devoraban en silencio, con la luz reflejándose en las pupilas, me atraían sin remedio y sin poder decir que no de la misma forma que harían con una pequeña e indefensa polilla. Los observé con fijación queriéndome perder en ellos.

—Déjame salir, por favor... —le rogué sin fuerzas.

Apretó los dientes y, para mi sorpresa, resignado y sin rechistar, se apartó lo justo de mí para que pudiera escapar... Sabía perfecta y dolorosamente que yo no era de su propiedad. Que no podía retenerme.

—Gracias...

Separé mi cuerpo del suyo y me perdí otra vez entre la multitud de la gente, llegando hasta donde debían de estar mis compañeras, porque seguían estando en el mismo lugar, solo que acompañadas por Lucas y dos chicos más que, de forma inesperada, se habían unido a la fiesta.

—Vaya, mira quién aparece por aquí...

Ana me abrazó sin que me diera tiempo a reaccionar y los demás se giraron a

contemplar aquel abrazo.

—¿Dónde estabas? —preguntó Silvia arrugando el ceño.

—Oh, he ido al baño... —fingí tan mal que no pasaba nada, haciendo una mueca con la boca incluso, pero cegada por el alcohol como estaba y por lo que Lucas despertaba en ella con su tremendo poder de atracción, no lo supo ver.

Mis amigas sonrieron, imaginando seguro que mi visita al baño había sido para vaciar la vejiga y darle un respiro después de unas cuantas copas seguidas, pero nada más lejos de la realidad.

—Mira, Claudia, te presento a Juan y a Pedro...

Dos chicos muy simpáticos me dieron dos besos invadiendo mi espacio y desprendiendo un importante tufo a alcohol.

«Vaya..., estos dos han arrasado con todas las existencias...», pensé.

—Encantada...

—Por cierto, ¿dónde se ha metido Hugo? —preguntó ahora su primo mirando en mi dirección, intuyendo que habíamos estado juntos durante todos esos minutos—. Hace rato que no lo veo...

Y, justo cuando iba a responder inventándome una milonga (últimamente estaba abusando demasiado de aquel defecto y sé con certeza que lo iba a pagar con creces), lo vi apoyado en la barra con un vaso de cristal cuadrado en la mano, vaciando en su garganta de un trago el líquido que contenía.

—En la barra... —avisé, dejando escapar un suspiro de inquietud. Sabía a dónde lo iba a llevar aquello.

Todos miraron hacia allí, y todos comprobamos cómo una de las camareras volvía a servirle otra ronda, él levantaba el vaso con un rápido movimiento y de nuevo aquel licor oscuro, que debía de ser *whisky*, desaparecía en su garganta.

—Vaya, parece que lo de celebrar su despedida se lo ha tomado en serio... —bromeó el tal Juan, ignorando el verdadero motivo que lo había arrastrado hasta allí.

—Creo que será mejor que nos acerquemos... Ya ha bebido mucho esta noche... —reconoció ahora su otro amigo, Pedro.

Pero para entonces yo ya estaba a dos pasos de él.

—¿Que estás haciendo? —la emprendí contra él arrebatándole el vaso de las manos.

Hugo me miró sorprendido para, después, echarse a reír con carácter burlesco.

—Se llama beber... y pienso seguir haciéndolo hasta que consiga olvidarte...

Así que dame el vaso porque tengo mucha faena... —exigió arrastrando las palabras con dificultad.

Estiró el brazo con idea de quitármelo pero se lo impedí echándome hacia atrás.

—No puedes beber más, Hugo, ya vas muy bebido...

Mis palabras le hicieron aún más gracia y soltó una carcajada, y justo cuando fue a añadir algo, alguna graciosa y perspicaz frase de borracho supongo, su primo Lucas se colocó frente a él captando toda su atención.

—Eh, primo... ¿No crees que ya has bebido bastante por hoy?

Hugo ladeó la cabeza para verlo y creo que todos nos dimos cuenta de que la vista se le perdió en el camino.

—¡Lucas! Mira, ven... Vamos a pedir otra ronda... ¡Camareeeeerraaa!

Lucas me miró antes de coger la cara de su primo con una mano, obligándolo a fijar la vista en él.

—No, Hugo, hoy ya no se bebe más...

—¿No? ¿Por qué no? Es mi despedida de soltero... Huy, lo siento... —se tapó la boca como si hubiese dicho algo que no debía.

Ahora los ojos de Hugo buscaron y regresaron a los míos, aunque no me vieron y fue entonces cuando me di cuenta de que, si no lo sacábamos pronto de allí, aquello no terminaría bien.

—Creo que hay que sacarlo... Debería darle el aire...

Lucas asintió, ojeó a los demás que aprobaron conformes la idea y, pasando el brazo de Hugo por sus hombros con intención de cargarlo, intentó separarlo de la barra, a la cual parecía que lo hubieran pegado con un potente velcro.

—Vamos, campeón... Hay que salir de aquí...

—¿Qué? ¡No! ¿Por qué? —se negó en rotundo, intentando deshacerse de los brazos y las manos que lo sostenían y lo agarraban.

Su amigo Pedro se colocó en el otro lado para ayudarlo.

—Vamos a que te dé un rato el aire, ¿vale, amigo?

—¡No! ¡Yo no quiero aire! ¡A la mierda el aire! —Se empezó a revolver de verdad—. ¡Yo solo quiero una puta botella de Jack Daniel's y a Claud...!

—¡Hugo! —grité, cogiéndolo por sorpresa y con firmeza, con las dos manos por su bonito rostro para evitar que siguiera hablando. Todos me contemplaron atentos y desconcertados—. Vamos a salir a la calle para que te dé el puñetero aire... Y punto. Te vas a callar, te vas a portar bien y vas a dejar de dar por culo... ¿Estamos? Y, en cuanto sepas quién eres y cómo te llamas..., tu primo y

tus amigos te llevaran a casa y te meterás en la jodida cama a dormir la mona hasta mañana... ¿Me has entendido? —sonó tan sólida mi petición que no tuvo narices de rechistar para suerte de todos.

Nadie dijo ni añadió nada al respecto. Creo que cada uno de ellos se dio cuenta en ese momento de que lo último que me apetecía era seguir viendo a Hugo así, con la mente nublada y la mirada perdida intentando ahogar las penas en alcohol, sin llegar a quererme menos. La borrachera se me pasó de repente del cabreo que pillé. Y creo que, hasta Hugo, que ahora mismo no era capaz ni de contar cuántos dedos tenía en una mano, percibió que en ese momento no estaba para aguantar monsergas. Me sostuvo durante unos segundos la mirada, con bastante dificultad vamos a decir, y, de un rápido y violento movimiento, se deshizo de las manos que lo sujetaban, se puso la camisa en su sitio como si todavía le quedara algo de dignidad y caminó él solito hacia la calle delante de nosotros y abriendo camino, en silencio. Conseguimos salir de allí.

—Vaya, veo que sigues teniendo el mismo efecto en él que cuando éramos unos críos... —se atrevió a comentar Lucas.

Me detuve en seco y me giré para poderle ver bien a la cara. Hasta lo reté con la mirada.

—¿Por qué dices eso? —pregunté confundida.

—Vamos, ¿no me digas que no sabes que mi primo siempre ha perdido el culo por ti y que siempre le ha faltado tiempo para cumplir todos tus deseos y tus órdenes?

Creo que aquello fue lo que me remató. Me cabreé con él, con Hugo, con sus amigos, con mis compañeras por haberme traído hasta allí sin necesidad, con el cosmos y hasta con la jodida Mafalda, si me apuras, al escuchar aquella verdad. Ahora me tocaba ver y me daba cuenta de lo desgraciada que iba a ser su vida casándose con otra mujer, cómo pretendía olvidar algo que arrastraba desde hacía veinte años, reconocer que, justamente en una semana, sería un hombre casado, y no me refiero precisamente a un feliz hombre casado, si no a alguien que camina por la vida sin rumbo y a la deriva porque no tiene faro que lo alumbre, un faro que le recuerde cada día que está en casa a salvo.

—Cállate y que sea la última vez que dices eso —lo amenacé levantando un dedo delante de sus narices.

Lucas se quedó petrificado. Y para petrificar a Lucas había que tener muchos cojones. Desde que, a su temprana edad, perdió a su padre, había peleado en esta vida a capa y espada por sobrevivir y convertirse en lo que hoy era: un

importante empresario de una reconocida exportadora de coches de alta gama y de renombre; pero, sobre todo, alguien que no se deja pisar por cualquiera.

Giré sobre mis tacones sin añadir nada más y, sin dejar tiempo para que él lo hiciera, me acerqué hasta Hugo, que ahora mismo permanecía sentado en un banco que había en una plaza cercana al *pub*, apoyando los codos en las rodillas para aguantar su cabeza gacha, que parecía pesarle como un tonel.

—Hugo... ¿Cómo estás? —pregunté, en un tono de voz más dulce del que había utilizado dentro hace unos minutos al mandarlo a callar para ejercer poder sobre él y su voluntad.

—¿Acaso eso importa? —me contestó con desdén.

—Claro que sí, a mí me importa... —reconocí—... A todos... —añadí—. Dime, ¿cómo te encuentras? —exigí saber.

—No lo sé... —susurró sin levantar la cabeza en ningún momento—. Siento tanta vergüenza ahora mismo que ni tan si quiera soy capaz de mirarte a la cara...

Lo observé en silencio, viéndolo delante de mí tan apagado, tan frágil en este instante, tan vacío, que solo se me ocurrió sentarme a su lado y apoyar mi cabeza sobre su hombro izquierdo. Quería y necesitaba hacerle sentir que estaba ahí con él... Pero ni así me miró, dejó caer su cabeza para apoyarla sobre la mía como si fuera su único sustento. Era consciente de que los demás nos observaban a unos metros, sin pronunciar palabra por miedo a meter la pata. Y no sé lo que debieron pensar, aunque creo que en realidad prefiero no saberlo, porque me temo que fue entonces, en ese preciso momento, cuando se dieron cuenta de que no éramos unos simples amigos sin más, sino que, entre nosotros, aunque lucháramos contra ello, surgía algo más fuerte, algo realmente más fuerte que la amistad. Mucho más que una inocente amistad de niñez.

—No te preocupes... No se lo contaré a nadie... —No sé si la intención fue bromear sobre lo que había ocurrido hace unos minutos en la barra, pero si que sé que no conseguí que Hugo se riera.

—Como si me importara lo que los demás puedan pensar... —reconoció, seguramente ya cansado de esconderse, porque me temo que con ese comentario no se refería a lo mismo que yo.

No supe qué más decir. Cualquier cosa que dijera carecía de sentido en aquel momento.

—Dios, me da vueltas la cabeza... —se quejó llevándose las manos a las sienes.

—¿Te encuentras bien? —apoyé mi mano sobre su hombro con cierto grado de preocupación en el cuerpo.

—No... No me encuentro bien... —fue rotundo en aquella respuesta y hasta tuve la sensación de que le costaba hablar y pensar.

Y ahí sí que me asusté... Sabía que lo que tenía era un puñetero pedo de campeonato, pero no tenía ni idea de cómo le afectaba el alcohol, ni sabía lo que había estado tomando durante toda la noche porque, por lo visto, llevaban un buen rato celebrando su despedida de soltero y todos, en especial él, habían puesto verdadero ímpetu en celebrar... u olvidar algo...

—¿Has traído tu coche? —quise saber mirándolo con atención.

Pero no respondió, como siempre solía hacer: puñetera manía la suya la de no contestar. Ahora tan solo se apretaba las sienes con los dedos dibujando círculos.

—Hugo, ¿has traído tu coche? —insistí.

—Sí, sí. Está aparcado en el *parking* de la circunvalación...

Casualmente, era donde también se encontraba el nuestro. Y justo cuando le iba a preguntar algo más, su primo Lucas y los demás se acercaron a nosotros.

—¿Qué tal está? —quiso saber este.

Lo miré y no sé si se dio cuenta de que intenté con todas mis fuerzas disculparme con esa mirada por haberle hablado de aquella forma y sin motivo dentro pero, sin importarle lo más mínimo mi anterior comportamiento, se agachó poniéndose de cuclillas a nuestra altura, me miró con ternura y agarró mi mano regalándome un cariñoso apretón.

—No lo sé. Dice que no se encuentra bien y que le da vueltas la cabeza... pero bueno, supongo que es lo normal...

Los demás permanecían de pie contemplándonos, inquietos y en silencio.

—Solo necesita dormir y descansar...

—Sí, eso creo yo... —sonreí con debilidad a Lucas, quien, en respuesta, besó mi mano antes de ponerse en pie.

¡Qué caballero era, oye!

—¿Cómo habéis venido hasta aquí? —sentí curiosidad por saber.

—En el coche de Hugo... —respondió Pedro—. Ellos pasaron a recogernos por casa... —desembuchó de un tirón.

—¿Vosotros sois de aquí? —pregunté mirándolos a los dos.

—Sí, vivimos en una urbanización de las afueras... Y no, no somos *gays*... Somos hermanos... —aclaró Juan riéndose.

—No, no, si yo no he dicho nada... No tengo nada en contra de...

—Lo sé, me imagino... Pero es lo primero que piensa la gente al enterarse de que vivimos juntos...

¡Dichosa sociedad! Siempre sacando sus propias conclusiones sin importar siquiera si son ciertas.

—Pues tranquilo, yo no lo he pensado... Aunque así fuera, qué más da... No soy quien para juzgar a nadie... —reconocí—. ¿Y tú, Lucas? ¿Cómo has venido?

—Vine desde Vilafranca con el borracho de mi primo... —bromeó señalando en dirección a él.

Todos nos reímos, menos la víctima, que ahora mismo se encontraba apoyado contra el respaldo del banco con los ojos cerrados, intentando estabilizar sus propios pensamientos, que ondeaban inquietos en su cabeza. Todos lo observamos con comprensión.

—Hay que llevarlo a casa cuanto antes... —aseguré.

—Sí...

—¿Dónde duerme? ¿Habéis reservado alguna habitación de hotel o tenía idea de bajarse hasta Vilafranca después de la fiesta? —pregunté curiosa, pero, sobre todo, disconforme con la última idea.

—En el piso... Llévame al piso, por favor... —ahora fue Hugo quien se pronunció llamando nuestra atención.

—¿Cómo? —me acerqué más a él con intención de captar sus palabras.

—Llévame al piso, necesito meterme en la puñetera cama... —murmuró.

Hugo se levantó de repente y de un golpe, tambaleándose hasta casi irse de lado, pero Lucas y Silvia, que estaban cerca, lo sostuvieron firme reaccionando pronto.

—Joder, tío... —se quejó su primo.

—¿Qué quiere decir con el piso? —pregunté extrañada porque seguía sin entender.

—Hugo tiene un piso cerca de aquí...

«¿Cómo?».

Aquella noticia me dejó de piedra. No tenía ni idea de aquello. Me sorprendió tanto aquella información que hasta me costó unos segundos reaccionar.

—Pues... sea como sea, él solo no puede llegar hasta allí. Alguien tendrá que llevarlo...

—Yo, yo lo llevaré... —aseguró Lucas—. Solo que entonces vosotros

deberéis coger un taxi para llegar hasta casa... Lo siento, tíos... —miró a los dos hermanos.

—No, no es necesario. Nosotras podríamos dejaros en casa, no nos cuesta nada... —Silvia se ofreció. ¡Pero qué maja era!

—Sí, no hay problema... —aseguró también mi compañera Ana, que, con tal de dar un rodeo, lo que hiciera falta.

Los chicos, más que agradecidos, las miraron con una enorme sonrisa en los labios porque supongo que, después de pillar una buena cogorza, lo último que te apetece es tener que llamar a un taxi, tener que esperarlo a saber cuánto tiempo y, además, tener que pedir un micro crédito para poderlo pagar.

—¿Seguro que no supone un problema? —se quisieron asegurar, sintiéndose ahora unos aprovechados.

—No, claro que no...

—Gracias, chicas, entonces yo me llevaré a mi primo a dormir la mona...

—¡No! —exclamó Hugo, pillándonos a todos por sorpresa—. Que me lleve Claudia..., por favor...

La atención de todos, en especial la de Hugo, aunque con cierta dificultad, se centro en mí y me sentí tan cohibida por aquella inesperada petición, que más que una petición fue un ruego, que no supe cómo reaccionar. Solo me quedé callada, como quien duda en confesar sus propios pecados.

—No, primo... Lo siento, pero eso no va a poder ser...

Hugo no dijo nada más y yo... en silencio, cobarde ante la idea de estar en un piso a solas con él, no me pronuncié, no abrí la boca.

—Vamos, hay que llevárselo...

Sus amigos Pedro y Juan se despidieron de él regalándole un par de palmadas en el hombro y asegurando que mañana hablarían. Hasta Ana y Silvia lo hicieron (no tan amigablemente) pero, cuando llegó mi turno, no sé por qué..., en ese momento me faltaron las fuerzas suficientes como para separarme de su lado sabiendo que no estaba entero, que me quedaría con el amargo recuerdo de Hugo borracho y casi sin poder aguantarse de pie, con la derrota iluminando su preciosa mirada. Y aquello me calaba hondo, muy hondo, demasiado... más de lo que debería.

—Bueno, siento que la noche termine así y no te pueda presentar al final a mi gran amigo... —confesó sugerente el guapo del primo—. Se qué nos lo hubiéramos pasado muy bien juntos...

Ahora eran Lucas y Silvia los que se despedían a unos pasos de nosotros,

intentando encontrar un momento de intimidad en el que, aunque fuera una simple caricia (de esas que, más que apagar, encienden) se pudieran regalar antes de despedirse para siempre.

—Sí, yo también lo siento... Creo... que habría estado genial... —Mi compañera se mordía el labio de ganas al reconocer aquello.

—Aunque quizás... también podríamos...

Estaban casi amarrados el uno al otro mientras los demás esperábamos el beso de despedida. Silvia acarició su torso por encima de la camisa al tiempo que Lucas bajaba las manos para posarlas sobre sus nalgas. ¡Qué confianzas, oye! Pero yo... al contemplarlos... me sentí tan mal y tan culpable por que su historia tuviera que terminar de aquella forma, así tan rápido y de aquel modo... que intervine sin pensar cortando su frase:

—Yo llevaré a Hugo al piso...

Todos ladearon las cabezas concentrando su atención en mí, incluido Hugo, que lo hizo con más esfuerzo que los demás.

—¿Qué? —preguntó Lucas—. ¿Por qué? —le sorprendió aquella ocurrencia mía.

Y es que ¿cómo iba a dejar que esas dos criaturas se volvieran aquella noche a casa sin echar un polvo? Aquello sí que no me lo habría perdonado en la vida. No quería ser la responsable, porque así me sentí, de un calentón no resuelto. Además, ¿para qué cojones habíamos venido entonces hasta aquí? Para que Silvia mojara, ¿no? Pues a eso. A mojar el churro. Que conducir casi una hora sirva para algo y el martes pueda ver a mi compañera en la consulta con una gran sonrisa en la cara de oreja a oreja y con un tremendo dolor de ingles.

—Porque sí, necesito asegurarme de que está bien... —respondí tragando saliva, pues una ligera sensación de ansiedad comenzaba a hacer acto de presencia en mi pecho.

Confesé después de todo y sin importarme lo que nadie pudiera pensar. Total, a esas alturas, todos se deberían haber dado cuenta de que entre Hugo y yo, como he mencionado antes, había algo más. Aquello me costaría una explicación a Ana y a Silvia, lo sabía, pero ya se la daría a su debido momento.

—¿Estás segura? —intervino Ana—. Luego no tendrás cómo volverte...

—Ya me las apañaré... No os preocupéis por mí...

—¿Seguro? ¿Estás segura de esto, Claudia? —preguntó Lucas, dudando de que fuera la mejor idea y sin tenerlo del todo claro.

Creo que él, como yo, dudaba de que fuese lo mejor. Estar en un piso los dos

a solas durante toda una noche... no podía ser bueno para nuestros compromisos ni para nosotros dos. Porque, si Adán y Eva fueron incapaces de controlar la tentación y acabaron pecando..., quién nos aseguraba a nosotros que no fuéramos a terminar igual.

Asentí con la cabeza.

—Por favor, ¿podemos irnos ya? —pidió Hugo, cerrando y apretando los ojos.

Me acerqué a él para que rodeara mis hombros con el brazo y se apoyara en mí y creo que, aun estando borracho y siendo consciente de la mitad de las cosas, fue el hombre más feliz del mundo en cuanto volvimos a tener contacto.

—Espera, dame tu número de teléfono... Te escribiré para preguntar por él... —Lucas se acercó, me miró y volvió a preguntar asegurándose de que nadie más nos escuchara—: ¿Seguro que quieres hacerlo?

Asentí con la cabeza muy confiada y sonreí débilmente para que se quedara más tranquilo.

—Sí, apunta...

Minutos después, estábamos montados en su jeep; yo, frente al volante y Hugo, en el lado del copiloto apoyando la cabeza en el reposacabezas con el rostro ladeado hacia mí. Y, aunque intentara disimular y cerrara los ojos cada vez que yo lo ojeaba, sé con certeza que, mientras conducía dirección a su piso, que se encontraba en la preciosa urbanización Sa Tuna, me observaba con gran amor.

Capítulo 29

Entramos en el último piso del edificio que, más que un piso, era un acogedor *loft* sin paredes donde todas las estancias se unían en una sola quedando expuestas a la vista menos, por supuesto, el discreto baño, que se encontraba a la izquierda de la puerta de entrada entre lo que hacía de habitación y el salón comedor. Pocos muebles llenaban la estancia, vamos a decir que los justos y necesarios; primero, porque no vivía ahí y segundo, porque en sesenta y cinco metros cuadrados no cabía demasiada cosa sin dar la sensación de estar en una ratonera. Pero por descontado que no lo era. Todo el mundo sabía que la situación de aquella vivienda era un verdadero privilegio... Poder contemplar el cielo rompiendo al amanecer con el infinito Mediterráneo a sus pies... Parecía un hermosísimo cuadro de incalculable valor. Veías el mar en toda su extensión, mostrándose majestuoso ante ti regalándote una preciosa paleta de colores que iban desde el azul más claro hasta el verde más intenso; la mejor obra de un gran pintor. No había palabras para describir tanta belleza. Mi asombro y desconcierto ya no podían alcanzar mayor nivel en la escala de sorpresa.

—¿Cómo te encuentras? —le pregunté con verdadero interés.

Nos acercamos al discreto sofá de dos plazas de color gris para que se sentara, el cual se encontraba frente a la puerta de entrada, cerca de la pequeña cocina americana y de espaldas a una sencilla cama de matrimonio junto a un par de taquillones altos.

—Creo que, si me hubieran atropellado, igual me sentiría mejor... —hizo el esfuerzo por sonreír.

Exhausto, se dejó caer en él, descansando la cabeza hacia detrás apoyándola en el respaldo.

—¿Quieres que te prepare algo? ¿Un analgésico para el dolor de cabeza? ¿Un vaso de agua?

—Agua... agua estaría bien, por favor...

—¿Dónde está? —me giré y caminé desorientada unos pasos hacia la cocina.

Había los muebles de cocina necesarios para acondicionar un pequeño

apartamento, más un microondas y una sencilla nevera en acero inoxidable.

—En la nevera debería haber una botella... —me informó.

Me acerqué a comprobarlo.

—Sí... aquí está...

Y, aunque parezca mentira, estaba más llena que el resto del piso. Aquello fue algo que me sorprendió.

—¿Dónde están los vasos? —pregunté tomándome la libertad de abrir los dos únicos muebles altos que había.

—No... No hace falta, nunca utilizo vaso para el agua...

Me giré y lo miré.

—Oh, vale... —arqueé la ceja derecha, conforme.

Me acerqué de nuevo hasta él, que observaba con atención cada mínimo movimiento que yo hacía o paso que daba, pudiendo escuchar bajo mis pies el suave crujir del bonito parquet de color cerezo.

—Toma... —le tendí la botella de agua fría.

—Gracias...

La cogió, justamente (y a propósito) por encima y alrededor de mis dedos, aprisionándolos. Nos aguantamos la mirada unos segundos antes de que me dejase ir. Y entonces me di cuenta de algo: estaría borracho, pero sabía lo que se hacía. Anduve unos pasos hasta el centro del ático, me crucé de brazos y miré a mi alrededor preguntándome por qué no me habría comentado nada, aunque no tuviera obligación de hacerlo, claro está, pero sí me parecía un dato curioso que saber y que el otro día, durante nuestra comida, podría haber confesado... pero no lo hizo.

«¿Por qué?».

Hugo tenía un ático en Begur a más de cien kilómetros de su casa y cerca de Gerona, que era precisamente donde yo vivía. ¿Era mera casualidad?

—¿Tú no quieres tomar nada? —preguntó desde el sofá.

Cuando me giré con idea de responder, me sorprendió ver que estaba completamente estirado y con una parte de sus largas piernas colgando por uno de los extremos.

—No, gracias... Creo que yo también he bebido suficiente esta noche...

Caminé sobre mis pasos hasta quedar frente a él. Se cubría los ojos con el antebrazo izquierdo buscando alivio al descansar la vista. Y, Dios, ¡qué *sexy* lo vi! Estirado boca a arriba en aquella sugerente postura, con su entallada camisa azul celeste ofreciendo protagonismo a sus bíceps y perfilando su estómago

plano, y con aquellos finos pantalones de color crema resaltando deliberadamente la parte de la bragueta que se mostraba abultada... Y así, yo solita, con solo mirarlo..., me puse a cien. Mi contador de temperatura comenzó a silbar por el exceso de calor advirtiéndome de que en breve podría expulsar humo por las orejas o salir ardiendo en llamas. Tragué saliva y me humedecí los labios.

—Perdona, qué capullo soy... —se incorporó con ademán decidido—. Siéntate, por favor...

—No, tranquilo. Si yo ya me voy... —solté sin que se escuchara en ningún sitio.

—Mierda... —se quejó—. Creo que me he incorporado demasiado rápido... —reconoció agachando la cabeza y cerrando los ojos con fuerza mientras respiraba con intensidad.

—¿Estás bien? —me acerqué más a él.

No respondió, cómo no, pero vi que su mandíbula se tensaba al poco a poco ir regulando su respiración.

—Hugo, creo que deberías acostarte... Necesitas dormir y descansar... —insistí.

—Sí, lo sé... Tienes razón... —abrió los ojos entonces para encontrarse con los míos—. ¿Te importaría ayudarme?

Me agaché con rapidez, ofreciéndole mi cuerpo como soporte para que pudiera ponerse en pie apoyándose en él. Se levantó con aparente firmeza mientras pasaba su brazo por mis hombros.

—Gracias... —susurró.

Nos miramos con fijación, nos aguantamos la mirada más de lo necesario y de lo que habríamos debido, y entonces supe con total seguridad que no había sido buena idea que yo lo trajera.

—Vamos, voy a meterte en la cama... —dije comenzando a caminar.

—Ah, ¿sí? —preguntó con cierta picardía.

Ladeé el cuello y fui consciente de lo cerca que estaban nuestros rostros, pudiendo deducir en el suyo el esfuerzo que estaba haciendo por aguantarse una traviesa sonrisa.

—No te hagas ilusiones, Hugo Bellaterra... —le advertí—. Tan solo te voy a soltar en la cama y me voy a largar...

Frenó en seco, sus pies se detuvieron de súbito, obligándome también a hacerlo a mí.

—¿Te vas? —inquirió.

La expresión de su rostro cambió radicalmente. Supongo que, después de conseguir que yo misma lo llevara hasta allí, se habría pensado que, además, íbamos a pasar la noche juntos, aunque no sé juntos de qué forma ni de qué manera... Demasiado seguro estaba de algo.

—Sí... Debo irme, creo que es lo mejor...

—Pero... —fue a rechistar.

—Hugo, por favor... No estás tan mal como para que no te puedas quedar solo... En cuanto te duermas, te encontrarás mejor, ya lo verás...

No dijo nada. Creo que mis palabras fueron como una estocada para él que dejó derrotado porque el brillo de sus ojos, el que había aparecido repentinamente al escuchar que yo misma lo traería hasta aquí, ahora mismo se apagaba poco a poco y sin dejar rastro. Y no creáis que no me dolió. Era una sensación inexplicable y desgarradora la que me arañaba por dentro... Sentí tanta lástima y tanta rabia por tener que apartarme de su lado de aquella forma que me sentí igual de vacía y de desgraciada que él.

—Vamos... te acompaño hasta la cama para que te puedas acostar...

Dimos unos pasos más y paramos a los pies de un colchón de matrimonio, tan solo vestido con unas immaculadas sábanas blancas de algodón, que se encontraba situado cerca de la puerta del baño. Fue entonces cuando lo miré imaginando que sería la última vez que lo hiciera y cogiendo fuerzas para despedirme.

—Bueno, ¿dónde tienes el teléfono? —quise saber, echando un vistazo a mi alrededor—. Te lo dejaré a mano por si tuvieras que llamar a alguien...

—Por favor... Claudia... Quédate... —No me lo pidió, me lo rogó.

Y no me refiero a aquellas palabras que tanto me atormentaron, sino a aquella tierna mirada, tan necesitada de cariño y comprensión que ahora mismo abrasaba mis entrañas colándose a través de mis retinas.

—No puedo, Hugo... Y lo sabes... —le ayudé a recordar lo que los dos ya sabíamos, mostrándome aparentemente firme, forma en que no me sentía para nada, de verdad.

—¿Es que no te da pena irte y dejar aquí solito a este pobre desgraciado que no es capaz ni de levantar la tapa del váter para mear? —fingió un puchero arrancándome una inesperada sonrisa.

Intentó que aquel momento fuera menos tenso y creo que hasta lo consiguió.

—No, no me da pena... Y más te vale buscar un cacharro donde hacerlo

entonces, porque no pienso levantártela... —Hugo puso cara de circunstancia y se le escapó una sonrisa al igual que a mí—. La taza del váter, digo... —le aclaré.

«Pero, ¡qué mal ha sonado eso!».

—Vamos... Sabes que no me encuentro bien... ¡Mírame!

Se apartó de mí de repente abriendo los brazos de par en par y se tambaleó hasta casi caer de espaldas a un palmo de la cama, pero, por suerte, fui lo bastante rápida y lo cogí por el brazo y por el cuello de su camisa para sostenerlo y atraerlo hacia mí.

—¿Has visto? Ni tan siquiera me puedo sostener de pie... —aseguró en un susurro quedando a un palmo de mi nariz.

El maldito tiempo se congeló a nuestro alrededor deteniendo las agujas del reloj, pasando varios segundos hasta que reaccionamos y dejamos de contemplarnos.

—No sigas, Hugo... —ahora era yo quien rogaba—... No me voy a quedar... —aseguré tragando el nudo de espinas de mi garganta—. Voy a llamar a un taxi y me voy... Lo siento.

—Necesito que te quedes esta noche conmigo, Claudia... —reveló como si aquello fuese su última voluntad antes de morir, hiriéndome de forma inconsciente por dentro.

—¡No! —levanté la voz dándole la espalda—. No, joder, no...

Caminé decidida hasta el sofá para recoger mi cartera de mano con idea de desaparecer de allí lo antes posible, antes de que fuera demasiado tarde y sus palabras, y sus hermosos ojos pardos, pudieran conmigo y me hicieran flaquear. Pero unas palabras resonaron entre aquellas cuatro paredes atrapándome como una jodida red.

—Y si, al dejarme solo, me llega a pasar algo... ¿qué le vas a decir a mi primo, eh?

Y parece ser que ya... era demasiado tarde.

—¡Pero serás cabrón! —Lancé con rabia mi cartera de nuevo sobre sofá y me acerqué a él con decisión—. ¡¿Por qué coño has tenido que decir eso?! —puse los brazos en jarras.

Hugo se arrepintió al instante de haberlo hecho.

—Lo... Lo siento, Claudia, solo ha sido una broma...

—¿Eso es un chantaje? —pregunté indignada y poniéndome de puntillas pegando mi cara a la suya.

—¡No! ¡No! ¡No! —Hugo cogió mi cara con sus dos manos—. Lo siento, solo ha sido una puta broma... ¡Joder! Voy borracho, no sé ni lo que digo...

—Claro que lo sabes... Y lo que más me revienta de todo es que tienes razón... —reconocí sentándome en los pies de la cama.

¡Qué firme y cómoda parecía!

—No, claro que no tengo razón... Vamos, preciosa, mírame...

Se sentó a mi lado y volvió a poner mi rostro entre sus manos para obligarme a mirarlo.

—Por favor, no me hagas caso... No quiero, por nada del mundo, que te enfades conmigo... Sabes que no hay nada ni nadie que me importe más que tú...

«¡No, mierda! ¡No! ¡Cállate!».

Ahora sí que era el fin, mi fin. Aquello era contra lo que había querido luchar, que nuestro amor fuera tan fuerte como para decírnoslo sin prejuicios a la cara. Ya era demasiado tarde. Demasiado enamorados.

—¿Por qué me haces esto? —pregunté mirando sus ojos—. ¿Por qué has tenido que decir eso?

«¡Dios, pero qué bonitos son!».

—Perdóname, Claudia, por favor... Perdóname... —acaricié mis mejillas con sus pulgares—. Vamos, te llamaré a un taxi...

Apartó sus cálidas manos de mi piel y de inmediato las eché de menos. Se puso en pie de un bote, pero el equilibrio se la jugó y lo volvió a sentar otra vez contra su voluntad.

—Oh, vaya... —se quejó.

Y, en cuanto lo fue a intentar de nuevo, lo cogí por el brazo y lo retuve en el sitio, consiguiendo que sus ojos examinaran mis dedos alrededor de su bíceps.

—Está bien... Me quedaré esta noche contigo...

—No, Claudia... No hace falta... de verdad. Si me meto en la cama y no me muevo de ahí, no pondré mi vida en peligro... —bromeó una vez más.

Creo que aquella situación resultaba tan extraña e inquietante para nosotros que no sabíamos cómo reaccionar a cada paso que dábamos o comentario que hacíamos.

Y sí que es cierto que, aunque no estuviera tan ebrio como cuando lo sacamos del bar, todavía su mente hacía estragos alargando alguna que otra palabra y fallando en la coordinación de algún movimiento. ¿Y qué deciros? ¿Que no fui capaz de marcharme de allí? Pues sí, así es: no fui capaz ni tuve el valor de hacerlo, sabiendo, como Hugo había recordado, que yo misma le había

asegurado a su primo que me encargaría de custodiarlo. Era faena mía llevarlo hasta el piso y velar porque nada le ocurriera, pero fui tan cobarde y tan egoísta que aquello mismo se me había olvidado por miedo de que algo entre nosotros pudiera ocurrir, algo que no tuviera marcha atrás y nos marcara más profundamente de lo que ya hacían nuestras caricias y nuestras miradas. De que las fuerzas me flaquearan y fuera demasiado tarde para decir que no a su contacto, a sus besos, a su cuerpo, a la tentación que nos perseguía amenazando una y otra vez, incansable...

—¿Estás segura? —No sé si con esa pregunta puso en tela de juicio mi autocontrol, pero eso me pareció porque yo también lo estaba haciendo.

Me contempló, tragó saliva lentamente y pude ver en sus ojos un brillo que volvía a asomar.

—Sí... Pero dormiré en el sofá... —aseveré.

—No, no puedo consentir eso... Yo dormiré en el sofá...

—No, te caerás al suelo... y te abrirás la cabeza... —me tomé la libertad de bromear imaginándomelo—. Además, tú, más que yo, necesitas descansar esta noche...

—No, ni hablar... No voy a consentir que...

—Hugo... —Ahora fui yo la que sostuvo su rostro entre mis manos—. Sabes que a cabezona no me gana nadie... —le recordé.

Y me mostró una amplia sonrisa derritiéndome y llenando la habitación.

—Lo sé... Además, ahora mismo no me siento con fuerzas para pelear contigo...

Se hizo un silencio, supongo que los dos nos preguntamos ahora qué era lo siguiente. Bajé mis manos hasta mi regazo y suspiré.

—Bueno, hora de dormir... —Me levanté de la cama teniendo, supuestamente, las cosas muy claras.

—Sí... Lo necesito..., aunque me hubiese gustado darme una ducha antes de meterme en la cama, pero ya no puedo con mi cuerpo...

«¿Ducharse? No, eso sí que no».

Aquello no sé si sería capaz de soportarlo. Porque vale que una era fuerte y se mantenía firme en sus creencias, pero... de ahí a ver a ese hombre mojado, enjabonado y resbaladizo y con tan solo una toalla alrededor de su cintura, había un buen trecho hasta la castidad.

—¿Dónde tienes el pijama? —pregunté mirando debajo de la almohada.

«¿No es ahí donde lo guardaba vuestra madre cuando erais pequeños?».

—¿Pijama? —Hugo se echó a reír—. ¿Quién duerme con pijama? Parece mentira que tú misma preguntes eso... Resulta que yo tampoco utilizo...

Me ruboricé al escuchar aquella alegación y me quedé anonadada observándolo cuando la imagen de él, metido en la cama con las suaves sábanas blancas acariciando su cuerpo desnudo, aterrizó en mi cabeza.

—¿Claudia?

—¿Qué? —regresé al ático—Sí, sí, vale... Me voy a dormir...

Crucé por delante con idea de tumbarme en el sofá y ni moverme en toda la noche del sitio, a ver si, en una de esas, se destapaba y se quedaba al aire asomándole el tema.

—Claudia... —Pero su mano me frenó.

—¿Sí?

—¿Te importaría traerme del botiquín un analgésico? Por favor... —preguntó, comenzando a desabrochar los primeros botones de su camisa.

Y yo, sin darme cuenta de que lo hacía, puesto que la imagen de él metido en la cama completamente desnudo todavía me tenía atontada...

—Claro...

Me acerqué a la cocina, abrí el primer armario: platos. Abrí el segundo armario: vasos y copas de vino. Abrí el siguiente armario: cazuelas y sartenes... Vaya, la cosa se complicaba.

—¿Dónde está el botiquín? —pregunté abriendo uno de los dos cajones que había: cubiertos.

«Mierda», pensé.

—Es una caja negra con un racimo de uvas de color rojo grabado en la tapa... —me informó desde dentro del baño.

«Cómo no, un racimo de uvas».

Abrí uno de los cajones de abajo, justo el de al lado del horno: tarros de azúcar, harina, y café. ¡Joder!

—A ver, a ver... Una caja negra, una caja negra... ¡Joder! —me volví a quejar dándolo por imposible—. Aquí no hay ninguna caja negra...

Y, justo cuando aseguraba aquello, vi sobre el pequeño mueble de la televisión la maldita caja negra, tal y como Hugo la había descrito: de chapa fina, con una bonita tapa en la cual había grabado el dibujo de un gran racimo de uvas de color rojo en relieve y dentro de la cual tan solo había: una caja de paracetamol y... una caja de preservativos medio vacía.

—Vaya, qué interesante... —me dije en voz alta, enarcando mi ceja derecha y

apretando los dientes inconscientemente. Precisamente lo que esperaba encontrarme en un botiquín.

—¿La has encontrado?

—Sí...

Saqué un paracetamol del blíster, volví a cerrar la caja y a dejarla en su lugar, cogí la botella de agua y me acerqué hasta donde Hugo se encontraba. O sea, saliendo del baño después de haberse lavado los dientes, en calzoncillos y guardando en él un buen paquete, descalzo y con el torso al descubierto, con una toalla con la que se secaba la cara y alborotaba el pelo, que ahora mismo lucía con unos grandes y *sexys* rizos que consiguieron que me dieran ganas de comérmelo con aquel aspecto de niño travieso. No se había duchado, pero por lo menos se había aseado antes de meterse en la cama.

«¡Pero, Dios mío! ¿Qué he hecho yo para merecer esto? ¡Será mamón!».

—Oh, gracias...

Lanzó la toalla a modo de balón hacia dentro del baño, consiguiendo que cayera dentro del lavamanos, cogió la pastilla, me quitó la botella de agua y, seguidamente, se la tragó ante mi atenta mirada, porque no fui capaz de apartar los ojos de su piel ni mucho menos de parpadear, a ver si en una de esas se deshacía del calzoncillo y yo me lo perdía.

«Si supero esta prueba, me habré ganado el cielo».

Capítulo 30

Pude ver cómo Hugo entraba en el baño a tientas. Me fijé en cómo se tambaleaba, alargando las manos para intentar sostenerse en algún sitio, pero sin llegar a agarrarse a nada, cuando de golpe y porrazo su cuerpo se desplomó como un enorme edificio, golpeándose en la cabeza al caer contra el borde del plato de ducha e invadiendo parte del suelo con un torrente de líquido rojizo y viscoso que me manchó las manos cuando lo intenté socorrer, arrodillada junto a él mientras gritaba y gritaba..., pero sus ojos no se abrían, y mis llantos agonizados y ahogados no se escuchaban en ningún lugar...

—¡Hugo! —me desperté de un sobresalto.

Alargué tanto el brazo para poder palpar algo que me informara de dónde me encontraba que mi cuerpo se desplomó del sofá, estrellándose contra el suelo.

—¡Oh, joder! ¡Me cago en la pu...! —me quejé más alto de lo que debiera.

—¿Claudia?

La adormecida voz de Hugo se escuchó a unos metros de mí.

—Sí, sí... Tranquilo, soy yo...

Me levanté del suelo, más dolorida por haber dormido casi dos horas en aquel maldito sofá raquítico y pétreo que por el inesperado porrazo que me había pegado. Dios, estaba echa un cuatro.

—¿Estás bien?

—Sí, no te preocupes... Duérmete...

Y parece que así lo hizo porque no lo volví a escuchar.

—Mierda de sofá... —susurré mirándolo del mismo modo que si lo estuviera regañando, sacándole la lengua incluso, un gesto muy mío.

Llevé mis manos a mis cervicales y las apreté varias veces hasta sentir alivio, puse la espalda recta y pude escuchar en el silencio de la noche cómo varias vértebras crujían rogando piedad.

«¡Guau!».

—Madre mía... Ya veremos cómo estoy mañana... —susurré temiéndome lo peor.

Pero estar cerca de Hugo y, lo mejor de todo, poder comprobar que se encontraba en perfectas circunstancias, y no tumbado en el suelo del baño desangrándose como en mi pesadilla..., valía la pena.

«Creo que ya que estoy despierta. Voy a ir a orinar...», pensé.

Pero no sin antes ver la hora en mi teléfono, que descansaba en el suelo al lado del sofá, ya que no tenía mesita donde dejarlo. El piso estaba alumbrado simplemente por el claro y brillante reflejo de la luna que se colaba como una ladrona por las persianas a media altura. Y el escenario resultaba realmente agradable y acogedor.

—Vaya..., las cinco y media...

Miré hacia afuera por una de las rendijas para comprobar que todo estaba oscuro, y así era.

Volví a soltar el teléfono en el suelo, me acerqué descalza y sigilosa hasta el baño de Hugo, que tan bien olía a hombre, y a él al encontrarse su gel de ducha descubierto. Encendí la luz, levanté la tapa del váter e hice todo lo demás (no os voy a dar tampoco los detalles...), y después de bajarla de nuevo, dudé de si tirar de la cadena o no... Perdonad, no soy ninguna guarra, como estaréis pensando la mayoría, pero es que temí que el ruido despertara a Hugo por segunda vez ahora que parecía que se había dormido definitivamente. Pero, cómo no, tiré..., aunque no os lo creáis, una es muy limpia y me negaba a dejar ahí mi pípí en conserva hasta la mañana siguiente. No, mi madre no me lo habría perdonado.

—Shhh... —le ordené para que se callara, pero no hubo manera: aquella maldita cisterna debió de despertar a todos los de la urbanización.

Así que, después de echarle la misma regañina que a su primo, el diminuto sofá, volví a salir estirando el cuello para asegurarme de que Hugo no se hubiera despertado, pero parecía que dormía plácidamente tumbado de lado y mirando hacia la puerta del baño.

¡Buf! Respiré tranquila.

Di dos pasos para volver a mi sitio, pero algo cruzó entonces por mi cabeza como una maldita estrella fugaz, que consiguió que me detuviera donde estaba... Y... como ya sabréis... y como ya os he dicho en algún otro capítulo..., la curiosidad mató al gato... y además de verdad. Porque, no sé por qué, pero sentí la enorme necesidad de comprobar que mi amigo respiraba, así que retrocedí sobre mis pasos de puntillas, me coloqué a su lado y me agaché recogiendo mi melena con una mano para evitar rozarlo con las puntas, y así poder escuchar con atención su lenta y apaciguada respiración. Después del mal sueño que había

tenido, necesitaba asegurarme, al cien por cien, de que el hombre de mis sueños estaba vivo. Cuando...

—¿Para todo haces tanto ruido?

Una mano me agarró del brazo que sujetaba mi cabello y tiró de él consiguiendo que cayera sobre la cama.

—¡Hugo, para! ¡¿Pero qué coño estás haciendo?!

—Shhh... —puso un dedo en mis labios obligándome a callar. Se incorporó sobre mí.

—¿Qué coño haces? —volví a preguntar bajando el tono de voz y apartando su dedo de mi boca cuando me di cuenta.

Esta vez se había pasado de la raya.

—¿Y tú? ¿Qué haces tú? —preguntó en un susurro muy cerca de mi cara—. Me has despertado dos veces... Dos... —me enseñó dos dedos reforzando su acusación.

—Yo solo quería... ¡Bueno, pues vuelve a dormirte! —le exigí cuando caí en la cuenta.

Me fui a levantar del colchón, de aquella comodísima cama tan firme y mullida a la misma vez, tan plácida y acogedora, y que tan bien olía... pero su brazo volvió a agarrarme, esta vez de la cintura, y volvió a tirar de mí.

—¡Pero quieres soltarme! —le ordené, aunque mi orden no surtió efecto.

Y fue entonces cuando recordé que, antes de acostarme en el puñetero sofá, me había desecho del vestido para que no se arrugara. Y, efectivamente, me miré de refilón y comprobé que tan solo llevaba el *sexy* conjunto de sujetador y tanga que me había regalado mi hermana por mi cumpleaños, que, más que un conjunto de ropa interior de color verde esmeralda, parecía un puñetero picardías por sus transparencias.

«¡¿Por qué me lo tendría que haber puesto para salir?!».

—¡Ay, joder! —ahora fui yo misma la que me remetí entre las sábanas.

Hugo me miró sorprendido.

—¿Y ahora qué bicho te ha picado? —quiso saber al ver mi reacción.

Me quedé tumbada en el lado izquierdo y me cubrí hasta la barbilla. Mi mente brillante se iluminó recordándome que Hugo llevaba bastante menos ropa que yo puesta encima, que estaba completamente desnudo.

«¡Hostia puta!». Lo siento pero es que, cuando me pongo nerviosa, soy muy mal hablada.

—¡Ay, Dios mío!, ¿pero por qué me haces esto? —pregunté mirando al

techo—. ¿Por qué me puteas así?

Hugo me imitó mirando también hacia arriba y sin entender nada.

—¿Se puede saber con quién estás hablando?

El mamón se reía con ganas. Se apoyó sobre su codo para poder verme mejor.

—¿Has dormido bien en el sofá? —quiso saber aguantando una malvada risilla.

—Sí, muy bien... —mentí, que últimamente se me daba de vicio, oye.

Esperó antes de preguntar algo más.

—Y, ¿por qué no vuelves?

—¡Porque tú no me dejas!

—¿Que yo no te deajo? —echó la cabeza hacia detrás y soltó una carcajada—. No veo que te tenga atada...

Y pensé «Cierto... Sí es verdad. Bueno, pues, si salgo corriendo y llego rápido al sofá, quizá no le dé tiempo a verme el culo...».

Y eso hice, me preparé para salir escopeteada; me destapé de un tirón y pegué un salto con intención de escapar de su lado, pero esa vez fue más allá: me cogió con las dos manos por las caderas (quedando expuesto todo mi trasero en tanga delante de sus morros, para vuestra información) y volvió a tirar de mi cuerpo por tercera vez... para después aprisionarme con toda su hombría sobre el colchón.

—¡Hugo! ¡Eres un maldito cabrón! —le grité indignada con su comportamiento.

—Y tú, una mal hablada... —aseguró bajando el tono de voz.

Y la escena era la siguiente: me miraba desde arriba apoyando su cuerpo sobre el codo y el mío lucía a medio cubrir por aquella ligera sábana, dejando parte de mis muslos y mis piernas al descubierto, mientras que el suyo tan solo estaba enrollado con una parte de la tela, evitando que nuestras pieles tuvieran contacto de cintura para abajo, cosa que, aunque parezca mentira, agradecí de veras. Demasiada tentación a esas horas de la madrugada.

—¿Por qué juegas conmigo? —pregunté con mi cara a dos palmos de la suya.

Me miró fijamente a los ojos y tensó la mandíbula.

—No estoy jugando contigo... Tan solo quiero y pretendo que te acuestes aquí...

—¿Y por qué tengo la sensación de que lo estás haciendo? —susurré,

bajando la mirada hasta su boca, que, más que a alcohol, olía a restos de pasta dentífrica.

Hugo se tomó la libertad de acercar su rostro todavía más al mío, aportando énfasis al asegurar lo siguiente:

—Créeme, preciosa..., el día que juegue contigo... te darás cuenta...

Creo que con aquella frase casi mojó las sábanas, si es que no lo hice... Menos mal que se dio la vuelta sobre el colchón, quedando de frente a la pared del baño.

—Buenas noches, Claudia, que descanses. Y, por cierto..., un precioso conjunto... Me encanta el color, te sienta de maravilla...

Aunque no lo estuviera viendo, sabía que una jodida sonrisa de canalla acompañaba a aquella frase. Un intenso suspiro se escapó de mi pecho. No sé si de vergüenza, de tranquilidad porque no hubiera intentado nada conmigo, o... precisamente, por todo lo contrario. Como me diría mi madre: «Quien te entienda... que te compre»

—Mmmm...

Me desperécé estirando todo mi cuerpo y mis largas extremidades sobre la mullida superficie, con los ojos cerrados y con pocas ganas de abrirlos, la verdad. Una placentera sensación de descanso me invadía por dentro y me hacía suspirar. Me quedé con las manos bajo la nuca y con el rostro ladeado hacia la derecha paladeando la paz que se apreciaba a mi alrededor... y, tras un par de minutos más así, por fin tuve las fuerzas suficientes como para abrir los ojos a cámara lenta, muy lenta... Para mi sorpresa, ahí estaba, tremendamente más *sexy* que en mis sueños, y aquello ya era difícil.

—Ay, Dios... —Me quedé completamente quieta y contraje la respiración, igual que si estuviera escondida tras unos matorrales.

Se me había olvidado el pequeño e insignificante detalle de que estaba semi desnuda metida en la cama con Hugo. Durante la noche, después de que este me diera la espalda y se volviera a dormir, pensé un par de veces: «En cuanto se duerma del todo, me levanto y me voy para el sofá para que no me vea en pelota picada...». Pero parece ser que el plan no había salido como yo esperaba, y aquella irresistible cama me arrulló entre sus sábanas obligándome a caer en un profundo sueño. Y ahora ahí estaba, en ropa interior y con la brillante luz del sol colándose por la gran persiana, ayudándome a quedar expuesta ante el mundo.

—Mierda... —susurré mordiéndome el labio inferior—. Mierda, mierda,

mierda...

Ojeé a mi alrededor en busca de mi vestido, el cual se encontraba bien doblado en un lado del sofá, y, aunque se encontrara a escasos metros de la cama, a mí me parecían miles de kilómetros. Tenía la sensación de tener que correr una maratón para llegar hasta él. Resoplé y dejé caer mi cabeza sobre la almohada con exagerado cuidado, que, por cierto, qué cómoda era.

«Tengo que preguntarle dónde la ha comprado... Bueno, a ver, Claudia, céntrate, cielo... y deja de pensar en almohadas».

Volví a echar un rápido vistazo al sofá, y visualicé en mi mente una cruzada para llegar hasta mi ropa, corriendo y sin llegar a liarla en exceso, del mismo modo que si tuviera que atravesar un escenario del lejano Oeste, repleto de pistoleros borrachos esperándome para empezar un peligroso fuego cruzado.

«No lo veo muy claro...», pensé para mis adentros, calculando lo que podría tardar en llevar a cabo mi misión.

Y, claro que no, no lo veía nada claro porque sabía perfectamente que era tan torpe al correr cuando me ponía nerviosa que era capaz de tropezarme hasta con la fina raya de un lápiz. Capaz era de engancharme el pie con la alfombra de yute natural de color arena que había en el centro de la estancia, de ahí volar sobre el taquillón que había a un lado del sofá, tirando al mismo tiempo la lámpara de bronce sobre él y que mi cuerpo rebotara hasta el otro golpeándolo y consiguiendo que el cuadro que colgaba encima de este se estampara contra el suelo... Y así, en cuestión de segundos... con todo ese pequeño estruendo... conseguiría que hasta el techo del apartamento cayera por culpa de la vibración.

—Bueno, aunque yo creo que, igual, en menos de un minuto estoy completamente vestida... —me animé mientras mi subconsciente me vitoreaba con una enorme pancarta donde ponía: «¡Corre, Forest, corre!».

Menos mal que nadie podía escuchar mis pensamientos porque, si no, se habría reído un rato de mí y creo que hasta habría sugerido encerrarme en un psiquiátrico.

Pero antes, sin poder evitarlo y (creo que sin querer)..., me fijé en el hombre que dormía plácidamente a mi lado, pues sabía que aquella sería la única vez en mi vida que podría disfrutar de esa bonita imagen, así que lo observé a conciencia y estudiando su rostro con detenimiento, el cual se encontraba ladeado, como todo su cuerpo, mirando hacia mí. Me tomé el privilegio, ahora que no me veía, de recostarme sobre mi costado derecho a medio metro de él y dibujar cada ángulo de su preciosa cara con mi mirada. Y, por favor, ¡qué guapo

era el tío! Ahora mismo sus ojos permanecían cerrados, pero sus espesas pestañas los delineaban a la perfección; su fina y afilada nariz sobresalía sobre sus labios, tan carnosos y firmes que daban ganas de besarlos hasta borrarlos del mapa; y su barbilla... aquella barbilla que se remarcaba en su perfecta y angulosa mandíbula, ensombrecida por una ligera barba daban ganas de morderla. Y, aunque sé firmemente y con total seguridad que debí parar ahí mismo antes de seguir descendiendo, no pude apartar la vista de su ancho cuello, el cual acababa en una clavícula dura y robusta, que te indicaba el tipo de hombre que era: acerado, fuerte y recio, aunque no como como lo era Adrián, sus músculos no estaban agrandados a base de horas de gimnasio... No, lo suyo era puro y duro trabajo en el campo porque, aunque fuera enólogo, él mismo y con sus propias manos cuidaba y enseñaba a sus trabajadores a tratar a la vid como se merecía durante todo su proceso de crianza y recolección, que no es moco de pavo. Vamos, Hugo viene a ser lo que se podría definir como un hombre de verdad. Un hombre hercúleo.

—Mmmm...

Ahora era él quien se retorció sobre las sábanas estirando su enorme cuerpo, cambiando de posición y quedando boca arriba con una pierna medio flexionada y con el brazo derecho descansando sobre su cabeza. ¡Joder! Aquel maldito hombre era uno de los siete pecados capitales. Y, aunque me quedé paralizada, una vez más, como una presa a la que están a punto de dar caza, mi mirada volvió a cernirse sobre su elegante musculatura, sobre su piel de color caramelo recubierta de un fino vello, algo más espeso sobre su torso perfectamente torneado y delineado, donde unos endurecidos pectorales sobresalían como dos leves montículos que invitaban a apoyar la cabeza y vivir ahí hasta morir. Y entonces, a continuación... bajando un poco más... me di cuenta... cuando seguí mi recorrido con la mirada de aquella delgada línea vertical que descendía desde su ombligo hasta la zona del pubis, bajo la ligera sábana, de cómo se podía apreciar escandalosamente bien su tremenda erección matutina, toda orgullosa y vigorosa.

«¡Ay, mi madre!».

Me saludaba y me daba los buenos días con alegría.

Capítulo 31

«Jo... der...», resonó en mi cabeza con eco y todo. Así, como con peso.

Además, resonó varias veces tras llevarme la mano a la boca para evitar que algún quejido... o, mejor dicho, gemido reprimido se escapara de ella. Estaba claro que aquella situación no la iba a volver a revivir, pero la estaba grabando y almacenando en mi mente en un disco duro para mis próximas noches de soledad y penuria.

«Por favor, pero qué... ¿grande...?», Abrí los ojos de par en par para verla bien, como quien no quiere perder detalle, «No, no puede ser... Debe de ser un efecto óptico de la sábana...».

Y después de mirarla, de remirla, y volverla a mirar..., de comenzar a tener unos calores inaguantables y que, inconscientemente, apretara mi entrepierna con mis muslos... una vocecilla en mi cabeza, de la endiablada Claudia, me pidió: «Tócala, vamos... Tócala... sabes que no vas a tener otra oportunidad...».

¡Pero qué hija de la gran puta que era! Cómo se notaba que no era ella la que luego tenía que dar las explicaciones...

«Vamos tócala, tonta... Eres una idiota si dejas pasar esta oportunidad».

«¡Oh, vamos, cállate!», hablaba ahora mi cordura, «No lo hagas, Claudia... sabes que no debes y no puedes... Estás comprometida y él se va a casar con otra mujer...».

«Ni caso, Claudia... ni la escuches. Vamos, tu tócala... Luego ya veremos qué pasa...».

«No, no, no... no debes hacerlo...».

«¡Vale, callaos las dos!», respondí en mi cabeza.

¿Me estaba volviendo loca de atar?

«Hazlo..., joder, hazlo...», susurraba de nuevo a mi oreja una pequeña Claudia con cuernos de diablo, vestida en cuero rojo, mientras movía en el aire una larga cola acabada en punta.

Respiré hondo, aparté la mirada de su abultada entrepierna, más despierta que nunca, y lo miré a la cara; seguía con los ojos cerrados y respiraba

pausadamente ajeno a toda la situación, por suerte.

«No lo hagas, Claudia... Ni se te ocurra...», me prohibió en el otro oído una bonita y delicada Claudia en miniatura con un delicado vestido de algodones blancos, con dos alitas de color celeste que aleteaban en el aire junto a un pequeño halo en la cabeza, «No debes...».

Cerré los ojos y los apreté, eché la cabeza hacia detrás y mordí mis labios pidiendo raciocinio porque me estaba volviendo loca. ¡Pero joder, qué puñetera tortura! Y entonces pensé:

«Vale..., hagamos un trato... Ni *pa* ti ni *pa* mí...», volví a fijar la mirada en su gran protuberancia, «No la voy a tocar... Pero, ¿y si solo la ojeo...? Si levanto rápido la sábana y la miro, será como si no lo hubiera hecho..., ¿verdad?».

Y entonces las dos mini Claudia me miraron, pusieron los ojos en blanco y, sin decir nada más, desaparecieron dejando el rastro de un ligero humillo gris en el aire. Yo creo que se dieron cuenta de que, en el fondo, iba a hacer lo que me diera la gana... y de que estaba como unas maracas.

«Sí, ¿por qué no?», me pregunté, Él ni se va a enterar: está completamente dormido...».

Lo volví a mirar a la cara para asegurarme.

«Total, que me quiten lo bailao... ¿no?».

Hice un gesto con la cara mientras me autoconvencía, volví a bajar la mirada al gran bulto que se escondía bajo la tela de algodón, y... me decidí.

«Sí... vale... De acuerdo, preparada... Lo voy a hacer...», me mordí el labio aún con más fuerza, nerviosa, «Una... dos... y tres...».

Pero nada: no fui capaz. Si es que, como me decía mi hermana, me perdía la boca...

«¡Joder!».

«Vale, venga, ahora sí..., Vamos allá: una... dos... y tres... ¡Uf!».

Pero nada, tampoco. Resoplé, sacudí las manos en el aire y me volví a morder el labio con el corazón a punto de salirse del pecho..., y Hugo, allí delante de mí, ajeno a mi calentón y a todas mis gilipolleces, que no estaban siendo pocas.

«Vale, a la tercera... Ahora sí, ahora sí que sí... Venga...», me aseguré, ya perdiendo la chaveta del todo», «A la tercera va la vencida. Ahora o nunca... una, dos, y ¡tres!».

Y así fue: alargué la mano, cogí el borde de la sábana, que descansaba acariciando su piel a la altura de la pelvis, y justo cuando la fui a levantar la

mano de Hugo, me agarró por la muñeca.

—Yo de ti no lo haría... Si la ves, no la vas a poder olvidar...

«¿Dormido?! ¡Y una mierda dormido!».

Me miró con una sonrisilla en los labios y con sus dedos alrededor de mi piel.

—¡Oh, Dios mío! ¡Oh, Dios mío! ¡Me quiero morir! —grité muerta de la vergüenza.

Me deshice de su mano de una sacudida y me levanté de un salto de la cama, acercándome hasta la cristalera para mirar afuera, aunque lo único que podía ver era parte de la persiana medio bajada. Iba a tardar años en poder mirarlo a la cara otra vez, si es que lo llegaba a hacer.

«¡Madre mía! ¡No me lo puedo creer! ¡No me puedo creer que haya estado a punto de hacerlo!».

Pensé que era la más guarra de todas las guarras que caminan sobre la faz de la tierra.

—¡Dios mío! ¡Dios mío!

—Claudia...

—Soy... soy...

—Claudia...

—Soy una... una... pervertida... Una...

—¡Claudia! —exigió mi atención.

—¿Qué?!

Me giré por inercia al escuchar gritar mi nombre, y Hugo seguía estando medio recostado en la cama, apoyando el codo en el colchón y descansando su cabeza sobre la mano izquierda... y, lo peor de todo, mirándome con una amplia sonrisa en los labios. Y mis ojos..., por decisión propia, otra vez se volvieron a ir a su entrepierna.

—¡Oh, no! ¡Lo he vuelto a hacer! ¡La he vuelto a mirar!

Me giré de nuevo dándole la espalda y cubriéndome la cara con las manos. Oí cómo soltaba una carcajada al aire.

—Claudia... Vamos, ven aquí... No pasa nada...

—¡No!

—Vamos, ven... no seas tonta...

—¡No! No puedo ir...

—¿Por qué no? No va a pasar nada... Acércate y hablemos... —pidió un considerado Hugo, intentando no reírse (más) de la situación.

—No, no soy capaz de mirarte a la cara ahora mismo... —reconocí—. Ni

ahora mismo ni en mucho tiempo... —hubo un silencio—. No..., a decir verdad, creo que nunca más voy a ser capaz de hacerlo... —Me quedé callada.

Silencio.

—¿Hugo?

No respondió, pero la mayoría de veces tampoco lo hacía. Lo de no contestar cuando más preciso era se le daba de maravilla al muy cretino.

—¿Hugo? —volví a preguntar en alerta—. ¡Hugo, contéstame! Me estás poniendo nerviosa...

Silencio.

Y fue entonces cuando sus manos me cogieron por las caderas por sorpresa, asustándome y girándome de un rápido movimiento, consiguiendo que, de forma involuntaria, apoyara mis antebrazos en su pecho desnudo.

—Si tú no vienes, tendré que hacerlo yo... —susurró.

Agaché la cabeza y cerré los ojos. Como he dicho, no quería ni podía mirarlo, y al tocar su piel desnuda..., me lo imaginé delante de mí como su madre lo trajo al mundo.

—Claudia... —Me obligó a alzar la barbilla con un dedo.

—¿Qué?

—Mírame...

Negué con la cabeza. Su cálido aliento acariciando mi piel me informaba de que se le había dibujado una sonrisa en los labios.

—Claudia, mírame... —volvió a pedir, demostrando tener gran paciencia conmigo, además de con mi testarudez.

—No..., no puedo hacerlo...

Su mano descansaba en mi cadera mientras yo permanecía apoyada en su torso y nuestros cuerpos pegados se acariciaban.

—Si no lo haces, te besaré... —me avisó, consiguiendo que reaccionara. Y vaya si lo hice.

«¿Qué?! No, no, no...».

Aquello sí que no. Aquello sería lo último... Los abrí de par en par, encontrándome con los suyos de color miel delante, ahora con matices verdosos por la luz del sol que se colaba desde fuera.

—Sabía que eso no fallaría... —confesó torciendo una dulce sonrisa de comprensión.

Me mordí el labio avergonzada, realmente avergonzada, y evitando con todas mis fuerzas que mi vista se desviara a lo que unos minutos antes había captado

toda mi atención y tanto me atormentaba.

—Dime que llevas puestos unos calzoncillos, por favor...

Hugo se echó a reír.

—Dime que sí... —pedí casi en una súplica.

—Compruébalo tú misma...

Me retó... me retó y me retó como él siempre hacía y como solo él sabía. Poniendo esos ojitos de: «¿serás capaz, nena?».

—Serás cabrón...

Hugo no me quitaba los ojos de encima. Se humedeció los labios y esperó, esperó a que lo hiciera, porque me conocía tan bien que sabía que tarde o temprano accedería. Y lo hice. Bajé y subí la mirada entre los dos cuerpos a la velocidad de la luz y vi que sus impresionantes partes las llevaba guardadas en unos calzoncillos blancos que poco dejaban a la imaginación.

«¡Gracias a Dios! », respiré tranquila.

—¿Contenta?

—Sí... Gracias...

Posó sus dos manos en la parte baja de mi cintura sin pedir permiso, justo donde termina mi espalda y comienza la curvatura de mi trasero. Aquel gesto por su parte me erizó los pelos de la nuca al contraer todo mi cuerpo, sintiendo un vibrante placer, pero, al instante, al darse cuenta de que estaba rebasando el límite de la proximidad entre dos amigos, prudentemente me soltó.

—Vamos, ven...

Miré la mano que me tendía, pero dudé de ella y de sus intenciones.

—¿Es que no te fías de mí? —Se llevó las manos a las caderas.

¡Pero qué guapo y *sexy* estaba de buena mañana y de resaca! Si es que aquel hombre no parecía de carne y hueso.

—No... no lo sé...

—¿No, no lo sé? —preguntó arrugando el ceño—. Te recuerdo que has sido tú la que ha intentado meterme mano mientras dormía...

—¡Ay, por favor! Cállate... —me cubrí la cara con las manos—. Tengo que largarme de aquí ahora mismo... Ya lo debería de haber hecho anoche ¡joder! —me cabreé conmigo misma por aquello y empecé a lamentar no haberlo hecho.

«Mi ropa, mi ropa...».

Tenía que vestirme y largarme de allí ¡ya!

Di dos zancadas hacia el sofá en busca de mi vestido, pero Hugo, con intención de evitarlo, fue más ágil y más rápido al agarrarme y, cargándome al

hombro del mismo modo que si fuese un saco de patatas, me soltó sobre la cama para sentarse seguidamente a horcajadas sobre mí sin darme tiempo ni a pestañear, obligándome a permanecer estirada.

—¿Pero qué estás haciendo?! ¡Suéltame! —exigí revolviéndome.

Cogió mis muñecas con sumo cuidado y las sujetó con una mano por encima de mi cabeza.

—¿No crees que es momento de hablar?

—¡No, yo no quiero hablar contigo! —contesté enrabiada por la misma vergüenza que sentía.

—Pues resulta que yo sí... —sentenció.

—¡Pero yo no quiero! ¡Y no tenemos nada de lo que hablar!

—¿Tú crees que no tenemos nada de lo que hablar? —evidenció.

—¡No!

—¿De verdad crees que no?

—¡No! ¡Por supuesto que no!

—¡Claro que sí, Claudia! ¡Vamos! ¿Es que no lo ves?

Ahora fue él el que alzó la voz, reclamando mi atención en un arrebato de desespero, para crear seguidamente un intenso silencio. Nos retamos con la mirada y nos aguantamos las ganas una vez más.

—Muy bien... —Apreté los dientes al sentir que le debía mi rendición—. Pues entonces... habla... —pedí en un bajo tono de voz, casi a modo de amenaza, preparándome para lo que tenía que escuchar.

Y sus ojos hablaron. Los ojos de Hugo recorrieron mi cuerpo entero, empezaron por dibujar mi cuello y mi clavícula para detenerse con descaro en mis sensibles pezones, los cuales se podían adivinar bajo aquel provocativo sujetador transparente que dejaba casi a la vista mis pechos, los cuales, en aquella postura con los brazos en alto, se subían y se apretaban quedando exageradamente eróticos y apetitosos. Apretó su mandíbula con fuerza y siguió descendiendo con la mirada, bajó con ella por mis costillas, que se marcaban bajo mi piel bronceada por estar en aquella posición, por mi vientre reparando en el pequeño ombligo y, después de agachar un poco más la cabeza, sus pupilas se centraron en mi caderas torneadas y en mi entrepierna, completamente depilada, expuesta bajo aquel pequeño trozo de tela transparente de color verde esmeralda. Y la respiración de los dos se agitó y se aceleró por momentos, más y más.

—¿Tienes idea de lo que te haría ahora mismo si fueras mía? —volvió a clavar sus ojos encendidos en los míos.

De nuevo, un silencio demasiado largo nos envolvió.

—No sigas hablando, por favor... —pedí, hinchando mi pecho y soltando lentamente un suspiro.

Hugo, sin sentirse saciado de mí, volvió a centrarse en mis pezones, en mis pechos redondos y firmes que se sostenían por un fino tirante de color verde alrededor de mis delicados hombros, y, cada vez que se los comía con la mirada, mi respiración se entrecortaba.

—¿Sabes la de millones y millones de veces que te he imaginado así? —susurró tragando saliva al reconocer una verdad como aquella y acercando su cara hasta a mí.

Comencé a notar cómo los calzoncillos de Hugo se hinchaban sobre mi entrepierna. La noté dura, pesada... tremendamente tentadora. Cerré los ojos, intentando concentrarme en otra cosa sin éxito.

—¿La de veces que me he imaginado cómo sería besar tus labios?

Acercó su boca dejándola a punto de rozarse con la mía, y aunque no lo veía, sabía que él también los había cerrado para evitar mirar a la lujuria de frente.

—Hugo... —casi tartamudeé—. ¿Por qué me haces esto? ¿Por qué nos haces esto?

—Mírame... —pidió separándose lo justo de mi rostro—. Mírame, quiero que me mires...

Lo contemplé cumpliendo con sus órdenes, y aquella imagen (con su cuerpo cerniéndose peligrosamente sobre el mío, con su pecho y sus trapecios marcados por estar en aquella posición, con el rostro poseído por el irremediable deseo) consiguió estremecerme como nunca.

—Porque estoy absoluta... y completamente... loco por ti, Claudia...

Se abalanzó sobre mi cuello para aspirarlo, para olerme lentamente buscando y olfateando las notas de mi piel, pero en ningún momento me tocó, ni siquiera me rozó... Podía sentir su caliente y húmeda respiración rebotar contra mi carne y, cuando menos me lo esperaba, un ligero soplido acarició mi garganta alterando mis sentidos.

—Hugo... —se me escapó de nuevo su nombre en un jadeo.

Y sé que habría sido capaz de llegar al orgasmo con tan solo el peso de su cuerpo sobre mí, su pene duro y firme presionando en mi clítoris y su aliento paseándose sin reparos sobre mi piel. En cinco minutos me habría derretido como el dulce chocolate.

—Por favor, no jadees así... Es demasiado para mí... —confesó.

Me di cuenta de que ya no sujetaba mis muñecas. En realidad, no sabría decir en qué momento dejé de hacerlo. Ahora sus dos manos se apoyaban sobre el colchón a ambos lados de mi cara, dejando su duro abdomen a punto de tocarme. Bajó la cabeza y sopló lentamente sobre mi escote por el medio de mis pechos. No pude evitar curvar la espalda a modo de reclamo por culpa del escalofrío que sentí en mi entrepierna cuando mis pezones se irguieron. Comenzaba a estar empapada, excitada y deseosa... del mismo modo en que estaba él.

—Esto no está bien... —susurré por miedo a que alguien nos pudiera oír, entreabriendo los ojos, ebria de deseo.

—Lo sé... Pero, ¿lo prohibido no es lo más tentador? —volvió a ponerse a mi altura, exhibiendo todos y cada uno de los músculos de sus brazos al sostenerse en el aire.

Me mordí los labios. Ahora fui yo la que me lo comí con la mirada y me relamí casi empezando a salivar preguntándome a qué sabría. Ojeé aquel cuello tan tentador y apetecible, el cual daban ganas de devorar que hasta por un momento me llevó a pensar: «¡A la mierda! ¡Me lo voy a follar hasta que lo deje sin sentido!».

—Pues tu cuello debe de ser ahora mismo la mayor prohibición del mundo...

Hugo torció una irresistible sonrisa que me nubló la mente casi del todo, complacido por aquel comentario. Se agachó, casi haciendo una flexión, y sopló de nuevo y con suavidad sobre mis labios; exhaló tan cerca de ellos que casi lo pude saborear y, sin pensar, abrí ligeramente mi boca para que, aunque tan solo fuera su dulce aliento, accediera a ella.

—¿Sabes que me debes un beso? —preguntó a punto de robármelo.

—No..., no es cierto... —negué casi pegada a su boca.

—Yo creo que sí... Tú misma me lo pediste el otro día...

Recordé en un *flash* aquel momento en el garaje, apoyados sobre mi coche con nuestros cuerpos casi tan pegados como ahora, exigiendo dejarse ir a la pasión.

—El otro día no sabía lo que decía...

Hugo se incorporó lo suficiente como para poder mirarme bien a los ojos.

—Y, ¿ahora sí?

Lo miré y tragué saliva.

—¿Debo contestar? —pregunté, reconociendo que ahora mismo estaba igual de perdida y ansiosa que el otro día o más.

—Acabas de hacerlo...

Y ahora sí. Se dejó caer y selló sus labios con los míos, posó su mano derecha sobre mi mejilla e introdujo su pulgar entre nosotros separándonos obligándome a abrir la boca, y por fin, después de veinte largos años, poder entrar. Abarcó con su lengua todo mi interior, acariciándome y excitándome a partes iguales. Nos comíamos con hambre, un beso intenso de esos que consiguen que pierdas la razón y el sentido común, de los que no puedes frenar porque necesitas más y más... Y eso precisamente era lo que estaba a punto de ocurrirnos a nosotros, nos estábamos acercando a la delgada línea que separa un simple beso del sexo desenfrenado. Se estiró por completo sobre mi cuerpo aprisionándome contra el colchón, flexioné la rodilla e, inconscientemente, abrí mis piernas queriéndolo encajar en mi hueco. Hugo bajó su mano derecha hasta mi muslo y lo magreó, lo apretó y lo acarició consiguiendo que un gemido se escapara de mi garganta. Y, sin perder el tiempo en hablar o en calentarnos verbalmente, nos deleitamos saboreándonos durante unos minutos más hasta que, con mucha dificultad, conseguimos aminorar el ritmo y la pasión. Ahora nos besábamos con lentitud, casi lamiéndonos sin parar, como cuando quieres evitar que un rico helado te gotee, como solo una madre sabe hacerlo para limpiar a sus cachorros.

Capítulo 32

—Dios, Claudia... Sabes incluso mejor de lo que me imaginaba...

Hugo me miraba con fijación. Después de conseguir separar nuestras lenguas tras aquel inesperado y ardiente beso, intentaba grabar en su memoria mi rostro encendido, mis sonrosadas mejillas que resaltaban mis labios enrojecidos por aquel arrebatado de pasión, por un beso en cuestión. Apartó un mechón de cabello de mi pómulo para poder verme con más claridad, acarició con suma ternura mi mejilla con el dorso de su mano, observándome con verdadera adoración. Pude apreciar delirio en su iris mientras me contemplaba, aunque no estoy segura de si tan solo era el reflejo de los míos en sus pupilas demostrando idolatría. Mi amigo, mi compañero, mi cómplice... todo lo habíamos sido de pequeños y, veinte años después, ahí nos encontrábamos, partiéndonos el corazón el uno al otro a base de besos y caricias. Quién nos lo iba a decir, que perder una amistad dolería tanto, tanto como llegar a pensar en coger nuestras dos prendas de ropa e huir de allí ahora mismo de todos, del mundo. Desaparecer y dejar de ser esos amigos de la infancia inseparables y rebeldes que tan solo ellos dos se comprendían, y ser tan solo ellos dos, esas almas gemelas que ahora se alejaban por momentos y para siempre porque sabían que dolía demasiado verse y no poder tocarse. Que sabían que una simple relación de amistad no era suficiente para ellos, que no eran tan fuertes como para poderlo soportar. Pero era demasiado tarde... la vida ya había decidido por ellos y el destino se cebaba reencontrándolos una y otra vez, aun sabiendo que ya no se pertenecían.

Bon voyage, ami.

—Esto no debería haber ocurrido... —reconocí, contemplando sus hermosos ojos pardo, alargué la mano y acaricé su bonita cara, se dejó acariciar apoyando su mejilla en mi mano—. Tu y yo no deberíamos estar aquí...

Sentí un nudo en mi garganta, que la voz se me rompía y que no me encontraba con fuerzas para decir nada más, tragué saliva y su imagen en ese momento comenzó a ser borrosa.

—Claudia, por favor, no llores...

Limpió mis lágrimas con sus pulgares con tanta ternura que consiguió que mi llanto se acentuara, apoyó su cuerpo sobre su codo izquierdo y me acarició la nariz.

—Hugo... —conseguí decir entre espasmos.

—Shhh..., no digas nada... —Tapó mis labios con un dedo—. Dios, eres tan jodidamente bonita... Eres tan especial... Tan tú...

Me miraba la cara al completo, reparando en todos los ángulos y en todas las facciones que la definían, desde mis delgadas cejas hasta los pequeños lóbulos de mis orejas. Apretó la mandíbula al dejar salir un intenso suspiro de su pecho, como preparándose para algo.

—Estoy completamente enamorado de ti, Claudia... Siempre lo he estado...

Una confesión pura y dura, sin preámbulos.

—Y yo sin darme cuenta... —declaré segundos después, con pesar en la voz, cuando asimilé el contenido de la frase.

Hugo se sonrió.

—De eso se trataba... —acarició mis labios con el pulgar—. Si con trece años hubieras descubierto que bebía los mares por ti, habrías huido de mí... y hasta apedreado. Lo sé...

Ahora era yo la que me reía, no le faltaba razón. A esa temprana edad, pensar en besar a un chico o que me llenara de babas me ponía los pelos de punta y hasta me proporcionaba enormes arcadas, y ahora... Lo que daría por no separarme jamás de sus labios.

—Sí, puede ser... —reconocí.

Nos admiramos mutuamente, dándonos cuenta lo que se escondía detrás de aquella bonita declaración del más tierno amor. Hugo se acababa de confesar, a una semana exactamente de casarse con otra mujer. Abrió su corazón exteriorizando su mayor secreto.

—¿Sabes? —Posó la mano detrás de mi nuca y acarició repetidas veces mi cuello con el pulgar hasta conseguir estremecerme—. Cuando te encontré hace unos días en la cocina de la masía, pensé que eras la mujer más bonita y hermosa que había visto jamás, que aquella niña de trece años que vi por última vez se había convertido en una irresistible mujer inalcanzable, y ahí supe... que mi vida se iba a ir a la mierda... Que la morena de ojos verdes que me observaba con el pequeño elefante de barro entre sus manos ya tendría un hombre al lado que le proporcionaría felicidad y bienestar, que ya había un afortunado en el mundo que pudiera disfrutar de ti cada día y cada noche, y que aquel no era yo... Yo

solo era un gilipollas que llegaba tarde... Y, por desgracia, la muerte de mi pobre padre, el cual te había querido como si fueses una hija, tan solo sirvió para recordarme que tú nunca serías mía... —Fui a intervenir, pero me lo prohibió cubriendo mis labios con su pulgar—. Pero entonces... me sonreíste... y todo se me olvidó... Me sentí el hombre más afortunado del mundo por tenerte delante con aquella sonrisa en los labios, aunque tan solo fuera un segundo..., aunque nunca fueras a ser mía...

—Por favor, no sigas... Cállate... —pedí a punto de romper a llorar de verdad—. No sigas, por favor...

—¿Por qué no? —negó con la cabeza—. Lo único que me queda son las palabras... Quiero acariciarte con ellas, llenarte con ellas, besarte con ellas... Que no pueda pensar nunca en que me quedó por decirte que estoy completamente enamorado de ti, que, aunque nos alejemos, siempre pensaré en ti... en que, si toco a otra mujer, pensaré que eres tú...

Ladeé la cara y por mi rostro resbalaron varias lágrimas que mojaron las sábanas. Hugo me las limpió con el dorso de la mano, y me obligó a mirarlo de nuevo.

—Lo siento, lo siento mucho... Siento decirte esto y hacerte llorar, siento no haberte buscado lo suficiente y antes, por miedo a que me pudieras rechazar porque no era bastante para ti... Siento haber llegado tarde...

—No digas eso... —se me escapó un sollozo—. ¿Cómo puedes pensar que te habría rechazado por creer que eras poca cosa para mí...? Nadie me entendía tan bien como tú... En estos veinte años, todavía no he encontrado a nadie que me proporcione la seguridad que tú me dabas con apenas nueve o diez años... —me reí irónicamente—. Parece mentira, ¿verdad? Que, aun siendo más pequeño que yo, cuando me cogías de la mano, no sentía miedo de nada...

—Tú nunca has tenido miedo de nada, Claudia... Has sido la niña más valiente que he conocido jamás... Y creo que lo sigues siendo...

—Te equivocas... —Alargué la mano e introduje mis dedos entre sus *sexys* rizos, los que habían sido motivo de tanta burla por mi parte—. Ahora mismo tengo más miedo que nunca...

Hugo se dejó caer y se recostó a mi lado pegándose a mí. Me volteeé hacia la derecha y quedamos de frente sobre aquel colchón, que ahora mismo amortiguaba nuestro dolor, y nos observamos con vehemencia. Alargó la mano y acarició tiernamente mi rostro entero.

—¿Sabes lo que daría ahora mismo por volver atrás en el tiempo? —me

preguntó, seguramente reviviendo en su mente todos esos momentos en que todo lo compartimos—. Te buscaría hasta en el último rincón del mundo una y otra vez...

Alargué el cuello y miré a nuestro alrededor, el apartamento al completo.

—Creo que este apartamento es la prueba de que me has buscado... Has estado cerca de mí, aunque yo lo ignorara...

Volví a apoyar la cabeza sobre el colchón.

—No lo suficiente... —reconoció con verdadero pesar—. En cuanto me saqué la licenciatura en enología y regresé de la Rioja..., lo primero que hice fue venir a Gerona a buscarte... Con intención de encontrarte y quizás... encontrar también las suficientes fuerzas como para declararte mi amor, pero...

Escuchar aquellas palabras me sorprendieron demasiado, y creo que tanto lo delató mi expresión que Hugo se sonrió.

—¿Viniste expresamente a buscarme? —no daba crédito a aquella confesión.

Asintió con la cabeza torciendo la comisura de los labios.

—Fue entonces cuando conocí a Juan y a Pedro. Me quedé días, incluso semanas en su casa, con alguna que otra excusa tonta para estar por la zona y poderte buscar... Pero, como ves, hemos tardado unos cuantos años más en reencontrarnos, y precisamente en el mismo lugar donde un día nos separamos siendo apenas unos críos... Cruel, el destino, ¿verdad?

Nos miramos con fijación. Sentí unas ganas tremendas de abalanzarme sobre él y de abrazarlo hasta que no me quedaran fuerzas, pero me tuve que mentalizar para no hacerlo: sabía que no nos conduciría a nada bueno un exceso de contacto en aquel momento.

—¿Y el apartamento? —quise saber sin entenderlo.

—No lo sé... No te puedo dar una explicación coherente... —sonrió, creo que algo avergonzado, como cuando alguien hace algo sin sentido y encima es consciente—. Supongo que era otra forma más de sentirme cerca de ti... No lo sé... Un día decidí comprarlo sin más... Creo que pensaba que, teniendo aquí un lugar donde venir, en una de esas, el destino nos encontraría por casualidad puesto que las posibilidades eran mayores, ¿no?

Se echó a reír consiguiendo que yo también lo hiciera.

—Dios mío, Hugo... Y yo sin saber nada... Nunca me lo hubiera imaginado...

Me mordí el labio de rabia, de impotencia, de resignación mientras examinaba sus ojos, aquella hermosa mirada que tenía delante... desnuda, expuesta aun sabiendo que aquella herida no cerraría nunca.

—Pero tú no aparecías por ningún lugar... Y hace cosa de tres años, un día... conocí a Alexia... —confesó creyendo que me lo debía.

En ese momento sentí un leve dolor, como si me hubieran abofeteado en la cara con la mano abierta, se me contrajo el estómago hasta oprimirme el pecho, cortándome la respiración.

—Un día apareció por casualidad en la bodega. Le habían hablado muy bien de ella y... quería hacer negocios con nosotros...

—¿Negocios?

—Sí, iba a abrir un restaurante y, según ella, buscaba buenos vinos que ofrecer en su carta...

—Vaya... así que te liaste con una clienta... —no sé si era una pregunta o una afirmación pero lo dije con los dientes apretados.

Aunque poco derecho tenía a hacerlo: ella no tenía culpa de nada. Tan solo se encontró con un maravilloso y atractivo hombre del cual se enamoró. No la culpo por ello.

—Sí, supongo que se puede llamar así... —Ahora era él quien apretaba la mandíbula, culpándose porque quizá podría haberlo evitado—. ¿Pero qué podía hacer? —creo que se lo preguntó a él mismo—. Por más que te buscara, tú no aparecías y... creí que, quizás ella, fuera lo mejor que podría encontrar... Supongo que, después de todo, cansado y resignado, me conformé...

—Dios, Hugo... Lo siento mucho, yo no sabía nada de esto... No me podía ni imaginar que tú... No sé cómo... Yo...

—Claudia, Claudia... —Alargó la mano, y la posó sobre mi mejilla izquierda—. Tú no tienes la culpa de nada...

—Pero, quizá, si nos hubiéramos encontrado, ahora tú y yo... podríamos...

No sé por qué pero me callé, me retuve de seguir hablando.

—Podríamos... —esperó.

Los dos echamos la mente a volar imaginándonos todo lo que hubiéramos hecho juntos. Hugo se incorporó hasta volver a apoyarse sobre el codo izquierdo, mostrando gran interés por mi afirmación.

—Podríamos... tocarnos... —susurré al fin mirando su suave piel de caramelo, que ahora mismo me moría por lamer y degustar.

Bajó su mirada hasta mis labios.

—Podríamos... besarnos... —susurró también—. Una y otra vez... hasta agotarnos...

Inconscientemente me relamí. ¡Qué succulento sonaba aquello! Volvía a sonar

tan sugerente todo...

—Podríamos... tantas cosas...

Hugo acercó sus labios a mi cuello y sopló suavemente, estremeciéndome de nuevo y con asombrosa rapidez.

—Podría hacerte el amor ahora mismo hasta perder el sentido... —confesé sin miramientos ni prejuicios.

Nunca había necesitado tanto a un hombre como en ese momento, y no me refiero a uno que me empotre contra el cabezal de la cama y me haga gritar, sino a un hombre de verdad, que me llene en todos los sentidos y en todos los aspectos. Y, por desgracia, Adrián no lo hacía, no lo conseguía, aunque me duela confesarlo.

—Suena realmente bien eso... —reconoció.

Acercamos nuestros rostros con decisión, no sé si con intención de besarnos otra vez o no, pero tan solo jugamos con la tentación.

—Siempre he sido un hombre de principios pero tú me lo pones muy difícil, Claudia... —Su dulce aliento me acariciaba cuando hablaba—. Eres demasiado para mí...

—Lo siento...

—No lo sientas... Es lo que provocas en los hombres... Ayer por la noche estaría muy borracho pero no estaba ciego... —mostró una sonrisa—. Me di cuenta a cada momento de cómo te miraban todos los hombres de tu alrededor, ansiosos por abalanzarse sobre ti..., tal y como deseaba hacer yo... —acarició mis labios por encima, lentamente—. Con ese vestido que resulta ser peor que una puta tortura de las de la Inquisición...

Ahora fui yo la que me reí. Me mordí el labio por las cosquillas que me provocaba su dedo.

—Estabas realmente preciosa y apetecible con él... En cuanto te vi, pensé que no iba a salir vivo de esa... —bromeó.

Solté una carcajada y dejé caer la cabeza hacia atrás. Hugo puso una mano en mi nuca para obligarme a volver a él pegando su frente contra la mía.

—Cada vez que te veo reír, me vuelves más loco todavía...

Nos miramos, nos veíamos francamente mal por nuestra cercanía, pero pude apreciar de nuevo en sus ojos ese deseo que quema por dentro hasta abrasarte las entrañas.

—¿Sabes la de veces que me tuve que aguantar en la masía por no abrirte la camisa de un tirón y bajarte los pantalones? —confesé sin vergüenza alguna,

aunque sintiéndome realmente culpable por desear algo que no debía—. Cada vez que te veía, desconocía el motivo, pero sentía la enorme necesidad de tocarte... Y no comprendía por qué por más vueltas que le diera... Hasta incluso llegué a soñar que me lo hacías y te volvías loco de placer... —Hugo se asombró de verdad por mi descarada confesión, la cual pareció encantarle.

La vergüenza que hacía unos minutos me corroía había desaparecido para dar paso a la desinhibición. Porque, recordemos que seguíamos estando tumbados sobre la cama en ropa interior, cubriendo mínimamente nuestras partes más jugosas. Y ahí estaba, de nuevo volvíamos a sentir la llamada de la naturaleza, el instinto de procreación animal, solo que ahora mismo nuestra condición moral nos impedía dejarnos llevar.

—Seríamos muy malas personas si nos dejáramos arrastrar ahora mismo por el deseo, ¿verdad? —preguntó, tensando su firme mandíbula y acechándome con la mirada—. Porque ahora mismo no tengo muy claro si quiero ser buena persona...

—Sí... Seríamos los peores prometidos del mundo entero si cediéramos a lo que nuestros cuerpos reclaman... —susurré mordiéndome el labio inferior y apretando inconscientemente mis muslos.

Demasiadas veces había hecho callar a mi entrepierna últimamente y esa vez no sé si me la iba a perdonar; sentía, más fuerte que nunca, la necesidad de sentirme poseída por Hugo, y no tenía muy claro si iba a poder poner freno a mi cuerpo.

—No sé si voy a poder controlarme, Claudia... —advirtió, volviendo a colocarse sobre mí—. Y lo siento de veras porque no quiero hacer daño a nadie...

Introdujo su rodilla entre mis piernas, pero en ningún momento nos tocamos, colocó las manos sobre el colchón a ambos lados de mi cara, quedándose suspendido en el aire y dejando su boca a un palmo de mí.

—Debemos controlarnos, Hugo... —reconocí tragando saliva.

La garganta me comenzaba a arder casi tanto como la entrepierna. Alcé la mano para acariciar su pecho, tan duro, tan robusto frente a mí, pero me detuve a tiempo y me mordí la uña sin darme cuenta de que lo hacía. Mucho control estábamos teniendo. Demasiado... Otros ya haría rato, o días... que habrían caído en la tentación.

—Sí... Tienes razón... Ellos no tienen culpa... —reconoció a regañadientes.

Bajé la vista entre nosotros y me di cuenta de la gran erección que llevaba guardada en los calzoncillos; aquel bulto tremendo, tan bien guardadito, que

daban ganas de destaparlo de la misma forma que si fuera un enorme regalo, y por inercia... y por necesidad, deslicé mi mano derecha entre los dos cuerpos con la mirada clavada en lo que más hambre me despertaba, y, cuando estuve a la altura de su miembro..., apreté el puño para evitar que mi mano tomara vida propia y la agarrara con ganas, con firmeza, y se aventurara a tomar su propia decisión.

«Joder...».

Pero, aun así, la tomó. Cuando me di cuenta..., tenía la mano por debajo de la fina y delicada tela de color esmeralda y me tocaba sin pudor ante la ardiente e incrédula mirada de Hugo.

«Dios santo, ¡me estaba masturbando!».

Antes de que pudiera frenar, resonó un leve gemido escapando de mi garganta. Aparté la mano de mi entrepierna como si me quemara, pero Hugo me retuvo por la muñeca.

—No... —pidió, tragando saliva—. Por favor, no pares...

Me sentí una pervertida, una viciosa a la que poco le importaba estar comprometida y que el hombre que tenía encima a punto estuviera de casarse con otra mujer. Fui a quejarme, a decir algo en mi defensa, pero su mirada y mi cuerpo, en mutua concordia, me rogaron que no cesara. No me lo podía creer.

—Sigue..., por favor... —tensó la mandíbula y los puños sobre el colchón, y su rostro revelaba más ansia y apetito de mí que nunca—. Puede que sea la única vez que pueda disfrutar de un orgasmo tuyo... No me prives de eso también...

—No..., no puedo...

Lo miré a los ojos, deseé vorazmente no tener que justificar mi lujuria y poder abalanzarme sobre él para que sus propias manos fueran las que me tocaran, pero mi mano, con una idea fija y como si poco le importara las consecuencias que pudiera acarrear, se posó de nuevo sobre mi monte de Venus y mis dedos comenzaron a dibujar círculos lentamente con una ligera presión, consiguiendo que un amasijo de escalofríos naciera de mi estómago y descendiera hasta lo más hondo de mi cuerpo.

—Sí... Eso es... —me animó, con la cabeza agachada entre los dos cuerpos, observaba el movimiento rítmico que comenzaban a tomar mis dedos. Mi vientre se contraía por el intenso placer que comenzaba a poseerme, mi respiración se agitaba, mi sexo se mojaba, y mi mente poco a poco se iba nublando dejándome en blanco y sin capacidad para pensar.

—Dios mío... No me puedo creer que esté haciendo esto... —me relamí los

labios, ya resecos por la excitación—. No sé qué me pasa... No puedo parar... —reconocí comenzando a gemir.

Hugo alzó la mirada y me miró con atención. Creo que nunca en su vida habría imaginado que esa escena pudiera ocurrir de verdad, porque si me lo llegaran a decir a mí... les habría dicho que estaban locos, realmente locos. Yo, comprometida con un hombre desde hacía unos meses, y ahí tocándome sin pudor, delante de mi mejor amigo de la infancia, el cual se casaba en una semana con otra afortunada mujer. Vamos, ni en las mejores películas de Almodóvar.

—Sigue..., no pares... —exigió.

Acercó sus labios a los míos y sopló con delicadeza, descendió por mi barbilla recorriendo mi cuello hasta llegar a mi escote.

—Hugo..., por favor... —gemí al pronunciar su nombre.

Flexionó su cuerpo sobre el mío haciendo un gran esfuerzo con los brazos por no tocarme, y, poniéndose a la altura de mis pechos, sopló sobre mis dos pezones simultáneamente, los cuales con rapidez se erizaron demostrando alegría, quedando remarcados bajo la fina tela del sujetador.

—Oh, Dios..., Hugo...

Me removí nerviosa debajo de él. Cada vez los movimientos de mi mano eran más rápidos y más intensos, presionando cada vez más, y me di cuenta de que, en breve, muy en breve, mi cuerpo explotaría delante de Hugo y me derramaría sobre su cama, sobre sus sábanas, y que ese momento sería tan íntimo y tan nuestro que nadie lo podría borrar jamás. Y él, tan solo ayudándome con un débil soplo.

—Dios mío... No puede ser... —lo miré fijamente a los ojos, los cuales me miraban de una forma en que nunca lo habían hecho—. Por favor... Tócame... —pedí; ahora más que nunca necesitaba de su contacto, el cual no me estaba proporcionando—. Necesito que me toques... —revelé.

—Por favor, no me pidas eso... No me lo pidas...

Creo que hasta los dientes le debieron de doler por lo tensa que tenía la mandíbula, luchando con todas sus fuerzas, reprimiendo el deseo y la necesidad que sentía por cernirse sobre mis carnes, por darme lo que tanto ansiábamos los dos.

—Lo sé... Lo siento... pero es que me muero por notarte, por sentirte...

Hugo miró hacia otro lado y cerró los ojos con fuerza, debatiéndose entre el bien y el mal, luchando con la moral y sus principios por no poder complacerme, complacernos mutuamente.

—No puedo hacer eso y lo sabes... Si lo hago..., no podré parar y será nuestra perdición, Claudia...

Perdición, perdición, perdición... Yo sola ya me estaba perdiendo. Tan solo escuchaba de fondo palabras sin sentido para mí porque mi sistema nervioso estaba desorbitado, estaba a punto de caramelo, a punto de derretirme delante de él. Apreté los dedos aún más conforme el placer ascendía y estaba tan concentrada en lo mío, con los ojos cerrados, que ni me percaté de que Hugo se había colocado a la altura de mis caderas y, cuando menos lo esperaba, sopló sobre mi clítoris ayudándome a estallar. Me rompí en mil pedazos ante sus pupilas, sobre su cama, sin ser capaz de controlarme. Y sé firmemente que él se quedó igual de satisfecho que yo, o más, por haberle regalado aquella ardiente y excitante escena con la que soñaría a partir de ahora. La reviviría una y otra vez en su cabeza hasta que sus pensamientos dejaran de tener vida.

Capítulo 33

Pasaron varios segundos hasta que encontré el valor necesario como para abrir los ojos. Creo que, ahora sí que sí, no tenía del todo claro que lo pudiera mirar a la cara sin padecer vergüenza o pudor. De repente volví a sentir una enorme timidez que me impedía hacer como si nada, como si aquello no hubiera ocurrido, aunque, después de todo, hubieran sido sus propias palabras las que me habían animado a seguir y a terminar con la faena, pero es que me parecía taaaan increíble lo que acababa de ocurrir, lo que terminaba de hacer, que mi mente se sentía jodidamente descolocada. Y en ese mismo instante confirmé lo que hace ya unos días me temía..., que era la más guarra de todas las guarras que caminaban por este mundo, o por lo menos, así me sentía yo. El grado de culpabilidad alcanzaba tantos niveles que todavía no se habían inventado. Abrí los ojos y me encontré con él.

—Hugo... —quise decirle.

Permanecía todavía sobre mí, aguantándose en el aire con los puños apretados contra el colchón, cada uno a ambos lados de mi cara, con los ojos cerrados y mordiéndose el brazo derecho por tener que reprimirse las ganas. Fui consciente de lo muchísimo que le había tenido que costar verme debajo de él, deshaciéndome entera en un intenso orgasmo, y no haberse abalanzado sobre mi necesidad para acabar con ella. Aquel hombre, o tenía una gran fuerza de voluntad o me quería tanto que antes accedería a que le cortaran las pelotas con tal de no meterme en líos. Pero ahora mismo creo que ya teníamos un gran problema o, por lo menos, una gran duda porque, aunque en realidad tan solo nos hubiéramos dado un beso, lo que acabábamos de hacer... ¿se podría llamar infidelidad? Ahora mismo no sabía qué pensar ni cómo sentirme.

—Lo siento... —me disculpé en un susurro.

Hugo reaccionó a mi voz, me miró y en sus ojos pude ver todavía los resquicios de la exaltación que le había provocado mi derrumbamiento entre jadeos y gemidos. Hasta me atrevería a decir que tenía el rostro desencajado por tener que dominar las terribles ganas que sentía su cuerpo por dejarse ir

conmigo.

—No lo sientas, por favor... Es el mejor regalo que me podrías haber hecho nunca, preciosa... —aseguró mordiéndose el labio.

Su comentario, no sé por qué, me hizo reír, pero creo que eran los nervios y la vergüenza que sentía por dentro lo que se reflejaba en mi rostro. Hugo, al verme, me imitó.

—Joder, no me puedo creer que me haya tocado delante de ti... —lloriqueé.

Me cubrí la cara con las dos manos, quería morirme en ese momento, desaparecer. Ahora que mi cabeza comenzaba a reaccionar y a estar clara de nuevo, me daba cuenta de que no tenía ni idea en qué iba desembocar todo aquello, cuál iba a ser el resultado de un deseo mal controlado. Había dormido con él en la misma cama, nos habíamos tocado y acariciado, habíamos tonteado como dos quinceañeros necesitados, llegando a besarnos apasionadamente e, incluso, Hugo había acariciado con hambre mi muslo y parte de mi nalga... y, para colmo, yo..., yo me había masturbado mientras él me encendía con la mirada y con suaves soplos culminándome hacia el cielo... Pero nunca, nunca, sin llegar a entrar en mí. ¿Hasta qué punto se podía llamar infidelidad? ¿Hasta qué punto valía la pena romper mi compromiso con Adrián por un simple beso y un par de caricias? ¿Hasta qué punto él debía anular su boda con Alexia por un fugaz calentón? Y, lo peor de todo, ¿hasta qué punto valía la pena hacer como si nada?

—Ha sido lo más hermoso que he visto jamás... —aseguró cogiendo mis muñecas para que me descubriera la cara y besando tiernamente el dorso de mi mano con intención de reconfortarme.

—No..., nunca lo debería haber hecho... —reconocí mordiéndome el labio, realmente arrepentida—. Nunca creí que lo llegara a hacer algún día...

—Nunca digas nunca... —comentó.

—¿Y tú? ¿Cómo estás tú? —quise saber cómo se sentía.

Pero el puñetero me regaló la más bonita y pícara de las sonrisas llegándome muy adentro.

—¿Yo? —preguntó como si nada fingiendo indiferencia mientras se levantaba de la cama y colocaba de pie frente a mí—. Yo necesito urgentemente una puñetera ducha, nena...

No pude retener una carcajada en cuanto mis ojos se fijaron en el más que aceptable y prominente paquete que exhibía entre las piernas, en esa enorme erección que hasta debía de doler al estar tan hinchada.

—Créeme, ahora mismo tengo tan poca sangre en la cabeza que se me hace difícil pensar... Así que, si no te importa... —acercó su mano a mi mejilla y me acarició con ternura—. Voy a solucionar el problema antes de que me dé una puñetera embolia...

Lo miré y de nuevo algo se removió dentro de mí. Tuve que morderme la lengua y aguantarme las ganas por no pedirle que me agarrara por las caderas y me lo hiciera como un hombre, porque, más que nunca, me moría por comprobar cómo era Hugo en la cama; me daba que tenía que follar exquisitamente bien.

—Claro...

Me mostró una preciosa sonrisa de complicidad antes de darse la vuelta, caminó unos pasos en dirección al baño y, antes de entrar en él, se giró de nuevo, vino hacia mí y me regaló el beso más dulce que podáis imaginar en la mejilla izquierda.

—Por favor, júrame que, cuando salga, seguirás estando aquí... Que no te habrás marchado...

Cómo no, no pude decirle que no. Un pasito más cerca de mi perdición.

—Aquí estaré... —aseguré mirándole con fijación a los ojos.

Por segunda vez en aquella mañana lo hice el hombre más feliz del mundo.

Me tomé la suficiente confianza como para acabar de levantar las persianas del todo, ofreciendo vía libre al resplandeciente sol, para que inundara el apartamento con sus radiantes rayos y acariciase las blancas paredes. Abrí una de las cristaleras de aluminio y salí al exterior pisando el suelo revestido de rasilla de la pequeña terraza sin darme cuenta de que lo hacía en ropa interior, pero es que el impresionante paisaje que se mostraba frente a mí me hipnotizó de tal manera que me había quedado anonadada. La vista panorámica de un esplendoroso mar de color turquesa a las diez de la mañana te absorbían sin poder remediarlo. Aquel pequeño ático se encontraba en un lugar privilegiado. Y, lo mejor de todo, lo había comprado pensando en mí.

—Pensaba que me habías mentido y que ya habías huido de aquí...

La voz de Hugo me hizo regresar. Por un momento, me había perdido en una maravillosa fantasía donde él y yo vivíamos en ese apartamento a pie de mar y donde éramos completamente felices. Me imaginé cómo sería compartir mi vida con él y el alma se me volvió a desgarrar al darme cuenta de que eso nunca sucedería... Pero, en cuanto me giré y lo descubrí semidesnudo, con tan solo una pequeña toalla blanca alrededor de la cintura acompañando a su precioso cabello

mojado y rizado que caía sobre sus ojos, todo lo de la mente se me esfumó. Ahora mismo no había imagen más erótica que la que aquel hombre me estaba regalando.

—Gracias a Dios que no lo he hecho... —confesé, repasándolo con la mirada de arriba a abajo con descaro.

Había tardado más de la cuenta en darse aquella refrescante ducha que tanto aseguró necesitar, y pude adivinar a qué se debía. Imaginármelo empapado bajo el agua con su magnífico miembro viril entre las manos me puso en un instante a cien por hora. Y maldije al cosmos y al universo por no dejarme compartir con él aquel momento. Hugo se había tocado a escondidas de la culpabilidad pensando en mí y en el numerito que le había mostrado minutos antes sobre la cama. Necesitaba tanto como yo apagar aquel fuego que lo abrasaba en su interior.

—Me encanta saber que es de tu agrado lo que ves... —dibujó una bonita sonrisa de satisfacción.

Dio unos pasos más al frente y se colocó justo delante con las manos en las caderas.

—Dime, ¿te gusta?

Solté una sonrisa irónica.

—Si te digo que me gusta, me quedo corta... —confesé repasando de nuevo su esculpido cuerpo.

Hugo dejó caer la cabeza hacia atrás soltando una pequeña carcajada al aire.

—No, cielo... No me refiero a mí... —me cogió por las caderas y me obligó a voltearme para contemplar el infinito mar—. Me refiero a esta preciosidad...

Apoyé las dos manos sobre el largo tubo en acero inoxidable que sujetaba unos grandes cristales a modo de baranda de seguridad (que, a decir verdad, a esa altura seguridad poca, aunque muy bonita..., eso sí) cuando, desde detrás, colocó sus manos sobre las mías hasta quedar casi pegado a mi espalda.

—Oh... —me mordí el labio, algo avergonzada por tanto descaro—. Sí, me encanta... Nunca había visto algo tan bonito y espectacular... —reconocí.

—Yo sí... —susurró a mi oído—. Es casi tan bonito y espectacular como tú... —declaró antes de volver a girarme para quedar cara a cara.

Creo que me sonrojé con aquel comentario, porque no fueron tan solo sus palabras las que hablaron, sus ojos me miraron con tanta vehemencia que resultaba desconocido para mí, nunca nadie me había mirado de esa forma en toda mi vida hasta entonces. Y me duele en el corazón tener que reconocer que ni Adrián me mira con la mitad de amor con el que ahora mismo él me envolvía.

Ahora comenzaba a saber lo que es estar enamorada y ser correspondida.

—Gracias...

—No me las tienes que dar... Tan solo digo la verdad...

Sorprendentemente, sentí la enorme necesidad de preguntar algo en ese momento.

—¿Alexia sabe de la existencia de este ático? —no procesé la pregunta y la escupí sin pensar.

Si la respuesta era afirmativa, me llevaría una gran desilusión y un disgusto, aunque pueda resultar una tontería que algo que tan solo nos pertenezca a nosotros dos me reconforte de alguna forma y, de algún modo hasta conseguir resultarme suficiente..., aunque al final de todo no nos sirva de nada y para nada.

—No —fue firme en su declaración—. Ni tan siquiera se lo imagina... Tan solo mi madre, Choni, Lucas y yo sabemos de su existencia...

—¿Por qué nunca se lo has dicho? —quise saber.

—Porque en su día lo compré por y para ti... Y no quiero que nadie más pueda alimentarse de nuestra frustrada historia de amor... —hizo el intento de bromear intentando quitar hierro al momento, a la dura realidad.

—Dios, ¿sabes lo bonito y ñoño que ha sonado eso? —no pude aguantarme y me eché a reír intentando hacer oídos sordos a lo que enmascaraba aquella broma.

Creo que no estaba acostumbrada a tantos halagos, a tantas atenciones y a tanto amor, que hasta me llegó a sonar cursi todo aquello. Me miró y se aguantó las risas.

—Vamos... ¿de qué te ríes? —me preguntó arrugando el ceño—. Qué poco romántica eres... —me acusó fingiendo estar dolido.

—Lo siento, tienes razón... No debería reírme... —intenté ponerme seria—. Pero es que nunca nadie me ha dicho cosas tan bonitas y tan especiales como las que tú me dices...

Me mordí el labio y bajé la mirada a mis pies descalzos al reconocer aquello, sintiéndome culpable por hacerlo. Para nada tenía intención de culpar a Adrián por no ser un romántico, pero es que era la pura verdad. Adrián no regalaba una caricia o una intensa mirada si no eran para llegar a tener sexo.

—Un hombre que no te diga cada día lo bonita y especial que eres no te merece... —expuso.

Hugo me obligó a mirarlo alzando mi barbilla con un dedo, tensando la mandíbula al sentenciar aquellas palabras.

—Por cierto, ese hombre se deberá de estar preguntando donde estás... —añadió.

—Bueno... en realidad ese hombre se encuentra ahora mismo a casi trescientos kilómetros de aquí...

Se sorprendió con aquella noticia, se cruzó de brazos y preguntó:

—¿Y eso?

—Estará en Francia hasta el martes por negocios... —no di mucha más información por innecesario.

—Oh... —Algo cruzó por su mente. Se acercó tanto a mí que me tuve que pegar a la baranda y, tras pasar un brazo alrededor de mi cintura, me acechó con su imponente cuerpo—. ¿Eso significa entonces que puedo tenerte hasta el martes?

«Dios, ¡pero qué bien se le da seducir a una mujer y ponerla a mil en un momento!».

—No... No significa eso... —tragué saliva—. Además, creo recordar que ya hay una mujer que te espera a ti... —recordé la amarga verdad que nos sacudía con ganas.

—Lo siento, tienes razón... —fue como si, al pronunciar esas palabras, lo hubiera abofeteado con ellas.

Se apartó y me dio la espalda. Podía parecer imposible, y mentira, pero había momentos en los que se nos olvidaba que ya pertenecíamos a otras personas, que estábamos prometidos e incluso a punto de casarnos, cuando nuestras miradas se encontraban.

—Y, por Dios, ponte algo de ropa porque no soy capaz de pensar con claridad contigo así delante... —reconocí agarrándome al tubo de acero inoxidable por no estirar los brazos y agarrarme a él.

Porque aquel puñetero hombre era la tentación en carne y hueso: sus anchas y definidas espaldas torneadas, y la vista de su culo prieto debajo de aquella pequeña toalla alrededor de su cintura, agarrada mínimamente por la punta de la misma, me estaban volviendo loca, llegando incluso a trastocarme.

—Sí, creo que será lo mejor... —Se volvió a girar hacia mí—. No queremos que se me caiga la toalla y te escandalices... ¿verdad? —bromeó ahora.

Bajé la vista y pude apreciar la cabeza de su miembro rozando con el delicado rizo de algodón blanco al llevar toda la mercancía suelta. ¡Y por el amor hermoso! Me tuve que girar a contemplar la espuma del mar para que mis pensamientos se disiparan porque comenzaban a coger tono de nuevo.

—Deja ya de torturarme... —le pedí divertida.

—Mira la que fue a hablar... —me agarró por el brazo, obligándome a volver a él y a quedar cara a cara—. La morena de pelo largo y *sexys* ondas, de felinos ojos verdes y largas piernas que se pasea por mi terraza en tanga y en sujetador que transparenta completamente todo... Y con esa delicada piel bronceada y aterciopelada que huele escandalosamente bien a sexo...

Me levantó en el aire en un rápido movimiento y me sentó sobre una pequeña mesa redonda de teka que se aburría a nuestro lado, encajándose seguidamente entre mis piernas y en mí. No me dio tiempo a reaccionar.

—Deja ya de torturarme... —repitió mis mismas palabras, bajando el tono de voz a modo sugerente y, apoyando las manos a lado y lado de mis caderas, acercó con exceso su cara a la mía.

Tragué saliva y me quedé igual de paralizada que un inofensivo zorro al que deslumbran con los faros de un coche y están a punto de atropellar. Igual de perdida me sentí yo. Nos miramos pero ninguno dijo nada. Y fue entonces cuando el sonido de un teléfono rompió el silencio haciéndonos regresar... Salvados por la campana.

—Creo... que es el tuyo... —me atreví a avisar en un susurro.

Hugo echó un rápido vistazo a mis labios antes de separarse.

—Sí... y será mejor que lo coja...

Ahí me di cuenta de que era momento de marcharse. No sé cuánto tiempo más aguantaríamos esa increíble tentación, esa dolorosa y tormentosa atracción sexual.

Capítulo 34

Hugo deambulaba de un lado al otro de la pequeña cocina (por llamarla de algún modo) con teléfono en mano, mientras esperaba a que el intenso y oloroso café, con el que empezaba a ambientar la estancia, terminara de burbujear al hervir con rabia... ¡Para que luego digan que los hombres son incapaces de hacer dos cosas a la vez! Y no es que tuviera intención de escuchar aquella conversación, ni mucho menos; para nada, pero es que, desde dentro del baño, donde me encontraba aseándome y arreglándome junto a mi pequeño neceser, todo se escuchaba. Además, pensaba llamar a mi hermana para que viniera a recogerme en cuanto estuviera vestida y preparada, que eso sería exactamente dentro de escasos cinco minutos, porque ni tenía intención de pasar más tiempo encerrada entre esas cuatro paredes con aquel arrebatador hombre, ni tampoco nos convenía ir jugando más con nuestros sentimientos y la lujuria, que esta era muy puta y muy vengativa, que la conozco yo. Y hablando de sentimientos..., sentía la gran necesidad de hablar cuanto antes con Adrián (entre otras cosas, para ver cómo se encontraba), puesto que el nudo que sentía en el estómago me recordaba que, igual, le debía una inquietante explicación.

—Sí, estoy bien... De verdad...

Oí cómo respondía Hugo a quien estuviera al otro lado del teléfono, aunque rápidamente me imaginé de quién se trataba, pues no había que ser muy espabilada para deducir aquello y llegar a la conclusión.

—No, no me pasa nada... Solo es que me he acostado tarde... y... estoy con resaca... ya sabes... —se justificó por la falta de empatía que debía de estar demostrando—. Sí, solo es eso... —esperó respuesta—. Alexia, por favor... Vale ya. No insistas...

Afiné entonces el oído y lo pude escuchar resoplar. ¡Qué cotilla me sentí! Pero es que no lo pude evitar.

—Está bien, en cuanto llegue hablamos... Por cierto, a todo esto, igual llevo un poco tarde... Quiero descansar antes de coger el coche para conducir hasta allí... ¿de acuerdo? —volvió a esperar respuesta por parte de su prometida—. Sí,

te he oído, Alexia... En cuanto llegue, tenemos que hablar... me ha quedado claro...

¡Huy! ¿Aquello sonaba a tema serio... o eran imaginaciones mías? Cerré la cremallera de mi neceser y salí del baño para dirigirme al pequeño sofá, donde se encontraba mi cartera de mano, para guardarlo dentro de esta. Y fue entonces cuando vi que Hugo apoyaba las manos sobre la encimera y agachaba la cabeza en un gesto que no me gustó un pelo.

—¿Estás bien? —me vi obligada a preguntar—. ¿Ocurre algo?

Se giró sorprendido al no esperarme detrás, fingiendo realmente mal que no pasaba nada, esforzándose por sonreír.

—No... no, no pasa nada, tranquila... —se volvió a girar para apagar el fuego de la cafetera—. ¿Quieres leche con el café?

«Dios... Hugo está dando por sentado que me quedó aquí con él».

—No... Esto... yo... —carraspeé nerviosa, acercándome un poco más hasta donde él estaba—... No voy a tomar café... Voy a llamar a mi hermana por si pudiera venir a buscarme... y... si no, cogeré un taxi hasta casa... —le expuse mis intenciones.

Pude percibir en su rostro la tremenda desilusión que le había creado aquella noticia.

—¿Te vas? —pretendía evitar más que nunca el momento de la despedida.

—Sí... Debo irme, Hugo...

—Pero pensé que... igual... hoy podrías quedarte conmigo... y...

«¡Joder!».

Cada vez las despedidas dolían más, eran más intensas y más crudas. Sobre todo, cuando sabes con certeza que será la última vez, antes de que pertenezca a otra mujer.

—No... No creo... que... debamos... pasar más tiempo juntos... —tuve que tragar saliva y llenarme los pulmones de aire para poder terminar la frase. Declarar aquello me dolió tanto como a él escucharlo.

—¿Cómo? —se acercó con miedo arqueando una ceja con gesto de incredulidad—. ¿Me estás diciendo que... no nos vamos a volver a ver?

—No... Yo no he dicho eso... —me apresuré a corregirlo, pero creo que era justamente a lo que yo me refería—. Bueno... no lo sé, Hugo... Quizá sí sea lo mejor... Tú en una semana... en una semana te vas a casar, ¡joder! Y yo no puedo seguir viéndote sabiendo que nunca podremos estar juntos... Duele demasiado, ¿sabes? —tuve que aguantar el reflejo de un sollozo, pero por suerte conseguí

tragar el nudo de mi garganta y evitarlo.

—¡Sí! —elevó la voz—. ¡Claro que lo sé! —Me dio la espalda, apoyó los puños apretados sobre la encimera y pude ver cómo cada vez respiraba con más intensidad—. Sé perfectamente lo que es tener delante de ti a la persona que siempre has amado y ni tan siquiera la puedas tocar, que no puedas estar durante horas y horas contemplándola como desearías, que pensar en tan solo rozar sus labios consiga encogerte el corazón, que encuentres una puta excusa para que su olor se quede impregnado en una de tus prendas de ropa y que cada noche la puedas aspirar imaginándote que es ella... —soltó una risilla irónica—. Dicho así suena enfermizo, ¿verdad?

Ladeó el rostro y me atravesó con sus bonitos ojos, vi el dolor que sentía su corazón a través de sus pupilas, aquel dolor que me resultaba tan familiar desde hace una semana.

—Yo... yo... Lo siento... lo siento de verdad... —Aunque peleé por no hacerlo, unas lágrimas resbalaron por mis mejillas—. Siento tanto todo esto... Siento tanto que termine así...

Su teléfono volvió a sonar, pero ninguno de los dos desviamos la mirada. Estábamos grabando a fuego nuestros rostros por última vez.

—Dime una cosa, Claudia... y sé sincera, por favor...

No sé por qué las piernas me comenzaron a temblar de súbito al escuchar su petición; el corazón, irremediablemente, me dio un vuelco al imaginármelo. Hugo se irguió, dio unos pasos y se quedó plantado delante a un palmo de distancia, exigiendo sinceridad.

—¿De verdad estás enamorada de mí?

Me sostuvo la mirada. Tragué saliva dolorosamente por la congoja que preveía venir, parpadeé y varias lágrimas salieron disparadas de mis ojos y, aunque quise responder más rápido de lo que lo hice..., no pude. Sentí un miedo atroz a decir la verdad, a equivocarme pudiendo hacer daño a Alexia y Adrián con aquella afirmación, aunque la respuesta la tenía bien clara: estaba total y completamente enamorada del hombre que esperaba nervioso mi respuesta. Me lancé de cabeza a la piscina sin asegurarme tan siquiera de si contenía agua.

—Creo... que nunca he estado más enamorada, Hugo... —aseguré con la voz rota—. Pero tengo tanto miedo que ahora mismo sería capaz de cualquier cosa con tal de que nadie saliera herido con esta historia...

Sé que Hugo respiró tranquilo al escuchar mi declaración, abrazó mi cuerpo deduciendo que yo, cómo él, también lo necesitaba. Respondí inmediatamente

pasando mis brazos alrededor de su cuello. Estaba aferrada a él como quien se agarra a un salvavidas en un inmenso y peligroso mar abierto a la deriva, porque así me sentía en ese momento, tan perdida y sin rumbo que desconocía hacia dónde navegaba mi vida. Y en ese instante el mundo ya se podría haber terminado que yo me hubiese sentido afortunada al tenerlo cerca de mi.

—¿Y nosotros? —Buscó mi mirada con nuestros cuerpos todavía aferrados—. ¿Nosotros no estamos lo suficientemente heridos?

—Por favor, Hugo, no quiero sentirme responsable por lo que pueda decir ahora mismo. Siento que me estás pidiendo que tome una decisión respecto a nosotros y... ahora no sé que...

—La decisión ya está tomada, Claudia...

Me cortó con su frase con asombrosa y exagerada firmeza en la voz. Arrugué el ceño porque no entendía qué había querido decir con aquello, o no quise entenderlo.

—¿Qué? —pregunté con cierto temor—. ¿Qué has querido decir con eso, Hugo?

Tragó saliva, tensó la mandíbula y sentenció sin dudar:

—Voy a anular la boda con Alexia...

¡PUM!

Se me cayó el alma a los pies.

—¡¡¿Cómo?!! ¡¡¿Qué?!!

Me separé de él de repente sin poder creerme sus palabras, aquellas palabras que, dichas con tanta seguridad, consiguieron estremecerme.

—Lo que has oído... No me voy a casar con ella... No puedo hacerlo...

Negué con la cabeza, las manos me comenzaron a temblar y pude sentir cómo la garganta se me cerraba poco a poco y el pulso se me disparaba..., porque aquello no podía estar pasando, no podía ocurrir; se nos estaba yendo de las manos.

¿Cómo era posible que las cosas hubieran cambiado tanto en una puñetera semana?

—Pero no puedes hacer eso... —le advertí dejándome caer en el sofá. Apoyé los codos en mis rodillas y me cubrí la cara con las manos—. Estás a una semana de casarte, Hugo... Está tu madre... con todo lo de tu padre tan reciente, Choni... No se merecen pasar por otro disgusto más... Y, ¿qué pensará la gente?

Se sentó a mi lado cogiéndome las manos para llamar mi atención y que así lo mirara.

—Puedo asegurarte que lo que piense la gente me es indiferente..., me da igual.

—Pero...

—Y referente a mi madre... —acercó sus dedos y acarició con amor mi mejilla—. Deberías haber escuchado sus palabras cuando volví de dejaros a tu madre y a ti en casa el otro día...

—¿Sus palabras? —volví a arrugar el ceño, sin entender—. ¿A qué te refieres?

Me mostró una débil sonrisa con idea de reconfortarme, lo sé, pero de poco le sirvió. Ahora mismo mi mente se sentía bombardeada por todos los bandos y solo alcanzaba a alzar escudos a su alrededor para protegerse.

—Mi madre está casi tan enamorada de ti como yo, Claudia... Siempre lo ha estado... Para ella fuiste la hija que nunca tuvo...

La imagen de Hugo comenzó a ser borrosa, bajé la vista a mis manos, las cuales descansaban ahora en mi regazo retorciendo mis dedos temblorosos, intentando asimilar la situación.

—Yo también la he querido como a una segunda madre... —reconocí—. Igual que a Choni..., ya lo sabes tú... pero... eso no quita que...

—¿Choni?

Levanté la mirada.

—¿Quieres saber lo que dijo Choni cuando le comenté que me había prometido con Alexia? —me preguntó como si aquello no tuviera desperdicio y fuese necesario que yo fuera conocedora de esa declaración.

Dudé antes de preguntar, pero no aguanté mucho tiempo en hacerlo.

—¿Qué?, ¿qué dijo? —aquello sí que quería escucharlo, me podía esperar cualquier barbaridad.

Me miró fijamente a los ojos antes de hablar como preparando el terreno.

—Que me estaba equivocando... Y que, si tomaba esa decisión, ojalá que el destino no nos volviera a reencontrar nunca porque me arrepentiría de haberme casado con otra mujer nada más verte... —torció la comisura de los labios dándole la razón—. Eso es lo que me dijo nuestra querida Choni... Y poco se equivocaba...

Si es que a sabia no la supera nadie. Me mordí el labio, aguantándome una sonrisa al imaginármela sentenciando aquello, pero me retuve de hacerlo porque no era el momento y porque, más bien, lo que sentía era unas terribles ganas de echarme a llorar.

—Dios, no me lo puedo creer... Por lo visto, todo el mundo ha sabido siempre que estabas enamorado de mí menos yo... —dije pareciéndome imposible la idea.

Me sentí tan estúpida, tan desgraciada, que tenía ganas de irme y desaparecer, de alejarme del enorme problema que ahora mismo se cernía sobre mí, de la culpabilidad que sentía por estar enamorada del guapísimo hombre que me observaba, y de ser la desencadenante de la decisión de anular su boda con Alexia porque estaba enamorado de una servidora hasta las trancas. ¡Joder! ¿Y ahora qué se suponía que iba a pasar? ¿Yo también debía anular mi compromiso con Adrián? ¿Eso significaba que, al final, íbamos a poder estar juntos? Esa incertidumbre iba a acabar conmigo.

—Dios, creo que ahora mismo tengo ganas de vomitar... —me volví a cubrir la cara con las manos. Deseaba con todas mis fuerzas que la tierra me tragase.

—Claudia... Mírame... oye... —cogió mis manos y las guardó entre las suyas—. No quiero que pienses en ningún momento que tú eres la culpable de mi decisión, ¿de acuerdo? Soy yo, y solo yo, el que ha decidido que anular mi boda es lo mejor para todos... Debo dejar de engañarme pensando en que quizá con el tiempo, algún día, pueda llegar a amar a Alexia como te amo a ti. Eso no es justo para ella ni para mí... Porque sé con total seguridad que eso nunca ocurrirá... Y con ello no estoy diciendo ni te estoy pidiendo que tú hagas lo mismo con Adrián... ¿Queda claro?

—Pero, Hugo... por favor... ¿Y si te estás precipitando? —Me levanté del sofá, nerviosa y alterada—. Y si... no sé... imagínate... Por un supuesto, los dos anulamos nuestros compromisos, nos damos una oportunidad y, y... después, nos damos cuenta de que fue un error o no nos soportamos... y lo echamos todo a perder. No sé, Hugo... Todo esto es muy complicado. Yo no sé... porque, aunque... esté completamente enamorada de ti... quizá no sé si abandonarlo todo supondría un suicidio... porque ellos...

Mi mente no era capaz de procesar aquella decisión ni mucho menos de razonar con claridad. A la vista estaba, me sentía incapaz de formular una simple frase con sentido y contundencia.

—¡Basta! —Se levantó del sofá y se abalanzó sobre mí para abrazarme de nuevo sin pedir permiso—. No sigas, Claudia... No quiero que te alteres ni te sientas mal por...

—¡¿Pero cómo coño no quieres que me altere ni me sienta mal, Hugo?! —Me deshice de sus brazos en un rápido movimiento—. ¡Por el amor de Dios!

¡Vas a plantar a una mujer enamorada de ti a una semana de su boda! ¡Por mí! —Clavé mi dedo pulgar en mi pecho señalándome—. ¡Por mi culpa! —Levanté los brazos en el aire comenzando a exasperarme—. ¿Sabes lo que te haría yo si me lo llegas a hacer a mí? No, no quieras saberlo... —negué con la cabeza.

Me llevé las manos a las caderas y caminé hacia el centro del apartamento como si allí fuera a estar la solución. Hugo me miraba con atención, sin acercarse por miedo a que fuera a echar más leña al fuego porque su mero contacto siempre conseguía encenderme en todos y cada uno de los sentidos.

—Me voy... Me largo... Tengo que irme de aquí... Necesito pensar...

Me acerqué de nuevo al sofá para coger definitivamente mi cartera.

—Claudia, espera... Hablemos, por favor... —pidió cogiéndome por el brazo con suavidad, pero yo estaba tan alterada que me sobraban esas delicadezas—. No puedo dejar que te vayas así... Mo te voy a dejar...

—Claro que me vas a dejar... ¿Lo quieres ver? —ahora era yo la que lo retaba.

Me subí a mis sandalias altas y me las coloqué con torpeza y con dificultad por el ligero temblor de mis dedos.

—¿Adónde vas? —quiso saber llevándose las manos a las caderas.

—A mi casa, lejos de ti... —escupí intentando demostrar rabia para que, de una vez por todas, pensara que lo nuestro era un error. Algo imposible.

—No tienes cómo irte... —comentó evidenciándolo.

Lo reté de nuevo con la mirada, esta vez con más ahínco.

—¡Ja! ¿Crees que eso va a suponer un problema para mí? —pregunté asquerosamente orgullosa—. ¿Es que no me conoces?

Estaba realmente poseída, la situación me había llevado a un límite que desconocía.

Cogí mi teléfono del extremo contrario del sofá y, con aires de diva, me encaminé hacia la puerta, pero cómo no, su mano me volvió a frenar en el camino.

—¿De verdad es lo que quieres? ¿Quieres huir lejos de mí? —exigió saber en voz baja, dudando de ello.

Miré con fijación la mano que me agarraba por el brazo y, seguidamente, hice lo mismo con sus hermosos ojos.

—Sí... —asegué sin demasiada credibilidad en la voz, tragando saliva.

—Vas a necesitar creértelo tú misma para convencerme...

«¡Maldito tío bueno, seductor nato, tremendo macizorro y... mamón!».

Tensé la mandíbula imitando su gesto, me llené los pulmones de un aire espeso que me costaba respirar y, sin pensar demasiado, me despedí:

—Adiós, Hugo... Espero que no hagas ninguna estupidez y que no anules tu boda con Alexia... Porque tú y yo... nunca... volveremos a vernos. Tan solo han sido unos días raros, llenos de incertidumbre, pero eso se acabó, sabes tan bien como yo que debemos seguir nuestros caminos por separado así que no hagas más difícil lo imposible... —tragué saliva poco a poco antes de seguir con mi farsa—. Y os deseo lo mejor del mundo a los dos. Sé que te hará feliz...

Me deshice de su brazo, me acerqué hasta la puerta del apartamento para salir, huir de allí, de él, pero antes de llegar a tocar el pomo me agarró por la cintura, me empotró contra la puerta blanca y su cuerpo, todavía desnudo y en calzoncillos, me aplastó igual que lo hizo su boca contra la mía. Era el segundo beso que me robaba aquella mañana, pero esa vez su suave lengua y sus tiernos labios me arrastraron con él sin remedio. Consiguió que toda esa patraña que le había soltado unos segundos antes quedara tan solo en eso, en una maldita mentira que ni él ni yo nos creímos. Las fuerzas me flaquearon y no fui capaz de separarme de su boca, de su cuerpo, todo tan cálido y acogedor que me dejé llevar. Dejé caer mi cartera al suelo, introduje mis dedos entre sus rizos y lo devoré de la misma forma y con el mismo hambre con que él lo estaba haciendo conmigo.

—Parece que todavía no te ha quedado claro que yo tan solo te quiero a ti... —susurró separándose apenas de mis labios—. Que ni Alexia ni ninguna otra mujer conseguirán jamás que te olvide... Y ya puedes ponerte como quieras, pero eso nunca cambiará, te cases o no con Adrián... Me da lo mismo... Te pertenezco.

Capítulo 35

Aquel beso resultó ser como un bálsamo para mí, apaciguó mi irritabilidad y mi nerviosismo, asombrosamente, al instante. Hugo estaba descubriendo mis puntos débiles para hacerme callar o, por lo menos, él lo iba intentando con ahínco. Y parece ser que, por una vez, surtió efecto. ¡Benditas y malditas armas de hombre seductor!

—Gracias por acceder a quedarte hoy conmigo... —Sorbió de su taza de café, mirándome por encima de esta—. Juro que me esforzaré todo lo que pueda porque hoy sea como uno de esos días de hace veinte años en que lo único que hacíamos era... nada, y reírnos sin parar —recordó.

Yo acariciaba lentamente el borde de la mía con el dedo. Estábamos sentados desayunando en la pequeña terraza frente al mar, con la brisa marina acariciando nuestros rostros y haciendo que mi melena suelta ondeara al viento de vez en cuando. Hugo había sacado de uno de los armarios una fiambarrera repleta de magdalenas caseras que la mismísima Choni le había preparado con todo su amor, y las cuales engullimos, casi sin respirar, en cuanto nos sentamos en las dos pequeñas sillas de teka a conjunto con la redonda mesa, que era lo único que llenaba aquella desierta terraza de rasilla rojiza.

—Gracias... —susurré.

Agradecí de verdad el esfuerzo que demostraba por recordar que tan solo éramos dos amigos de la infancia y que se olvidara de nuestra truncada historia de amor donde la atracción era la que iba en cabeza. Pero eso era como pedirle a un pájaro que se olvidase de que puede volar. Algo imposible e inolvidable.

—Nada de prometidos, de bodas, de besos... de caricias... de insinuaciones... —Bajó la mirada un instante mentalizándose de ello—. Tan solo el Hugo y la Claudia de hace veinte años. Tan solo tú y yo.

Torcí la comisura de mis labios, siendo consciente de lo mucho que nos iba a costar respetar aquello, pero aseguré:

—Sí... No hay cosa que más necesite ahora mismo...

Se hizo un pequeño silencio, pero, después de hinchar el pecho y soltar un

intenso suspiro, Hugo preguntó:

—Está bien... pues... ¿Qué te apetece hacer hoy? —dio otro sorbo al café—. Pide por esa boquita...

Me reí y él hizo exactamente lo mismo. Ladeé la cabeza hacia la izquierda y fijé la vista en el horizonte, observando el pequeño trozo de mar que se podía apreciar desde mi sitio.

—Por casualidad, no tendrás por ahí un yate con el que poder salir a navegar, ¿verdad?

Hugo soltó una carcajada echando la cabeza hacia atrás.

—Joder, «Abrefácil»..., no te conformas con cualquier cosa... ¿eh?

—¡No me llames así! —pedí.

Le lancé divertida una pelotita pequeña hecha con varios envoltorios de las magdalenas y él la esquivó al vuelo.

—¿Queeee?, ¿por qué no? —preguntó con una gran sonrisa en los labios.

—Porque ahora no suena igual que cuando éramos pequeños... —le expliqué como si fuera algo obvio.

—Sí, en eso tienes razón... puede ser... ¡pero es que eras la «Abrefácil» oficial! —me recordó.

Me eché a reír mientras me ruborizaba al recordar mi inapropiado mote.

—¡Pues ya no me llames así! —exigí dando el último trago a mi café con leche.

—¿Y, entonces, cómo te puedo llamar?

—Pues... no sé... Supongo que por mi nombre, ¿no crees? —dejé la taza sobre la mesa haciendo una pequeña mueca—. Para eso me lo pusieron mis padres, digo yo...

—Sí... lo que tú quieras, pero entonces no es lo mismo... y lo sabes... —me señaló gracioso con el dedo.

—Está bien... —Arrugué el entrecejo y los morritos—. Pero que no salga de aquí... Que nadie más te oiga... ¿de acuerdo? —quise complacerlo, y quizá, inconscientemente, también sumergirme de pleno en el papel de la pequeña Claudia de diez años, como él mismo había propuesto.

Hugo me miró con verdadero cariño y, torciendo una sonrisa, no pudo evitar añadir algo más que no debía:

—Sabes... Estás realmente preciosa cuando arrugas así el morrito...

Me mordí inconscientemente el labio. Volví a mirar hacia el horizonte en silencio. Hugo se dio cuenta de que había incumplido lo acordado y reaccionó

intentando remediarlo.

—Bueno, ¿entonces vas a hacer que robe un yate para salir a navegar? ¿O con dar un paseo por la orilla te será suficiente?

Volví a detener la vista en sus pupilas y le dejé entrever una pícaro sonrisilla.

—Bueno..., me tendré que conformar con la segunda opción si no hay más remedio... Aunque... —lo quise pinchar—... el Hugo de hace veinte años habría fabricado, con unas maderas mohosas y roñosas y un poco de alambre, una preciosa barca con la que llevarme a surcar el mar...

Conseguí que se riera con ganas mientras seguramente en su mente daba vida a las imágenes de lo que le acababa de decir.

—Sí... Tienes razón, con la que nos habríamos hundido nada más entrar en el agua, dejándonos el culo lleno de astillas...

Yo me eché a reír como hacía tiempo que no lo hacía. Sabía que no le faltaba razón pero, como yo misma acababa de asegurar, aquel niño de nueve años habría hecho todo lo posible porque su mejor amiga, por no decir su gran amor, hubiese rozado la luna con los dedos. Ahora me empezaba a cuadrar todo. Inocente y hermosa niñez.

—Entonces, ¿te apetece salir a pasear por la orilla ahora que todavía no hace mucho calor?

Hugo se cruzó de brazos y me miró a expensas de una respuesta, pero justamente cuando fui a dársela, su teléfono, que estaba sobre la encimera de la cocina, hizo acto de presencia.

—Vaya... Creí que lo había puesto en silencio... —comentó mirando hacia dentro del apartamento.

Yo miré en la misma trayectoria que sus hermosos ojos pardos para, después, volver a él.

—¿No lo piensas coger? —pregunté al ver que no tenía intención de hacerlo ni de moverse de su silla.

—No, ya saltará el buzón de voz...

—Pero, ¿y si es importante?, ¿si es tu madre... o si es Ale...?

—Ya volverán a llamar... —no me dejó terminar la frase.

Se había tomado en serio lo de disfrutar al cien por cien de nuestro día, negándose a compartirlo con alguien más. Dejó de escucharse la música dentro del ático.

—Hugo... —me incorporé de la silla y apoyé los codos sobre la mesa—. ¿No crees que por lo menos deberías mirar de quien se trata?

Resopló ante mi insistencia, se levantó sin decir nada y lo observé caminar hacia la cocina, vestido con un pantalón de pijama corto, el cual se había puesto antes de desayunar, acompañándolo con el torso al descubierto. Pero antes de que llegara al sitio fue mi propio teléfono el que sonó con las mismas ganas sobre el sofá.

—¡Oh! Vaya, ese es el mío... —dije desde mi silla—. ¿Podrías traérmelo?

Y fue casi al instante cuando me arrepentí de haber pedido aquello. Por un momento, temí que fuera Adrián y en la pantalla apareciera nuestra foto en la que él sale dándome un beso. Cualquiera diría que, precisamente, él era mi prometido...

—Por supuesto —respondió.

Estiré el cuello con intención de ver si la cara de Hugo, que sostenía en la mano mi móvil, me decía algo. Y así fue, vi cómo se sonreía a la misma vez que descolgaba al reconocer el número. Y deciros que a mí casi se me corta la respiración.

—¡Lucas! —lo saludó—. ¿Qué pasa, primo?

«¡La madre que los parió a los dos!».

Menos mal que me acordé de respirar. Hugo volvió a la terraza, dejó sobre la mesa su móvil y se volvió a sentar frente a mí. Aunque parezca mentira y una tontería, sentía mi pulso acelerado.

—Sí, lo sé. Cuando lo he ido a coger, ya habías colgado... —Respuesta de Lucas—. Sí, sí... estoy bien, he tenido peores resacas, la verdad... —otra respuesta de Lucas, que consiguió arrancarle a Hugo una tonta sonrisa—. Sí, tienes razón... será que me han cuidado bien...

Hugo me guiñó el ojo con picardía; en respuesta, le saqué la lengua antes de levantarme de mi silla, caminé hasta la cocina para coger una botella de agua mientras los escuchaba parlotear y volví al exterior donde, después de beber con la atenta mirada de Hugo delante (como siempre), me apoyé con los brazos cruzados sobre la baranda de acero inoxidable con intención de perderme en el paisaje. Era tan relajante observar el movimiento del mar bajo los rayos del sol que hasta por un momento me olvidé de lo desgraciada que comenzaba a ser mi vida. Y yo que pensaba y daba por sentado que era feliz...

—Entonces... ¿qué piensas hacer? —escuché que preguntaba a mis espaldas—. ¿Todo el día? —preguntó ahora con cierta sorpresa antes de echarse a reír escondiendo una acusación—. Vale, vale, entendido... —era Lucas el que quiso saber algo—. Sí... bueno... yo también me quedaré hoy por aquí...

Inconscientemente, ladeé el rostro al escuchar aquella declaración. No sé por qué sentí la necesidad de ver lo que su rostro transmitía, y fue cuando nuestros ojos se encontraron una vez más, como un maldito bumerán que se aleja y regresa al punto de partida incansablemente.

—No, tranquilo... no voy a hacer ninguna estupidez... —pude apreciar cómo su mandíbula se tensaba mientras sus ojos me contemplaban con verdadera fijación—. Aunque me cueste la vida aguantarme... —confesó bajando el tono de voz, como si se estuviera confesando.

No quise seguir escuchando nada más, sabía a qué se refería Hugo con aquello y, de nuevo, la realidad nos volvía a golpear. Bajé la mirada a mis pies descalzos como si no fuera digna de llevar la cabeza bien alta, y me recliné dentro del apartamento, me senté a los pies de la cama y me pregunté, por no sé cuantas veces ya, si realmente era buena idea que estuviera ahí; si era buena idea querer revivir viejos tiempos y viejos recuerdos que, aunque nos empeñáramos en decir «como cuando éramos pequeños», los dos sabíamos que no tenían nada que ver con la realidad. Éramos completamente conscientes de que era una excusa barata con la que enmascarar la necesidad que sentíamos de volver a compartirlo todo, y no del mismo modo ni con la misma inocencia, no, ni con la misma intención. Ahora éramos dos adultos con otras necesidades y es que hay que ver cómo cambia un simple beso a la temprana edad de los nueve años... con lo que ahora puede significar. Hay que ver... Hay que joderse...

—¿Estás bien?

Su voz me sorprendió, se acercó y se sentó a mi lado todavía con mi teléfono en la mano.

—Sí... sí... —mentí.

Me contempló, arrugó el ceño y volvió a la carga.

—¿Seguro? —arqueó una ceja—. Mira que a mí no me puedes engañar... Te conozco demasiado bien...

Me arrancó una sonrisa. Bajé la mirada a mis dedos, y quise asegurar:

—Sí... Seguro... —Intentando cambiar de tema—. Por cierto, ¿cómo les ha ido la noche a los dos tortolitos? —pregunté refiriéndome a Lucas y a Silvia.

—¿Sabes que mientes fatal?

Hugo cogió con delicadeza mi cara y me obligó a mirarlo.

—¿No hemos dicho que hoy seríamos esos niños que todo lo compartían y todo se lo contaban?

Tenía la mano en mi mejilla derecha y con el pulgar me regalaba tiernas

caricias sobre el pómulo. Quise apartarme de él y de su tormentosa ternura, pero no fui capaz.

—Sí, eso hemos dicho... pero, aunque lo intentemos..., tú y yo sabemos...

—Pero tú y yo nada... —me cortó la frase antes de escuchar la verdad, lo que él ya sabía y con lo que intentaba luchar desde hacía hora y media.

—Está bien... Tienes razón, lo siento...

—No lo sientas, «Abrefácil», tan solo ve a quitarte esa fea camiseta de baloncesto que te he prestado y que te sienta realmente bien, y vayamos a caminar por la playa... —Torció una irresistible sonrisa—. Que es lo más cerca que vas a estar de navegar en un yate...

Me tuve que reír a la fuerza. Y entonces reaccioné.

—Está bien, «Chupa-chups», me quitaré esta roñosa camiseta tuya y dejaré que me lleves en tu yate imaginario...

Soltó una gran carcajada echando la cabeza hacia atrás.

—¡Dios! Hacía años que nadie me llamaba así... —reconoció.

—¿Veinte años, por casualidad?

—¡Sí! —aseguró con una enorme sonrisa en los labios—. Tú eres la culpable de eso...

—¡¿Yo?! —me llevé la mano al pecho fingiendo estar ofendida—. ¡No te inventes cosas!

Capítulo 36

Caminábamos lentamente el uno al lado del otro mientras nos regalábamos inocentes toques con el codo. Era el único roce que teníamos de vez en cuando entre nosotros aparte de las caricias que nos regalaba la brisa del mar al bordear aquella preciosa cala pedregosa. Sus frescas aguas nos refrescaban los pies bajo el picajoso sol que nos calentaba la piel, y creo que, aunque ninguno de los dos se atrevió a decirlo, lo de salir a dar un paseo por la orilla del mar con ropa encima no había sido buena idea del todo. Pero nos parecía tan íntima y tan nuestra aquella situación, que habríamos caminado arrodillados por el mismísimo desierto con tal de compartir un millón de veces más otro momento como aquel.

—Entonces... ¿Lucas y Silvia van a pasar el día juntos? —me interesé por ellos al tiempo que observaba cómo mis pies se transparentaban bajo las aguas.

—Sí... eso parece... —respondió Hugo con una sonrisa.

—Bueno, me alegro... Eso significa que lo han pasado bien...

Ahora su sonrisa fue mayor.

—Te aseguro que mi primo pocas veces no lo pasa bien... —Aseguré, recordando lo gran mujeriego que era y lo bien que se le daba el «tema de las mujeres», como diría mi querido padre.

Yo me reí.

—Y, a todo esto... ¿a qué se dedica Lucas? No he tenido oportunidad de preguntarle...

—Bueno, él pasa la mayor parte del tiempo viajando a Alemania... Tiene un negocio de importación y exportación de coches de alta gama...

—Vaya... quizá un día de estos le encargue uno... —bromeé.

Hugo se echó a reír.

—¿Y deshacerte de tu magnífico Mazda? —preguntó con cierto retintín.

—¡Eh! —lo empujé hacia un lado sin resultado, como cuando pretendes mover un pilar sin éxito.—. No te metas con mi coche...

—¡Pero si no lo he hecho! —puso las manos en alto.

—Ya, claro...

Hugo llevaba puesto un ridículo bañador de flores de hacía mil años, que había encontrado en uno de los cajones del taquillón de la habitación, y arriba vestía una vieja camiseta de color rojo estilo camionero de hace unos cuantos años más, que no eran pocos... Y yo, después de negarme a aceptar alguno de sus «trapos» para salir a la calle, al final no me tocó otra que volver a enfundarme en el ajustado vestido amarillo y, después de quince minutos caminando bajo aquel brillante sol, comenzaba a arrepentirme de llevar aquella segunda piel.

—Oye, ¿no crees que ya comienza a hacer demasiado calor? —sugerí jugueteando con mi pie derecho en el agua y salpicando varias gotas a mi alrededor.

—¿Tú crees? —preguntó él con guasa.

Me detuve a mirarlo y vi que estaba igual de rojo que un buen tomate maduro, igual que yo. Me eché a reír sin poder aguantarme.

—¿Qué? ¿De qué te ríes? —arrugó el ceño.

—No, de nada...

—¿Cómo que de nada? —Se detuvo—. De algo te reirás...

—No..., solo es que estás... un poco...

—¿Te estás riendo de mí? —preguntó haciendo teatro y llevándose las manos a las caderas.

Al ver su cara de falsa indignación tan colorada, no pude evitar que una carcajada se me escapara.

—¡No! —negué con el dedo reforzando mi negación—. Pero es que estás más rojo incluso que tu camiseta..., esa tan fea y cutre que llevas puesta...

Ahora puso cara de sorprendido y abrió los ojos de par en par.

—¿Ah, sí? —Torció una sugerente sonrisa, como si algo planeara—. O sea, que es cierto que te estás riendo de mí y de mi camiseta...

Me aparté varios pasos de él porque podía olerme sus intenciones y poco me equivoqué. Alargó los brazos con idea de agarrarme, pero fui más rápida y lo esquivé, y aunque poca gente hubiera cerca que pudiera vernos hacer el payaso de aquella manera, poco me importó echar a correr torpemente por aquella orilla irregular. En unas de las veces que me giré, pude ver cómo Hugo hacía lo mismo detrás de mí. Y por fin, a pesar de todo y aunque parezca mentira, me sentí como cuando teníamos diez y trece años, y no había problemas a nuestro alrededor, como tantas veces habíamos corrido entre las hermosas y fangosas viñas, uno

detrás del otro para regalarle un pellizco o propinarle alguna colleja por haber hecho alguna fechoría. En ese momento, simplemente... fui feliz.

—¡Deja de correr, Hugo! —le pedí entre risas de nerviosismo—. ¡Deja de correr, por favor!

—¡Ni hablar! —aseguró ya a dos pasos y a punto de alcanzarme—. ¡No corras! ¡No puedes escapar!

—¡No! ¡Para! ¡Déjame! —intenté decir mientras me subía ligeramente el vestido para tener más movilidad, aunque de poco me sirvió—. ¡Me estás poniendo nerviosa!

Pude escuchar cómo Hugo soltaba una carcajada al aire detrás de mí, y cómo no, me cazó. Me atrapó agarrándome por la cintura y me elevó en el aire un par de palmos mientras caminaba, cargado conmigo, unos pasos más.

—¡No! ¡Suéltame! —pedí mientras pataleaba en el aire con su fuerte brazo alrededor de mi cuerpo—. ¡Suéltame! ¡No me quiero mojar!

—¿Qué?! ¿Qué has dicho?! ¿Que te quieres mojar?!

—¡No, no, no! —grité mientras me reía porque sabía que todo esfuerzo por soltarme iba a ser en vano. Supe que, sí o sí, me tocaba remojón—. ¡Serás mala persona!

Comenzó a dar grandes zancadas hacia dentro del agua, consiguiendo salpicar hacia todos los lados. Rápidamente y con asombrosa facilidad, manejó mi cuerpo hasta conseguir cogerme y sostenerme como a una novia mientras se adentraba cada vez más en el mar.

—¡Hugo, suéltame, suéltame!

Comenzaba a tener la parte baja del bañador mojada y su horrorosa camiseta roja comenzaba a estar salpicada por miles de gotas de agua salada. Fue ralentizando el paso sin dejar de caminar por aquellas aguas cristalinas de fondo oscuro y, mirándome a los ojos, preguntó:

—¿De verdad quieres que te suelte? —Tenía una bonita sonrisa en los labios y sus ojos brillaban más que nunca con la luz del sol.

—¡Sí! —Me agarré a su cuello—. ¡Digo no! —Miré el agua cómo se movía debajo a punto de rozarme el culo—. ¡Ahora no!

Hugo siguió caminando hacia dentro, y ahora más que nunca, nuestros cuerpos estaban unidos y enredados en medio de aquel bonito mar que nos rodeaba.

—Bueno... ¿en qué quedamos entonces?

Nos miramos fijamente a los ojos con nuestros rostros separados apenas por

medio palmo de distancia; o sea, nada.

—No me puedo mojar, no tengo más ropa que ponerme... —aseguré.

Y justo cuando Hugo se disponía a decir algo más y a darse la vuelta con idea de salir, el mar nos engulló metiéndonos de pleno bajo él y sin darnos tiempo a reaccionar. Habíamos bajado de golpe uno de esos escalones que te pillan por sorpresa, tan típicos de esas aguas de la Costa Brava. Y allí estábamos, sumergidos hasta el fondo y empapados como nunca.

—¡Ohhhhh! —Saqué la cabeza a la superficie de un salto y cogí una gran bocanada de aire antes de arremeter contra él—. ¡Mamón, mamón, mamón! ¡Serás mamón!

Salió a la superficie al mismo tiempo que yo de un enorme brinco y sacudiendo la cabeza en el aire.

—¡Mierda! ¡Lo siento!

Se peinó el pelo hacia atrás para poder verme mejor. Tenía la cara llena de gotas de agua, que resbalaban hacia sus labios y se perdían en ellos de la misma forma en que yo estaría encantada de hacer, y sus largas pestañas retenían otras cuantas consiguiendo que sus ojos se vieran grandes y brillantes.

—¡¿Que lo sientes?!

Después de echarme la melena hacia atrás y pasarme las manos por la cara, temiéndome llevarla toda llena de churretes negros por la máscara de pestañas, me abalancé sobre él lanzándole agua a la cara y chapoteándole delante.

—¡Abre bien los ojos para que te escueza! ¡Toma!

Este intentó cubrirse de mis manos, a punto de rozarle la cara, mientras reía.

—¡Para, para! ¡Lo siento!

—¡No mientas! ¡No lo sientes!

Con mucha dificultad, consiguió agarrar mis muñecas para que cesara mi castigo, y lo consiguió, pero con lo que no había contado es con que enrollara mis piernas alrededor de su cintura y le diera un buen bocado en un lado del cuello.

—¡Ahhhh! ¡Joder! ¡Acabas de morderme! —Me sujetó más fuerte con la mano izquierda y, con la derecha, me agarró por la nuca alejando la cara de mí—. ¡Estás loca!

—¡Tú sí que estás loco! ¡Mira cómo me has puesto! —volví a abalanzarme sobre su cuello con intención de morderlo de nuevo, ya que era la única forma que tenía de arremeter contra él pero, con agilidad y rapidez, levantó mi agitado cuerpo por la cintura y me lanzó a dos palmos, consiguiendo que me volviera a

sumergir.

—¡Hugo...! —intenté decir antes de hundirme pero no me dio tiempo y terminé la frase debajo del agua mientras, de mi boca, se escapaban miles de burbujas.

Vi cómo sus brazos y sus piernas chapoteaban sin cesar en dirección a la orilla para escapar de mí.

—¡No huyas! ¡Cobarde! —grité volviendo a la superficie.

Hugo, a un par de metros ya de mí, sabiendo que me llevaba distancia, se giró para contemplarme y se echó a reír con ganas y de verdad al ver mi cara de cabreo, pero parece ser que, en un *flash*, la memoria se le iluminó recordando que había sido un par de veces campeona de natación en el colegio y... que él podría correr más que yo, pero que en el agua era como un pececillo al que no le ganaba nadie.

—¡Oh, mierda!

Ahora era yo la que me reía y él, el que aceleraba las brazadas. Me sumergí y buceé hasta colocarme detrás de él, incluso llegué a rozarle un pie, pero, como si fuese una rana, se impulsó hacia delante para, en breve, ponerse en pie y, a unos cuantos pasos de la orilla, correr hacia la arena.

—¡Ven aquí! ¡Te vas a enterar! —grité imitándolo, corriendo y chapoteando tras él como podía, con el puñetero vestido tan pegado que no podía casi ni respirar, transparentándose bajo él parte de mi ropa interior y con unos endurecidos pezones por la temperatura del agua, que serían capaces de sacarle un ojo a quien se pusiera delante. Y, a todo esto, con espectadores, claro está, para dar más entusiasmo.

Él, sin darse cuenta y algo exhausto todavía por todo el ejercicio que acababa de hacer, tuvo que pararse a respirar agachándose ya en la orilla. Apoyó las manos en sus rodillas y comenzó a regular su descontrolada respiración, pero con lo que no contó es con que la loca que, minutos antes, le había regalado un bocado venía detrás con hambre y ganas, corriendo como una posesa que se abalanzaría sobre su espalda para noquearlo y tirarlo al suelo. Lo pillé tan por sorpresa que no le di ni tiempo a reaccionar.

—¡Ohhh! ¡Joder!

Es lo único que le oí decir antes de sentarme sobre él y comenzar a darle pellizcos por todo el cuerpo.

—¡Para, para! ¡Estás loca!

Intentó sujetarme las manos y agarrarme las muñecas, pero yo se lo impedí

soltando manotazos al aire. Esa vez me iba a vengar de él, tal y como solía hacer veinte años atrás, le iba a recordar quién era la mayor aquí y quién mandaba, aunque se me escapó el pequeño detalle de que, ahora, aquel niño medía casi metro noventa y era ochenta kilos de pura fibra, y que, en cuestión de segundos, fue su cuerpo el que me noqueó dejándome prisionera y empapada sobre la arena. Aunque creo que lo que me paralizó no fue su fuerza, sino su imagen sobre mí, húmedo y exhausto, respirando con dificultad, con su bonita sonrisa de satisfacción en los labios, con sus hermosos ojos, ahora con tonalidades verdes por la claridad, cubiertos por varios rizos que caían descontrolados por su frente.

«¡Maldito amigo mío!».

Tras varios segundos, en los que tan solo nuestras pupilas dilatadas por el deseo hablaron, Hugo consiguió decir algo, aunque, a decir verdad, mejor habría sido que no lo hubiera hecho.

—Me vuelves completamente loco... —susurró muy cerca de mis labios a punto de besarlos.

Apretó la mandíbula con gesto varonil y dejó caer un poco más su duro cuerpo sobre el mío, que tanto necesitaba, que tanto reclamaba, y qué sensación... nuestras pieles mojadas en contacto.

—Y tú me vuelves loca...

¡A la mierda lo que habíamos pactado hace un rato! ¡A la mierda la amistad! Me contempló con admiración, yo lo miré con fijación a los suyos, buscó mi boca con ellos, yo encontré la suya y, justo cuando a punto estábamos de sellar nuestros labios, unas voces se escucharon a nuestro alrededor haciéndonos recordar algo. Algo que no éramos.

—¡Qué bonita pareja!

—Sí, ¡qué bonito es el amor cuando es puro y sincero!

Aquellas palabras llegaron a nuestros oídos, arremetiéndolo como las pequeñas olas que seguían mojándonos allí tumbados. Nosotros ni éramos puros ni éramos sinceros..., ni mucho menos éramos pareja... Una vez más, el mundo nos lo volvía a recordar.

Capítulo 37

Media hora hacía que Hugo me había dejado en el piso y, aunque no debía, y aunque duela reconocerlo, ya lo estaba echando más de menos que nunca. Tres cuartos de hora me costó convencerlo de que lo de acabar de pasar el día juntos no había sido buena idea, pero se negaba a dejarme ir como quien se amarra a la vida antes del último suspiro. Resultaba agotador luchar contra la realidad y tener que recordarse a cada momento que no nos pertenecíamos, que teníamos prohibido rebasar la línea de una simple amistad. Ahora eran las cinco de la tarde y tumbada sobre el sofá (todavía con la misma ropa puesta; lo sé, es una guarrada) recordé una y otra vez sus palabras antes de bajarme del jeep.

—Voy a anular la boda, Claudia...

Solo de imaginarme a Hugo y Alexia hablando sobre el tema se me encogía el estómago de tristeza, de miedo, de ilusión, o de qué sé yo... hasta conseguir que tuviera ganas de romper a llorar, deshaciéndome en un mar de lágrimas. Por mis mejillas resbalaron varias, las cuales, con torpeza, me limpié con el dorso de la mano, cerré los ojos, los apreté con fuerza y pensé que aquello era mi fin. No me podía sentir más ruin y usurpadora.

—¿Pero qué he hecho? —me pregunté, no sé con qué finalidad porque lo sabía perfectamente.

Le había arrebatado a aquella mujer su felicidad, le iba a impedir que disfrutara del mejor día de su vida junto al hombre del cual se había enamorado, había llegado a esa casa para ponerla patas a arriba. ¿Cómo un simple gesto o una simple decisión puede cambiar tantísimo la vida a una persona? ¿Cómo se puede cambiar el destino con el débil aleteo de una frágil mariposa? Ahora me arrepentía más que nunca de haber asistido a aquel maldito funeral, y que en paz descansase el pobre Antón, que no tiene culpa de nada; bastante tenía ya con haberse muerto antes de hora. Pero es que no podía dejar de pensar que, si no hubiera acompañado a mi madre a Vilafranca hacía una semana, ahora no tendría que estar sopesando mi vida; no tendría este terrible sentimiento de culpabilidad al saber que Hugo iba a anular su boda con Alexia por mí así, de un

día para otro..., y yo seguiría tan dulcemente viviendo la mentira de un falso amor. Porque, aunque para Adrián fuera la persona más importante de su vida, no me reconfortaba el saber que era la más importante porque era la única. Y con eso quiero decir que no había nadie de su familia con quien se hablase; o sea, que no le quedaban más cojones que quererme a mí, pero no como se quiere con el corazón, no, sino con la polla, porque, de tanto meterla, el cariño lo hace el roce. Bueno, el roce hace el cariño, ya me entendéis...

Me incorporé del sofá, miré hacia afuera por la ventana, y todo lo bonito y brillante que estaba el día a esa hora lo estaba de apagado mi corazón, porque en ese instante, en ese preciso momento, hasta valoré la opción de anular también mi compromiso con Adrián o, quizás, pedir tiempo... Un tiempo que solo conseguiría enfriar las cosas entre nosotros cuando tampoco tenía del todo claro que quisiera que eso ocurriera.

—Joder, joder, joder...

Agaché la cabeza y me cubrí la cara con las manos; quería desaparecer de allí, deseaba con todas mis fuerzas poder borrar esa última semana del calendario y que el reencuentro entre Hugo y yo jamás se hubiera producido. Aunque lo que me hiciera latir el corazón fuera su recuerdo, el de sus preciosos ojos pardos, el de sus dulces labios carnosos navegando sobre los míos, el de su bonita sonrisa aniñada junto a su hipnotizadora voz. Quién me iba a decir a mí hace veinte años, siendo apenas una cría, que aquel maldito niño con el que no había día que no me peleara o zurrara me habría robado ahora el corazón.

—¡Joder, Hugo! —maldije alzando la voz—. ¡Gggrrrrr!

Me enfurecí con la vida, conmigo misma por permitir que todo eso ocurriera. De un salto, me levanté del sofá, me fui directa hacia el baño y, segundos después, estaba desnuda bajo el chorro de la ducha para, más tarde, cenar algo rápido tras recordar que, a mediodía, con todo lo ocurrido y con la emoción, no habíamos comido. Aunque parezca mentira, a las ocho y media estaba con las persianas bajadas, con el móvil en silencio y metida en la cama sin noticias de nadie, y cuando digo de nadie, es de nadie... ni tan siquiera de mi prometido, Adrián.

El primer pensamiento del domingo al despertar fue para él: preguntarme si Hugo ya habría hablado con Alexia a esas horas, si ayer por la tarde, en cuanto él llegó, lo primero que habría hecho sería decirle a su futura mujer que anulaba la boda porque estaba enamorado de mí, o esperaría el momento oportuno, cosa

que a mí me torturaba. No sabía si ya habrían dejado de compartir cama o si todavía tocaba esperar un poco más, si es que al final cumplía con lo que tantas veces había sentenciado. Porque reconozco que para hacer algo así, a una semana de tu boda y con todo completamente pagado, hay que tener muchos cojo... cosa que yo, ahora mismo, no estaba segura de tener.

¡Vaya día me esperaba de agobio, tristeza e incertidumbre! Menos mal que no tenía a nadie cerca al que dar explicaciones sobre mi estado de ánimo. Me incorporé de la cama y me quedé sentada con las rodillas en alto, abrazándolas, supongo que, inconscientemente, regalándome a mí misma ese abrazo que tanto necesitaba. En la habitación tan solo entraba una débil luz, que se colaba desde el pasillo hasta el comedor, donde las persianas se habían quedado levantadas la noche anterior. Y en mi mesita de noche una diminuta luz parpadeando en el teléfono me informó de que alguien había intentado ponerse en contacto conmigo, pero ahora mismo yo no estaba para nadie, ni tan siquiera para mí. Me levanté de la cama tan solo en cuerpo y dejé mi alma entre las sábanas, como si, al dejarla allí escondida, nadie la pudiera dañar. Qué tontería, ¿verdad? Cogí mi taza de café y hui cobarde a refugiarme al sofá. Tenía el estómago cerrado e intuía que poco iba a comer. Encendí la televisión, fui cambiando de canal hasta encontrar algo lo suficientemente interesante como para distraer mi agobio, pero la búsqueda fue en vano, volví a sentir que los párpados cada vez me pesaban más hasta que se solaparon uno con el otro alejándome de nuevo de la realidad. Volví a caer en un profundo sueño. Y es que, para qué luchar por mantenerme despierta si por lo menos podía tenerlo en mis fantasías...

—Hugo, deja eso ya y ven a merendar, que tienes aquí el bocadillo... —lo regañaba con demasiado amor una Choni vestida con un pequeño delantal blanco mientras nos preparaba un riquísimo zumo de naranja natural a los dos.

Yo, sentada en el pequeño banco de madera que había en la cocina de la masía, apoyaba los codos sobre la mesa mientras le propinaba grandes bocados al bocadillo de longaniza que sostenía entre las manos. Mientras masticaba, observaba cómo Hugo reforzaba el mango de su tirachinas con una cuerda roñosa que se había encontrado en un rincón detrás de unas macetas.

—Ya voy... —aseguraba él, sin intención de cumplir con sus palabras, sentado en el escalón que salía hacia el exterior, mordiéndose la punta de la lengua, concentrado.

—No, ven ¡ya! —ordenaba ahora cariñosamente Choni mientras nos dejaba los vasos sobre la mesa—. Que se te van las vitaminas del zumo... hombre...

—¡Hugo! —le grité ahora yo.

—¿Qué?! —me respondió sin levantar la vista de su artilugio casero.

—¡Que vengas! —le ordené respaldando a mi querida Choni.

—¡Que me dejes! —se burló de mí—. ¡Pesada!

Choni me miró limpiándose las manos en el delantal, se mordió el labio y miró al techo pidiendo paciencia graciosamente.

—¡Hugo, por favor!

Se colocó detrás de él de pie y, con las manos en las caderas, lo volvió a regañar, esa vez intentando parecer más seria. El puñetero niño se levantó del suelo, se acercó a la mesa y soltó sobre ella el tirachinas asqueroso y roñoso, y, en cuanto se fue a sentar a merendar, Choni se lo prohibió señalando el lavamanos con el dedo.

—No, no, no... Lávate las manos, señorito...

—Pero si las tengo limpias... —replicó él, enseñándoselas, grises y con churretes marrones de tierra reseca.

—Sí, seguro... —me burlé de él mientras seguía mordiendo mi bocadillo con alegría...

—¡Tú calla, «Abrefácil»!

—¡Y tú, «Chupa-chups»! —Le saqué la lengua con fuerza.

Choni se sonreía mientras veía cómo el pequeño Hugo se acercaba al fregadero para lavarse las manos a regañadientes, quien volvió a la mesa, se sentó cerca de mí y comenzó a darme pataditas en el pie mientras comía.

—¡Que pares! —le grité yo, dándole un manotazo en el brazo.

—¡Ahh! —se quejó, volviendo a morder su bocadillo.

Pero, de nuevo, otra patadita rebotó en mi pie.

—¡Hugo!

—¿Qué?!

—¡Que pares! —le volví a soltar otro manotazo.

—¡Ahhh! ¡Pero si no te he hecho *ná*! —gritó falsamente indignado—. ¡Choni, me está pegando!

Sin girarse a mirarnos, nos regañó a los dos mientras recogía la cocina.

—Niños... Parad...

Hugo me miró arrugando el ceño con aquellos ojos grandes de un verde oscuro y con su maldita sonrisilla de puñetero. Yo respondí sacándole la lengua y haciéndole una peineta con el dedo; él abrió los ojos aún más, más vivos que nunca y que hablaban ya más de la cuenta, y, con cara de asombro al ver mi

gesto, fue a coger mi dedo para retorcerlo, pero fui más rápida y lo escondí. Y así eran nuestras tardes de hacía veinte años, compartiéndolo todo y nada, sin saber vivir el uno sin el otro. Aquello sí que era felicidad, aunque no nos diéramos cuenta.

Un ruido de fondo, muy de fondo, me hizo regresar. Mi cuerpo sobre el sofá dio un pequeño sobresalto al escuchar el telefonillo del piso pitando descontrolado y sin parar. Quise levantarme para abrir pero mi cuerpo se movía con lentitud y vagamente. Y mi mente, con más demora todavía, se preguntaba quién sería la mala persona que le había despertado de su dulce sueño.

—¡Ya va, ya va! —le grité mientras me acercaba descalza, en bragas y con una camiseta de manga corta bastante zarrapastrosa—. ¿Quién es?

Y entonces caí en la cuenta de que podría ser cualquiera, incluso Hugo. Me arrepentí ahí mismo de haber descolgado, pero ya no tenía escapatoria.

—¡Soy yo, ábreme! —la estridente voz de mi hermana acabó de despertarme. «Joder... la que faltaba», pensé.

Le abrí y regresé como un cachorrito atemorizado hacia el sofá donde me volví a recostar hecha un ovillo.

—¡Pero bueno! —Sofía entró en el piso segundos después, dando un portazo a sus espaldas—. ¡¿Qué coño te pasa a ti?!

Me regañó, no sé por qué, mientras venía hacia mí y, de un manotazo, me bajó los pies del sofá sentándose seguidamente a mi lado.

—No grites, por favor... —pedí, volviendo a subir los pies y dejándolos sobre su regazo.

—¿Sabes cuántas veces te he llamado? —preguntó con indignación en la voz.

—No, no lo sé... ¿Cuántas? —pregunté con desinterés.

—Doce veces desde anoche...

—Ajá...

Me acurruqué más, me hice un ovillo aún más pequeño sobre el cómodo sofá con intención de desaparecer, pero mi hermana, cabezona como ella sola, (bueno, como yo) se colocó sobre mí clavando sus rodillas en el asiento y me miró desde lo alto.

—Claudia, ¿me vas a decir de una puñetera vez que es lo que te pasa? —Me dio tiempo para responder, pero no lo hice—. ¿Por qué no me has cogido el teléfono?

No la pude mirar, no le pude responder, solo conseguí que unas lágrimas resbalaran por mi cara en silencio.

—No, Claudia... Por favor... —me pidió en tono meloso.

Me limpió la cara con el dorso de su mano, se sentó de nuevo en su sitio y tiró de mi brazo derecho para llevarse mi cuerpo con ella y que así me arrullara contra su cuerpo.

—No llores, cielo, te saldrán arrugas... —Me abrazó con verdadero cariño.

—Me da igual... —Hice un puchero—. A ver si es verdad y así no me quiere nadie...

—Eso sería imposible... Yo siempre te querré, zorrita mía...

—No me llames así... —le pedí cobijándome entre sus brazos—. Soy mayor que tú...

—Lo sé... Pero eres mi zorrita mayor...

Apartó un mechón de cabello que me cubría la cara, y me miró a los ojos con gesto serio y de preocupación.

—Dime qué te pasa y a quién tengo que matar...

«¡Vaya con la mafiosa napolitana!».

Hubo un silencio por mi parte y, seguidamente, sentenció crudamente:

—Hugo quiere anular la boda...

Mi hermana alzó la ceja derecha con expresión de verdadero asombro y lo único que pudo decir fue:

—Jo-der...

Le expliqué todo, todo lo ocurrido desde el viernes con pelos y señales. Y cuando digo todo es todo de verdad, incluida la masturbación. Sofía, a cada momento flipaba más y más, y sé que, por más que rebuscara en su cabeza una opinión o consejo que darme, no conseguía encontrarla. Porque, ¿qué se suponía que debía hacer? ¿Hacer como si nada y seguir con mi vida como si nada de eso hubiera ocurrido, plantearme la opción de anular mi boda con Adrián y dejarlo para siempre? ¿O arriesgarme enviándolo todo a la mierda, sin saber si puede funcionar y comenzar junto a Hugo, el que (creía) que sería el amor de mi vida, un romance? (Siempre contando con que él ya hubiera anulado su inminente boda con Alexia, cosa que, a esas alturas, todavía no sabía con certeza.

—¿Has comido algo? —quiso saber mi hermana mientras se levantaba del sofá al ver el mal aspecto que tenía.

—No... Ni tan siquiera sé la hora que es... —confesé apoyando la cabeza en

el respaldo del sofá.

—Son las cuatro y media de la tarde, del catorce de agosto de dos mil dieci... —bromeó la idiota de mi hermana, consiguiendo que, por lo menos, torciera ligeramente la comisura de mis labios. Se acercó a la cocina, abrió la nevera y dijo: —... Te prepararé algo.

—No te molestes, Sofi... No tengo hambre...

—Me da igual... —Sacó algo de la nevera, y preguntó—: Por cierto, ¿dónde está tu teléfono?

Me incorporé del sofá, miré a mi alrededor, pero no lo vi y entonces recordé que en ningún momento lo había tocado y que se encontraba en la mesita de noche desde la tarde anterior. Me levanté, fui a buscarlo, volví al salón y me senté en unos de los taburetes frente a mi Sofía, la cual me preparaba algo de comer con mucho amor.

—Guau... —pensé en voz alta, delatando asombro—. Diecisiete llamadas perdidas...

—Doce son mías, seguro...

—Sí, y también tengo dos de Silvia... y tres de Adrián.

Mi hermana alzó la mirada entonces y nuestros ojos se encontraron en el camino, pero ninguna de las dos abrió la boca. Las dos sabíamos que, antes o después, tendría que descolgar el teléfono y... hablar con mi prometido.

Capítulo 38

Busqué el momento, me lo pensé, le di vueltas, le di más vueltas, hasta repetí el discurso en mi cabeza varias veces antes incluso... pero, muy a mi pesar, y sin más remedio, no me quedó otra que llamarle... Y una cosa os voy a decir, cualquiera diría que era yo la que se sentía culpable por haber estado tonteando con un amigo de la infancia..., porque... la voz de Adrián sonó igual de inquieta e intranquila que la mía.

«¿Por qué podría ser?».

—¿Hola?

—¿Adrián?

—Sí, hola... Dime... —Ni un ápice de interés. Ni cariño, ni cielo, ni nada por el estilo... Como normalmente me solía llamar.

—¿Qué tal estás? ¿Va todo... bien? —pregunté dubitativa.

Un par de segundos, demasiado largos para mí, prosiguieron a mi pregunta.

—Sí..., sí..., esto... Te estuve llamando, pero... no lo cogías...

—Ah, sí... Es que... me dejé el teléfono en silencio y no lo escuché... perdona... —Esa conversación no estaba siendo para nada como las que habitualmente solíamos mantener. Algo ocurría, lo supe nada más descolgar —. ¿Adrián?

—¿Sí? —respondió como en un respingo, como si no estuviera por mí y estuviera distraído.

—¿Va todo bien?

—Ah... sí, sí... No te preocupes...

«¿Es que debería preocuparme?».

—¿El viaje... bien? —quise saber.

Un escalofrío que nació en mi nuca recorrió mi cuerpo entero agitándome el estómago. No sé por qué, tenía la sensación de que se hubiera dado la vuelta a la tortilla. Con eso quiero decir que llamaba para, quizás, dar una explicación u ofrecer una disculpa..., y me encontraba en este momento esperándola yo... por algo que realmente desconocía... ¿Podía ser aquello posible?

—Sí, muy bien... —afirmó sin mucho entusiasmo. No dijo mucho más al respecto—. ¿Y tú?

—Bien... sí, estoy un poco cansada... El viernes salí con las chicas a tomar una copa... y... —Se me hizo un puto nudo franciscano en la garganta, sentía que poco aire entraba en mis pulmones—... Bueno, ya sabes... Ah, que, bueno... yo... hay algo... que cuando vengas... quería...

—Espera... espera un segundo, Claudia...

«¿Claudia?».

Pocas veces se dirigía a mí por mi nombre y con aquella frialdad. Ahora sí que me puse en alerta. ¿Se podría haber enterado de lo sucedido entre Hugo y yo? ¿Era posible si estaba a no sé cuántos kilómetros?

—¿Adrián? Oye, ¿qué está pasando?

Hubo un largo silencio.

—¿Adrián? —Tragué saliva—. Adrián, ¿estás ahí?

Me levanté de la cama, deambulé por la habitación con la mirada clavada en el suelo y acaricié mi nuca con gesto nervioso. Y entonces, respondió:

—Perdona, ya estoy aquí... —su voz sonó débil.

—¿Qué? ¿Qué ocurre? —Me detuve frente al largo espejo vertical que descansaba apoyado en una de las paredes de nuestra habitación—. Adrián, ¿qué está pasando? ¿Ocurre algo? ¿Hay algo que deba saber? —pregunté empezando a ponerme nerviosa.

—No, claro que no, Claudia... Joder, solo es que... Thomas me estaba llamando, nada más...

—¿Thomas? —Arrugué el ceño—. ¿Quién coño es Thomas?

—Joder, cariño... es que cuando te hablo no me escuchas... —me acusó, escuché lo que parecía un bufido—. Ya te expliqué que era el hermano de Javier... El que vive en Toulouse...

—Perdona, pero no recuerdo que en ningún momento me dijeras su nombre... No estoy tan imbécil...

Pero sí lo había hecho, justo cuando llegaba de recoger mi coche y Hugo a punto había estado de robarme un beso en el garaje.

Aquella conversación se estaba torciendo por momentos a cada paso hasta que uno de los dos decidió que era momento de colgar.

—Está bien, Claudia... Mira, perdona, pero tengo que colgar, ¿vale? Me esperan para cenar...

—¡Já! Esto es acojonante... —me quejé indignada—. Muy bien, pues

entonces que os aproveche a quienes queráis que vayáis a cenar... ¡Adiós! — Colgué dejándole con la palabra en la boca...

A mi prometido, a mi futuro (creía) marido..., al que hacía cinco minutos llamaba para informarle de que algo tenía que confesar.... Pero, por lo visto, no era ese un buen momento. Me llevé el teléfono al pecho, miré mi rostro en el espejo y de repente comencé a llorar, algo que comenzaba a ser demasiado habitual últimamente. Mi imagen comenzaba a verse borrosa y desfigurada, tal y como mi vida en este mismo momento.

—Claudia..., ¿va todo bien? —preguntó con cierto temor mi hermana, apoyándose en el quicio de la puerta—. Me ha parecido que levantabas la voz.

Me giré hacia ella, me abracé a mí misma, negué con la cabeza y se escapó un sollozo desgarrador de mi garganta avisando que a punto estaba de derrumbarme. Las lágrimas brotaban de mis ojos descontroladas.

—Oh, cielo, no por favor... Ven aquí... —Se acercó y me abrazó con fuerza—. Vamos, todo se solucionará... Ya lo verás... —aseguró besándome repetidas veces en la cabeza.

—¿Por qué a mí, Sofi, por qué?

—Shhh... Lo sé, cielo... Todo esto es una mierda... Pero se solucionará, ya lo verás...

—¿Cómo?! ¡Dime cómo, por favor, porque yo no lo sé! —Estaba fuera de mí. Ahora sí que todo esto me estaba superando—. ¡Mi vida se va a la mierda! ¡Que no lo ves?! ¡Joder, Sofía, me quiero morir! ¡Quiero desaparecer del mapa!

Pude notar cómo mi hermana comenzaba a hipar, pegada a mí, al intentar aguantar la compostura. Estaba sufriendo casi tanto como yo al verme así de aquel modo... ensombreciéndose mi alma segundo tras segundo. Había puesto la vida de todo el mundo patas arriba y eso no me lo iba a perdonar jamás.

El peso de lo que debía ser un brazo cayendo sobre mi cintura a plomo me despertó, parpadeé varias veces antes de abrí los ojos porque los sentía como pegados, me froté la cara un par de veces intentando despejarme, pero el esfuerzo de poco sirvió, y fue entonces... cuando caí en la cuenta: si Adrián no estaba en casa, ¿de quién era aquella extremidad que me agarraba?

—Mmmm...

Se escuchó a alguien detrás, más pegado de la cuenta. Mi corazón comenzó a bombear sangre desbocado, me incorporé lo más sigilosamente que pude del colchón para deshacerme de aquel brazo y, poco a poco, me fui girando sin hacer

el más mínimo ruido para ver quién era el que dormía y compartía la cama conmigo. Y cómo no, ahí estaba: mi querida hermana en ropa interior, despatarrada en el lado de mi prometido durmiendo como una reina.

«¡La madre que la parió!».

—Oh, joder... Sofía, ¿qué haces aquí? —Empujé varias veces su cuerpo inerte para conseguir despertarla, pero como si nada—. Despierta... Me has dado un susto de muerte... Y, por Dios, tápate... —Volví a empujarla, ahora más fuerte, y parece ser que funcionó lo justo.

—Mmmm..., ¿qué pasa? —Se removió regresando de entre los muertos—. ¿Es que no te ha gustado la mamada que te he hecho? —susurró aún con los ojos cerrados—. Prometo no volver a rozarte con los dientes... —ahora sonrió adormecida.

—¡Oh, venga, no me jodas! —la aparté con el pie empujándola hacia el borde de la cama—. Sofía, despierta joder... ¡Eres una cerda!

—Sí... y sé que te encanta... —ahora se reía de verdad con los párpados solapados.

La miré sin poder creérmelo. Si es que lo que no me pase a mí... Y, por fin, conseguí despertarla:

—Sofía, ¡despierta coño!

Le di otro empujón más, que, sumado al susto que se llevó cuando por fin abrió los ojos y se encontró con los míos de frente, hizo que se cayera de culo al suelo.

—¡Me cago en...!

Yo no podía parar de reír. Hacía días que no me despertaba con una sonrisa. Bueno, aunque toda la guarrería esa de la mamada y demás... se la podría haber ahorrado, la tía cochina.

—Joder, Claudia... ¿qué coño quieres, matarme? —me acusó poniéndose en pie y llevándose la mano al codo—. Auuuu...

—¿Te has hecho daño? —pregunté entre risas.

Arrugó el ceño e hizo un puchero.

—Sí, por tu culpa...

Se volvió a colar bajo las sábanas.

—¿Por mi culpa?

—Sí, eres una salvaje... Me has tirado de la cama... A tu hermana..., a tu propia hermana... hay que ser mala pécora...

—Perdona, la pécora lo serás tú... haciendo mamadas por ahí vete tú a saber a

quién...

—¿Qué?! —preguntó incorporándose de un bote en la cama—. ¿Qué acabas de decir?

—Sí, sí... Lo que has oído... Hace unos minutos se la estabas comiendo a alguien... pedazo de guarra... y encima aquí en mi cama, pegada a mí... que me estabas tocando y todo...

—Oooooohhhh.... —se indignó—. ¡Tú estás flipando!

Y así de divertido fue mi despertar, pero es que la cosa no terminó ahí... no. Después de que nos enzarzáramos a patadas, golpes y pellizcos sobre mi cama, de desayunar y enterarme de que el susodicho al que se la estaba comiendo era Matthew, el surfero, y de que, seguidamente, este hiciera acto de presencia mediante una llamada para invitar a mi hermana a pasar el día con él, tuve que aguantarla al arrastrarme con ella porque se negaba a dejarme sola en el piso llorando mis penas; por miedo a que me cortara las venas, digo yo... Porque esta era mucho de películas de Almodóvar. Y, ¿a que no adivináis que se me pasaba por la cabeza una y otra vez mientras estábamos los tres comiendo? Pues sí, eso... Si es que sois todos igual de guarros.

El sol brillaba con fuerza el martes por la mañana, parecía uno de esos días en que te levantas sabiendo que todo va a salir bien, que nada puede fallar... Que el hecho de que estés prometida con un hombre al que realmente no amas, y que el que te ha robado el corazón se encuentre a cuatro días de casarse con otra mujer..., no pudiera ser posible. Pero lo era. A esas alturas, a tres días ya de que Hugo asegurara de que iba a anular su boda con Alexia, todavía no había obtenido respuesta por su parte; no se había manifestado, no tenía ni idea de en qué posición se encontraba su relación... Pero la mía sí que la sabía: hoy llegaría Adrián (suponía, porque tampoco me lo había confirmado), y por fin nos encontraríamos cara a cara y tendríamos la oportunidad de abrir nuestras almas. Intuía que él también algo me tenía que decir, llamadlo sospecha, intuición o mal augurio, pero... sabía que alguna mierda había y que no me equivocaba. Me lo volvió a confirmar su voz apagada, sin vida, como si el que hablara solo fuera el eco de un corazón vacío.

—Claudia, lo siento, siento lo de ayer, ¿vale...? —sonaba realmente arrepentido.

Y eso a mí me ponía más nerviosa si cabía: porque, cuando alguien suena arrepentido, es porque hay un motivo o una razón detrás para estarlo. Si no, que

me lo pregunten a mí.

—Lo sé, Adrián, yo... yo también lo siento... de verdad... pero es que hay algo que...

—No creo que pueda llegar hoy, cielo... He tenido que retrasar el vuelo... — me cortó la frase, y además me di cuenta de que la pronunció con temor, supongo, esperando mi reacción.

—¿Cómo? —me sorprendió de veras—. ¿Y eso por qué? ¿Por qué no vuelves hoy? —me levanté de mi silla de trabajo y di unos pasos lentos y desamparados por mi despacho —. Me dijiste que el martes por la tarde como mucho estarías aquí... Adrián, necesito verte, necesito hablar contigo...

«¿Estará evitando algo?».

—Lo sé, lo siento, ya te lo he dicho... Sé que te dije eso, pero resulta que hay una cláusula del contrato que los franceses quieren revisar... y la cosa se está torciendo, Claudia, por favor. No me agobies más, ¿vale? Mañana por la noche estaré ahí...

Hubo un intenso silencio.

—Claudia, ¿estás ahí?

—Sí, sí... Estoy aquí... es solo que... —dudé antes de hablar—. No sé si te ocurre algo... Te encuentro... raro... Se puso a la defensiva cuando conmigo nunca se comportaba así.

—Por favor, no empieces de nuevo... Oye, te tengo que dejar; tengo reunión en dos minutos...

—Claro, reunión... —sé que soné dolida por su indiferencia.

—Oye, escúchame... —pude oír al otro lado del teléfono cómo hinchaba su pecho y soltaba un suspiro—. Yo también tengo ganas de verte, cielo... Te lo juro. Ahora más que nunca necesito abrazarte, ¿vale? —se calló antes de añadir algo más—. Eres muy importante para mí, no lo olvides nunca...

Sus últimas palabras consiguieron hundirme en la miseria. No sabía qué rumbo estaba tomando todo aquello. No sabía qué pensar ni para dónde mirar.

—Está bien, avísame si quieres que vaya a recogerte al aeropuerto... —colgué tragando el puñado de espinas que me abrasaban la garganta.

Guardé el teléfono y abrí la puerta para salir de mi guarida y las miradas inquisidoras de mis dos compañeras me recibieron ansiosas.

—¿Nos vamos a comer? —pregunté fingiendo que no ocurría nada.

Estaban sentadas en los dos sillones blancos de recepción, preparadas y esperándome en silencio, pero muchas horas llevaban ya mordiéndose la lengua

como para aguantar un minuto más:

—Claudia... —susurró Ana—. ¿Va todo bien?

Sé que verme con aquella desgana era algo que le reconcomía.

Lo cierto era que había estado especialmente rara y distante con ellas. Bueno, en general con todo el mundo en sí..., y sumado al hecho de que la última vez que las vi había sido el viernes al salir del *pub*, con todo el follón de Hugo por el medio, yo misma las estaba obligando a preguntar.

—Sí, claro... —Mi sonrisa fue tan forzada como querer entrar en una talla 36 cuando usas una 42.

—¿Seguro? —insistió Silvia, que se acercó a mí, la misma que rodeó mis hombros con su brazo, me regaló un tierno beso en la mejilla y consiguió que un repentino puchero se reflejara en mi rostro, con temblorcillo de barbilla incluido y todo.

—Sí... Va todo genial... solo es que tengo el día flojo... —aseguré comenzando a flaquear.

«¡Será puñetera!».

Solo me faltaban atenciones y mimitos para romper a llorar.

Ana se levantó de un brinco y se acercó a nosotras para unirse al abrazo. Menos mal que la consulta ya estaba cerrada y no podía entrar nadie porque la estampa ahora mismo era para no perdérsela.

—Ooohhh, cielo...

Asentí con la cabeza varias veces y en silencio, y me refugié entre ellas queriéndome esconder del mundo. Hablar con Adrián y terminar así la conversación tampoco ayudaba mucho a mi situación.

—A mi también me ha bajado la menstruación... —me informó Ana por si me interesaba saberlo.

Que, oh, sí, por supuesto.

—Ana, por favor... ¿no ves que no es por la menstruación? —Silvia puso los ojos en blanco.

—Claro que lo sé, tía... pero no querrás que le pregunte a bocajarro si está enamorada de su amigo... —se llevó las manos a la boca y se la tapó, pero ya era un poco tarde para eso.

¡¡ZASCA!! No la vi venir.

—¡Ana, joder! —la regañó Silvia.

—Oh, mierda... —Sollocé aún más fuerte.

—Joder, soy una puta bocazas... Lo siento, lo siento, lo siento...

Silvia le pellizcó en el brazo.

—Eres... eres...

—¡Lo siento, vale! —Ana levantó las manos—. Se me ha escapado...

—¡Es que no te podías...!

Y lo solté:

—¡¡¡Sí, sí, sí!!! —me deshice de sus brazos y me aparté de ellas alterada—.

¡¡¡Estoy enamorada de mi amigo!!! ¡Joder! —Puse los brazos en jarras y las miré esperando la primera estocada—. El mismo que se casa dentro de cuatro días con otra mujer... El mismo con el que me fui el viernes por la noche a su apartamento y con el que a punto estuve de acostarme...

Me cubrí la cara con las manos, sintiendo vergüenza y queriéndome esconder porque aquello me iba a perseguir el resto de mis días. Y, cuando tuve fuerzas para enfrentarme a sus miradas de incredulidad y sorpresa me destapé, pero ninguna de las dos dijo nada al respecto ni en sus miradas vi rastro de acusación o desaprobación. Y, no sé por qué, en ese momento, en ese preciso instante... respiré aliviada: ya le había gritado a la mitad del mundo la verdad... Ahora solo faltaba decírselo al más importante: a Adrián. Dos horas después, mis compañeras ya estaban al corriente de todo.

Eran las diez de la noche y mi teléfono sonaba con la foto de mi hermana con sus enormes gafas en la pantalla.

—Dime...

—Hola, zorrita mía... ¿Cómo estás hoy?

—Te he dicho mil veces que no me llames zorrita... putón, soy tu hermana mayor...

—Lo sé, lo sé... pero es que no lo puedo evitar... Me sale del alma...

—bromeó, tratando de arrancarme una sonrisa, cosa que consiguió.

—Bueno, dime... ¿qué querías?

Se hizo un breve silencio, aunque demasiado largo para tratarse de ella. Ella no conocía el significado de aquella palabra.

—Sofía, ¿qué ocurre? No me asustes ya, joder... No creo que pueda aguantar otro disgusto... A estas alturas me vais a tener que encerrar en un psiqu...

—¡Trini nos ha invitado a la boda de Hugo y Alexia!

Lo soltó como si el tema le quemara dentro de la boca, como si no pudiese aguantar más con aquella noticia dentro de su cuerpo y la quisiera vomitar... Y lo hizo sabiendo cómo iba a repercutir en mí, siendo consciente de que era otro pasito más hacia mi condena. Estaba siendo mi verdugo.

—Lo siento, Claudia... Siento ser yo quien te lo diga... —la voz se le quebró. Ella nunca lloraba o, por lo menos, no en público—. Era lo que mamá intentaba decirte el otro día cuando viniste a comer, pero te tuviste que marchar corriendo a trabajar dejándola con la palabra en la boca y...

Se calló, se dio cuenta de que no había reaccionado, de que no me había pronunciado, de que al otro lado del teléfono tan solo había silencio.

—Claudia... Claudia... Por favor, dime algo, dime que estás bien... Lo siento...

No me salían las palabras.

—Claudia, por Dios... Me está matando tu silencio...

—Sí... —susurré tan débilmente que ni yo misma me escuché—. Estoy bien...

—Oh, joder, cielo... ¡Lo siento tanto! Quería haber pasado por tu piso para decírtelo porque ayer y anteayer también lo intenté pero, viendo cómo estabas, no me atreví, pero... queda nada para el sábado y Trini espera una respuesta...

Fue entonces cuando reaccioné.

—¿Espera una respuesta? ¿Cómo que espera una respuesta? ¿Cuándo ha sido la última vez que mamá ha hablado con ella? —quise saber.

—Pues no lo sé... Fue la semana pasada cuando Trini llamó para invitarnos porque decía que les gustaría que mamá y papá la acompañaran en ese día, y que nosotras, por descontado, que fuéramos también si queríamos, pero... no sé nada más... ¿Por qué lo preguntas?

—¿Por qué lo pregunto, Sofí? ¿Tú no crees que, si Hugo hubiese anulado la boda, a estas alturas ya habría llamado Trini para avisar?

—Joder, es verdad... —susurró.

Comencé a sentir una presión en el pecho y que la garganta me ardía.

—Eso significa... que... no... —Me cubrí la boca con la mano derecha para retener un sollozo.

Las lágrimas se desplegaron por mi rostro como en una procesión, una detrás de la otra, en silencio y arrastrándose.

—Bueno, eso no lo sabemos, Claudia... Quizá es que todavía... no ha podido... o...

—No puedo más... lo siento, Sofí, no puedo... no puedo seguir con esto...

—Claudia, ¿quieres que vaya para allá?

—Lo siento, necesito meterme en la cama... Perdóname... Hasta mañana...

—Colgué sin más. Sin darle tiempo a mi hermana a que siguiera intentando

consolarme sin remedio.

Apagué el teléfono y me enterré en vida bajo las sábanas.

Capítulo 39

Supongo que el despertador habría sonado a su hora como cada mañana, como también supongo que mi teléfono habría sonado ocho veces avisándome de que mis dos compañeras intentaban ponerse en contacto conmigo, encontrándose ya casi al borde del histerismo... Y de todo esto me habría enterado si mi teléfono no hubiera estado apagado o fuera de cobertura porque resulta que cuando me acosté, se ve que en lo último que pensé era en que tocaba ir a trabajar... y, ahí me encontraba: encerrada en mi habitación y a oscuras, enrollada entre las sábanas tal cual estaría un cuerpo exento de vida, a la una del mediodía, con una migraña de campeonato y dando gracias al cielo por algo y por una vez... y era que Adrián no estuviera aquí ahora mismo.

—Me cago en la pu... —Me llevé las manos a la cabeza queriendo evitar que mi cerebro siguiera bailando dentro el mambo.

Quise mirar la hora en el teléfono, extrañada porque no hubiese tocado todavía la alarma, y fue entonces cuando descubrí que estaba apagado.

—Mierda... —maldije mientras lo encendía... y, ¡sorpresa!—. ¡Oh, joder! ¡La una y cuarto del mediodía! ¡No puede ser: me he dormido!

Busqué rápidamente en mi lista de contactos el teléfono de Silvia y la llamé: un tono, dos tonos, tres tonos, cuatro to...

—¿Claudia? ¿Eres tú? —respondió nerviosa.

—Sí, soy yo, lo siento... Me he dormido... Apagué el teléfono sin caer en la cuenta y... joder...

—¿Pero estás bien? ¿Solo es eso?

—Sí... sí, no ha sonado la alarma del móvil, y bueno... Tengo una migraña de campeonato... Creo que, de un momento a otro, me va a explotar la cabeza...

—Me llevé la mano derecha a la frente.

—Está bien, nos tenías preocupadas... Nunca has faltado a trabajar... y, bueno, sabiendo como estás...

—Sí, sí... Lo sé, me lo imagino. Perdonad... Esta tarde estoy ahí como un clavo...

—No, no... Tú descansa... Además, hemos anulado la paciente que tenías, así que no te espera nadie... —me informó.

—¿Qué? ¿Pero por qué? —me levanté de un bote de la cama y casi me caí redonda al suelo.

—Porque no sabíamos dónde estabas ni qué había ocurrido... —se justificó con toda la razón—. No querrás que se presente la pobre Enriqueta y después la tengamos que mandar para casa porque no sabemos nada de ti, ¿verdad?

—Sí, tienes razón... Pero puedo ir... Voy a tomar algo para este dolor y...

—Que no, Claudia... que no, que no vengas. Mañana, si estás mejor, nos vemos ¿vale? Y descansa, cariño... Cualquier cosa que necesites nos avisas ¿ok?

—Gracias, sois un amor...

Colgamos, solté el teléfono sobre la mesita de noche y me volví a esconder de la realidad en mi cama. Ese día estuve en letargo, andando por el piso como una completa zombi, sin noticias de nadie, ni tan siquiera de mi querida hermana, que supongo que intentaba dejarme un poco de espacio para pensar y lamerme las heridas. Y lo único que supe en todo el día de Adrián fue que el vuelo llegaba a las once de la noche y que cogería un taxi para llegar hasta casa, todo eso escrito en un mísero mensaje de texto. Ni siquiera llamó. Ni lo escuché cuando llegó.

Abrí los ojos incluso antes de que el despertador sonara, supongo por todo el porrón de horas que llevaba dormidas y acumuladas a mis espaldas del día anterior y que ahora me servían para levantarme con energías. Pero no lo hice, me quedé observando el bonito rostro que descansaba sobre la almohada de al lado, y que ahora reflejaba paz y tranquilidad. Su mandíbula parecía distendida, su rictus se mostraba relajado, su cuello ladeado se remarcaba fibroso y te dejaba en la clavícula de un pecho descubierto y definido que invitaba a ser acariciado. Y pensaréis que soy una egoísta y que todo lo quiero para mí, pero aquel era el hombre con el que había compartido cama durante casi tres años, el que despertaba en mí un deseo salvaje difícil de controlar... y el mismo que se iba a convertir (suponía) en mi futuro marido dentro de unos meses... Así que no me quedaba más remedio que reconocer que me alegró volver a verlo allí en nuestra cama, a mi lado... ya que otro no podía ocupar su lugar, que era lo que en el fondo de mi corazón tanto deseaba. ¿Y sabéis esa sensación de sentir felicidad y vacío al mismo tiempo? Pues yo, tampoco. No sabía que esas dos cosas se pudieran sentir a la misma vez... pero parece ser que sí. Por lo menos, así me

sentía yo entonces.

—Claudia, ¿te encuentras mejor? —se interesó Ana cuando llegué a la consulta.

—Sí, gracias, preciosa... —La abracé agradecida—. Ayer dormí bastante y parece ser que me ha sentado bien... Bueno, todo lo bien dentro de lo que cabe...

—Me lo imagino... —dudó antes de preguntar algo—. ¿Ya... ha llegado Adrián?

Asentí con la cabeza, mordiéndome el labio.

—Supongo que..., todavía no habéis hablado ¿verdad?

—No... Anoche cuando llegó yo estaba metida en la cama y completamente dormida..., y esta mañana me he levantado antes que él. No sé si hoy irá a trabajar o qué idea tiene después del viaje...

—Bueno, tranquila... Sabes que puedes contar con nosotras para lo que sea...

Ana apretó mi mano cariñosamente demostrándome su apoyo y entonces Silvia abrió la puerta del box indicando que ya tenía a la paciente preparada para mí. Trabajamos durante todo el día con normalidad y lo único que supe de Adrián fue que, como había entrado más tarde a trabajar, no saldría a comer y se pasaría todo el día en la oficina finiquitando unos pagos, pero todo eso escrito en una nota que leí cuando llegué a mediodía a comer al piso.

¿Nuestra relación se estaba enfriando por momentos... o solo me lo parecía a mí?

No lo sabía con seguridad, pero no iba a tardar en averiguarlo. Estaba decidida a comprobar si Adrián seguía siendo él, el mismo que hacía una semana se despedía de mí con aparente amor y regalándome un orgasmo en nuestra cama. No sabía qué había ocurrido esos últimos días en Francia, o si tan siquiera si había pasado algo... pero una cosa tenía bien clara, y era que, antes de confesar mi fin de semana subido de tono con Hugo, iba a hacer todo lo posible porque reconociera que algo fallaba. Y, si para eso tenía que jugar sucio, así lo iba a hacer.

Después de ducharme, me recogí en un moño mal hecho mi pelo ondulado, dejando caer algún mechón desenfadado sobre mi clavícula, me engalané con un sencillo camisón corto de tirantes finos de color gris perla y detalles en puntilla blanca que adornaban mis pechos sin sujetador, y una cómoda braguita estilo brasileña del mismo color con encaje lo acompañaba. Una prenda sencilla pero que resaltaba cada una de mis curvas con comodidad. Me puse a preparar la cena

como cada día sobre la misma hora, y, aunque no sabía si jugaría a mi favor o no, sentía que necesitaba una copa de vino para enfrentarme a lo que me esperaba a continuación, así que me puse una para esperar, como quien no quiere la cosa, a mi futuro marido. Y llegó. Escuché cómo se cerraba la puerta del piso y unos pasos que caminaban en dirección al salón.

—¿Claudia? —preguntó desanudándose la corbata con una mano.

—Estoy aquí... —fingí serenidad para que el tono de voz no me delatara, pero por dentro estaba temblando como una maldita hoja. Quién lo iba a decir.

—Hola... —susurró a mis espaldas.

Y fue entonces cuando supe casi con certeza que él se encontraba igual que yo. Su voz sí lo traicionó, chivándose cruelmente de ello.

Me di la vuelta y me encontré con sus ojos, esos dos lagos azules en los que me encantaba nadar hasta que le encontré el significado al amor hacía apenas unas semanas, pero no por eso dejaban de atraerme menos como dos luceros. Era él, por lo menos físicamente; era el cuerpo musculado y firme que acariciaba cada día con mis dedos en busca de calor. Y ahora quien me buscaba a mí era él observándome en silencio a unos pasos, con las manos escondidas en los bolsillos de su pantalón de traje y tensando la mandíbula una y otra vez. Y, joder, el recuerdo de Hugo había estado tan presente esos días en mi cabeza que había olvidado lo guapo que era mi prometido. Un sentimiento doloroso me azotó ahora mismo al darme cuenta de que corría el riesgo de perderlos a los dos; ahora mismo solo había incertidumbre a mi alrededor, acechándome.

—Hola... —respondí en un tono más dulce del que pretendía.

Soltó la americana sobre uno de los taburetes y llegó hasta donde yo estaba para abrazarme sin tan siquiera preguntar. Y respondí tan rápidamente a él que hasta me asomé.

«¿Tanto había necesitado de su contacto que no me había dado cuenta hasta ahora?».

—Joder... Claudia...

Me apretó entre sus brazos más de lo que me esperaba. No sabía a qué venía esa demostración de amor. Ahora sí que estaba descolocada de narices, pero no me importaba lo más mínimo porque su calor me reconfortó en cierto modo y hasta cierto punto, hasta que me recordé a mí misma en un *flash* sobre la cama de Hugo tocándome y disfrutando de sus besos, haciéndome sentir sucia y deshonrada.

—Adrián... —susurré haciendo un esfuerzo descomunal por no romper en

llanto.

—Cómo te he echado de menos... —murmuró.

Pero en aquella frase había algo más, no eran unas simples palabras formuladas para hacerme sentir mejor... Les dio otro significado, pero aún no sabía bien bien cuál era. Cogió mi rostro entre sus manos y me obligó a mirarlo:

—Yo... —fue a decir algo pero se calló.

Tensó la mandíbula fuertemente y desvió la mirada hacia un lado, como si mirarme a los ojos fuera pecado para él, como si no mereciera hacerlo. Inconscientemente, me vi levantando la mano y acercándola a su cabello rubio como el oro para hundir mis dedos entre ellos. Ese gesto lo hizo regresar a mí, nos miramos en silencio y con fijación, y creo que hablo por los dos cuando digo que la ansiedad que sentíamos en ese momento fue la culpable de que nuestras bocas chocaran. Nos besamos abiertamente y sin miramientos, de la misma forma que si fuera nuestro primer beso... Y eso solo conseguía atormentarme todavía más... A cada lengüetazo suyo, a cada caricia de sus labios sobre los míos, me iba perdiendo y alejando más y más de mi cordura... Porque no era eso lo que me había imaginado cuando reconocía que tenía que confesar algo a Adrián. Para nada... era algo mucho más lejos de la realidad. Pero resulta que ahora mismo me encontraba sentada sobre la isla de la cocina con las manos de mi prometido sacando el camisón por mi cabeza y yo, desabrochando la bragueta de su pantalón después de abrirle la camisa con necesidad. Y no sé qué me daba a mí que aquella noche íbamos a hacer de todo menos hablar... Y, efectivamente, así fue. Aunque parezca mentira y estuviera fuera de mis planes, hicimos el amor dos veces. Y, sí, habéis oído bien... el amor. No me preguntéis cómo ni por qué, pero en ningún momento follamos.

De camino a la consulta, no podía dejar de revivir en mi cabeza una y otra vez la noche anterior, de preguntarme por qué mi cuerpo había respondido de esa forma cuando la idea era hacer todo lo contrario. ¿Sería que igual sí, en el fondo... estaba enamorada de él? Joder, joder, joder... Esa situación me estaba volviendo completamente loca. Si de esa no me encerraban en un manicomio, poco iba a faltar. Esa mañana me había arreglado con un bonito vestido de tirante ancho y generoso escote corazón cerrado por una cremallera trasera y que dejaba parte de mi espalda a la vista, ajustado y por encima de mis rodillas de color tostado. Lo acompañé con unas cómodas sandalias planas estilo romanas por el tobillo y con la melena recogida en una larga cola de caballo de puntas

onduladas.

—Vaya, Claudia... —Ana me miró de arriba a abajo—. Qué bien te veo hoy...

—Sí, tienes buena cara...

Sonreí avergonzada antes de entrar en mi guarida para cambiarme por el uniforme.

—Gracias...

Pues no sería por haber descansado ni dormido la noche anterior, porque no hice ninguna de las dos cosas. Pero es que, además, el primer pensamiento de esa mañana al abrir los ojos en la cama fue para recordar que Hugo se casaba en veinticuatro horas con otra mujer...

«Así, haciendo leña del árbol caído».

Porque por ahora no había noticias ni indicios de todo lo contrario, de algo que él mismo me había asegurado varias veces y con firmeza, y de lo que parecía que a esas alturas aún no había cumplido... Pero, bueno, todavía quedaban horas por delante, aunque esperar al último momento, estando ya en el altar, fuera lo más mezquino que podría hacer.

—¿Cómo te encuentras hoy? —quiso saber Silvia entrando en mi guarida—. ¿Ya has...? Bueno, ¿ya habéis...?

La pobre no sabía cómo preguntar ni cómo sacar el tema de Adrián y saber si ya habíamos hablado de lo ocurrido, porque ya iba siendo hora, y menos mal que la cabeza de Ana se asomó por la puerta, porque ni yo sabía qué decirle ni ganas tenía de hablar, la verdad.

—Claudia, Javier ya está aquí...

—Ok, gracias, Ana... ¿Puedes pasarlo al box, Silvia, por favor? —le pedí antes de poner en silencio mi teléfono para guardarlo en mi bolso, disculpándome mentalmente por no responder a su pregunta.

Ella se dio cuenta y me guiñó un ojo antes de salir por la puerta, cosa que agradecí, como también agradecí que durante toda la mañana no pudiésemos parar casi ni beber agua de todo el trabajo que tuvimos, ni mucho menos para pensar en la situación en la que ahora mismo me encontraba. Cuando llegó la una, la hora de terminar, vi que tenía un mensaje de mi hermana en el móvil preguntando: lo primero, cómo estaba; lo segundo, si ya habíamos hablado Adrián y yo...; y lo tercero, si nos podíamos ver a las ocho para tomar unas cervezas y charlar un rato. Se sentía mal al recordar que la última vez que habíamos hablado fue para decirme que Trini nos había invitado a la boda de

Hugo y Alexia, la misma que se celebraba mañana. Y que, antes de que llegase el día, me quería dar un «superachuchón» *made in* Sofía. Por supuesto, le dije que sí.

—Joder, esta noche me toca cenar con mis suegros y no me apetece nada... —se quejó la joven Ana mientras salíamos del edificio.

—Vaya... ¡quién lo iba a decir! —bromeó Silvia, metiéndose intencionadamente con la pequeña de las tres—. Ana, la golfa, conociendo a sus suegros...

Esta le asestó un manotazo en el brazo y yo me reí al verlas.

—Pensaba que eso nunca lo veríamos, ¿verdad, Claudia?

Silvia me quiso meter en el embrollo la muy puñetera, pero yo me desentendí rápidamente antes de despedirme de ellas para ir en busca de mi coche.

—No, no... A mí dejadme tranquila las dos... —pedí yo riendo y alejándome de su lado—. vuestras peleas son cosa vuestra... ¡zorritas! —les grité para escandalizarlas.

Se giraron las dos y me hicieron una peineta ya a lo lejos, consiguiendo que mi sonrisa fuera ahora mayor. Crucé la calle, me asomé dentro del bolso para buscar las llaves de mi Mazda y, en ese momento, escuché mi nombre:

—Claudia...

—¿Sí?

Alcé la mirada..., y casi me desmayo. Tenía a Hugo plantado delante con las manos dentro de los bolsillos, mordiéndose fuertemente el labio inferior y con una mirada ojerosa, triste y apagada. Me quedé callada, desubicada... ¿Pero que estaba haciendo él allí? De verdad que era a la última persona a la que esperaba ver en ese momento, pero vino en mi búsqueda, me había estado esperando y, en cuanto me vio salir del edificio, le faltó tiempo para abalanzarse acorralándome.

—Hugo... qué... sorpresa... —conseguí decir con mucho esfuerzo.

—Lo siento, siento presentarme aquí y de imprevisto pero es que ya no aguantaba más... —Alargó la mano y acarició mi mejilla sin yo esperarlo—. Necesitaba verte... —confesó con dolor en la voz.

Su voz sonaba tan rota, tan apagada..., tan necesitada. Su contacto despertó tanto en mí... Que me aparté ligeramente por miedo a mi propia reacción. Después de ver lo de anoche con Adrián, ya no sabía cómo respondería mi cuerpo a sus caricias.

—Pero... ¿qué...? —tenía tantas dudas ahora mismo que no sabía por dónde comenzar a preguntar—. ¿Qué... qué estás haciendo aquí?

Se llevó el puño cerrado a sus labios y mordió sus nudillos en un gesto de frustración... o, más bien, desesperación. Lo miré con atención y su actitud me puso en alerta.

—Tengo que hablar contigo, Claudia... Tenemos que hablar...

—¿Pero aquí? ¿Ahora?

Miré a mi alrededor, siendo consciente de donde nos encontrábamos, sabiendo que cualquiera nos podría ver u oír y ser mal interpretados.

—Sí, ahora, Claudia... Por favor...

Se acercó demasiado a mí, cogió mis manos entre las suyas con intención de algo más; lo sé, leí las ganas que tenía de abrazarme en su mirada, y gracias a Dios que no lo llegó a hacer porque...

—Joder, eres tan hermosa... Estás tan bonita hoy... que eso no me facilita las cosas...

Pero entonces alguien a nuestro lado se pronunció.

—¿Claudia?

Ladeamos el rostro al mismo tiempo y nos encontramos con los ojos azules de Adrián, que nos miraba con atención y sin entender la situación. Se ensombrecían y se congelaban a cada pestañeo. Y ahí supe que ese era mi fin, lo que tantas veces había querido evitar, ahora mismo lo estaba viviendo en vivo y en directo. Y creo que no fue del gusto de ninguno.

—Adrián... —susurré a media voz.

«¿Qué coño hace él también aquí? ¿Es que se han puesto de acuerdo en amargarme el día? ¿O la vida?».

Nos soltamos al instante, pero ya era demasiado tarde; demasiadas explicaciones había que dar... y lo peor de todo es que no me encontraba con fuerzas para hacerlo.

—¿Qué está ocurriendo aquí? —quiso saber cruzándose de brazos.

Hugo se tensó, se pasó la mano por sus rizos despeinados y dejados con gesto nervioso y suspiró con intensidad temiéndose lo peor. Pero Adrián no sé quedó de brazos cruzados nada más, sino que lo desafió con inquina en la mirada, estudiándolo de arriba a abajo detenidamente e hinchando el pecho en un suspiro de desaprobación. Y yo... yo allí en el medio con el pulso cada vez más débil y atropellado porque mi corazón estaba tan frágil que no tenía ni fuerzas para bombear. A la mínima se partiría en dos y dejaría de latir, dejando de existir. Solo rezaba para que ese momento no tardase demasiado en llegar.

—Adrián... Este es... es Hugo... —los presenté, tragué saliva y recé porque

aquello no fuera a peor—. Hugo... Este es Adrián...

No hubo estrechamiento de manos, no hubo cortesías por parte de ninguno de los dos ni nada por el estilo... sino miradas recelosas y cargadas de testosterona batiéndose en duelo. Y solo hubo una pregunta. A ver si adivináis quién la formuló:

—¿Tú eres el que se casa mañana?

Aquella pregunta costó de masticar y digerir, pero lo que no tengo muy claro es a quién de los tres le costó más de conseguir. Por supuesto, le prosiguió un silencio a aquella acusación con espinas. Cada uno tenía sus motivos para no responder. Así que no se me ocurrió otra cosa más que largarme de allí como una maldita cobarde, pero a esas alturas ya no me podía querer menos así que, ¡qué más daba ya!, mi amor propio me lo había pisoteado yo misma al deshacerme entera sobre aquellas sábanas.

«¡A la mierda!».

Como lo escucháis. Tragué saliva poco a poco, llené mis pulmones de aire y lo solté entrecortadamente y con dificultad. Me di media vuelta y me metí en el coche en silencio. Todo lo que no dijeron mis labios lo dijeron los cuatro ojos que me observaban sin dar crédito a mi reacción.

—Claudia, ¿a dónde coño vas? —preguntó Adrián.

—Claudia, espera... —pidió Hugo.

Pero no pude mirar a ninguno de los dos a la cara. No podía hacerlo ni tan siquiera conmigo misma. Así que no lo hice. Arranqué el coche y me fui sin mirar atrás.

Epílogo

Mi teléfono volvía a estar apagado. Creo que nunca había recurrido tantas veces a aquella triquiñuela para escapar de alguien o de alguna desagradable situación, pero es que ahora mismo necesitaba, más que nunca en mi vida, estar desaparecida e ilocalizable para poder pensar con claridad. Las únicas personas con las que me puse en contacto mediante un mensaje de texto fueron Silvia y Sofía: a la primera, para volver a pedir que me disculparan, pero que esa tarde no podía ir a trabajar. Aunque parezca mentira, era lo mejor para todos, incluidos mis pacientes, no fuera a ser que, en vez de sacarles un diente, les volara un ojo con la pinza de extracción porque no estaba por la labor ni centrada en el tema. Y a la segunda le escribí para avisar de que a las ocho no me iba a tomar ninguna cerveza con nadie, no iba a estar disponible y lo peor de todo... es que no había nada que celebrar. ¿Y las respuestas? No las sé..., no les di tiempo a hacerlo. Conduje kilómetros hasta que no pude seguir adelante, pues un infinito mar me lo impedía. Dejé el coche aparcado en un rincón escondido y descendí a pie hasta una de las calas más hermosas que hay en el lugar: la Cala de Aiguablava. Era una de mis preferidas, estaba enamorada de su fina arena dorada y de ese color tan característico y que, como bien indica su nombre, era de un precioso fondo de color azul de poca profundidad.

Me descalcé y enterré los pies bajo la arena arrastrándolos con pesadumbre. Llevaba las sandalias colgando de la mano derecha y caminaba cabizbaja, seguramente con parte del maquillaje corrido por el torrente de lágrimas que se negaba a cesar. Oía a gente a mi alrededor, pero lejos... muy lejos, como en otra dimensión; era un eco amortiguado de risas y carcajadas que danzaban a mi alrededor, haciéndome sentir aún más infeliz y desdichada. Me senté en la orilla pegada contra una de las paredes rocosas que se elevaban protegiéndola, buscando refugio de mi propio dolor, sumergiendo mis pies en el agua sin importarme lo más mínimo que mi vestido se estuviera rebozando en arena. Cerré los ojos y dejé que la brisa marina me acariciara la piel y que mi cola ondulada danzara al viento. Sentí una paz tan profunda e inmarcesible que me

sentí renacer, parecía que ningún motivo o razón pudiera ser lo bastante oscuro como para ensombrecer aquel momento... pero lo había: estaba huyendo de mi futuro, y lo que es peor: de mi presente, porque ya había llegado la hora de decidir con qué hombre quedarme o hasta valorar la opción de olvidarme de los dos... si pudiera. Pero no era tan fácil; con los sentimientos no se juega y el amor no da tregua. Una vez que te atrapa, ya no te deja marchar, arrastrándote hasta rincones inimaginables de dolor y tristeza. Es el precio que hay que pagar y creo que a mí me iba a salir muy caro. Lo supe en el momento en que sostenía el pequeño elefante azul de arcilla entre mis manos y Hugo Bellaterra entró por la puerta de la cocina en la masía, desestabilizando mis cimientos y toda mi vida, consiguiendo que me cuestionara si lo que sentía por Adrián era amor o una falsa creencia. Porque mi futuro marido me gustaba, me encantaba a decir verdad... Era divertido, pasional y sabía que, si algún día llegaba a quedarme embarazada, sería un buen padre para mis hijos, pero... la cuestión estaba en si me quería conformar con aquello, si eso era suficiente como para pasar el resto de mis días junto a él, a su lado, al lado de un hombre que, cuando me miraba..., no solo me veía a mí...

Regresaba de noche por la carretera. Ignoraba la hora que podía ser, pero me lo podía imaginar porque hacía rato que el sol había huido de la luna lunera y se escondía del manto repleto de estrellas que ahora me acompañaba hasta el piso. No tenía ni idea de si Adrián estaría despierto o no, si tan siquiera si estaría en casa, o si Hugo, a la desesperada, habría ido a buscarme hasta el último rincón del mundo, como aseguró haber hecho en su día hace algunos años, enamorado de su Claudia de trece años. Todo estaba a oscuras y en silencio... demasiado silencio a decir verdad. Aquel piso ahora mismo daba la sensación de ser un cascarón vacío en vez de un cálido nidito de amor. Caminé de puntillas y me asomé con cautela a la habitación y el cuerpo de mi prometido yacía sobre la cama medio cubierto, vislumbré en la oscuridad sobre la mesita de noche una botella que parecía casi vacía de Jack Daniel's, y aquello me encogió el corazón, ya que Adrián nunca bebía algo que fuera más fuerte que una cerveza de barril. Pero, por lo visto, había estado bebiendo y queriendo ahogar sus penas. Me acerqué hasta él con un sigilo asombroso y me cerní sobre su rostro para escuchar su respiración, y sí que respiraba sí, como también emanaba un fuerte olor a bebida por las fosas nasales. Aquel hombre guardaba dentro una alta cantidad de alcohol, el cual, seguro, era el culpable de que estuviera en estado casi comatoso. Me sentí ruin en ese momento, ya había comenzado a hacerle

daño y ni tan siquiera le había destapado todavía la verdad ni mis sentimientos. ¿Debería hacerlo si Hugo parecía que también iba a seguir adelante con la boda? ¿Me arriesgaba a perderlos a los dos?

Me metí en el baño, me desmaquillé rápido y mal, me duché lo más silenciosamente que pude y, con unas bragas y una simple camiseta, me fui a dormir al sofá después de robar mi almohada de la cama. Nunca imaginé que llegaría a hacer eso en algún momento de mi vida, huir del lado de mi futuro marido. Era la segunda vez que dormía en un sofá aquella semana, todo por culpa de los hombres y el alcohol... que es que no traen nada bueno, ¡leñes!

—Claudia...

Oí mi nombre a lo lejos, en un susurro que conocía.

—Claudia... Despierta...

Ahora una mano me zarandeaba con suavidad por el hombro. Abrí con dificultad un ojo, no vi a nadie, pero alguien había a mi lado, volteé mi cuerpo entero hacia el otro lado y me encontré con Adrián, que me observaba en silencio. Y no sé que me dolió más: si el cuerpo por haber dormido toda la noche encogida en el sofá o los ojos acusadores que me acribillaban delante.

—¿Qué cojones haces durmiendo aquí? —Arrugó el ceño y puso los brazos en jarras.

Estaba molesto, lo presentía. Además, tenía un aspecto horrible. Se podía intuir en él que había pasado una de las peores noches de su vida: tenía los ojos hinchados y enrojecidos, la cara demacrada y unas importantes ojeras ensombrecían su mirada; el pelo, más revuelto de lo normal y una incipiente barba (la cual normalmente le daba un aire *sexy* e interesante) que ahora empobrecía excesivamente su belleza natural. Y todo eso era el resultado de todas mis culpas. O eso sentía yo.

—Hola... —susurré con cierto temor.

No dije «Buenos días» porque no los eran para nadie, bueno, quizá sí, para Alexia hoy iba a ser el mejor día de su vida... creía.

—¿Por qué has dormido aquí, Claudia? —volvió a insistir, ahora más serio si podía.

Yo me incorporé y me senté con las piernas flexionadas, quejándome en silencio por el intenso dolor de huesos que sentía.

—Bueno... yo, cuando llegué...

—¿Dónde estuviste? —Se pasó la mano por el pelo revuelto con gesto de

desesperación, miró hacia otro lado y volvió a clavar sus ojos en mí—. ¡¿A dónde cojones huiste, Claudia?! —elevó la voz.

Nunca lo había hecho en mi presencia. Aunque parezca imposible, en esos casi tres años que llevábamos juntos nunca me había alzado la voz o había pronunciado una palabra más fuerte que la otra, pero ahora... había tensión en el ambiente, dolor, rencor... y sabía perfectamente que, si hablábamos ahora mismo, todo empeoraría, pero era lo que tocaba hacer. Ya bastaba de huir. Pero comencé a sentirme pequeña, indefensa y sobre todo responsable de aquella situación. La culpabilidad corría por mis venas alterando mi pulso cada vez más hasta sentir una fuerte presión en el pecho que me ahogaba y me mareaba y, aunque lo intentaba, no me salían las palabras.

—Adrián... —Me cubrí el rostro con las manos y tragué saliva intentando deshacer el nudo de mi garganta.

—¿Qué? —Me apartó las manos de la cara—. Adrián, ¿qué?

Me mantuvo la mirada unos segundos hasta que no aguantó más y agachó la cabeza escupiendo un gran suspiro.

—Joder... Me cago en la puta...

—Adrián, por favor, deja que te lo explique...

—Me cago en la puta, Claudia... Me cago en... —Levantó la cabeza y se mordió el puño apretado en forma de derrota.

¡Me recordó tanto a Hugo ayer! Se giró y caminó por el salón con los hombros caídos como si llevase un peso sobre sus espaldas.

—Lo siento... Adrián, por favor... deja que...

Me levanté de un salto del sofá y fui tras él con los ojos inundados en lágrimas. Lo quise tocar; es más, lo fui a tocar pero me retuve... ya no sabía si era merecedora de su contacto. Sentí un miedo atroz al darme cuenta de que lo perdía... de que Adrián se escurría entre mis dedos y que lo peor de todo era que todavía no sabía con seguridad si quería que así fuera.

—Claudia... —Se giró hacia mí—. Claudia, joder, ¿cómo hemos llegado a esto?

Había tanto dolor en su voz, tanto miedo..., pero lo que mejor pude apreciar era el gran arrepentimiento que afloraba en cada palabra, en cada mirada. ¿Pero arrepentimiento de qué?

—Deja que te lo explique, no es exactamente lo que imaginas... yo...

—Lo siento... —me cortó la frase sin escuchar, no me dejó terminar.

Se mordió el labio inferior, volvió a poner los brazos en jarras y clavó la

mirada hacia afuera, se perdió en algún lugar. Y reaccioné. Fue entonces cuando me di cuenta de que estaba así por él, que el hecho de que nos viera a Hugo y a mí juntos ayer solo era un agravante más, pero... que él ya llevaba días trastocado por algún motivo, un motivo que ahora acechaba sobre nosotros complicando todavía más la situación.

—Espera... —Arrugué el ceño e imité su postura—. ¿El qué sientes, Adrián?

Me dio un vuelco el corazón al formular aquella pregunta. Y, como no me miraba, lo obligué a hacerlo agarrándolo por la mandíbula.

—Te he preguntado algo...

Lo solté, me miró más fijamente a los ojos que nunca y pude apreciar cómo sus ojos azules se ponían brillantes, pero no podía ser, no me podía creer que mi prometido fuera a llorar.

«¿¡Pero qué cojones ha ocurrido!?».

Tragó saliva, se frotó la cara un par de veces y sentenció:

—Tengo algo que decirte, Claudia... —aseguró tensando la mandíbula con dureza.

La vista se me perdió al esperarme lo peor. Comenzaba a no ver nada, todo era borroso a mi alrededor. Sentía que tenía que sentarme o, de un momento a otro, caería redonda al suelo. Me acerqué hasta el sofá y me dejé caer en él. Adrián me siguió en silencio y preparando seguramente en su mente el inminente discurso, pero, antes de que este se sentara, el timbre de la puerta sonó varias veces, consiguiendo que diera un violento brinco, asustada.

«¿Quién podrá ser?».

Adrián, al ver mi estado, decidió abrir. Lo escuché hablar con alguien y, tras unos segundos, la puerta volvió a cerrarse. Y, antes de que pudiera preguntar, lo vi acercarse con una pequeña caja entre las manos.

—Esto... Esto es para ti...

Lo miré realmente extrañada y sorprendida, bajé la vista al paquete que me tendía y lo cogí con verdadero temor. Ponía «muy frágil», así que me contuve de sacudirlo para averiguar qué contenía y, con un ligero temblor de manos que me dificultaba realmente la tarea, decidí abrirlo para sacar de dentro un pequeño elefante azul de arcilla recompuesto con pegamento, por haberse roto hacía veinte años, al cual lo acompañaba una dolorosa nota:

«Por muy roto que esté mi corazón, siempre será tuyo».

Me cubrí la boca con la mano, intentando ahogar el llanto que salió desgarrado de mi pecho. Adrián seguía estando de pie frente a mí, observando

con una cara indescifrable que no conocía de él. Y, en ese momento, en ese jodido instante, como si lo estuviera esperando, mi teléfono sonó en un mensaje:

«Lo siento, hermana... Hugo... ya es un hombre casado».

Apreté inconscientemente entre mis dedos el pequeño elefante, intentando descomponerlo de nuevo... pero hasta esa figura de arcilla era más fuerte que yo, que mi corazón... el cual pude sentir cómo dejaba de latir durante un par de segundos.

—¿Qué es esto, Claudia? ¿Me puedes decir qué significa? —exigió saber con dureza en la voz.

Pero mi cabeza seguía agachada, rogando fuerza para no derrumbarme, para no volver a estrellar contra el suelo aquel indefenso animal de barro que no tenía culpa de nada, el mismo que el cobarde de Hugo había hecho llegar hasta mí en un jodido mensajero porque era incapaz de dármelo personalmente en mano. Me lo regalaba para que el resto de mi vida recordara lo que pudo ser y no fue.

Adrián, al no obtener respuesta por mi parte, me arrebató el teléfono de las manos para leer lo que ponía y, cuando lo hizo, la mirada se le transformó tanto que no parecía él. Pero no me di cuenta de ello porque lo mirara a los ojos sino porque, de su cuerpo, emanó un enorme sentimiento de acusación que me azotó cuando se lo quité de las manos. Agarré con rabia las llaves del coche y, elefante en mano, salí por la puerta sin ni siquiera pedir perdón por ser la peor persona del mundo.

—¡Claudia! ¡Claudia! ¡Espera! ¡Ven aquí!

Cuando me subí en el coche, lo único que me acompaña en mi huida era el elefante azul en silencio, el cual parecía mirarme con la misma desaprobación con que lo hacía todo el mundo de mi alrededor. Como si a él también le hubiera partido el corazón. Arranqué el motor y aceleré sin mirar atrás, pero sé que Adrián bajó detrás corriendo con intención de detenerme.

—¡¿Por qué?! ¡¿Joder, por qué?! —maldije golpeando el volante con la palma de mi mano.

No veía con claridad por dónde iba, la carretera se mostraba dudosa e insegura ante mí y yo solo tenía una idea fija en mi cabeza: desaparecer. Pero parece que alguien se negaba a permitírmelo, cuando mi teléfono comenzó a sonar sobre el asiento del copiloto incansable e insufrible. La imagen de Adrián regalándome un beso no dejaba de insistir en la pantalla una y otra vez hasta que algo me llevó a descolgar:

—¡Claudia! ¡¿Dónde estás? ¡¿Adónde vas?! —

Tardé en responder.

—¡Claudia!

—Adrián... yo... —Mis lágrimas brotaban desorbitadas nublándome la vista, impidiéndome ver con claridad. Tartamudeaba tanto que no conseguía hablar.

—¡Claudia, por favor! ¡Regresa! ¡¿Adónde vas?! ¡¿De qué huyes?! —su voz se rompía al gritar, destrozándome más si podía por dentro.

—Lo siento... Lo siento...

—¿El qué sientes? ¡¿De qué estás huyendo?! —rugió.

—Yo... solo...

—¡Por favor, Claudia! ¡Regresa y hablemos!

—Lo siento... No puedo seguir con est...

Cuando sin verlo acercarse a mí, un vehículo que adelantaba en sentido contrario en un cambio de rasante me obligó a dar un violento volantazo hacia la derecha.

¡¡¡Píiiiiiiiiiiiiiiii!!!

Solo tuve tiempo de escuchar varios cláxones de fondo antes de esquivarlo y soltar un desafinado grito ahogado antes perder el control del coche y de dar varias vueltas de campana para terminar estrellándome contra algún lado.

Y ahora lo único que se escuchaba a mi alrededor era una voz que gritaba mi nombre desesperada tras oír el gran estruendo.

—¡¡¡¡¡Claudiaaaaaa!!!! ¡¡¡¡Noooooo!!!!

Escuché la voz de Adrián... que me reclamaba, me buscaba atemorizado... pero, poco a poco, se alejaba cada vez más de mí, la perdía... la perdía... A lo lejos... Se amortiguaba cada vez más... solo oía un zumbido ensordecedor que retumbaba en mi cabeza y que me atrapa con sus garras... Me arrastraba hacia la más profunda oscuridad.

«Me alejo... me alejo... me alejo... Por fin he dejado de existir. Ya no siento dolor alguno».

¿Fin?

Agradecimientos

Para ser sincera, antes de otorgar los agradecimientos a cada uno de vosotros, debería confesar algo: y es que nunca imaginé que tuviera que volver a hacerlo en un segundo libro. Cuando le di vida a Elisabeth en mi primera novela, *La más bella de las mujeres*, algo impensable para mí y que se ha convertido en un apasionante *hobby*, creí que todo se quedaría ahí, que, aunque yo siguiera escribiendo como terapia, diversión o entretenimiento, nunca volvería a ver mi nombre reflejado en una segunda portada. ¡Pero qué equivocada estaba! Porque vosotros me habéis dado las fuerzas suficientes como para que este segundo sueño se pueda cumplir y que, además, me proponga seguir escribiendo. Nunca os estaré lo suficientemente agradecida por todo lo que me habéis hecho sentir durante este impresionante viaje lleno de constantes turbulencias. Así que, a ti, mi lector, te lo debo todo. Un millón de gracias.

Y, cómo no, nombrar a mis padres y a mi segunda madre, Montse. Por quererla, por verla crecer, por interesarse, por ilusionarse y, sobre todo, por preocuparse por el avance de esta segunda novela que la hace tan suya cada día. Y, por supuesto, por aguantarme en mis momentos más tontos, que no son pocos, en que me aparto del mundo y soy casi casi como un espectro perdido en la historia, y por quererme hasta el infinito y más allá. Os quiero.

A mi hermano, a mi preciosa sobrina Paula, a Mónica, a todos y cada uno de mis tíos y mis primos, que me han regalado tiernos momentos durante la infancia, muchos de ellos reflejados aquí, incluyendo a la parte de mi familia de Burriana (Castellón, gracias por la última sorpresa: os salisteis de grandes).

A mis queridísimas amigas (las más guapas del mundo entero), Fany, Jessi, Irene y Lidia (mi Lili). Si tuviera que elegir unas amigas para mis próximas vidas, por descontado que seríais vosotras. Os escogería una y mil veces más. Cada una me aportáis algo que me llena en distintos sentidos. Gracias por aguantarme y acompañarme en este camino lleno de piedras y hacerme reír cuando me caigo al suelo. Y en ese saquito tengo que incluir a la fuerza a la niña más dulce que he conocido, Elsa, orgullosa de ser tu tía postiza. A mis lectoras cero y a mi crítico literario personal (risas), orgullosa de tenerlo y, sobre todo, de

contar con tu ayuda, gracias, J. Antonio.

A mi tía Carmen, ni más ni menos por ser tú, gracias “cari” (más risas).

Gina, Gina, Gina... qué decir de ti: orgullosa también de tenerte a mi lado, ya no como compañera de letras, sino como una amiga más. Me encantan esos parrafotes nuestros en que se nos va la vida, y gracias de nuevo por arrastrarme con tu locura sin remedio; reconozco que me viene genial.

A toda la gente nueva y maravillosa que he conocido durante este trayecto y que se ha unido a esta aventura subiéndose al carro de lo desconocido conmigo, gracias por aportar tanto en tan poco tiempo y sin esperar nada a cambio. Eso no se olvida.

A mis niños... ¿qué os voy a decir a vosotros que no sepáis ya...? Pues eso, que os quiero: así, sin más.

A ti, mi amor, Miguel, que, por mucho que te lo diga, siempre me quedo corta porque lo nuestro creo que no es amor: todavía hay que crear una palabra para que describa lo que tú y yo tenemos. Porque no podría tener a un mejor compañero de equipo, te quiero y siempre te querré. Gracias por soportarme cada día durante estos dieciséis años, que se dicen pronto. Eres un campeón.

Y no me podría despedir de otra forma que no fuera agradeciendo a mi abuela Asunción (mi Choni) todo el amor con el que me colmó durante mi dulce infancia y parte de mi vida, ese amor que no se describe con palabras. Eras única y siempre lo serás (estés donde estés). Nunca te olvidaré.